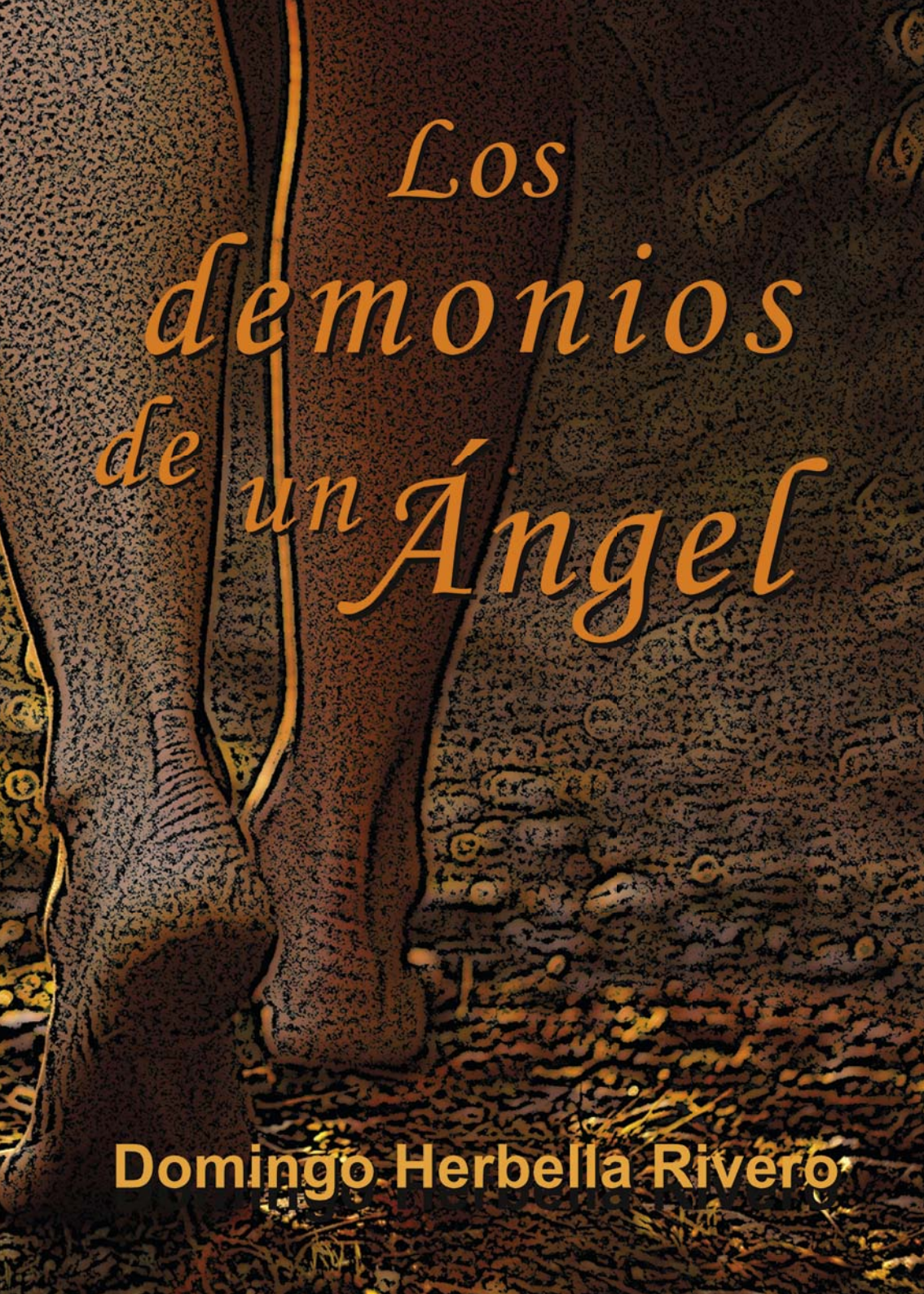
Los
demonios
de un Ángel
Domingo Herbella Rivero

© Los demonios de un Ángel.
Autor Domingo Herbella Rivero

Página web del autor: http://www.actiweb.es/domingoherbellarivero/

© Finis Terrae_ediciones
Departamento editorial de iokiné multimedia s.l.
www.finisterraediciones.com
info@finisterraediciones.com
Telf. 0034 981 551 734

Finis Terrae_ediciones es una marca propiedad de iokiné multimedia®

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor o la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Marzo de 2013 - Edición 2ª

ISBN: 978-84-940723-2-1

Depósito legal: C-2367-2012

Los demonios de un Ángel.

Domingo Herbella Rivero

Finis Terrae_ediciones

Índice

LOS PASOS DEL SER 7

LOS SENTIDOS CORPORALES E INCORPÓREOS 11

DESPERTANDO A LA VIDA 13

Los pasos del ser

¡Oh! Exclamo en mi interior. ¿Qué es el ser?

¡AH! Esa es la gran incógnita. Absoluta la desolación para aquel que ni tan siquiera su presencia percibe. ¿En mi interior tendrá verdadera existencia eso a lo que llamamos ser?

Yo y mi ser ¿Tienen alguna diferencia?

Así es, este ente llamado ser tiene verdadera existencia.

Pero para aquel que previamente nunca ha sabido de él, y por tanto no ha podido aportarle el alimento que le es necesario, él tan solo representa una ridiculez, es tan pequeño en su interior que nunca sabrá de aquello que en el interior de su pequeño universo vive.

Pero no creáis que aunque esto ocurra él estará ahí por siempre.

Pobre desnutrido, perdido e imprudente. Y esto es así, pues él como ente sin desarrollo no conoce nada de sus medidas. Nada sabe de sí mismo y del cubículo que ocupa, y así mismo piensa que vive en la más absoluta soledad en el interior de un universo infinito.

Pero cavila que, ¡ay de aquel que se digne a despertar su valía! Y así su energía poner en movimiento.

Si tu valentía, coraje y decisión, llevan a despertar esa energía en ti, lo que puedas llegar a sentir tenlo por seguro, jamás serás quien de poderlo olvidar.

Puesto que lo que en ti despertará serán los más puros y auténticos sentimientos. Será como la bella primavera, que llegando en el más absoluto silencio, propone a los campos la explosión más alucinante de color, vida y armonía que se pueda imaginar.

En ese campo observamos las delicadas flores que con sus diferentes clores y olores engalanan con la más fulgurosa vida, hasta el rincón más lúgubre que pueda haber en ese tu campo.

El gran árbol ahora cargado de verdes hojas, que son el símbolo de su existencia.

Qué extraña excitación el observar una mayúscula corona verde toda ella sustentada por sus hercúleos brazos. Son esas ramas la que sombra ofrecen al cansado mensajero.

¡AH! Ese sentimiento de luz y amor ronda por todos los minúsculos entresijos de tu ser. Qué pena el que así no sea. Pues si sientes el amor sé lo que estas sintiendo, no es otra cosa que el poder observar hasta el último rincón de ese tu campo florido.

Gracias a ello tu energía fluye cada vez con más fuerza y libertad, ¿Por qué no pensar en ello profundamente? De esta manera sabrás que puedes dejar que en ti y por ti fluyan todos los sentimientos.

Es ahora cuando de repente te das de cuenta que tu ser se funde con todo aquello que te rodea.

¡Oh que sentir de ligereza!, llegas a tener la impresión de que incluso flotas, al igual que esa mota de polen, ahora tú como ella te sientes libre. Al igual que ella vagas por la inmensidad de tu campo, diriges tus fuerzas a la búsqueda de la flor adecuada. Te encuentras bien, francamente bien, las prisas aquí no tienen existencia, así dejas que tu ser pueda divagar en busca de esa flor, pero sin que te sientas presionado a buscarla, ella aparecerá. Así mismo sabes y tienes muy en cuenta que al final esa mota de polen encontrará su flor. Pues ella posee un valor único y primordial.

El momento de la polinización ha llegado, tu flor a la vista está.

Bien, regresa ahora a la tierra en tu forma, la cual representa esa existencia en este mundo material, mírate en tu envoltura grosera. Escucha esto que yo te trasmito.

Si has sentido la fuerza con que en el interior el sentimiento se inflama, ¡Ay de ti! Pues ya no encontrarás marcha atrás, ya nunca más te podrás negar, ya por siempre estarás en ti.

Pero total eso ya da igual, lo único que ahora puedes hacer es buscar información, ella alimentará a ese sabio que dormido empieza a despertar.

De esta manera podrás sobrevolar tu campo y comprobar que a cada paso las flores son más, y los árboles crecen. Sabrás cuales son las flores que

en tu interior florecen, sabrás cuales debes de buscar y las que quieres que ocupen un espacio en el interior de tu ser.

Como ya hemos dicho, tu campo está repleto de todo tipo de flores. Tienes las que por su belleza tienden a estar protegidas por agudas y afiladas espinas. No esperan que tú te lastimes, pero debes entender que le son totalmente necesarias.

Pero tú eres esa mota de polen, puedes estar seguro que podrás llegar a ella sin ninguna dificultad.

Sin embargo, piensa también que pobre de ti si eres en realidad un ente mayor que esa humilde mota de polen, debes de comprender que si no mides tus distancias y eres del todo precavido acabarás por pincharte. Y así harás que tu sangre mane al exterior de ti sin ningún sentido. Y muy en el fondo de tu ser debes de comprender y aceptar que esa flor no es ni será para ti.

Los sentidos corporales e incorpóreos

En mi humilde conocimiento, he llegado a comprender que el ente dispone de cuatro estados diferenciados. En un principio tan solo se dispone de cuatro, pero una vez el ser despierta tiene a su servicio dos más, los cuales nombraré pero no explicaré. Es el momento de enumerar estos estados:

Cerebral, Mental, Espiritual y el Atman. Los dos que faltan son Inspiración e Intuición.

La forma de clasificarlos no es casualidad ya que he establecido la correlación entre cercanía del cuerpo bruto y lo más alejado del mismo.

CEREBRO: Se dice de aquel órgano encargado de regir ordenadamente el cuerpo físico o bruto. A mi comprensión lo que verdaderamente le interesa no es eso, sino la parte del mismo que se dedica a los sentidos y los sentimientos. Como todos ya sabréis, él se encarga de los sentidos, que son la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Y lo que me interesa sobremanera, da paso a los sentimientos hacia la mente.

MENTE: Es el puente entre lo físico y lo espiritual. Ésta se dedica a clasificar y a guardar. Es lo más semejante a un fichero, y une el cerebro al espíritu.

ESPÍRITU: Parece que nos vamos a meter en las lindes de la religión o lo paranormal. Pero a mi entender no es así, fijaos en lo que yo creo.

El espíritu es el encargado de sentir toda energía que mana del sentimiento que a él llega, con esto se encarga de poder reconocer esa energía, y una vez hecho se la pasa al alma.

ALMA: Es aquella que es capaz de identificar la energía de los sentimientos, y se encarga de nombrarla. Con ello no tendrá que enfrentarse a una energía que no pueda nombrar, por la dificultad de aquello que sentimos.

Evita así el que nos perdamos en un mar de dudas, ya que la duda es un sentir poco aconsejable y muy problemático.

Por lo tanto, y para que lo que trato de exponer se pueda comprender, es mejor que os lo explique con una de esas historias que, seguro, cuando la terminemos nadie se acordará del porqué se llevó a cabo.

Despertando a la vida

En mí esto se produjo, en aquel tiempo en el que la duda vagaba a sus anchas por el estrecho mundo que es mi ser. Tan solo tenía por compañero el miedo, y con él a todos sus discípulos, no hacían otra cosa que aconsejar a mi ser. Ellos me decían cosas como ésta:

–¡No te muevas! Pues si te mueves no sabrás dónde acabará el camino, no tendrás opción de conocer a qué lugar te arrastraran tus pies. No puedes imaginar, y es mejor que no lo hagas. Pues quién sabe lo que en ese caminar te puede abordar. Mírate, con lo bien que estás ahí en tu total quietud.

Y así, indagando en mí, buscaban lo que me aterrorizaba, y este era el impulso que necesitaban para que yo terminase por exhalar ese preciado alimento. No se trata de otra cosa que la energía negativa que, con lo que yo sentía, emanaba en forma de vibración. Así miles de esas vibraciones salían de mi interior y quedaban liberadas en el exterior, dándoles cada vez más fuerza. Estos entes nacidos de la más negra y pérfida soledad, se encontraban gracias a ello, bien alimentados y felices. Claro que primero deberíamos saber si los entes saben lo que es la felicidad. A mi buen entender no creo que eso sea posible.

Y era así como transcurría mi vida un día tras otro, era horrible ver como tan solo podía exhalar oscuridad y comprobar que toda luz menguaba y desaparecía a pasos agigantados. Estaba claro que no podía seguir así por más tiempo. Un día llegó el más horrible de los momentos, en el que ya no podía escuchar aquello que creí no se podía encarcelar. Eran mis propios pensamientos, ya no era quien de poder oír el interior de mi ser. Mi pobre cerebro trataba desesperadamente de avisarme de aquello que me estaba ocurriendo. Pero este era acallado con los más negros sentimientos. Lo peor, era que comenzaba a alimentarme de esa negrura y ya no la repelía, incluso diría que me sentía bien. ¡Ah ese negro desierto! No creí que volviese a ver

nada más que la más indisoluble oscuridad. Esa era mi sombría existencia, todo en mí sufría la pérdida del más llamativo color, mudando en una pena que asolaba los rincones de este apaleado ser.

Mi yo perdido se dirigía a una apatía sin precedentes, hacia lo más profundo de mi persona. Deambulaba en este austero y oscuro desierto, en el que no tienen existencia los oasis y mucho menos cualquier forma de vida. Lo único que este desierto es capaz de aportar a mi ser es esa negra arena la cual habita por ciento de miles de millones en este lugar.

Pobre e inerte estúpido, no me puedo creer que llegase a pensar que allí me encontraba seguro. Estúpido de mí, aquella compañía me daba la misma seguridad que tiene una torre de palillos en medio de un vendaval.

La depresión daba paso al cansancio, otro de los negros representantes de este lugar. Él es aquel que te impide desplazarte, así no tenía ganas de hacer nada, tan solo quedarme allí en un lugar inmóvil, lejos de todo. Pero un día llego el momento que tanto había anhelado, y como todo lo bueno y genial siempre llega sin dar visos de que se producirá. Como todos los días, me hallaba en esa desesperación desértica cuando, y sin previo aviso, se levantó un fortísimo viento que casi me impedía abrir los ojos. Este huracanado viento se hallaba sembrado de minúsculos granos de arena negra. Impulsados por el aire penetraban en mi piel, causándome dolorosas heridas. Fue el momento en el que me encontré más dolorido, mi sangrante rostro tan solo podía mirar el maltrecho cuerpo que lo sustentaba. Miré hacia lo alto y grité con todas mis fuerzas. Mi garganta reseca dejó salir el sonido que produciría después un profundo dolor en ella. Pero algo anormal ocurrió, y es que justo antes de que este huracanado viento cesase, con él venía algo muy extraño, algo que nunca había visto ni sentido. En ese instante alcé la mano y pude asir algo con fuerza. Ya fuese lo que fuese se hallaba en mi mano. En ese preciso instante algo cambió rotundamente. Aquellos hirientes granos negros desaparecieron dejando paso a otros que eran multicolor, estos no me dañaban, más bien fortificaban mi ser y le daban el poder de la decisión.

No sabía hacia dónde dirigirme, a un lado y a otro era todo igual. Pero sí sabía y estaba seguro de que debía ponerme en movimiento. ¿Qué más da a dónde? ¡Debo comenzar a andar!

Y así lo hice. Pero no me lo permitirían tan fácilmente, la maliciosa duda llego de nuevo a mí, y quiso restaurar su reinado en mi ser.

–¿Hacia dónde diriges tus pies? ¿Saben estos ya en qué lugar quieren parar?

–¡Duda, duda que pesada te vuelves! Tú siempre con ese lastre, siempre con la incógnita colgada de ti, siempre envuelta en el bullicio de lo que todavía no ha acontecido.

Tú siempre portadora de la más evolvente fragancia. ¿Seguir andando? ¿Sí? ¿No? ¿Qué hacer?

Di la espalda a esa horrible sensación, y comprobé cómo el movimiento se producía. Andaba sin saber a dónde me dirigía, no sabía ni tan siquiera si sería quien de llegar a algún lugar. Pero lo que realmente me parecía hermoso es que no me importaba, ni tan siquiera me preocupaba lo más mínimo.

Tan solo quería seguir hacia adelante, no mirar atrás y continuar, eso era lo que anhelaba. Pasé un largo tiempo andando, no podría ser quien de precisar el tiempo trascurrido pero fue bastante. Así que paré en un lugar sin nada especial a tomar el aire, en ese instante comencé a cuestionarme algunas cosas sucedidas, pero sobre todas las cuestiones había una.

–¿Qué es lo que ha ocurrido?

Y mientras buscaba una respuesta miré hacia abajo, comprobé que mi puño se hallaba cerrado todavía. De repente, el reflejo de aquella imagen atrapando algo entre los granos negros vino a mí. Y sabía que aquello que permanecía en mi puño era el culpable de que me pusiese en movimiento.

Abrí el puño poco a poco, como el que cazando una mariposa no quiere que se le escape pero tampoco quiere dañarla. Pues bien, fui abriendo y de repente pude comprobar como de él salía luz.

–¿Qué puede ser esto que emana su luz y posee vida propia también? ¿Cómo puede ser que entre cientos de miles de negros granos de arena haya podido coger esto, que nada tiene que ver con esa arena?

–¡Ah ya vuelves a estar aquí! Tu siempre rondándome con todas tus sombras. ¡Ah traidora duda!

Y sin más pensar cerré fuertemente el puño, y me puse nuevamente en movimiento De esta manera la duda queda así en el olvido provocado. No

tenía importancia ninguna hacia donde dirigía mis pasos, lo importante ahora era el movimiento que se llevaba a cabo. ¡Qué distinto me sentía!

¿A qué se puede deber este fluir de sentimientos? ¿Qué es aquello que me está ocurriendo?

La respuesta llegó a mí en el momento en el que regresó el recuerdo de esas dos pequeñas semillas. Éstas eran ahora lo más importante ya que, gracias a ellas, yo estoy en movimiento. Hasta mí llegó un escalofrío al pensar que poseían luz y vida propia. Sentí que su energía era mucho mayor que toda aquella que en mi degenerado ser existía, por no nombrar la experiencia vital que yo no poseía, y de la que ellas estaban repletas. También mi experiencia era la que se puede tener estando en perpetuo silencio en medio de un negro desierto. Esto me llevaba a querer ver de nuevo esa mágica luz que estas dos pequeñas emanaban. Así fue cuando de nuevo abrí la mano. ¿Y qué es lo que estaba sucediendo en mi mano?

Lo que sin podérmelo creer sucedía era que esas dos semillas habían eclosionado en maravillosas flores doradas que emitían dulces rayos de luz plateada a la vez que dorada. Era muy hermoso, pero lo que yo no esperaba es que enraizasen en mi mano. Al sentirlo se convirtió en algo casi espasmódico. Pero poco a poco este sentimiento recorrió mi cuerpo de pies a cabeza. Daba la firme sensación de haberme convertido en esa tierra, en la cual cualquier flor tiene la dicha de crecer y multiplicarse. Así pude ver como las raíces de ésta crecían y subían por mi brazo rumbo al corazón.

Al momento caí al suelo, y pude sentir como las raíces ahondaban sus miembros en mi corazón. Comprobé como al momento comenzó a limpiarme, y así todo signo de oscuridad fue desapareciendo hasta no quedar más que una luz agradable y calentita reinando en mi corazón. Al instante comencé a notar que el amor más puro se hizo dueño de mi ser. Y todos mis sentimientos se volvieron nobles y sensatos.

En ese preciso instante fui quien de darme cuenta del más asombroso de los sucesos. A cada paso que yo daba, ese oscuro desierto comenzaba a desvanecerse sobre sí mismo. Y así, esos improductivos granos de arena se transformaban poco a poco en la más fértil tierra. Olía a ese aroma de la tierra mojada, algo que me hizo recordar lo hermosa que es la vida.

Mi movimiento ya no cesaba, y con él podía comprobar cómo la negra y preñada tierra daba a luz a la más hermosa y verde hierba. En mi memoria, no podía encontrar un rastro con el que poder comparar esta sensación.

Comprobé cuán grande era el desierto, como ahora lo era el campo. Mis maltrechos pies me agradecían el movimiento, pues con él se producía la más leve de las caricias gracias a esa hierba.

Me di cuenta de que ahora podía otear el horizonte y mirar todo lo lejos que le era posible a mis ojos. Cosa que antes mi horizonte tan solo eran las puntas de mis pies, y a veces ni tan siquiera eso. Y así, allá en la lontananza pude contemplar unas montañas, En ese mismo instante mi imaginación atrofiada comenzó a hacerse una idea de lo que allí podría haber, era muy difícil para ella, pero todo creó todo un resorte de plena hermosura.

Así que me propuse saber si en realidad mi imaginación estaba en lo cierto, y marqué como meta el llegar a esas montañas. Imaginaba que una vez allí mi futuro se establecería en esas cumbres. No sabía si sería un futuro corto o para siempre. Pero lo que sí sabía, y no sé cómo, es que en cuanto allí llegase mis problemas dejarían de serlo.

¡Oh que delicia! El comprobar que cuando andas te desplazas. Pues cuando todo es igual que absurdo resulta el movimiento.

¡Ah que felicidad ahora! Este es un sentir que hace que me eleve y olvide aquel lugar que ni tan siquiera ahora me gusta nombrar. Un sentir diferente me envuelve. Es ahora cuando comienzo a sentirme vivo. Y a todos digo ¡Nunca más me conformaré tan solo con sobrevivir!

Y con todo este puñado de grandiosas emociones la noche llego rápida y furtiva. Con ella el sueño vino a presentarme sus respetos. Qué emoción siento, pues ya nada es como antes, cuando en estos momentos me aterrorizaba el verlo llegar. Y así supe que ahora era todo lo contrario, y me deje llevar por los brazos de Morfeo. Las pesadillas espoleadas por los más negros secuaces no se presentaron esa noche. Esa noche tan solo las mieles de la paz y la más absoluta tranquilidad fueron quienes me acompañaron.

Casi sin darme de cuenta ya era día y la más brillante luz lucía en el cielo azul, un poco cegado por ella levanté mis huesos de ese manto de

fragante hierba. Comprobé que me hallaba totalmente descansado y no había alteraciones en mi ser, la tranquilidad era la dueña de mi interior. Con una sonrisa de plenitud puse dirección a esas montañas. Pasó el tiempo casi sin darme cuenta, y contra el medio día, mi estomago comenzó a quejarse y mis piernas temblaban. Esto era nuevo en mí pues todo se hallaba despierto ya en mi interior, así me di cuenta que estaba muy cansado y tenía mucha hambre. Al momento, y en una especie de vaguada, hallé un colosal árbol. Me pareció la más extraordinaria de las criaturas sin desmerecer la hierba que hasta ese momento era lo que conocía. Puse sin pensarlo rumbo hacia él. Una vez llegué bajo su copa comprobé cuan grandioso ser era aquel. Me senté bajo su copa a disfrutar de esa magnífica sombra. Total yo no tenía prisa, bien sabía que esta no es buena compañera.

−Que sombra tan maravillosa, hasta diría que mis huesos se alegran de estar aquí.

En ese momento dije en voz alta. Y al momento, como si de un crujir de madera que roza la una con la otra se tratase, surgió la pregunta.

−¿Sabes tú de los ciclos que ha de pasar todo árbol para poder poseer este tipo de sombra?

En un primer instante, el poder escuchar unas palabras que no fuesen las mías me llenó de una sorpresa tal que casi no podía concebir. Pero un segundo después la alegría invadió mi cuerpo. Estaba escuchando una voz que no era la mía, y para más inri se trata de una voz amiga. Esto me ayudó a sentirme mucho más vivo. Y así, sin haberlo meditado, la respuesta llegó a mi boca directamente desde el corazón.

−La verdad es que no.

Un momento de silencio, y después esa profunda voz rompiente llego a mí de nuevo.

−Has sido muy sincero en tu respuesta. Y eso denota que tienes un gran valor, pero ten por seguro que no será suficiente para llegar a tu meta, aunque tengas alguna posibilidad gracias a esas dotes. No sé si lo sabrás, pero la misión que has elegido te va resultar muy difícil de llevarla a cabo.

En ese instante me dispuse a preguntarle algo, cosa que nunca se produjo puesto que él se adelanto a mi pregunta.

–¡Calla y escúchame! Yo al igual que tú, ya hace tanto que casi no lo logro recordar, fui un jovencito. En mi interior la sabia corría desmesuradamente y a borbotones. Mi pensamiento no era otro que el poder crecer lo más rápidamente posible, la idea de ser el más alto y el más fuerte no dejaba que otros pensamientos surgiesen. Tan solo el firme propósito de poder ver todo aquello que me rodeaba, por eso debía crecer, puesto que desde la insignificancia de un pequeño brote el mundo no llega más allá de la pobre hierva.

¿Te imaginas lo que pasó después?

–Pues en realidad debo decir que son tantas las posibilidades que no tengo ni idea.

–Pasó que en realidad tuve que encontrar la paciencia para poder esperar el tiempo necesario para poder ser el árbol que ahora te ofrece esta hermosa sombra.

Aprendí que todo tiene su momento, y ese momento discurre en el tiempo preciso, y por mucho que se pretenda acelerarlo es imposible cambiar las pautas que tiene establecidas. Es la vida la que se ocupa de ponerte en el lugar adecuado, y si no estás preparado, tranquilo pues es seguro que no podrás llegar.

También he de comunicarte que tú al igual que yo, como cualquier ser que encuentres, has sido el mejor, el más rápido y el más fuerte. Pues de lo contrario, hoy y en este preciso instante sería imposible que tú y yo pudiésemos estar hablando.

En ese momento la sorpresa en mi interior era tal, que mi rostro seguramente daba a entender todo aquello que pasaba por mi mente, y fue seguro por esto que él me dijo.

–No me mires así, pues esta es una información que todos tenemos pero que muy pocos son capaces de valorar como se debe. Piensa que si en realidad esta información fuese analizada y apreciada como se debe, ten por seguro que todos serían mucho más felices y agradecidos. Pues en realidad la vida es el mayor de los milagros. Y en el momento en que eres consciente de esta información y piensas que es a ti al que han elegido para poder desarrollar la vida y perpetuarla, te darás de cuenta de cuan grade es ese milagro.

−Mi querido amigo, en mi interior siento que esta es una información grandiosa. Pero también sé que debo tener un tiempo para poder analizarla con mucho detenimiento, para que el resultado sea el adecuado.

−Mucho me gusta tu respuesta y es por lo tanto que voy a seguir durante un tiempo contigo.

−¿Qué es lo que quieres decir con ello, que me quede aquí contigo?

−¡No! En realidad eso no sería bueno. Has de saber mi querido amigo, que allí donde un vegetal se encuentre nosotros reinamos.

−Dime ¿Quién eres tú que te puedes encontrar en tantos lugares al mismo tiempo?

−¡Ah amigo mío! Esa será una de tus misiones.

−¿A qué te estás refiriendo?

−Esa es una pregunta de sencilla respuesta. Debes de saber quién es aquel que te ha preguntado. Y debes asimilar que las respuestas te darán entendimiento y comprensión.

−No comprendo nada. ¿A qué tipo de laberintos quieres precipitarme? Aquí me trajo un fuerte estimulo que creía exterior pero que ahora identifico como mío. Y esto se debe a que este impulso, que en realidad me fue aportado del exterior, ahora está enraizado en mi interior totalmente. En lo más recóndito de mi corazón hendió sus luminosas raíces, aportándome con ello el don de la elección. Ahora comprendo que pase lo que pase el resultado final siempre soy yo quien lo elige, es siempre mi decisión la que permanece.

−Claro, claro, comprendes sin comprensión, pues la comprensión lleva al entendimiento. Comprendes que tú te has movido, pero no entiendes por qué lo has hecho.

No sabes el porqué de ese movimiento. Y ahora se te está brindando la oportunidad de terminar con los confines de ese malicioso desierto, y no lo entiendes.

Comprende mi amigo que cuando soñabas, comenzabas tu creación.

En realidad fuiste tú a través de tu decisión quien quiso recoger el sueño de la diferencia y darle forma. Pues en tu realidad lo único que reinaba era la monotonía. En ese tu hogar, si así me permites llamarlo, todo era igual, allí no existían diferencias. Fuiste tú quien creó algo en su interior y lo exhaló al

exterior. A ese exterior exhalaste el sueño de la creación y así todo comenzó a tornarse en vida, todo poseía ahora su propia existencia.

Has de saber mi querido extraño, que aquel desierto en el que te encontrabas y padecías los más amargos sufrimientos, eso tan malicioso y doloroso, también es creación tuya. Y así sin tiempo definido comenzaste a imponer las más infranqueables fronteras a todo sentimiento que aportase en tu interior un poco de luz.

Tú fuiste el que creó esos maliciosos engendros que poco a poco fueron quienes de gobernarte y de controlar hasta el más pequeño de tus impulsos.

También debes comprender que si no hubieses dado vida a esos seres que tanto sufrimiento te aportaron, es casi seguro que nunca hubieses sido capad de abandonar ese desierto, nunca podrías saber donde se encontraban sus fronteras. Pero ya ves, gracias a ellos has sido quien de echarlas abajo.

−Dime ahora, ya que veo que casi todo lo sabes ¿De dónde procedían esas semillas?

−No soy yo el que debe ofrecerte ese tipo de información. Pero creo que es mi deber comentarte que todo lo que buscas ya se halla en tu interior. Y la prueba se encuentra en todo lo que está delante, detrás y en derredor tuyo, si en tu interior no estuviese sería del todo imposible que ahora estuviésemos aquí hablando.

Aunque ahora no logres entenderlo, debes saber que hasta esa realidad tortuosa que ese desierto representaba para ti, en sus principios tan solo era un sueño que estaba por crear.

Día a día tu comprensión crecía, y cuanto más se acrecentaba la comprensión en ti más se enraizaba el conocimiento, y con él, el entendimiento aclaraba lo que en tus sueños se creaba. Al final estos fueron quienes de realizarse y así llego el día en que todo ello era una realidad velada a tu ser.

¿Lo comprendes ahora?

−Entiendo aquello que me pudo ocurrir. Comprendo que yo y tan solo yo soy el culpable de mi dolor. Pero desconozco totalmente aquello que ahora me está pasando. Pues he de decir que no sé si alguna vez ha habido en mi interior tal magnitud de sentido y sentimientos, y este sentir se conduce directamente a mi corazón.

Me da la impresión de ser el gran campo, y sé que estos miles de sentimientos son esas florcillas de cientos de diferentes colores que le dan vida. Éstas se cubren con los más sofisticados aromas, los cuales representan las diferentes maneras de sentir.

Sé como huelen y conozco también sus formas y diferentes colores. Pero lo que no sé es nombrarlos para poder distinguirlos, y así una vez hecha la distinción podré identificarlos.

Y quien sabe si alguna vez mi ser vuelve a crear un desierto más oscuro y doloroso que en el que he estado viviendo este tiempo. Podré salir mucho antes de él y más airoso, pues mi imaginación construirá mucho más rápido este mundo, ya que tendrá una identificación mucho más certera de todo lo que la envuelve.

Esto podría llevarme a este sentir sin ningún tipo de traba y así poder ser parte del campo, pasando a ser una florcilla más, bajo los inmensos rayos de sol.

¡Ah! Saber a qué familia pertenezco, cual es mi nombre, para así ser nombrado.

De lo contrario si no sé mi nombre ni a la familia a la que yo pertenezco. ¿Cómo podría verme liberado del sentimiento que la duda establece con el desconocimiento? ¿Quién me ha traído aquí? ¿Quién es mi padre, y quién mi madre? ¿A qué familia pertenezco?

Y así me quede callado totalmente, sumido en el dolor que me producía esta terrible incógnita.

–Sé que en realidad nadie más que yo tiene la culpa, pues tanto tiempo en soledad y en ese desierto hizo que mi pobre y torturada mente no pudiese más que ir deshaciéndose de ese tipo de información que antes me dañaba.

Que oprobio, ahora me daña el no tenerla.

De repente se escuchó el crujir del árbol, pero podría asegurar que se escuchaba o más bien sentía como si fuese melancólico. Y es que de repente el sonido de ese roce se volvió casi armónico.

–Yo tan solo puedo decirte, que como árbol que soy necesito de varios elemento, masculinos y femeninos para poder llegar a la concepción de este ser que ahora tienes ante ti. El tamaño y todo lo demás tienen que ver con

otros detalles que no son los que ahora nos interesan. ¿Sabes?, en realidad nunca me había planteado esta incógnita que presentas.

¿Quién en realidad de todo el bosque o quizás en sus principios puso una semilla para que el primer árbol naciese?

Sé certeramente que para la concepción de un ser como yo se necesita del polen que poliniza a la flor que lo espera, así ella madura dando paso al fruto que en su interior encierra, las semillas causantes del nuevo nacimiento.

Lo que no sé es quién portaba la flor y quién expandió el polen para que con ello mi nacimiento tuviese como fin el ser que ahora se muestra ante ti.

A lo sumo, es casi lo mismo que te ocurre a ti. A los dos nos han privado del conocimiento de nuestro pasado.

Mi misión casi está ya madura, esta no era otra cosa que el crecer lo más alto y fuerte que pudiese y así con ello poder producir la mayor cantidad de frutos posibles. De este modo, mi especie tendría una cantidad de individuos en crecimiento continuo y ella no se podría extinguir. Y la continuidad de la especie se hallaría garantizada.

Hay una cosa que sí sé, y es que yo al igual que tú tengo la necesidad de los cuatro elementos para mi nacimiento y también para poder seguir viviendo.

Por lo tanto, y mientras no encuentres otra cosa a la que echarle la culpa de tu concepción, culpabilízalos a ellos.

¿Estás de acuerdo?

Ellos son los encargados de toda vida y de la destrucción de la misma.

Y por ello y por todo aquello que hoy has escuchado te digo:

Entiende y aprende lo entendido, pues gracias a ello llegarás a comprender lo que se te muestra. Aunque algunas veces no tengamos ojos ni oídos para ver u oír aquello que delante de nuestra persona tenemos, tan solo cuando ya no está nos damos cuenta de lo que en realidad se nos daba a entender.

Por último, yo no te puedo decir quién me dio la vida. Pero si no pudiese entender por qué se me dio la oportunidad de vivir, me perdería en un inmenso océano de dudas sin final. Pues has de saber que cada solución que yo pudiese resolver tan solo me llevaría a una duda aún mayor.

Y si no me equivoco, tú entiendes bastante.

Por eso te digo –ANALIZA–.

Prometiéndole que eso es lo que haría a partir de ahora, y con el profundo sentimiento que mi encogido corazón portaba, el cual fui quien de conocer por el análisis que estaba haciendo. Este sentir brotó en el instante en el que me di cuenta de que era el momento de separarme de aquel grandioso y maravilloso ser. Ese sentir era angustia por aquello que después vendría, con él me sentía protegido, y ahora la vulnerabilidad llegaba de nuevo a mí.

Partí en la dirección que me parecía llevaba a esa montaña, qué iba a hacer que no fuese seguir mi determinación, aquella que me hizo comenzar el movimiento. Debía llegar a esa montaña, ella era mi meta marcada allá en la lontananza. Pero claro, ahora había despertado una nueva función en mi interior, y debía analizar un gran número de cuestiones.

Después de llevar un tiempo caminando tuve que parar. Era mi deber el examinar mi viaje desde el comienzo, y para ello necesitaba quietud. Sé que en otro tiempo ya había tenido mucha, pero es como todo, me había acostumbrado un poco a ella.

Así que comencé por lo primero, y esto era mi viaje. Lo único que tenía por ahora era su meta y nada más. En el no existía ningún tipo de planificación.

Comencé a hurgar en mi interior, lo que me llevo a comprender que era un gran ignorante de lo que portaba en mi ser, y que no entendía más que uno o dos sentimientos.

Uno lo tenía muy claro, y era el que me daba fuerzas para ir a esa montaña, a mi meta. Con tanta fuerza lo sentía que me era del todo imposible el poderme resistirme a él. Quise ser un poco más materialista, y darme de cuenta de qué es lo que conocía de aquello que me rodeaba. Por así decirlo estaba más vacío que con mis sentimientos, ni siquiera sabía qué camino me conduciría a la meta.

No, no es que la duda vuelva a hurgar en el interior de mis tripas, tan solo estoy poniendo a prueba esto de aprender analizar. Y ya sabéis, debéis de observarlo todo, y una vez observado pararos a cuestionarlo, de esta forma no os encontraréis tirados en medio de ninguna parte, sin saber siquiera

qué es lo que estáis haciendo allí. Y por ello, hoy que puedo hacerlo, me paro a preguntarme:

¿Cuál es el mejor y el más recto de los caminos?

¿Cuál será el que antes me conduzca a esa montaña?

De esta manera, una vez encontrado el mejor de los caminos lo dejaré para poder elegir a su contrario. Aquel que más tortuoso, aquel que con mayor complicación se presente, el que a cada recodo me enseñe un nuevo significado de una misma enseñanza.

El que yo elija será también el más largo, pues al término de éste es seguro que me parecerá demasiado corto; y no quisiera ver su fin, pues su enseñanza se volverá eterna en mi interior.

En ese mismo instante comprendí que aquí parado nunca sería quien de encontrar ese camino. Por lo tanto, levántate y pon tus miembros en movimiento. Mi fluido diálogo se volvía normal en el interior de mi ser. Y así, mientras el movimiento comenzaba, más la energía fluía por todos los recodos de este maltratado cuerpo. Era consciente de que el movimiento era el encargado de que la energía se acelerara de tal manera que el crecimiento de esta ya era completo.

Llegó a mi mente la idea de que ésta era muy parecida al nacimiento de una pequeña e insignificante luz en los campos de las más tenebrosas tiniebla, cuan fuerte puede parecer esta pequeña luz en un lugar en el cual todo es oscuridad.

Qué libertad siento en mí, todo aquello que yo en otro tiempo creí imposible de superar ahora se disipa sin poner ningún tipo de traba.

¿Qué es lo que se está produciendo en mi interior?

Cuanto más cansancio se instauraba en mi cuerpo, debido a que el camino me cobraba su peaje, las ganas de andar se acrecentaban. En ese momento pensé: "Esto debe ser la etapa de los contra sentidos".

¿Pero qué es lo que estoy haciendo? Está claro que la divagación no es el análisis y yo debo analizar. Pasaba ya larga la media mañana, cuando el hambre despertó en mí y no podía ser calmado más que comiendo. Pero sí puedo decir que mi mente se hallaba más famélica que el poderoso rugir de mis tripas. A mi mente la alimento a cada recodo que observo en

cada pensamiento, pero mi cuerpo necesita de la materia para satisfacer su necesidad.

El malestar me envolvía, y yo me preguntaba por su nacimiento. Ya no podía centrarme en el trabajo que mi mente pedía, pues todo mi ser se hallaba envuelto en ese agónico sentimiento físico, el hambre. Como la hambruna que me envolvía no cejaba, llegue a una conclusión. Para que la mente funcione con la libertad precisa para poder trabajar, tiene que hallarse en un cuerpo sano y equilibrado. Si tu cuerpo se encuentra malsano, tu mente estará embotada en buscar lo que tu cuerpo necesita dejando todo lo demás de lado. Pues tu mente, tu ser se halla enjaulado en un cuerpo físico.

¡Oh! Que sencilla complejidad es este cuerpo al que yo me encuentro unido. Él es quien de avisarte si tiene falta de algo o si un mal funcionamiento se produce. De una u otra forma, tan solo debemos de analizar un poquito sus señales.

¡Ah, si el ser que se halla encerrado en el cuerpo fuese igual, que sencillo me resultaría el encontrar las soluciones que busco! Mi ser tiene la deferencia de complicarlo todo. Cuanto más perdido me encuentro entre el laberinto que es mi pensamiento, más me pierdo todavía en encontrar la información que me lleve a la solución más adecuada. Y así mi información me llevó a contemplar un árbol del cual colgaban unas grandes semillas muy rojas, según me acercaba el olor que producían tenía la facultad de hacer que mi boca se llenase de agua.

Este ser no era demasiado grandioso en su forma, ya que sus cargadas ramas casi llegaban al suelo. Y así sin más, y sin pensar en las consecuencias de mis actos, cogí una de esas apetitosas semillas.

−Que semillas tan raras, ¿que serán?

Esto lo dije entrecortadamente mientras su jugo caía por los bordes de mi boca.

−Jo, Jo, Jo. Esto que paladeas no son semillas, lo que por tu garganta se desliza es la carne del fruto. También he de decirte que en el interior del fruto sí se hallan las semillas. Es una forma muy adecuada de protección y disgregación.

−Me parece muy ingenioso esta manera de proteger la semilla. Debo pedirte mis más sinceras disculpas por coger tus frutos sin pedirte permiso.

−Me siento agradecido por ello, pero no tienes por qué hacerlo, ya que yo ofrezco mis frutos con el fin de que sean tomados y así mi semilla llevada lejos, con el fin de que mis vástagos se disgreguen aquí y allí formando un vínculo que no se pueda perder.

Lo miré asombrado, hice una reverencia, cogí unos cuantos frutos más de aquellos que se me ofrecían, y di buena cuenta de ellos. Así mi hambre se vio saciada. Así que, saciado el cuerpo, es hora de proceder con la mente y saciar un poco su voraz apetito.

Miré al fondo, y desde allí volví a reverenciar a aquel ser que había sido quien de saciar mi apetito. Acto seguido me puse en marcha de nuevo, pues es en el camino como mejor piensa el caminante, y es así como yo me defino. Dando de nuevo paso a mis pensamientos, la premisa marcada era: Debo analizarlo todo, aquello que ya comprendo y entiendo y aquello que no comprendo ni entiendo y que tan siquiera conozco.

Me paré en un pequeño altillo desde donde se podía ver la puesta del sol. Pensando que hubiera ya muchas noches vacías, decidí que a ésta le daría un significado especial. No me iba a parar a descansar. Creo que todo caminante que se digne como tal, debe emprender el viaje por la noche, ya que ésta tiene enseñanzas que no encontraría por el día. Así me puse en marcha con la Luna como mi fiel aliada.

Por fin llegué a la altura del cruce que había estado esperando, pero el bosque solo dejaba ver la bifurcación. Era muy espeso y sus ramas abortaban cualquier forma de poder saber cual era más largo o bien más corto.

Fue entonces cuando me senté en una piedra que había en medio de la bifurcación.

De repente, un inaudible y horrible quejido de perro me sacó de mi análisis.

−¡Ah! Ya no puedo aguantarlo por más tiempo. ¿Quién es el que me pisa la vida?

A duras penas pude oírlo, pero creo que fue más la sorpresa que la intensidad de las propias palabras.

–¿He sido yo? ¿Quién es el que anda ahí? –Pregunté.

–No hay más ciego que el que no quiere ver. Ahora, aquel hombrecito que lloraba por sus heridas en un desierto insondable, nos ha salido un gran Dios que no se digna a mirar al universo que tiene bajo sus pies. Pues nosotros también existimos ¡Eh!

Pero en el momento en el que me disponía a contestar otra voz dijo.

–Perdona a mi hermana oh ser grandioso, pues a ella le ha tocado nacer bajo el yugo de tu zapato, y no ha podido observar otra vida más que la que tú le has permitido que viviese.

Y así, el dolor y la oscuridad total es lo único que reina en su sabia.

Ahí es donde radica mi lucha, pues yo nací unos minutos antes que mi hermana y así tuve la oportunidad de poder ver la luz de la Luna reflejada en las gotas de rocío recorriendo esa montaña en la que tú te hallas sentado y nosotras reverenciamos.

Ella nos da protección y sombra. También he podido observar el color del campo en todo su esplendor. Por eso tengo una lucha con mi hermana, pues ella exhala aquello que recibe, y es por eso que le cuento como era todo antes de que tú llegases y taparas todo rastro de luz.

–Pero…Yo…No era mi intención.

–Tampoco era el dejar detrás de ti ese rastro de muerte y desolación por allí por donde te mueves. Y por eso mi respeto, porque no puedo revelarme de otra manera.

–Pero ¿De qué estás hablando? ¿Y quién es aquella que hace que se hunda en mi ser el sentimiento de culpa?

Y así, levanté mi zapato, y allí se encontraban dos pequeñas flores, una era de un violeta tirando a rosa muy bello, y exhalaba un aroma delicioso.

A su lado, otra flor más pequeña y diminuta que la anterior, tenía un color violáceo tirando a pardo, y exhalaba un olor tan dulce que resultaba empalagoso.

–¡Ah! Sois vosotras las que os quejáis.

–Sí, pero no solo nosotras, antes de que llegases tú, el dulce grito de la muerte y desolación ya había llegado.

–Vosotros, seres grandiosos, sois tan mayúsculos que el rumor de la tierra no os alcanza.

–Pues no ¿Qué es eso del rumor? No tengo ni idea, la verdad, no lo conozco.

–Has de saber que un árbol es bastante más grande que tú, y ellos saben de lo que estamos hablando.

–Pero, ahora que puedes mi querida hermanita, mira si aquello que yo te contaba era cierto, mira a tu alrededor y dime lo que ves.

–Sí mi hermana, pero al igual que puedo ver esta luz y esta belleza puedo ver también la muerte y la destrucción como tú tiempo antes nombraste, mis sentimientos al igual que los tuyos empiezan ya a equilibrarse.

–Has de saber que el mal es la ausencia de todo bien y al contrario cuando se trata del bien. Y por eso debemos guardar un equilibrio, pues si generamos tan solo una de las partes la balanza se descompensará.

Deben entonces estar en una medida adecuada, para que todo ser pueda ser equilibrado.

–Y es por eso que cambiaré mi odio hacia ti hombre grande, ya que me has dado el sufrimiento, pero también la luz, así que vete en paz.

Y así el hombre se puso en camino procurando mirar en donde ponía los pies y pensando y analizando lo que le había ocurrido.

–¿Si yo soy Dios y a la vez soy Hombre, qué es lo que pasa?

¿Y por qué el sufrir ha alentado mi vida hasta ahora?

Así llegué a un descampado, y bajo un árbol me recosté.

Pensando, me quedé profundamente dormido y tuve un montón de extraños sueños.

Escuché un arrollo, no podía creerlo, será verdad que todavía haya un lugar por el que el agua siga corriendo y fluyendo pura y libre.

De pronto moví la cabeza y de repente:

–¡Ah! Que estado tan extraño es el sueño, pues antes de despertar juraría haber escuchado un arrollo brotar de las entrañas de la tierra, y que feliz me sentía con su canto cuando a la tierra da vida con su fluir.

–Si te despertases un poco más con el frescor de mis aguas, sabrías que aunque en parte haya sido un sueño, también soy muy real.

Me quedé un poco asombrado, ya que entre gorgoteos se me estaba hablando.

Así que me levanté sin hacer mucho caso a lo que había oído, me estiré, y cuando puse la vista por detrás de la colina, allí abajo se encontraba un bello hilo de plata, era un hermoso río. En ese preciso instante un gran crujido en mis tripas me hizo recordar que en dos días tan solo me había comido un par de manzanas.

–Pero ahora sé que todo vive y siente. ¿Qué voy a hacer?

Bueno, el buen río me ha llamado y hacia él me dirigiré.

Según bajaba de la colina la vegetación se hacía más y más espesa.

La vida que les brinda el río con su humedad es gloria, pues él mismo la crea.

Entonces… también debe ser un Dios.

–¡Ah! Qué lío...

Estos eran mis pensamientos, mientras me allegaba a sus orillas.

Era increíble la cantidad de vegetación que se podía desarrollar en sus márgenes, y claro, debía andar con mucho más cuidado.

–Que delicioso ambiente, pues solamente la humedad me libera de los rayos del ardiente astro.

Y así poco a poco llegué a sus orillas. El lugar era maravilloso hasta donde mi vista podía abarcar. La población de árboles y otras plantas era verdaderamente imponente, hacía que te sintieses el ser más diminuto de la Tierra.

–¡Ah! Pobres flores, ahora sé cómo se podrían llegar a sentir.

–Eso es bueno.

Rugió una voz, y la verdad no hice ademán de darme la vuelta, ya que sonaba por todas partes. Era una voz diferente, esta vez no gorgoteaba.

–Mi voz puede ser un estruendo cuando mi ser se precipita irrumpiendo contra las rocas, o bien la melodía de fondo de un pozanco, sus ondas hacen que mi melodía se esparza por todo el río o bien en las corrientes, y a esa nada ni nadie puede acallarla.

–Pero ya veo que tu estómago no se encuentra para monsergas.

Y eso era totalmente cierto, mis tripas tenían un diálogo propio.

Así, sin mediar palabra, el elemento comenzó a formar una onda en medio del río con sus anillos concéntricos, y en el medio del anillo más pequeño formó una boca de la cual salieron dos peces, me tuve que apartar pues casi me acaban golpeando en la cara.

Cuando quise darme cuenta, allí se hallaban esos dos grandes peces, trataban de coger aire pero era el oxígeno el que les mataba.

Y me puse a pensar: ¿De qué me vale lo aprendido, si ahora tengo que matar a estos dos pescados? Pues, si todo siente y vive ¿Cómo voy a poder alimentarme de estos dos pescados? Prefiero morirme de hambre. Cogí los dos pescados y me dirigí presuroso a la orilla del elemento. Pero en ese instante habló el elemento como si de un murmullo se tratase.

–¡A! Cuanto me alegro de tu actitud. Nunca me había encontrado un hombre con un alma tan pura.

Ahora escúchame y vete limpiando esos peces.

El hombre en sus inicios era un cazador corriente, siempre pescaba o cazaba aquellos seres que ya habían cumplido su misión como seres vivos.

Esos peces que yo te he entregado ya han cumplido su misión.

–Imploró el río.

Si observas esos animales, podrás observar que ya son mayores y viven con un solo fin, la regeneración de la especie.

Lo que es lo mismo, que una vez puestas las huevas y disgregado el semen ya tan solo esperan la muerte. Y la mejor de las muertes no es la de pudrirse en el río, sino que es dando su vida por alimentar a un hambriento, y es por eso que te digo que te comas lo que yo te ofrezco.

Pero ten cuenta otra cosa, si alguna vez tienes que pescar debes cerciorarte primero de que has dado muerte a aquel que ya ha cumplido con la mayor parte de su vida, y nunca a aquel que esté comenzando a vivir.

Pues has de saber que el hombre comenzó su devastación de las especies el día que por casualidad se topó con unos jóvenes animales, a los que un rayo hubo aniquilado. Probaron entonces su tierna carne, que no era correosa como la que comían asiduamente, ésta se deshacía en la boca y parecía digna de paladares más exquisitos. Desde ese preciso instante se decantaron por la

matanza de crías, sus consecuencias fueron nefastas, dio lugar a la extinción de un gran número de especies, algunas incluso antes que se pudieran dar a conocer. Otra causa de este aniquilamiento masivo, fueron la venta de sus pieles para la fabricación de algunos tipos de prendas, y también la colección de colmillos como amuletos u ornamentos.

Bueno, dejando a un lado este tema que tanto dolor me causa, te informo de que debes dar vida al segundo elemento, a mi hermano contrario.

–Y ahora, ¿Qué es lo que quieres decir?

–Pues lo que has oído. ¿O es que quieres comerte crudos esos pescados?

–Por supuesto que no.

–En ese caso deberás dar vida al elemento Fuego.

Pero antes que te hable de él, debes ponerte a recoger ramas secas. Como ya sabes, tan solo debes usar para esto aquellas que estén muertas, pues si están verdes, la vida todavía se encuentra en su interior, es por eso por lo que nunca debes dañar a los vegetales, ya que ellos...

–No sigas, antes de que tú me comentes nada sobre ello a mí me ha sido ya inculcado.

–Pero, ¿Qué me estás diciendo?

–Tendré más de una ocasión para que te pueda contar mis anteriores encuentros. Ahora voy a por la leña, y por supuesto, la traeré seca.

No me fue difícil el encontrar ramas secas, como ya he dicho antes había gran cantidad de árboles. Cuando regresaba de recoger ese fardo de leña, pude observar que en la orilla del río se hallaban dos piedras de sílex para poder encender el elemento. Esto realmente yo no lo sabía, pero el agua me lo explicaría más adelante.

También allí se encontraban dos pequeñas hondonadas, que hacían la labor de lavaderos.

–¿Y esto para qué es y qué utilidad tiene?

–Uno de los huecos es para lavar el pescado y el otro para tu aseo.

Y así lo dispuse. Cuando tenía todo previsto, e iba dar vida al elemento fuego, el agua habló.

–Ten mucho cuidado con aquel que es mi contrario, no es de buen talante, pero tú tranquilo que yo lo extingo.

–Pero si no me equivoco, él con su calor hace que te evapores para así crear las nubes, y éstas a su vez las lluvias, que para bien de todos riegan la tierra y hacen surgir la vida de nuevo en cualquier punto en el que la lluvia cae. Este proceso tiene lugar gracias a vuestra unión. ¿No es así?

–Sí, pero él apaga la vida, y seguro que aunque tú no lo recuerdes, hay muchos campos que han sido arrasados víctimas de su malicia.

–Sí lo recuerdo, pero también recuerdo que esos campos en la siguiente primavera nos dan los pastos más verdes.

–¿Por qué lo defiendes antes de darle la vida?

–Por dos cosas: Primera, porque él no está. Segunda, porque no creo que sea malo en esencia.

–Si algo llevo ya analizado, es que tanto el mal como el bien deben de estar equilibrados en todos los seres y en todos los elementos también.

Sin más interrupciones me puse a dar vida a este singular elemento. El Fuego.

En primer lugar nació una pequeña y tímida llama, que, ensimismada en un diálogo casi inaudible, conversaba sin parar. Mas de repente una larga, fina y multicolor llama insufló el aire en un siseo y comenzó a decir:

–Sssalve caballero de la llama, puesss una vez que me hass dado la vida vivirásss bajo mi influjo, a travésss de mi utilización. Y asssí el frío dejará de ssser un problema, mientrasss yo essste aquí.

Acércame esse alimento que ibasss a cocinar, ssu grassa ess un gran conbusstible, una gran comida.

Así, sin mediar palabra, comencé a cocinar los pescados, y entre chasquidos de la brasa percibí el disfrute del elemento con la grasa que soltaba el pescado. Acabada tan suntuosa comida, alimenté más al fuego para que con sus llamas me pudiesen calentar.

Era un arrullo como los producidos por la marea en una tranquila tarde. Así habló el agua.

–No te fíes, el fuego es un traidor.

La hoguera era ahora mucho mayor, las llamas volvieron a silbar y sus brasas crepitaban al son de los silbidos. En este instante, de sus llamas

surgieron flamantes colores que parecían darle uno y mil cuerpos. Y así, esa unión de sonidos concluyó en una sinfonía de palabras.

−Dime que recuerdosss te traen esstoss coloresss.

De golpe, se inflamó más desprendiendo un terrible y abrasador calor.

−¡Ah! Sí, ahora recuerdo, es idéntico al que pude sentir en mi estadía de perpetuo sufrimiento allí en mi desierto.

Y entonces un escalofrío recorrió mi cuerpo de los pies a la cabeza.

Esos angustiosos recuerdos que creía ya olvidados dieron fe de encontrarse allí bien vivos.

−¡Ah! ¿Por qué me sometes ahora a este dolor?

Cuando, después de todo, yo soy tu amo y es por eso que tú me debes servidumbre.

Crepitó el fuego y con una gran carcajada se inflamó aún más. Dos llamas jugaban la una con la otra, y silbando volvió a decir:

−En primer lugar, te estoy haciendo un favor. Aquel que olvida sssu passado en ssí missmo esss lo que ha ssido creado con el pressente, y el pressente ess el futuro del passado. Ssin passado no exisste pressente ni futuro, essto debess ssaber.

En sssegundo lugar, tú que no eress dueño ni de ti missmo, nunca vass a poder tratar de sser dueño de nadie, y aún menosss de losss elementosss, puess aunque te haya dicho que te ssirvo nunca te he nombrado como mi dueño, y ssi por sservir entiendess esssclavizar muy mal comienzasss tu nueva exissstencia.

El crepitar y las llamas disminuyeron de intensidad, y como si de un agradable aroma se tratase, inflamó mi interior para dar paso al relato de algunos de mis recuerdos.

−¡Ah! Ahora sí, mis recuerdos comienzan confluir en mí. Como aquel manantial que da vida al río, así van llegando todos los que aquella oscuridad había logrado generar.

En un principio yo era como la gran mayoría, o eso creía, pero en realidad nunca fue así. Aunque sí he debido de pasar por ciertas etapas, las cuales nos tocan a todos, ya sabéis:

nacer, crecer, amar, procrear y morir.

En el parto no surgió ningún contratiempo, quiero decir que no di problemas a mi madre. Ya de pequeño era un gran soñador, aunque cuando eres un niño los demás no perciben quizá esa clase de sentimientos en ti, por eso no destaqué por esa faceta. Pero, desde el momento en que la lectura hizo acto de presencia en mi vida algo se rompió en comparación con el resto de los seres que me rodeaban. Algo se transmutó en mí, y de ahí surgieron mis primeras dudas.

Muy pocas eran a las que les encontraba solución, con estas no había problema porque se disipaban entonces.

Lo malo fue cuando crecieron en número y llegaron a ser demasiadas, despejaba una y cuarenta se quedaban por el camino, por ese camino que yo iba construyendo, el camino de la ignorancia.

Fuese consciente o no de la realidad, yo lo quise así.

O así me lo hicieron creer. Pues, incauto de mí, caí.

En un principio no me daba cuenta de cuánto me alejaba de esa gente a la que llaman "normal". El problema no viene de una persona individualmente, el problema viene más bien de un conjunto de estos al que llaman "sociedad".

Yo podía ver cosas que la sociedad no puede, yo percibo más allá, mucho más lejos.

Pero claro, lo que no puedes ver es lo que la sociedad te guarda, pues de niño eres el soñador, el rebelde, el inadaptado, eres un pequeño problema, y, ellos comentan:

−No, no lo podemos dejar con los demás pero tampoco podemos dejar que evolucione, por si acaso.

Pues tan solo sus ideas podrían llevamos al caos, ¡ay, si la gente supiese que puede hacer algo más que soñar!.

¡Y él lo sabe!

Menudo problema si lo dejamos libre.

Pero la sociedad tiene solución para todo y si no se lo inventa, y así lo hizo.

Construyó unos aparatos en los que tu puedes ser el protagonista de una gran historia de aventuras y ni son ciertas, ni son tuyas, de esta manera consiguen robarte los sueños.

De esta forma la sociedad embelesa a los niños ya en sus principios, ella sigue con sus invenciones cada vez de mejor calidad y te las ofrece. Pero no hay nada en su mundo que se dé a cambio de nada. Si lo quieres, debes ser un esclavo para así poder pagarlo.

Y por último, te advierte:

Fuera de mí no hay nada, y nada prevalece.

Y así es como creces dentro de ella sin poder adaptarte, vigilado constantemente, y nada más te queda que sobrevivir.

Hasta que un día no puedes resistirlo y esa careta de cartón se rompe. Ya no quieres más disfraces, tan solo quieres ser tu mismo.

Tu única opción es la de escapar, echar a correr para poder vivir y no sobrevivir.

¡Ah! Amigo, no puedes escapar ni tampoco esconderte, o por lo menos ellos quieren que así lo pienses, y en un principio lo logran, vaya que si lo logran.

Fue entonces cuando sólo quedábamos yo y mi desesperación, por algo que quería comprender y que se encontraba en todas y en ninguna parte en particular, pero si sé que nada escapaba a su control.

Así fue como me fui encerrando, hasta que pude volver a tener conciencia. Me pude cerciorar entonces de que todo lo que me rodeaba era arena, y me encontraba en medio de un horrible desierto al que bauticé como:

"La pura Desesperación".

En un principio me daba igual, ya que había llegado de un mundo todavía peor y en esos momentos la pasividad era lo único que podía amar.

El silencio roto tan sólo por ráfagas de aire se convertía de vez en cuando en una fuerte ventisca, traía a mis oídos cientos de lastimosos sonidos, se trataba de verdaderos lamentos que hacían que mi ser se encogiese en "defensa propia".

Aunque al principio no sabía que esos eran mis propios lamentos, pues no los escuchaba, tan sólo temblaba.

La estancia en ese desierto fue muy larga y penosa, por eso al final deseaba que el aire se levantase, pues era la forma de que algo cambiara.

Se trataba de un terreno tan vasto, que mirases donde mirases, no alcanzabas a ver otra cosa que no fuese un seco desierto.

Enojado ya de tanto sufrir, dispuse que debía moverme, pues había llegado a la conclusión de que mi derrota había durado ya lo suficiente.

Llegó el momento en el que me puse en marcha, daba igual a donde ir, tomé esa firme decisión y me puse en pie, aquella ventisca fue la más fuerte que recuerdo. En ese momento alcé la mano, no recuerdo con qué fin, pero lo que sí sé es que ésta atrapó algo. Fue entonces cuando, con una gran fuerza de concentración, me puse a caminar. Todo me dolía, mis músculos se encontraban atrofiados, y digo todos por que ni tan siquiera mis ideas fluían como ahora lo hacen, fijaos hasta donde podía llegar que era consciente del "empuje" que debía realizar para que algunas ideas apareciesen en el interior de mi cabeza. Mucho tuve que sufrir hasta que la decisión llegó, pero una vez surgió y el movimiento se produjo, comencé a reaccionar a todo tipo de estímulos ya fuesen internos o externos y así me sentí como el niño que comienza a vivir, pero también al contrario, como el viejo que comienza a morir. Supe que la vida continuaba y debía ser vivida.

El resto ya lo conocéis. .

Con un crepitar oloroso y un sonido de ahogo del agua en movimiento, ambos hablaron al unísono.

–Ahora comienza el momento de la verdad y no debes volver al origen y asimismo nacer como hombre libre.

El fuego volvió a hablar.

–Pero antesss debesss hablarnosss de tuss miedoss. Al igual que hacess con la materia inflamable que me dasss para que yo viva, debes hacer lo missmo con tuss miedoss para assí poder quemarlosss.

–No le eches más leña al fuego, deja así que se extinga en mis aguas.

Habló el agua.

Y yo contesté.

–No intentes protegerme, pues fue la protección la que me metió aquí. Bueno, no aquí, sino en ese desierto, y por eso mismo tengo que ser yo el que haga frente a ese tipo de sentimiento. Lo siento en el alma, por lo tanto debo darle solución a esto que en mi interior me quema.

Temer, temer. Sí, pero. ¿A qué? ¿Y por qué? Pues es el miedo mismo el que tiene parte de culpa. En realidad fue él, el que me impulso a llegar al

desierto. ¿Por qué no le hice frente a la sociedad? Solamente mi pensamiento me decía, huye. Y si huyes, quiere decir que algo temes. Fue así que mi elección fue el miedo, no sabiendo asimismo que el hogar de todo miedo residía en este desierto. Allí se encontraba la madre de todos los horrores, y así me fui cerciorando de que yo era la madre y el padre de todos esos horrores, e inconscientemente fui creando ese engendro que grano a grano y duda a duda, miedo a miedo se fue reafirmando como materia. Así nació mi desierto. .

Aunque mucho más tarde y cansado, llegó la pequeña ráfaga de luz a mi pensamiento y esta fue la idea que en mí se hizo fuerte.

Sin mí no existían los miedos ni las dudas, permanecí entonces pasivo, de esta forma, al no sentir todo desaparecería. La muerte en vida era cuanto me quedaba, aunque no había previsto el despertar. Todo se llenó de preguntas. ¿A quién? ¿Por qué? ¿Cuándo?

Y así, todo comenzó a difuminarme, hasta llegar a una total desesperación. Fue el principio o el final, pues de no tomar la determinación adecuada llegaría a la muerte total, aunque todavía...

Mi decisión fue fulminante y ayudó a espantar todos mis miedos, y aquellos que no tenían solución huyeron momentáneamente de mí, como si escapasen de una fiera todavía mayor que ellos. Asimismo he ganado una serie de sentimientos mucho mayores, más poderosos sabiendo que el miedo soy yo y yo soy lo que me proponga.

Oscureció, la noche descubría su manto negruzco sobre mi cabeza. El fuego, con satisfacción, dijo:

−Duerme, duerme pequeño que yo me ocuparé de que el frío de la noche no te ponga lasss manosss encima.

−Y yo me encargaré de que duermas bien y te conduciré a los brazos de Morfeo.

Habló el agua.

Antes de abrazar al sueño escuché arrullos y crepitaciones del fuego, que unidos formaban una hermosa sinfonía que me conducía inevitablemente al lugar en el que todo es posible.

Me desperté totalmente sobresaltado, una pesadilla hizo mella en mi sueño, pero al despertar comprobé que una hermosa mañana soleada y

brillante se presentaba ante mí, dándome la bienvenida y animándome a que me levantase.

Miré al fuego, pero de él tan solo quedaban unas brasas que con una muy baja estridencia, pues no podía ser de otra manera, me daban los buenos días.

−Toma un poco de leña seca como alimento, que bien te hará.

Con un fuerte crepitar me dio las gracias efusivamente.

Así mismo me levanté, me dirigí a la orilla y comencé a lavarme. Surgieron entonces unas algas del fondo que tenían un agradable olor.

−Toma, lávate con esta especie que te ofrezco, lo más parecido al jabón que puedo conseguir.

−Muy agradecido, no estoy acostumbrado a que sean amables conmigo.

Y acto seguido me dispuse a lavarme. Que olor tan agradablemente natural era el olor a la vida en la naturaleza.

Cuando ya hube acabado, mi estómago se volvió a quejar, pues añoraba un buen desayuno. Fui en busca de algunas bayas para que me ayudaran en la tarea de saciar mi apetito.

De repente, entre arrullos, el agua me dijo.

−Solo aquellas que estén maduras.

Me introduje en el bosque, un poco más lejos, entre los árboles se había formado un claro. El sol y el rocío hacían de aquel lugar la estampa más hermosa que yo haya podido observar, en realidad, parecían millones de diamantes brillando por doquier. Pasé de largo en busca de mi alimento, ya que el fruto buscado no se hallaba allí. Cuando ya había subido a un lugar lo bastante elevado, encontré al fin un recodo en el que moras y bayas crecían a su antojo.

Era como si una mano invisible cuidase las plantas.

Bueno, fuese como fuese, comencé a comer, me encontraba feliz, iba de una mata a otra buscando siempre las más maduras. Sin darme cuenta seguía subiendo hasta que llegué a un punto bastante elevado, tenía una visión privilegiada, pues podía ver el bosque y el río. Pero en el momento de mirar al otro lado nada pude distinguir, pues un gran mar de niebla todo lo cubría y tan sólo se percibían una pequeñas “islas visibles” formadas por el pico de unas montañas.

Aquella a la que yo quería ir se asemejaba a un volcán emergiendo de un gris mar.

Quedé extasiado por tanta belleza, aunque ésta a veces nos ciega.

En realidad no nos deja ver lo que en su interior se esconde. Todo es muy bonito cuando sólo percibimos aquello que queremos ver, aquello que nos gusta.

−Va, no será para tanto, menuda cara de tonto.

Sugirió una voz entre las matas.

−¿Quién es el que hasta a la belleza se atreve a poner trabas y no admirar así su hermosura?

¿Quién es él o la insensible, que con mirar no es capaz de quedar absorto de todo?

Despliega tu vista en este paraje de Dioses e hínchate con su majestad.

En ese momento se escuchó una réplica.

−¿Qué haces tú aquí entonces?

¿O tan absorto te has quedado que ya no sabes ni quién eres?

−Si sé quién soy, y me encuentro aquí por propia imposición, pues yo y tan solo yo he decidido que así sea.

Mientras lo iba diciendo no podía creer lo bien que me sentía, notaba por vez primera que era yo el que gobernaba mi vida.

Ahora sé que sin mi consentimiento este momento no se hubiese producido. E inmediatamente, mucho más convencido, dije:

−¿Quién es aquel que me interroga, y ni tan siquiera da la cara, escondiendo su ser tras lo matorrales?

La réplica fue inmediata.

−Yo no me escondo, simplemente...

Y este fue, creo, el momento más cómico de mi vida. Pues esperaba a un hombre como es normal, pero aquí nada es como te lo esperas.

¿Y qué figura creéis que apareció ante mis ojos?

Pues una cabra.

Sí, sí, una cabra salió de entre los matorrales.

Pero bueno, no parecía una cabra cualquiera. Era la primera, aquella a la que le extrajeron la primera gota de leche, aquella que representaba la sabiduría para que muchos pudiesen entender la vida en su esencia.

Daba la impresión de encontrarse ya vieja y cansada. Pero también poseía un porte orgulloso y ella bien lo sabía, así mismo se veía fuerte y lucía sus increíbles músculos.

Sus barbas largas y blancas le daban un gracioso toque de distinción y coherencia, sus duros y fuertes cuernecillos hacían temer el acercarse sin permiso.

–Y tú, un simple animal de corral, quieres o pretendes analizar o poner en evidencia a aquel que te mantiene, pues mi especie sirve y cría a la tuya.

Cogió carrerilla y me propuso un tremendo cabezazo al tiempo que me decía.

–Muerde tierra muchacho, pues es todo cuanto mereces.

Incorporándome aunque dolido por el golpe y también por la caída, le dije:

–Pero ¿qué haces loca?, la violencia no lleva a nada.

–Júa, ha. Y eso me lo dice un hombre. No lo puedo creer, aunque mis orejas lo estén oyendo. Te he golpeado por dos cosas:

Una, por vanagloriarte de tu raza, de la cual te encuentras hastiado y cansado ya que hasta tú has huido de ella, aunque bueno, muy parecido eres pero no igual, en tu interior lo has de sentir.

¡Oh!, dicha de un ser que para aprender tiene que olvidar. ¡Oh!, que desdicha a mi forma de entender.

Pero como te encuentras en plena evolución, no es del todo culpa tuya.

Y la segunda: por todas las muertes innecesarias de las que la raza humana es culpable. Ya sé que son los de tu raza, no tú, pero es tal la similitud que no he podido más que acelerar. No contra ti, sino contra esa especie.

–Pero dime, ¿Qué? o ¿Quién eres? Pues sabes cosas de mí que ni tan siquiera yo sé.

–Yo soy parte del ciclo natural de las especies. Y si tú, un ser sin catalogar, irrumpes en nuestro mundo natural, todos aquellos que formamos la cadena natural estamos sobre aviso.

–¿Por qué? ¿Quién os ha avisado?

–Nos avisaron de tu llegada, pues ya hace un tiempo que un cambio se producía.

En realidad existe una especie que nos amenaza, y debe ser extinguida, así como ya pasó hace tiempo.

No preguntes quién, pues no te puedo decir, eso no entra dentro de tu comprensión.

¿Tú no has sentido aún como una llama crece dentro de ti? No se extingue y crece más y más en tu interior, pero como ya te he dicho, tu especie debe olvidar para volver a aprender. Sigo pensando que es una verdadera pena, o más bien una gran pérdida de tiempo.

Lo que sí te diré es que estoy aquí para servirte, por lo tanto lo que quiera o no quiera yo no importa. La única realidad a la que he de ceñirme es que yo vengo en tu busca. Ahora iremos al lugar en el que te están esperando, allí donde se encuentran los elementos, pues ya se están impacientando. No me digas que no oyes su eterna discusión, la que puede acabar en algo peor.

−Pero, ¿a qué te refieres?

−Tú sígueme.

Y así con ese ser amilanado y de avanzada edad, llegamos al lugar en el que me estaban esperando. Efusivamente el fuego crujía silbando y crepitando, pues pretendía extenderse para hacerse más fuerte.

Mientras, al otro lado, el agua creaba un remolino que se hundía sobre sí mismo en círculos concéntricos, éstos hacían presión los unos sobre los otros y así podría salir disparada en cualquier momento contra el fuego, disipando así su avance.

Yo, al encontrarme en medio de tal situación, acabé gritando con todas mis fuerzas.

−¡Por favor!!! ¡Pido perdón por mi tardanza! ¡Por favor! Perdonadme si podéis.

Lo grité lo más fuerte que pude.

Entonces esos dos grandes seres naturales dejaron de crear ese estigma de miedo y dolor como si del "alto" de una gran batalla se tratase. El tratado de paz y el silencio llegaron de repente. Fue en ese instante, en el que la representación del odio infinito allí expuesta caló tan hondo en mi ser, que se encogió sobremanera. Seguidamente, comencé a llorar y a pedir perdón sin

parar. Me culpaba a mí mismo, mi tardanza había propiciado esta situación, y si no hubiera ocurrido esto estaríamos en otras condiciones.

Desesperado en mi interior, levanté poco a poco la cabeza, y entre un sollozo pude vislumbrar a la cabra sonriente. El sentimiento de culpa se transmutó en odio y éste se inflamó en mí. Todo apuntaba contra ese ser, que me había tratado como el culpable de todo aquello que allí había acontecido.

–¿De qué te ríes? Tú, insensata, no me digas que te hace feliz este panorama de odio y de culpa.

–¡Ah! No te culpas por lo que haces, y te culpas por aquello que no has creado.

Este odio que acabas de presenciar, existía mucho antes de que cualquier ser vivo existiera, pues sin este tipo de enfrentamientos la creación nunca se hubiese llevado a cabo tal y como la conocemos.

Todo aquello de lo que tenemos conciencia es por culpa de la lucha de los cuatro hermanos, los cuatro elementos. Sus batallas nos llevan a la existencia en vida de todo cuanto conoces. Espero que sepas a qué me estoy refiriendo.

–Por supuesto, están todos aquí presentes. El fuego, el aire, el agua y la tierra.

–Muy bien, menos mal que no eres de esos que piensan que a las nubes las parió la Luna y así nos llegan desde el más allá. Júa, ha, qué imbéciles los de tu raza cuando se implanta la coherencia y dejan de ser creadores de ilusiones. La realidad se encarga de poner las cosas en su sitio.

–Ya sé que es muy poco lo que sé, pues como tú me has dicho antes, lo he olvidado todo y es por eso que no puedo saber más. Pero aquí me encuentro ávido de aprender. Y deja ya de hablar mal de mi raza, que tú dices que no es la mía pero cada vez me siento más vinculado a ellos.

–Bien, todo aclarado, enjuágate las lágrimas y ve en busca de un recipiente donde puedas echar la leche que me has de sacar para el desayuno, pues va siendo hora de mi ordeño que ya me duelen las ubres. Ya que es un bien compartido no diré más. Bueno, sólo una cosa, piensa bien en lo que vas a hacer, pues esa parte de mi cuerpo es muy delicada y en vista de lo poco que sabes, no creo que tu vida erótica fuese un gran jardín de violetas. Mis ubres son muy sensibles, son igual que los pechos de tu madre.

Para ponerme a la faena fui primero en la busca de un cazo. Pero ya se sabe, aquel que quiere encontrar que no busque. Esto fue lo que ocurrió.

Al cabo de un tiempo, ya desesperado por los gritos de la cabra y en vista de que no encontraba recipiente alguno, decidí que bebería directamente de la ubre y claro, aquel que corre, no sabe donde pone los pies. En ese momento tropecé y caí de bruces, al mirar cual había sido el motivo de mi tropiezo pude observar una piedra con la que mi pie se había encontrado. Tenía el tamaño de una taza, bueno, en realidad era un poco mayor. Había sido desbastada por el agua y el aire, perfecta.

La llevé entonces y me dispuse, cogí directamente la ubre con mis suaves manos, tiré y esperando la queja del animal, cuál fue mi sorpresa cuando esta no se produjo. Al final, incluso las felicitaciones me dio.

–¡Oh! Ya podrían ser todos los que me han ordeñado igual que tú. Y así entre palabras, comprensiones y análisis nos pasó la mañana.

Cogí las piedras para hacer fuego y llené el zurrón de agua. –¡Ah! No os había dicho que la cabra me trajera una pequeña mochila. Y sin más dilación me puse en marcha. La cabra andaba a mi diestra no sé por qué, se lo tuve que preguntar.

–¿Por qué me sitúas a tu diestra cabra?

–Oye cabra, ¿por qué a la siniestra? si fueses a la izquierda, ¿por qué atrás, por qué adelante?

Tú siempre como la mayoría de los seres, en eterna duda. ¡Ah! Que malo debe ser estar siempre maquinando, la duda os come el tiempo, la energía y las ganas de seguir. Debes de buscar por ti mismo las respuestas, y de esta manera os sentiréis más orgullosos y seguros de vuestras maquinaciones.

Emprendedores de la gran pregunta, con una respuesta para cada uno diferente.

–Si ya sé que la respuesta no es la solución final, pero ayuda a comprender y poder comparar mi idea con la tuya. Y así llevar la respuesta al cauce correcto.

Pero, ¿te puedo hacer una pregunta?

La cabra echó a correr y se dio contra un árbol de frente.

Aquel era un frondoso árbol, lleno de hermosas manzanas

− Con el ímpetu del impacto, una multitud de manzanas maduras cayeron al suelo.

−Tu cabeza es más dura que el tronco de ese árbol.

−Sea como sea ponte a comer estos frutos que el árbol te ofrece, pues ya sabes, cuando habla la barriga calla la cabeza.

Carga los bolsillos con este delicioso manjar, aunque muchos lo denominen como malicioso. Lo de malicioso supongo que os imagináis por donde voy y a que me estoy refiriendo, pues hay un entendimiento o exclamación popular que se refiere a esta fruta como prohibida y cegadora de todo acto de voluntad. La gran serpiente de la sabiduría pendía de este el árbol de la ciencia, el cual era toda una afrenta para ciertas organizaciones. Pero eso es un tema para el que ya tendremos más tiempo.

Y así mientras caminaba pensaba, y llegué a la conclusión de que un árbol frutal no se puede encontrar muy alejado de una población, pues un árbol de estas características necesita en primer lugar de ser plantado, y después también de varios cuidados.

Y fue por eso que quería exclamar, aunque antes pensé, porque tonto no soy, que no debía preguntar.

−Hermoso manzano tan cuidado, me parece extraño que crezca por sí mismo tan saludable.

−Muy hábil, vas aprendiendo, no creo que yo misma hubiese utilizado ese lenguaje tan sutil que acabas de usar.

He de decirte que yo no soy quien decidió ir a buscarte, tan sólo soy una mandada. Siempre he vivido con los seres humanos y por eso me encontraba allí arriba, no me encontraba comiendo bayas, lo que hacía era buscarte.

Esa era mi misión, y una vez terminada llegará mi premio.

¡Oh! Perdón, solo estaba delirando. Tengo que comer, paremos y no hablemos más.

Tan solo podía pensar en cómo sin preguntar poder sacar información. Ella ya me había roto todos los esquemas, y ahora ya no sabía cómo abordarla puesto que parecía estar siempre preparada, antes de comenzar a hablar, una fulminante mirada decía que me callase.

Pensando caí en la cuenta de que no conocía tan siquiera su nombre, ni como preguntárselo, pues como ya sabéis tenía prohibido el preguntar.

Levante un poco la vista lejos de toda meditación. El paisaje y el sol se encontraban en su máximo esplendor. Las praderas daban las gracias al astro con su verde más esplendoroso y brillante, los árboles también se encontraban agradecidos y lo demostraban con sus frutos maduros.

Y así, con unas cosas y otras, las tonalidades de la naturaleza se afirmaban con miles de diferentes colores y el sol demostraba su complacencia mostrando el cielo con todo su color azul más intenso.

De esta manera fue como, por un momento, me extravié de todo pensamiento, ya que sólo la intensidad de los colores recorría mis ojos. Y uniéndose también, el fluir de todos los olores se precipitaban, subían por mis fosas nasales llegando al final a mi mente, haciendo que todo mi ser se volviese a estremecer por la infinita libertad que en mi interior sentía y al exterior exhalaba. Como expresión se producía una fuerte piel de gallina que no podía de ser controlada, al igual que las lágrimas que por mis carrillos se precipitaban, surcando así todos los espacios de mi piel. Y de esta forma pude saber que antes de que llore el cuerpo lo hace el alma.

Un fuerte bramido de la cabra me hizo salir de esa forma de sentir.

−No juegues con aquello que no controlas, pues lo que interiormente surge exteriormente se manifiesta.

−Lo sé, pues mis lágrimas son de alegría y se manifiestan en el exterior al igual que ocurre con la pena.

−Ya, ya… me vas a decir que la alegría se manifiesta antes que la pena. Pero, querido amigo ¿por qué revives aquello que te ha hecho daño?

¿No ves que cada vez que lo haces vuelves a darle vida a ese dolor? De esta manera lo tendrás cada día más presente, y en vez de irse te seguirá haciendo daño por siempre.

Es uno de los pequeños peligros que nos brinda la memoria, y por eso es bueno saber eso de ella.

−Sí, pero por favor, deja que este momento se me grabe en ella, porque del mismo modo que puedes revivir las malas experiencias también podemos hacerlo con las buenas. Así funciona la memoria.

–Bueno, pero acaba, ya va siendo hora de continuar. ¿No lo crees?

–Prosigamos pues.

Inhibido de todo y observando ese gran paisaje que cambiaba según caminábamos, llegamos a una bifurcación. Uno de esos caminos se dirigía hacia abajo, hasta encontrarse con la vera del río. Tan sólo hasta ahí alcanzaba mi vista.

Y el otro, sin embargo, se dirigía al interior de un espeso bosque.

Ese mismo lugar se componía de unos enormes y majestuosos árboles, en un principio se podían observar unos castaños y unos robles que, a medida que se iba haciendo más frondoso el lugar, iban adquiriendo más y más altura.

Miré a la cabra y con un movimiento de hombros arriba y abajo pregunté.

–¿Qué, al bosque?

Y entonces volví a preguntar.

–¿Por qué no al otro? ¿A dónde lleva el uno como el otro? ¡Ah!

¿Cómo sacar información sin preguntar? Ya lo tengo.

Y así fue como comencé a relatar una historia.

Un día llevé a un amigo a un campo que él no conocía, por lo que tuve que explicarle a dónde y por dónde íbamos, de esta manera disfrutaríamos mucho más del camino. Y así en el caso que mi amigo trajese a otra persona que yo no conociese, trataría lo primero de presentarme. Primeramente le daría a conocer mi nombre, le pediría que él me dijese el suyo y le explicaría también algo sobre mi vida para que él hiciese lo mismo, de esta manera entablaríamos una pequeña confianza que ayudaría a excusar esas típicas preguntas, esas que se producen si la confianza no existe. ¿Cómo puedes fiarte de quien tan siquiera te da su nombre?

En el momento en el que miré a la cabra, lleno de orgullo, pude observar como ésta se hallaba completamente dormida.

Rojo de rabia me puse a caminar sólo, y sin despertar a la cabra elegí la opción del bosque, aunque en realidad no sé por qué escogí esa opción, supongo que fue porque se hallaba frente a mí.

Me encontraba en un lugar muy hermoso e imponente, me volví a sentir tan pequeño...

Era un sitio en el que el color no era síndrome de opacidad, todo lo contrario a lo que percibí en la pradería, en la que los matices del mismo color todo lo envolvían haciéndolo a cada paso mas y mas brillante. Aquí los matices que el verde tenía a través de la luz eran extraordinarios, parecía que absorbían parte de mi amor convirtiéndolo en otro matiz de ese verde, qué increíble me hacía sentir.

Gracias al techo de los árboles, por entre los pequeños espacios se colgaban bellísimos racimos de luz que chocaban con las rocas llenas de musgo y con la hierba, y ésta relucía entonces en un verde que no tiene nada que ver con el verde en sí. Era luminoso, con toda su extensión y de esta manera la luz parecía brotar del tallo hacia la punta de las hojas. Era maravilloso el poder ver lo que parecía el alma de esta planta, todo parecía que me sonreía con sus colores.

Los troncos de esos árboles eran mucho más sombríos y jugaban con esas luces para dar vida a una y mil formas, tamizadas de una gran imaginación, que formaban aquello que a mí nunca se me hubiese ocurrido.

El árbol sostenía una gigantesca copa, que con una fuerza hercúlea las ramas mantenían. Era una pesada forma de belleza en toda su expresión.

Absorto me encontraba en la magna belleza del bosque, cuando de repente:

–¡Júa, ha, júa, júa...!

Una nublada mirada dirigí hacia mi parte trasera, allí al final estaba la cabra.

Ahora comprendía lo de "estás loco como una cabra".

En verdad merecía la pena esa visión. Ella se encontraba en el fondo del bosque. y con su silueta difuminada por esa tenue luz que por su espalda la iluminaba, ese camino que el animal ocupaba seguía hasta perderse en un fondo que mis ojos no podían alcanzar. Pero cuando la luz ya dentro del bosque surcaba con su emisión entre las ramas, entretejiendo así una gran alfombra con miles de matices y colores cambiantes, era un éxtasis del que tan sólo la iluminación era su creadora. Ella era quien de crear a través de esa luz, o apartarla a su gusto y condición, se trataba de un hermosísimo lienzo momentáneo.

Ningún ser hubiese sido capaz de crear semejante espectáculo.

–¡O!, ¡O!

Otra vez el gemido nauseabundo de ese ser que es la cabra, me sacaba de ese idílico espectáculo.

–¡Qué! ¿Qué quieres ahora?

Cuando hablo callas y cuando callo hablas o rebuznas, o más bien no sé.

La cabra en ese mismo instante bajó la cabeza dirigiendo su vista a lo más profundo del suelo. Yo pensé que me iba a escornar, pero de pronto un inaudible sollozo llegó a mis oídos. Hizo que mi cuerpo se estremeciera, pues el llanto de mi alma se manifestaba de una u otra manera en mi cuerpo. Pensé. ¿Qué debo hacer ahora? No debería de haber sido tan cruel, pero es que a veces...

De nuevo un sollozo más lastimero aún. Una tristeza más honda todavía fluyó en mí, me sentía totalmente culpable, sólo y desconsolado, y a la vez sentía miedo de la reacción de la cabra. Auguré una situación privada de lógica, pues analizándolo bien, era yo el que me encontraba verdaderamente enfadado. Pero también fui yo el que ha agredido cruelmente a ese animal, aunque no sé si se ríe de mí, aunque eso creo.

Ya no lo aguanto más y debo darle solución a esto. Comencé a desplazarme en dirección a la cabra, pensaba en cómo podría pedirle disculpas, qué le diría cuando me encontrase frente a ella. De repente, otro pensamiento me dijo: Puedo ponerme a correr extrayendo de mi ser toda esa fuerza con la que nunca antes había ni soñado tener y esconderme, después...

Pero una vez enfrente y con los ojos llorosos, lo que había pensado se esfumó. Cavilando que ya nada valía la pena, me dejé llevar y la besé en la mejilla, justo por debajo del ojo. Sus lágrimas inundaron por unos segundos mis labios, los separe de su faz, y le pregunté cómo se llamaba.

Ésta paralizada me dijo:

–Me advirtieron sobre ti, pero no suponía que fuese cierto.

Cayó rendida y lloraba, pero no era pena lo que yo podía percibir sino al contrario, en un principio era una incertidumbre que ahora se desvanecía, Sentí un gran amor, que es lo que ahora me llegaba.

–Me llamo Oyam y simplemente soy un ser con una misión determinada que una vez satisfecha, pasará de una a otra esfera.

–No entiendo eso, dije.

–Con el tiempo lo entenderás. Ahora nos dirigimos al santuario del pensamiento.

–¿Por qué? Si yo no he pedido que se me lleve allí.

–Tampoco has podido nacer, o por lo menos no lo recuerdas. –Pero nos dirigimos allí para que tú puedas seguir hasta la montaña–. Ahora he de decirte que has de ser tú el que tiene que decidir porque, si no me equivoco, tú preferías el camino del pueblo, el que llevaba al río pero, ¿por qué has elegido el contrario?

No me lo había planteado, ni siquiera sabía si había elegido, y menos todavía cuál de los dos. Así pues, puedo decir que en este caso fue el camino el que me ha elegido a mí. Lo que sí es cierto, es que cuanto más me internaba más a gusto me sentía, pues la vista de estos gigantes es bella para cualquier caminante.

Pienso que ha sido una buena elección.

–No creas todo lo que dices, pues te dejas envolver por el arrullo de tus propias palabras y olvidas lo que estás diciendo.

He de decirte que el bosque puede ser una salve a la belleza, pero según se vaya haciendo éste más viejo, sus árboles se apiñan sin que te dejen ver el cielo azul.

–Sí, pero puedo ver como los rayos de sol pelean con las hojas, y en alguna de esas batallas uno de esos rayos se logra abrir camino hasta el suelo haciendo que ese momento sea una emoción en sí misma.

Llegar a un bosque vestido con sus mejores galas, y estar presente cuando el sol consigue penetrar en sus hojas y las cambia volviéndolas de un color más luminoso y bello, te lleva a comprender que el árbol no podría alcanzar su máximo esplendor sin su amigo el Sol.

Y llegada la noche el color cambia, pues la luz es diferente, ahora son ríos de plata los que corren; y dirás que eso es una mala visión. Pues no, sólo es la Luna que cuando su plenitud alcanza viste al bosque de blanco y plata como la novia que espera en el altar.

Miré a Oyam y éste estaba raro, dijo:

– Cuan dificultoso me es este momento, querido amigo. Pues hasta aquí he llegado...

Y haciendo una reverencia marchó corriendo y cantando, sólo pude entender:

"Yo lo vi"

"Yo lo así"

"Y así lo conseguí"

¡Oyam! −grité y grité, pero ninguna respuesta me encontré.

Bueno, debía sobreponerme y seguir adelante para poder entrar en el bosque.

Al rato, cuando ya el bosque empezó a perder la mezcla de tantas clases de árboles y se convirtió en monótono, pues solo un tipo de ellos reinaba en esta zona, aproveché mi difícil distracción y me centré en lo que hasta ahora me había ocurrido.

Pensaba en que se me había ordenado analizar, y que hasta ese instante no me había acordado de hacerlo. Entonces, repasé todo cuanto me había acontecido desde mi encuentro con el árbol después de salir del desierto. Con esas florcillas que me enseñaron, que al igual que los seres de mayor tamaño o pertenecientes a otro mundo no vegetal, ellas también pertenecen a un ecosistema vivo, que por cierto, casi hago añicos.

Por lo tanto y a mi entender, este mundo está repleto de otros mundos que están llenos de vida, esos mundos son posibles por todos y cada uno de sus componentes. Una mala intervención en este cosmos puede llevar al caos, la muerte y la destrucción.

Por eso ahora miro siempre antes de poner los pies, pues no quiero que se me acuse de dar forma al holocausto ya sea del tamaño que sea.

Así también llegaron los elementos. Me enseñaron que no todo es culpa mía, que ya era así antes de que mi existencia tuviera lugar, como también me hicieron ver

que lo que a veces nos parece una gran catástrofe no es más que un nuevo comienzo.

¡Ah! y también tenemos a Oyam. ¡Qué enseñanza arrancadas de este individuo! ¡Son tantas! Pero todavía están verdes, y así lo prefiero, porque es mejor que maduren en mi interior, comprenderlas dentro de mí y rumiarlas a mi antojo. Luego podría transmitirlas también si fuese menester.

Al cabo de un tiempo me puse en marcha, pero siempre a la vera del camino, ya que allí no había ningún ser viviente que no fuese vegetal. Sin ninguna prisa y mirando en cada momento donde ponía los pies, me dispuse a coger unas ramitas hasta tuve un fardo suficiente para encender una hoguera.

El bosque es padre y madre de su mundo, si entras en él como debes hacerlo no te pone trabas, todo lo contrario, se encarga de facilitarte todo aquello que necesitas y lo deja en tu mano.

Así pues, coloqué también unas piedras en círculo para evitar que el fuego se propagase, y de inmediato me dispuse a dar vida al elemento. Cogí la bolsa, saqué un poco de yesca y las piedras, y colocando las ramitas golpeé las piedras cerca de éstas para que así la chispa procedente de las piedras incendiase la yesca.

Pero después de golpear varias veces caí en la cuenta de que el fuego no estaba por la labor de aparecer. Pensé en insuflarle un poco de aire a través de mis pulmones. En el momento en el que el aire llegó a la chispa, ésta fue a parar a la yesca, y en ese instante una lánguida y larga llama sibilina apareció. Con un silbido apagado comenzó con una adulación típica del elemento.

¡Oh! Graciass mi omnipotente sser, puess ssin tu ssoplo de vida, todavía no habría sido possible el renacer una vez máss en.....

De pronto calló, pues hasta ese momento no había divisado lo que alrededor tenía.

La llama era entonces pequeña e incoherente, pensé entonces que se iba a apagar cuando un profundo crepitar en la leña me hizo acercar, para volver a soplar y entonces surgió una llama ancha, fuerte y grande que casi me quema las pestañas.

–Un bossque, o divino sser, ¿por qué me ponesss a prueba en medio de lo que me mantiene y puede hacer que mi fuerza sse multiplique por mil, no querrásss ponerme a prueba, verdad...?

–La verdad es muy diferente de lo que tú tienes pensado, lo único cierto es que mi cuerpo necesita alimento.

–¡Ah! y dime con qué tipo de grassa vass a alimentarme, puess ya sabess que no hago ascoss a ningún tipo de alimento, ssea pescado o caza. Pero

aquí no veo río alguno, esa entrometida no va a poder ayudarte ssacando un par de pesscados de sus adentrosss.

¡Oh! No me digasss que aún no ssabess lo que vass a cocinar.

–La verdad es que no, tampoco sé cómo voy a hacer, pues la caza no es lo mío y de tener alguna pieza cazada ya no podría quitarle la vida a otro ser.

–¡Ah! La alimentación. –Exclamó el fuego.

–Vosotross, razass inferioress oss movéiss por impulssoss generadoss por el cerebro, que ordena a losss órganoss realizar una función, y assí la alimentación ess un problema añadido, puess ssin ella el cuerpo perdería su vida.

–Y tú también necesitas alimentarte.

–Ssí, pero nossotross, loss cuatro elementoss, vivimosss unoss graciass a otros. Assí ssólo somosss una cadena de cuatro elementosss, y vosotross esstáiss compuestosss por demasiadoss.

Essa ess una de lass razoness por la que funcionáisss peor que nosotrosss.

–Sí, sí, lo que quieras, pero deja que busque en mi bolsa.

Dicho y hecho. Me puse a buscar dentro, ya que había metido algo de lo que me había sobrado, pero mientras lo hacía me acordé de que nada había quedado realmente. En ese preciso instante toqué algo en la esquina del zurrón.

¿Qué es lo que hay aquí? Me dije. Y cuando lo saqué, pude ver medio queso de cabra y una cuartilla de leche, en el otro lado un pedazo de pan.

–¡Ah! Mira por donde ya tengo la comida.

Me quedé pensando, cómo había llegado hasta allí, y a mi mente un nombre llegó: Oyam.

Oh vieja amiga y maestra, que dulce eres, todo lo contrario a lo que dabas a entender.

Un fuerte crepitar de la leña me despertó de ese recuerdo.

–¿Qué pasa?

–No hay animal. No hay grasa.

–Pues ya sabes, a roer madera que es lo que te queda mi pequeño.

– ¿Te atrevess a decirme esso esstando en medio de un Bosssque?

De repente el fuego se inflamó alto, llamando mi atención. Ese era el truco mientras que por debajo, sin que yo me diese cuenta, trataba de extenderse hacia los lados.

En ese instante el agua empezó a moverse dentro del zurrón.

Cuando bajé la cabeza para mirar al zurrón me di cuenta de la estrategia que estaba siguiendo mi amigo el fuego.

–Esto es lo que te proponías, ¿no? Inmediatamente arrastré tierra con los pies y la puse en los huecos por los que el fuego trataba de propagarse. Abrí el zurrón, el agua salía, entonaba ahora una canción que al ponerse en contacto con el fuego resultaba otro tipo de melodía, ésta última cargado de sufrimiento.

El fuego maldijo al agua que manaba como unos ojos llorosos, de esta manera la canción parecía empezar en el zurrón y acabar en el vapor, con una melodía de miles de pequeñas pompitas rompiéndose en el aire. Pero antes de hacerse vapor, era cuando más intensa se escuchaba la melodía, en el momento en el que los dos elementos se unían, era como si el canto de dos operas diferentes se ensamblasen pasando a formar una tercera más hermosa todavía. Estaba compuesta por todos los acordes de las otras dos, la fusión de la vida en un sonido todavía más puro y claro.

Tenía que imponer mi punto de vista, así pues fui haciendo que se encogiese el fuego a su estado de llamita sibilina. Gracias a la tierra y al agua, pude controlar toda esta furia con la que el fuego insuflaba hacia afuera. Éste se quejaba en un siseo apenas audible. Y así fue como de repente, alzando la voz hacia el primero, lo que empezó por una pequeña reprimenda comenzó aumentar. La excitación y el odio inflamaban mi corazón, cuando quise darme de cuenta me estaba jactando y riendo de esa pequeña llamita que quedaba.

Recibí un gran chorro de agua de la que, con mucha diplomacia, salían sonidos que decían.

– Todo lo que se quema tiendo a apagarlo y si no llego a intervenir te hubieses quemado mucho, mi querido y estimado amigo.

Paré mi reprimenda y sentía entonces que el corazón me saltaba, pero dentro de la cabeza. Los latidos comenzaron a disminuir y entonces fui consciente de lo que había dicho y hecho, quedé callado.

Miré fijamente a la llama y entonces comprobé lo que sentía, me reprimí y le pedí mil disculpas al agua. Ella me contestó:

–¿Por qué me pides disculpas? A no ser que sea por haberme derramado, de otra forma, no sé por qué lo haces. No es a mí a quien tienes que pedirle disculpas, deberías pedírselas aquí a mi hermano, ¿no crees?

Sin poder apartar mi vista de esa pequeña llama, mi pensamiento se oponía, pues en realidad no comprendía por qué tendría que pedir disculpas aún ser que pretendía asarnos. Mi pensamiento fue interrumpido de repente por un endeble silbido apenas audible, que poco a poco se fue haciendo más penetrante. Decía así:

–Ámame otra vez mi pequeño sser, dame vida con tuss adulacioness, inssufla en mí tu aliento de existencia lleno de encantadoress ssonidos. Por favor, pide dissculpass mi pequeño y querido sser.

¡Oh! No me maldigasss e insultes como ya hiciste, pues essto repressenta que tú también te quemasste en tu interior, lo cual me da que penssar que tú posseess de igual manera un fuego oculto en tu ser, que cuando sse inflama al igual que yo tiende a hacerse máss y másss fuerte, entoncesss lo que te gussta esss ver a los demásss a tuss piess implorando perdón, ¿verdad que ssí?, ¿verdad?

Entonces vi con claridad porqué debía pedir disculpas.

–Quiero pedir perdón sí, pero no creas que es para adularte, ni tampoco creas que yo me uniré a tu malvada forma de pensar y de sentir. Te pido disculpas por haberme parecido a ti en un breve Instante, aunque no me ha gustado nada. Por eso, perdóname. Ahora bien, si algo como lo que acaba de ocurrir vuelves a intentar, ten por seguro que esa pequeña llama que ahora eres se desvanecerá y ya nada quedará de ti, ¿de acuerdo?

La llama subió de altura y grosor y dijo:

–Toma mi amigo, calienta aquí tuss manoss y tuss piess,

puesss en realidad sssolo fue un pequeño arrebato. Hass de ssaber que a nossotros loss elementosss nadie puede controlarnosss, pero de alguna manera ssí podemos pactar adecuadamente.

Después de un corto espacio de tiempo recogí todas las cosas, y antes de apagar el fuego dije así:

–Tranquilo amigo que tan sólo es una despedida momentánea, así cogí unos puñados de tierra y di fin al problema de la mañana.

Levanté la vista y pensé dar la vuelta para dirigirme al camino que llevaba al pueblo. Pero no lo hice, pues muy dentro de mí algo me decía que debía seguir adelante.

Comencé entonces mi andadura, era bastante monótona, únicamente algún ruido de vez en cuando producido por una rama que se rompía al caer, conseguía sacarme de esta sensación.

Después de algún tiempo pude vislumbrar en el fondo del camino una bifurcación. Pero no sabía a dónde podrían llevarme cada uno de los caminos.

En el lateral de uno de ellos había una especie de ruinas. Así que empecé a caminar un tanto más aprisa, para estudiar cual de los dos parecía más transitado por caminantes que por él hubiesen pasado, pero cual mi sorpresa al comprobar que el camino dejaba de marcarse al otro lado de un arco que llevaba a las ruinas. Mi atención se centró ahora en una de las columnas. En su base, apoyado había un bulto, me acerqué y cuanto más lo hacía, más clara aparecía ante mí la imagen, se trataba de una especie de puerta. A escasos metros me pareció ver entonces a una persona apoyada de espaldas a la columna.

¿Qué va a ocurrir? ¿Quién será?

Y así cien preguntas más bombardearon mi cabeza antes de llegar a escasos metros de aquel ser.

Desvié mi mirada, pues no me había percatado de la belleza de esas dos grandes columnas, y de aquello que ellas sustentaban. Eran de un mármol grisáceo con vetas rojas y blancas. Una diferente de la otra, pues una era más gruesa en el centro que en los extremos y la otra era más gorda en sus esquinas, quiero decir, en su parte más alta y más baja que en el centro.

¡Qué extraño!, ¿no? El arco sostenido por las columnas era más raro aún.

Lucía una incomprensible inscripción que me dejó un buen rato entretenido, pero que no llegué a descifrar. Estaban grabadas en la piedra estas tres palabras:

Lumeo Punico Eco.

Justo en medio del arco y como si de una firma se tratase, había otra inscripción:

Atnos.

Aunque no comprendí su significado, algo cambió en mi interior una vez leídas. También había algo debajo de esta segunda inscripción, era una cruz con un círculo en el medio.

¿Qué representa? y ¿por qué me siento tan bien? ¿Por qué el miedo se esfuma al igual que las ratas en un naufragio?

–¿Vas a entrar o vas a quedarte ahí?

Impulsiva e instantáneamente mi cabeza giró en dirección a aquel bulto que hace un instante me llamara sobremanera la atención. Efectivamente, las palabras provenían de ese lugar.

–Dime ¿quién eres tú? y ¿qué puedo ganar o perder al entrar ahí?

Se levantó y pude contemplar que se trataba de un personaje de aspecto bondadoso.

Descubrió su rostro, que llevaba tapado con una capucha.

No sé como describirlo, pues no sé decir si era joven o viejo, su tez era dura y morena, una barba castaña y recortada daba a entender que no podía tener demasiados años, aunque por otro lado estaban esas arrugas...

Su voz sonaba entre seria y jovial.

Me dijo que era el guardián de la puerta y que su nombre no tenía importancia pero su trabajo sí. Al entrar aquí lo ganaría o lo perdería todo, que eso era cuestión mía, y con una dulce reverencia me invitó a entrar.

–Pero, ¿tan sólo voy a ver unas ruinas?

–¡Ah! Yo pienso que una vez que has leído lo que has leído, y caminado por donde debieras, las cosas pueden parecer lo que no son y ser lo que no parecen. ¿No crees?

Me explicó que aquel que entra por cualquier parte que no sea la debida nunca verá aquello que tiene que ver.

Antes de llegar a lo que yo suponía unas ruinas me paré en una pequeña loma desde la que podía contemplar todo el valle. Aunque estuve algún tiempo parado poco fue lo que pude observar, la niebla era tan densa que no pude alcanzar a ver dos palmos por delante de mi nariz.

Desde arriba se divisaban unas ruinas blancas, pero no se veía niebla alguna, ¿qué es lo que está pasando?

–Ya conoces a los elementos. Una densa humedad y un poco de calor consiguen que el agua se condense formando estos fuertes mantos de niebla.

–Ah, bueno, si tú lo dices...

Y así nos fuimos internando en la niebla. No veía nada, ni tan siquiera podía ver al individuo que caminaba delante. Sin embargo él se movía sin esfuerzo.

Momentos después, la niebla desapareció tal y como había hecho acto de presencia tiempo atrás, y apareció ante mí un sol cegador. Para cuando mis ojos se habían acostumbrado a su fuerte luz, pude interpretar que estaba sólo.

La soledad no representaba ningún problema para mí, ésta era una buena compañera de viaje.

Alcé la vista para saber cuál era mi paradero, entonces, todo sentir se esfumó, pues la visión que tenía delante era absolutamente inimaginable. Me encontraba en un alto, por eso pude otear aquel grandioso castillo que estaba compuesto por siete grandes torres, seis de ellas formaban un hexágono, la séptima estaba construida en el medio. Era ésta la más alta y esbelta del conjunto.

Las seis torres que formaban el hexágono se unían a la séptima con grandes arcos que se entrecruzaban, dejando una oquedad en el medio. Un poco más arriba de su base estaban unidas entre sí, formaban una gran fortaleza.

También en la punta de cada uno de los hexágonos estaban unidas de dos en dos, con la particularidad de que así toda la fortaleza permanecería comunicada, o se podría dejar aislada cada una de sus partes.

Como ya he dicho, la torre ubicada en el medio de la figura formada por las otras seis era mucho más grande que las demás. En su base lucía un considerado grosor, y a medida que iba ganado en altura éste disminuía. Los seis arcos que llegaban a ella, coincidían en una base hexagonal que se volvía poco a poco circular.

De las torres colgaban diferentes escudos, blasones y estatuas que le otorgaban un aire de una gran belleza aristocrática, pero al mismo tiempo, su fuerza y misterio no pasaban desapercibidos.

Bajé la vista, a su alrededor había un gran círculo de niebla, daba la impresión de que se mantuviese en el aire, no veía sujeción alguna, era una estampa irreal el ver tal mole suspendida. Surgió entonces en mí el deseo de correr hacia el lugar y ver, tocar, comprobar si lo que estaba viendo era lo que parecía o parecía lo que era. Cuando me disponía a acercarme, el sonido de una voz me sobresaltó. Era su voz, y dijo:

−Antes de mirar elige, pues antes de haber visto lo que has visto tu decisión estaba tomada.

Entonces me giré y pude verlo, era el personaje que me había acompañado.

−¿Dónde estabas? –Pregunté.

−Con otra persona, en otro sitio, y con una respuesta pendiente. ¿Te quedas o te vuelves?

−Y si vuelvo, ¿a dónde iré?

−¡Eh! Eso sólo tus pasos lo saben, pero has de saber que la niebla acompañará por siempre a tu corazón.

−Pues vaya, ¿puedo pensarlo?

−Sí, todavía te queda algo más de tiempo.

Cuando giré la cabeza para volver a preguntar, aquel individuo ya no estaba, sólo una voz resonó en mis oídos.

−Si quieres elige, pero no mires abajo.

Pero ¿qué había abajo? Entonces allí sólo, de nuevo ese sentimiento de soledad me abrazó.

Bueno, vieja amiga, otra vez tú y yo aquí en espera de lo que el tiempo nos pueda traer. De repente me eché a reír. Ahí estaba yo, hablando con la soledad, patético ¿no? Pasó un rato que para mí fue una gran espera, y pensaba en lo que me había dicho sobre mirar abajo. ¿Por qué puede influir en mí esta decisión? Me sentía como un niño delante de una bolsa de caramelos al que dices que no coja ni uno. Yo no era ningún niño pero mi angustia era cada vez mayor. ¿Qué hago, qué puedo hacer para resistirme a echar un vistazo? ¡Ah! Me hablo y me respondo, ¡esto no puede ser nada bueno!

Y así fue como antes de que mi cerebro se diera cuenta de lo que estaba pasando, yo ya estaba mirando y ¿qué es lo que allí había, qué es lo que vi?

¡Ah! Lo que contemplé es muy difícil de relatar y tampoco sé si debo, pero haré un esfuerzo aquí.

Por debajo de aquella niebla la montaña se vuelve inhóspita, toda ella está coronada de piedras afiladas como cuchillas; tiene un noventa por ciento de verticalidad, así que si pretendes agarrar alguna de esas piedras lo que sucede es que vas a perder el miembro con el que pretendas la sujeción.

La flora se compone de zarzas, ortigas y tojos, uno aquí y otro allí. Sus pinchos son lo peor que he podido probar, pues al momento de pincharte empieza una infección tremenda en el lugar. La fauna que puede habitar en este lugar son arácnidos, escorpiones y alguna que otra avispa.

Aquello parece una verdadera fortaleza de dolor. Desde el suelo, unos tres mil metros se alzan de altura para llegar a la cumbre, no es una distancia grande en demasía, pero en estas tan viles circunstancias parecería una vida el llegar allí.

Lo que me causó más impacto fue el ver cientos, o tal vez miles, de seres que se arremolinaban, todos querían alcanzar la cumbre, subir, pero ninguno era capaz de hacerlo.

Me fijé en aquel que más alto se encontraba cuando, de repente, al encaramarse a una roca resbaló. Se dio cuenta de su caída inminente, y queriendo asirse demasiado fuerte a una roca saliente muy afilada en la que estaba apoyado, no consiguió más que sus dedos cayeran al suelo antes que él, pues el pobre quiso hacer malabares para poder mantener el equilibrio pero nada consiguió, y así cayó golpeándose varias veces, ¿cómo acabó? no creo que fuese una estampa para poder ser vista. Era realmente una horrible visión. Esta montaña era lo peor que yo había conocido, pues una vez que llegaba a los dos mil metros más o menos comenzaba a vislumbrarse el hielo. La niebla debía de ser perpetua allí, entonces, si llegabas hasta ese lugar lo peor estaba aún por llegar.

La niebla, tan hermosa a veces y tan cruel ahora, pues en este caso conseguía que desde arriba fuese idílica pero en su parte inferior, al no dejar que los rallos de sol la atravesasen, causaran tan magno dolor. Supongo que para esos seres, que tan sólo vestían trapos, al llegar a esa altura en la que

disminución de la temperatura llevaba a la congelación, se convertiría en la etapa más dura.

Aunque desde mi situación, ver el refulgir del palacio soleado con su base congelada era algo hermoso. Sin embargo, era una hermosura mortal. No quiero ni imaginar si algún ser pudiese llegar tan arriba el daño que podrían causarle aquellos hielos, porque desde esa distancia caerían haciéndose pedazos hasta el fondo.

Me llamó la atención que cada vez que uno de aquellos seres caía, salía de no sé donde otro u otros que lo recogían.

Me estuve fijando en otro de los seres que estaba muy arriba, casi en el hielo, y me di cuenta de que según subía la montaña sus pies se iban empapando con la humedad del terreno. Cuando ya había llegado a una altura de unos mil setecientos, antes de que todo estuviese congelado, sus pies empezaban a congelarse y se convertían en unos patines en la pista de hielo y conservar el equilibrio se convertía en un auténtico prodigio. Nuevamente, al perderlo e intentar asirse a la roca, sus miembros eran decapitados por ésta, cayendo sus articulaciones al otro lado de la piedra. El cuerpo se precipitaba hacia el fin arrastrando con él a todo aquel que se encontrase por desgracia en su línea de caída.

Abajo, todo tipo de jugos y tripas bañaban a los que esperaban su ascensión. Era de sorprender que no se inmutaran, pues a mí desde aquí me causaba una gran repugnancia, parecía que a ellos ni siquiera el sentimiento de pena les sobrecogiese ante esa situación.

Me sorprendían cada vez más aquellos otros seres que se dedicaban a recoger lo que caía, lo recogían todo con calderos y no dejaban nada. Después se dirigían a un lado de la montaña en la que había un montículo, allí dos grandes piedras bloqueaban la entrada de un túnel que parecía no existir.

Una rama se rompió, yo me precipité entonces hacia atrás sin darme apenas cuenta.

Y así, por fin, esa visión que allí abajo se hallaba desapareció de mi vista.

−¿Qué, ya has elegido?

−Creo que sí −quedé un momento en silencio−. Seguiré el sendero que vaya a la montaña.

–Sí, llegarás seguramente a palacio y así, una vez llegues ellos juzgarán.

–¿Cómo, qué es lo que tienen que juzgar?

–Tú ya lo sabes, ¿para qué preguntas?

En ese momento miré al suelo, y cuando quise volver a preguntar por esa gente o esos seres recogedores, él ya no estaba ahí. No bajé de inmediato, estuve en ese bordillo un tiempo estudiando toda aquella absurda visión.

–¡Ah! Y yo que ya no me acuerdo de tener trato con seres tan parecidos a mí.

¿Qué voy a hacer? Pues el miedo a las palabras del guardián resonaba cada vez más fuerte en mí.

Pero haciendo acopio de toda mi fuerza me levanté, y encaminándome hacia el sendero me dije que no debía pensar más en ello.

Si empiezo una purga de terror antes de llegar ¿qué me pasará una vez esté allí? Dejé el bordillo a la derecha y empecé a descender por el camino escalonado que me llevaba en dirección a esa pesadilla.

Cuál fue mi sorpresa al mirar a mis espaldas y comprobar que los escalones se estaban plegando dejando tras de sí una especie totalmente lisa cual tobogán de un parque. Era imposible dar la vuelta, esa superficie era muy resbaladiza y no pude más que seguir adelante, así mis pasos comenzaron a acelerarse en dirección discordante.

Según me acercaba, aquella mole se iba haciendo más y más imponente, y los detalles que desde arriba no percibía ahora se iban haciendo reales y perceptibles. Empecé a ver aquellas cuchillas en las que la gente trataba de sujetarse.

¿Pero, cómo pueden querer destrozarse contra esos filos? En cierta manera quería entenderlo pero por otra parte, y después de visto lo visto, me resultaba imposible no pensar que se trataba de un suicidio colectivo. En el tiempo que estuve observando nadie nuevo había bajado allí, o sea, que el novato era yo y me iba a unir a ese grupo de suicidas. Yo no quería morir. Entre unos y otros pensamientos mis pies pisaron aquella

tierra sustentadora de la gran mole suicida. Un poco más allá, una hierba plácida, era cálida, pues allí sí llegaba el astro rey. El Sol, la luz, que maravillosa visión en medio de un campo de atrocidades.

A mi derecha una gran cascada se precipitaba de lo alto dejando escuchar su voz con un tremendo estruendo contra las piedras, formando con su furia

un manto de minúsculas gotas. En el aire, éstas se entremezclaban jugando con la luz, y así se dejaba entrever un arco iris perpetuo que coronaba el lugar. En la parte inferior, pude apreciar una densa espuma que poco a poco se iba volviendo en un plácido y azul río.

Era una hermosa visión, no cabía duda alguna. Me encaminé rumbo a la montaña, claro, ¿a dónde si no? Cuanto más me acercaba a la mole, más y más distinguía a esos seres. Un poco más adelante un puente cruzaba el río, y ya seguidamente, sólo la muchedumbre. La carne se me ponía de gallina. Crucé el puente con gran pena en mi corazón, y a esta altura ya se podían oír los lamentos y los golpes sordos de un cuerpo al caer.

–No sé qué debo hacer. De momento no quiero verlo de cerca, no estoy preparado para ello.

Con tantos pensamientos y tan a ciegas, no tuve en cuenta donde ponía los pies. Como ya no era la primera vez que me pasaba, reaccioné al momento cuando una voz me dijo:

–¿No ves que me estás pisando?

De verdad, no sabía si bajar la vista hacia abajo, pues el sufrir se imponía cada vez más fuerte.

–¡No miras! ¿Eh? Eso debe ser porque ya has visto a dónde conduce el camino.

–Sí, algo de él ya conozco.

Así me impuse, y con fuerza me dispuse a mirar hacia el lugar de donde provenía aquella voz.

Fue así como observé a aquel ser al que le había pisado la mano. No representaba a mis ojos más que un niño pequeño de unos seis años más o menos.

No lo esperaba, ya que la contestación que me había dado no era típica de un niño.

–¿Qué eres? ¿Guardas el puente? ¿Qué tengo que hacer? Una prueba o algo así. Eh, eh.

–No, lo que tenías que hacer ya lo has hecho y lo que debías de decir también, por lo tanto...

Se levantó y salió corriendo como si fuese perseguido por miles de malas angustias o de malos pensamientos.

Crucé el puente, un puente estrecho de madera, algo absorto. Mi pensamiento estaba fijo en el muchacho, en su forma de correr. Vi de nuevo cómo doblaba la esquina y desaparecía a lo lejos. Él era distinto al resto, aquí todos los seres son de un color gris oscuro, y el niño de un color sonrosado. Todos los demás le abrían paso. Producía una sensación extraña el ver como este color se hacía camino entre el gris monótono.

Extraño cuanto menos, pero ¿qué es lo que no lo es en este lugar?

–Continué rumbo a aquella repelente interpretación de muerte, dolor y desolación.

Y así, totalmente abstraído y sucumbiendo a mi destino, no me advertí lo que ocurría. Uno de aquellos seres se me acercó, era grueso, bastante grueso, se podría decir pero ¿Qué importancia tiene su estado físico? Para mí ninguna, lo verdaderamente importante es que vino a mí. Traía sus ojos inundados de grandes lagrimones que se precipitaban inundando todo su rostro, y entre sollozos pudo decirme, o más bien pude entenderle:

–No puedo seguir luchando más, mi cuerpo es el que me lo impide, ¿Qué es lo que voy a hacer? Yo quiero y no puedo, por favor ayúdame.

–Tú me pides ayuda pero, dime ¿Quién es el que a mí se presta para ofrecerme ayuda?

Aquel extraño ser se dio media vuelta, con la misma se disponía a partir. En mi mente, una convulsa alteración fue la culpable real de esa reacción, afortunadamente me percaté de cómo sin pensar yo le había causado un dolor a aquel ser, pues cuando sopesas detenidamente tus acciones es cuando verdaderamente te das cuenta de todo lo cruel que se puede llegar a ser. Además, ese individuo podría darme alguna información.

–¡Eh! Espera, por favor discúlpame por mi grosería, pero es que son tantas las cuestiones que debo analizar, que mi cabeza a veces pierde sus modales. ¿Cómo podría yo ayudarte?

–Deseo con todas mis fuerzas subir allá arriba.

Un profundo sollozo lo interrumpió, al momento recomponiéndose de su terrible pesar continuó:

–Toda la culpa la tiene esta incontrolable atracción. Pero qué es lo que digo, tú como el resto de los que aquí nos hallamos sientes lo mismo, ¿Eres uno de los nuestros no? En ese instante, comencé a fijarme en la piel de mis brazos, supongo que fue porque era el lugar más obvio. Cuál fue mi sorpresa cuando observé que se estaban poniendo de color gris.

–¡Eh! ¿Por qué me está ocurriendo esto? ¿Qué es lo que le pasa a mi piel?

–¡Oh! yo por mi cuerpo y tú por tu ignorancia, seguro que cuando los eliminadores lleguen nos lleven a los dos. Pero dime muchacho, ¿qué es aquello que te pudo traer aquí? Pues es tu juventud lo que delata la falta de todo lo medianamente maduro.

–Sí, eso ya lo sé, yo soy un ser un poco más joven que la media de edad que aquí tenéis, ¿No es así?

–No te creas, a decir verdad no es así, está muy lejos de toda realidad. Mira y dime ¿Quién es el que te parece mayor de los que aquí habitan?

–No sé a qué viene esa pregunta, simplemente por lo demacrado que tenga su rostro ya es suficiente como para que tu respuesta se auto conteste. Yo creo que entre los que puedo ver, aquel pobre ser. Pero su rostro henchido de multitud de surcos hacen de él no más que una pasa, toda ella arrugada. Sin pensarlo, sé que aquel es objetivamente el ser de más edad de los que alcanzo atisbar.

Era un patético hombre que se hallaba medio caído frente a la montaña, y bien mirado parecía quererse abrazar a ella.

–¿Ves como a veces nuestra seguridad es nuestro peor Problema?, Como lo has analizado piensas que no te puedes equivocar, pero sin embargo aquí las cosas no son lo

que parecen, es por eso que tu análisis lo único que ha hecho es que des las cosas por sabidas. Ese chico de ahí, tan solo porta en su vida diecisiete primaveras.

–No comprendo.

–Pues es muy fácil de entender, cada día pasado aquí es como si se tratara de toda una eternidad fuera. A cada instante, las ganas de subir a esa montaña te van absorbiendo poco a poco. Primero, tan solo se trata de una ansiedad, pero más tarde te absorbe toda tu energía, tu vida y tu juventud.

Pero claro, por tu cara veo que sigues sin comprender nada. Va a ser que al final el que necesita ayuda eres tú y no yo.

–Por favor te lo pido, explícame lo que aquí está ocurriendo.

A cada paso me doy cuenta de hasta dónde llega mi ignorancia.

Pero ese ser gordito y bonachón agachó su cabeza. Como si de un estremecimiento se tratase, la giró en dirección a la montaña. Y cuál fue mi gran sorpresa, que al momento, y con una rapidez de la que no era consciente, echó a correr. La dirección que seguía era hacia esa mole de aristas y piedras afiladas.

Abriéndose paso de cualquier manera, ya fuese a empujones o a patadas, llegó por fin a las faldas de la montaña.

Mirando hacia arriba, observaba ese pico y crecía su desesperación, y así se dispuso a subir, pero sin haber despegado todavía los dos pies del suelo. Cayó irremisiblemente hacia atrás, llevándose por delante a aquellos que se hallaban situados justo detrás de él. Estos, se levantaron todo lo rápido que pudieron. Parecían totalmente indignados. Agarrando al gordo tiraron de él alejándolo del lugar, mientras le profesaban todo tipo de injurias e insultos. Le llamaban, seboso, ballenato y toda clase de vergonzosos improperios. Sollozando de nuevo e injuriando su cuerpo, por todo el mal que éste le hacía, llegó de nuevo al lugar en el que yo me encontraba.

–Lo ves, ¿Ves ahora a lo que antes me estaba refiriendo?

En ese momento, en el que se encontraba más cerca de mí, pude observar que ahora estaba más cambiado, y no por aquella caída. No sé, pero era como si hubiese envejecido, como si ahora fuese mayor; tenía las arrugas mucho más marcadas, y me atrevería a decir que quizás hubiese adelgazado un poco. Sin pensar demasiado exclamé:

–¡Ay amigo mío!

Pero en ese momento pude refrenar mi lengua, y cambié la frase.

–Mira amigo, puede ser que en realidad no se trate de subir sino de las ganas que le puedas poner.

–¡Ge! Primeramente, mi impulsivo e ignorante compañero, las ganas no las pones tú, pues como ya has comenzado o comenzarás en un breve espacio de tiempo a entender, llegan sin avisar, como si de una descontrolada

ansiedad se tratase, o también puedes identificarlo como una agonía que tan solo te deja sentir que debes acercarte a ella. Así empieza con ese desasosiego. Lo realmente horrendo es que notas que ese sentir crece y crece dentro de ti. Llegas a sus faldas y miras hacia esa cumbre que no puedes ver, pero intuyes que ahí arriba se encuentra. Y justamente en ese instante, empiezas a entender la

procedencia de esos horrorosos sentimientos. Y ya solo existe la necesidad de subir al lugar del que esa niebla no deja ver más allá de sí misma, es entonces cuando... Bueno, eso lo comprobarás por ti mismo.

–Dime ¿Quién o quiénes son esos seres que tan solo se dedican a recoger aquello que cae?

–Espera, espera mi pequeño e impulsivo amigo, pues todo llega a su preciso y debido tiempo.

Es indispensable saber que aquí no hay nadie que dure una temporada, digamos suficiente, ya que ese sentimiento de agonía que antes te he nombrado es a cada momento más y más fuerte. Poco a poco acaba por consumirte, despreciando tu propia vida, quedando de esta manera inerte.

Una vez apagada la vida consciente, hacen acto de presencia esos seres que a ti tanto te han llamado la atención. Son recogedores, y al momento de su aparición sabes que de ti tan solo el desprecio pueden acopiar, pues ése es tu sentir al no haber logrado alcanzar aquello que era tu meta. Ellos lo limpian todo en completo silencio, y de la misma manera que aparecieron, vuelven a desaparecer.

–¿Pero ellos no son como nosotros?

–En realidad mi querido buscador, aquí nada es como parece, o eso creo, bueno no sé... Algo se me esté olvidando.

El ser que tenía delante comenzó a estremecerse, todo él temblaba como si de una hierba en medio de un vendaval se tratase. En ese instante se apartó de mi lado, se tiró al suelo sujetándose a una piedra que allí se encontraba, y comenzó a gritar. Era un grito de dolor espantoso.

Se trataba de una escena extrañísima, y no lo digo porque Gordi estuviese ahí tirado no, lo extraño es que como si de sus pies alguien estuviese tirando en dirección a la montaña. Absorto por el espectáculo, y sin saber qué es lo

que yo podría hacer, tan solo me quedé allí. En realidad no tengo idea del tiempo que pudo transcurrir, pero como vino se fue. Gordi dejó de gritar, y sus piernas y pies se relajaron.

–No nunca lo conseguiré.

–¿Qué es lo que te acaba de ocurrir?

–No te preocupes, siempre es lo mismo. Pero esta vez he decidido que no debo llorar, mucho lo he hecho ya, y para ello no debo volver a la montaña, al lugar en el que se encuentran nuestros iguales.

Ellos tienen razón en sus insultos y en su forma de proceder, pero qué quieres, a mí todavía me duele, y ya me encuentro tan cansado...

Pero contéstame tú ahora ¿Es que no te da vergüenza?

–¿El qué, de qué debo de tener vergüenza o más bien por qué tengo que avergonzarme?

–Mírate bien mi pobre ignorante.

–¿Qué es lo que me ocurre? Aparte de estar perdiendo color, algo muy normal por estos lares. De no ser eso, el resto yo lo encuentro todo en su sitio.

– Puedes contestar a mi siguiente pregunta ¿En qué lugar de esos que has visitado has perdido tu vergüenza?

–¿A qué te refieres? No acabo de entenderte. Que yo sepa, de momento no he hecho nada de lo que tenga que arrepentirme. No sé, dime, ¿te he ofendido por algo que yo

haya hecho o dicho?

–Mi pequeño, cuanto me recuerdas a un niño, al igual que ellos tu ausencia de malicia te puede dar más triunfos de los que ahora te podrías imaginar. Pero mírate, ofendes a aquel que te puede ver, pues en tu total desnudez sonrojas al que lleva ocultando sus vergüenzas toda su vida.

–Ah, ¿pero no está bien ofrecer todo al desnudo? Pues yo creo que ése es su estado natural.

–Sí mi querido locuelo, debes saber qué razón no te falta, pero estos seres que nos llamamos civilizados hemos de retorcerlo todo, y aquello que en realidad es lo más natural, lo desnaturalizamos e interpretamos como una falta. Es por eso que te digo, para que esos seres que en realidad somos todos, no se metan contigo, les dé por tirarte piedras o algo todavía peor, vas

a ir a la sombra de aquella enorme roca que se encuentra en el recodo de la montaña donde se desconoce lo que es la luz. De buena tinta sé que allí los *recogedores* desechan la ropa de aquellos que nunca más la van a necesitar.

– Pero dime ¿Por qué no me acompañas? De esa manera podrías enseñarme algo más de este lugar y lo que en él ocurre.

–No querido, lo que aquí sucede ya más o menos lo sabes, y aquello que todavía no sabes has de aprenderlo por ti mismo. ¡Ah! Mira siempre la sombra, pues en el momento en el que ya no quede un rayo de luz que traspase esa abominable penumbra, no debes encontrarte en ningún lugar que sea visible. Lo que quiero decir es, que antes de que la oscuridad sea completa, te tienes que esconder para pasar allí la noche. Nada ni nadie debe verte, ya que ése es el momento de los *moradores*, seres de lo que nadie conoce nada. Lo único que sabemos es que salen a por carnaza, o sea, buscan comida y ésta somos nosotros. Ellos se alimentan de los malos y los falsos sentimientos, esos pesares son los que los atraen hasta su presa.

¡Ay, si en sus manos cayeras! Ellos llegan a ti sin tan siquiera percibirlos, pues tan solo puede ponerte sobre aviso un imperceptible escalofrió que recorrerá tu ser de un extremo a otro. Es en ese instante, en el que tu ser tan solo puede exhalar y recordar todo sentimiento nefasto y negativo, en el que al igual a un globo te comiences a inflar. Pobre de aquel que a sus manos llegase. En el justo momento en el que comienzas a darte de cuenta de lo que te está ocurriendo, tu energía ya no se encuentra en ti, y ese soplo de vida que adquirimos al nacer con el primer llanto ya no yace en ti, ha sido insuflado por otro ser. Ése que ahora se encuentra en tu vida y su único fin es el infligir todo el dolor que le sea posible, para así obtener el alimento que precisa:

tus malas vibraciones. Cuando ya estás agotado, entonces se hacen visibles. Aparecen por la espalda mordiéndote la nuca y dejando un agujero donde antes se encontraba el cerebro. En realidad no sé si me has entendido o no, pero escúchame bien. Guárdate de la sombra completa, pues es ahí donde el horror de la eternidad se vuelve un castigo hoy y por siempre. ¡Ve, no tardes más!

Salí cual polvo que se lleva el aire, ya que debía dar la vuelta a casi la mitad de esa montaña. Según me desplazaba en mi carrera me iba fijando en la

multitud que me obligaba observarlos, pues sus lastimeros gritos estremecían mi interior con un gran sentimiento de dolor. Te daban a entender lo decadente que se volvía la asistencia en ese lugar. También pude observar a algunos que, como Gordi, no padecían un sufrir tan acentuado. Éstos se encontraban un poco más alejados de la montaña, pues por una u otra razón ya no podían acceder a ella. Me lanzaban miradas como si suplicasen algo. Yo no lo quería comprender, pues después de mi estancia con Gordi bien me podía imaginar de qué se trataba.

También observé a otros que ya no hacían nada en absoluto. Me dio la fuerte impresión de que tan solo esperaban ya a su mensajero mortal, para que se los llevase con premura. Era la representación de un verdadero espanto, pues ni en las más horripilantes pesadillas hubiese dado vida ni a un ápice de lo que allí estaba ocurriendo como algo cotidiano. Era realmente horroroso, demasiado para cualquier ser vivo, puesto que aunque los ojos cerrases, el olor a muerte que vagaba en el aire hacía que tu interior se repugnase del hedor que la negra dama estaba a punto de esparcir.

Y en medio de este espectáculo ahí estaba yo, corriendo en busca de unas prendas que pertenecían a aquellos que, como los que se encontraban aquí, sufrieron indeciblemente para que yo pudiese disponer en este momento de sus ropas. Comencé a pensar que nada era cierto, pues era demasiado funesto como para que sí lo fuese. Pero lo que sí era real, es que yo seguía corriendo.

Observando la luz, según avanzaba me cercioraba de cuanto crecía la sombra, le iba comiendo más y más espacio a la luz, poco quedaba ya de ese resplandor de vida. Pero ya sabéis, aquel que corre sin mirar donde pone sus pies, siempre, tarde o temprano, tiende a tropezar. Así fue como aterricé con mi nariz en el suelo. Enojado conmigo mismo, miré hacia el lugar en el que había tropezado, como si fuese a culpar al objeto artífice del tropiezo, sabiendo objetivamente que el único que tenía la culpa era yo. Pues bien, allí no había otra cosa que un ser muy envejecido sentado, y ni tan siquiera se inmutó por mi tropezar, ni hizo ademán de mirar a aquel que lo estaba observando. La verdad es que tampoco yo quise saber el porqué no alzaba su mirada, y mucho menos porqué no se había quejado. No por nada en

especial, solamente era porque para esas cosas hay que dedicar aquello que yo no tenía: tiempo. Los minutos se escurrían por todos los espacios de mi ser, pensaba que ya había malgastado bastantes con esa entupida caída. De repente, me vino un pensamiento sobre Gordi, fue en ese instante cuando comprendí lo serio de esta carrera, puesto que en otro lugar él me estaba esperando y la sombra acechaba cada vez con más intensidad. Pedí mil disculpas en un tiempo record, y proseguí todo lo mas raudo que mis pobres piernas me permitían, me podría vanagloriar de decir que a veces incluso más de lo que ellas podían. Miraba inquisitivamente aquella roca que veía ya más cercana. También afiné el oído con la esperanza de escuchar alguna respuesta que, como no, nunca se produjo.

Por fin mi carrera llegaba a su fin, al primero de sus destinos, pues aún estaba pendiente el regreso. Una vez allí me puse a rebuscar entre las ropas. Me daba la impresión de que algo bastante siniestro levantaba esas prendas con grandes desgarros, y unos agujeros como puños a la altura de miembros vitales.

¡Oh, Que horrible visión!, Con todo, me pude dar cuenta de una cosa, en la ropa no se encontraban ni sangre ni otro tipo de restos… era cuanto menos muy extraño.

Busqué en otro de los montones que se encontraban de lado. En esa pila se hallaban ropas enteras. Pensando, llegué a la conclusión de que pertenecían a aquellos que no habían logrado subir, ni tan siquiera un poco, esa montaña. No quise exponer a mi imaginación a nada más, pues ella por sí misma ya comenzaba a despegar hacia miles de desesperantes momentos. Tan solo el propósito de buscar, era el que se debía imponer en esos horribles momentos. Así, escudriña que escudriña entre todo tipo de esas prendas, llegué a elegir algunas. Ahora tan solo me faltaba el calzado. Girando la cabeza a un lado y a otro, vislumbré por fin un pequeño montículo de botas, zapatos, babuchas y un largo etc… En ese momento me di cuenta de que la sombra estaba a punto de alcanzar el lugar. Ya no me paré a escoger las botas, cogí aquellas que a mis manos llegaron y sin más me las puse. Salí todo lo rápido que podía de aquel lugar, el calzado me apretaba un poco pero ya no había elección.

Me dirigí al sitio del que había partido, aquel en el que Gordi me estaba esperando. A mis espaldas un violento crujir se produjo, daba la impresión de que dos grandes piedras estuviesen rozando entre sí; giré bruscamente el pescuezo sin dejar de correr, de esta manera me pude cerciorar de lo que estaba ocurriendo. Pues bien, no se trataba de otra cosa, eran esos seres a los cuales Gordi se había referido como "*los limpiadores*" que comenzaban a salir por una especie de oquedades situadas en la falda de la montaña y, como acabo de decir, habían iniciado su apertura. Así comenzaban su trabajo.

Seguí con mi frenética carrera, en el momento en el que ya me encontraba cerca del lugar donde había dejado a Gordi, comencé a otear hacia todas las direcciones ya que Gordi no estaba allí. Tan solo hallé un espacio vacío, y en mi mente solo cabía la idea de esconderme.

¿Qué es lo que ahora iba a hacer? Mi desesperación fue cuando me encontré en el lugar acordado y sin rastro de mi amigo. Las preguntas comenzaban a asomar sin tener que buscarlas. ¿Dónde se halla este hombre? ¿Le habrá sucedido algo?

No puedo esperar mucho más, la oscuridad avanza a un paso demasiado rápido como para entretenerse en grandes demoras. Mi imaginación me llevó a pensar en esos arranques suyos hacia esa mole que nos oculta, aquello de lo que tanto precisamos, pues en este lugar la luz es tan necesaria... Dirigí la vista al lugar determinado por mi intuición, pero allí no había rastro de ese ser que tan poco afortunado me parecía; pensaba en él pero debía de pensar también en mí. En el preciso instante en el que me disponía a dejar ese lugar y trasladarme a un agujero libre de toda mirada, una mano tiró de mi pierna en dirección posterior o séase, hacia mis espaldas, con la rapidez de un rayo. Mi vista se dirigió a ese lugar, y ¿qué es lo que allí pude observar? Pues era una mano aferrándose a mi pierna que salía de detrás de unos matojos.

–¿Qué? ¿Quién eres?

En ese instante fijé mi vista a ese lugar, ya que tenía la obligación de saber quién era aquel que en mí afianzaba su mano. Sí, sí, allí se encontraba mi nuevo amigo, mi bienquerido Gordi; pero por supuesto, no podría llamarlo Gordi. El pobre se encontraba allí tirado, mucho más flacuchento y envejecido.

–¿Qué es lo que te ha ocurrido?

No sabía qué era lo que tenía que pensar. Él se encontraba sentado en una especie de posición fetal, su cabeza yacía entre las piernas, y ya ni tan siquiera hacía el esfuerzo de levantarla para poder mirarme. En ese instante, traté de quitar la seriedad que la situación requería, preguntándole:

–¿Qué te parecen mis ropajes amigo mío? Pensaba y esperaba que ese ser saliese de su estremecedor estado con esta expresión en forma de pregunta.

Él, extenuado, sin tan siquiera levantar la vista o producir movimiento alguno, dijo así:

–Mátame y vete corriendo de aquí a esconderte, pues la sombra va a completarse, y en el momento en el que se encuentre completa sus hijos saldrán. Si me encontrasen aquí con vida, absorberán hasta el último reducto que de ésta me pudiese quedar, produciéndome un dolor continuo hasta el fin de los días.

–¿Pero qué me estás contando? Venga, levántate que el tiempo que nos queda es casi ninguno.

–¡Ah, pobre iluso! Si realmente supieses el tremendo esfuerzo que debo realizar, simplemente para comunicar a tu persona que me haga el favor que le estoy pidiendo. Quiero que sepas que no debes preocuparte por el dolor que me vas a infligir, pues la agonía de no haber conseguido aquello que debo es un sufrir tan doloroso que no creo que pueda existir dolor igual. Has de saber que me encuentro inmóvil, no porque esté envejecido o en esta situación tan degradada. Si estoy en esta complicada situación es debido a la agonía que el miedo produce en mí, él hace que crezca una desesperación tan inmensa que en ti que ya no queda más que la negación hacia todo lo que signifique vida, y tan solo anhelas lo que una muerte instantánea te pueda ofrecer. Por eso quiero morir, pues no quiero que este sentimiento sea perpetuo. Y esa es la razón por la que me tengas que dar el último adiós a la vida. ¡Por favor, te lo pido!

Miles de escalofríos avanzaban con una velocidad desenfrenada en mi interior, manifestándose en el exterior con cientos de lágrimas que corrían por mi rostro como si de una carrera se tratase. Era en realidad una carrera por llegar al fondo de mi rostro deformado, su finalidad era el llegar la

primera a ese maltrecho espacio de tierra. Me encontraba en la situación más desesperada que un ser humano pudiese imaginar. Sin quererlo, pretendía imponerme a tal situación, pero cuando me daba de cuenta, mi rostro se volvía a arrugar en su desesperación, haciendo más difícil el camino de las lágrimas que ahora manaban a borbotones. Que más os puedo decir que no lleguéis a imaginaros pues la desgracia de esta vida es el sentir esa desesperación. Yo sé que a todos en un momento de nuestra existencia, esa representación se hizo realidad y el dolor no tiene otra manifestación posible.

La oscuridad se aproxima ¿Qué es lo que debo hacer? La muerte consentida, en este caso es la liberación a la luz y al amor, ya que una vez muerto el sufrir desaparece con él.

Busqué a tientas con mis manos, sin tan siquiera saber lo que hacía o aquello que mis manos estaban procurando. Asimismo, mis dedos alcanzaron lo que estaban buscando, ¿qué es lo que asía con tanta fuerza? La respuesta llegó sola cuando que levanté el brazo, tenia agarrada una piedra de unas dimensiones considerables, con semejante arma le podría arrebatar la vida a cualquiera. Soplando y resoplando levanté todavía más el brazo, pues de esta manera el golpe se produciría más violentamente. Ya que debo pasar por este trance, por nada del mundo quisiera contemplar su ser en agonía y sufrimiento. Era por eso que me repetía para mis adentros:

−Fuerte, con todas mis fuerzas, que así dejara de sufrir.

Ese aire viciado con aroma a muerte, soplaba sin detenerse a mirar lo que allí estaba ocurriendo. Conseguía separar las lágrimas que por mi rostro se derramaban, cambiando de este modo su dirección. Ahora no se apresuraban en dirección descendente, como si les entrasen las ganas de volar, se precipitaban hacia mi espalda y de allí nada más de ellas se sabía. Mucho es lo que me podría imaginar, pero poco lo que tendría que añadir.

En esos segundos, que para mí fueron horas, no trataba ni de pensar realmente en la dirección de las lágrimas, más bien lo que quería era entretenerme y así no darme cuenta de aquello que debía de efectuar acto seguido. Me disponía a quitar la vida a otro ser.

¿Quién era yo para efectuar tal fin? Esa pregunta caló hondo en mí, y con la piedra en alto, grité con toda la fuerza de mis pulmones.

–¡Nooooo!

Y fue justo en ese momento cuando pude vislumbrar la solución

–Vi como esos seres a los que llamaban los *recogedores* salían de una especie de cueva que quedaba abierta tras ellos.

Sin tan siquiera pensar en aquello que estaba haciendo, cogí a Gordi, lo alcé hasta que su estómago se apoyó en mi hombro; cuando ya tenía a Gordi incorporado me dio la sensación de que era un saco lleno de huesos. Apenas pesaba, en cierta medida era mejor así, pues de otra forma no sé que hubiese hecho; y aún por encima exhalaba ese olor, y ese color gris pardo, o sea, el color de lo muerto.

Pues bien, como ya antes he dicho, sin tan siquiera llegar a pensar en lo que hacía eché a correr con todas las fuerzas de las que disponía.

El pobre de Gordi se quejaba entre sollozos casi inaudibles. Por fin el agujero, lo tenía en frente, ya podía ser el lugar más nauseabundo del mundo, que para mí significaba la vida. Ésa era la diferencia. Sin mirar lo que había dentro, salté;, no lo medité ni un solo instante.

¿Qué era lo que me depararía el haber tomado esa decisión?

Eso no lo sabía, pero lo que sí percibía era que el pobre de Gordi ya no era consciente de nada. Tomé su pulso, cosa que me costó horrores, pero por fin lo encontré. Mi amigo estaba vivo, aunque mi preocupación iba en aumento, pues era consciente de que sus fuerzas se extinguían poco a poco. Nos acurrucamos en una esquina y no quise saber ya nada más, no quería que mi cabecita me hiciese más preguntas. Allí donde me encontraba estaba tan a gusto, que nada más ambicionaba.

Mi pobre elocuencia me llevaba a pensar tan solo una cosa: "Aquí, detrás de estas grandes piedras por fin nadie podrá encontrarnos".

Miraba a Gordi, y en voz baja le decía:

–Descansa, descansa mi bienquerido, pues no hay ya peligro de que nadie te arrebate tu último soplo de vida.

Recogiendo cariñosamente su cabeza entre mis brazos, nos dejamos envolver por los dulces efluvios de Morfeo, y el descanso por fin llego.

Un gran estruendo me sobresaltó de tal manera que a punto estuve de salir corriendo. Miré inmediatamente hacia el lugar del que procedía ese

estruendo. Cuál fue mi sorpresa al ver que los últimos *limpiadores*, *recogedores* o como sea; esos seres que se encargan de limpiar el lugar.

Pues bien, ellos estaban entrando en el agujero en el que nos encontrábamos. Ese estruendoso ruido, claro está que provenía de las grandes rocas que cerraban la cueva al rozar unas contra las otras; ya podéis haceros a la idea.

Lo que es esta mente nuestra, pues para mi entender yo había dormido muchísimo, pero en realidad tan solo un suspiro o un pequeño instante había pasado.

Aunque en realidad todo rastro de cansancio había desaparecido y el sueño se había evaporado. Es tan extraño este lugar, que no acabo de entender nada de lo que ocurre.

Comencé a estirarme y así a colocar mis músculos, en ese instante pude observar que por encima de la puerta se hallaba una fina línea de luz.

Decidí al momento que yo debía subir a ese lugar, y me puse a buscar el cómo lo iba a hacer. En cuanto doble un pequeño recodo, pude observar una serie de rocas superpuestas las unas sobre las otras, formando así una especie de escalera. Sin más dilación me dispuse a subir a ese lugar. Cuanto más cerca me hallaba, más y más brillaba esa línea comida en la roca. ¿Con qué fin tanto trabajo? ¿Tan solo serviría para la observación? Eso por supuesto no lo sabía. Pero sí sabía el fin con el que lo iba a utilizar. Bueno, una vez allí y frente a esa abertura, tuve la vaga intuición de que lo que allí fuese a ver no iba a ser bueno para mí, sin embargo sabía también que por ahí debía otear. Pero claro, una vez allí no tiene objeto el pararte a pensar, ya que si has subido no es para otra cosa que para mirar. Ahí se hallaba esa rendija plateada; mis ojos me decían "quiero verlo", y por supuesto así lo hice.

¿Qué es lo que creéis que atisbé desde mi privilegiado puesto?

¿Os acordáis de cuando yo me hallaba en la cornisa y dije que lo que veía era un espanto?

Pues bien, eso no era nada, esto sí que es horroroso, tan solo unos instantes mis ojos y mi ser pudieron aguantarlo. Esas imágenes inolvidables quedaron grabadas en mi interior.

Os contaré lo que allí ocurrió: Una vez acercado los ojos a aquella abertura, lo primero fue esa luz plateada que todo parecía envolver. Allá

muy en lo alto la luna brillaba, con la fuerza de su luz rompía por veces el velo de oscuridad, que esa montaña con sus nubes perpetuas extendían por todo el lugar. La verdad es que la montaña hasta parecía una bella irrealidad con esa luz. A ras de suelo la tonalidad del haz hacía que todo pareciese diferente. Allí todo refulgía con una plateada forma, no siendo aquellos seres que sentados tenían por compañera la misma soledad, estos se enfrentaban a no se sabe qué. Con sus cabezas entre las piernas, parecían estar en una trágica espera de un final indoloro; al menos, esa era la impresión que a mí me daba. ¡Ah maldita ignorancia! Pues ella era la que me llevaba a pensar en su insensible final. ¿Pero qué final, y por qué debían esperar un final?

En realidad no sabía si seguir allí mirando, pues de nada me valía, ya que poco podía hacer por aquella pobre gente. Pues bien, ya que seguía mirando mi, observación se hizo más minuciosa; de esta manera pude darme cuenta de que la sombra plateada que el precioso astro nos ofrecía, daba un remanso de paz a aquel lugar. Ahora bien, en el momento en el que mi visión caló más profundo, pude percatarme de unas sombras que no eran movidas por el efecto de la luna. Más bien se movían con vida propia, su movimiento al igual que el ladrón en el momento del robo, ese desenvolvía a hurtadillas. Aquello que se movía y no podía identificar me estaba produciendo un escalofrió tal, que la piel de todo mi cuerpo se erizó hasta convertirse en piel de gallina.

Esas formas impávidas y oscuras no tenían una silueta definida, parecía que podían mutar a voluntad; por momentos más largas y estrechas, o más anchas y cortas, pero nunca podrías decir que se trataba de la sombra de un animal o una persona.

También observé que en un principio parecía como si se encontrasen medio dormidas o más bien aletargadas, ya que sus movimientos eran lentos y pausados. En un breve espacio de tiempo comenzaron a adquirir una velocidad endiablada, y su color tornaba también en una tonalidad más negra e intensa. De esta manera, comenzaban a escudriñar todos los rincones en busca de su sustento.

Llegaban por la espalda como un asesino más, y en el momento en el que se encontraban a tu altura, o más bien a la altura de su víctima, ponían frente

a la nuca aquello que debería de ser su boca, de donde me pareció ver caer unas luminiscentes babas. Atenazándola fuertemente con lo que se podría denominar un mordisco. El indolente ser que allí yacía, en ese instante se daba cuenta de lo que le estaba sucediendo sin ningún tipo de culpa, pero con un dolor que debía de ser casi insufrible, comenzaba el pobre a chillar y chillar hasta que llegaba ese último alarido que se produce justo en el fin de su pobre existencia. En el momento en el que se retiraba de ese maltrecho cuerpo, se podía ver el estrago al que había sometido a este ser. La parte de atrás del cráneo no estaba, y tan solo un gran agujero encharcado en una mezcolanza de esas babas luminiscentes y la sangre desparramada ocupaba su lugar. Ya acabada esa demencia que nadie podía soportar y creías terminada, pero veías cuanto te equivocabas cuando, en ese instante, comenzaba en el otro extremo otro estremecedor grito que te indicaba aquello que estaba sucediendo y que por desgracia ya conocías.

Era sorprendente observar cómo aquella sombra cuanto más se alimentaba más brillaba en su negra y pérfida oscuridad, y cómo decir, se volvía menos etérea y más material.

Era horripilante y nauseabundo ver el destrozo causado por esas oscuras sombras a los pobres que ahí yacían, y poder contemplar la acción de su trabajo. Ese agujero sin sesos, nada dejaban allí, tan solo un nauseabundo resto de líquidos.

Aquel pobre ser, al igual que un muñeco de trapo dejado caer por su dueño, se desmoronó contra el suelo. En el preciso momento en el que impactó contra esa superficie desprovista de toda vida, se pulverizó. ¡Sí, así fue! y de ese ser con todas sus vivencias, tan solo ese polvo gris quedó, tan solo un pequeño montículo en el suelo, esa mancha gris en un mundo sin color. Solo eso y nada más.

¿Qué mundo es este en el que ni tan siquiera te puedes morir con dignidad? Apartando la vista de semejante espectáculo, me dirigí al lugar en el que yacía Gordi. Según bajaba iba pensando en las palabras que me había dicho, aquello de que estos seres tan solo te absorbían la energía. ¡Ay pobre! Que ignorante se puede llegar a ser, y que mayúscula resulta para mí mi propia ignorancia. Aunque en realidad lo único que ahora mismo

pretendía era llegar junto a mi amigo, acurrucarme a su lado y dormir todo lo profundamente que me fuera posible. Mañana llegará la hora de las preocupaciones y las lamentaciones, y si es posible, de mentirme a mí mismo diciéndome" todo esto no ha sido más que una horrible pesadilla".

Cuan equivocado estaba, pues en el momento en el que me encontraba cerca del lugar donde Gordi se hallaba descansando, pude observar que del mismo sitio salía una muy bien formada hilera de antorchas. Su número era de seis, tres de cada lado, y otro más en el medio que no portaba antorcha.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo y por qué?

Me desplacé tras ellos un buen trecho a hurtadillas, conseguí acercarme más, hasta que mi visión me pudio ofrecer un plano más detallado de quiénes eran esos seres.

¿Cuál fue mi gran sorpresa queridos míos? Sí, esa misma que hace un tiempo ya sabíais, allí estaba Gordi, era el que no portaba antorcha, el que se encontraba en medio de esa formación. Él, en lugar de andar, daba la impresión de que se desplazaba bailando y cantando, de todo su ser brotaba la felicidad. Su color también había cambiado de ese gris ceniza al rosado que cualquier ser humano posee y que yo tanto extraño.

Fue muy raro pues, después de un tiempo que me es imposible definir, una lágrima de alegría surcó mi rostro dando un poco de felicidad a un ser que se encontraba en el mundo del dolor extremo.

– Por fin ha salido de su negra amargura, yo sabía que no debía interferir, mi interior me decía que era así como debía de ser.

Triste me pone esto también, pues si los limpiadores se lo han llevado es porque han notado su muerte. Si no estoy equivocado, esos seres solo se encargan de aquellos que han abandonado toda existencia, e a todo aquel que se encuentra todavía vivo.

Así, en una mezcolanza de sentimientos entre la alegría, excitación y tristeza, tuve que comenzar a calmarme. Mientras observaba como se distanciaban, pensé en seguirlos un tiempo, y así lo hice durante un buen trecho, hasta que ya cansado y resignado, me senté en una piedra observando como la luz que sus antorchas desprendía se iba difuminando hasta llegar al final y perderse en la más profunda oscuridad.

¿Y ahora qué? Me preguntaba, y me respondía también. Bueno, sueño no tengo, salir no puedo; pues bien, ya que aquí me encuentro habrá que arriesgarse, a ver si somos capaces de escalar esta mole por dentro.

De esta manera me dispuse a seguir adelante, pero claro, después de un par de tropezones el hombre piensa, "si tropiezo es porque seguro que no veo". ¿Qué es lo que debo hacer entonces?

Descolgué mi zurrón del hombro, lo abrí a tientas buscando en su interior un poco de yesca y pedernal. Mi intención era dar vida al fuego.

Pero antes debo hacerme una antorcha rompiendo algunos jirones de mi pantalón. Estas prendas estaban siendo de bastante utilidad, si estuviese aquí Gordi... no podía pensar en eso, sino la pena me acuciaba. Me puse a rebuscar a tientas por el suelo, tenía la necesidad de encontrar algo para aguantar la ropa. Cómo describiros aquello que pude palpar en esa tierra. Encontraba una u otra asquerosidad a las que no merece hacer mención aquí, pues se trataba de un suelo bastante bien sembrado de todo tipo de... en uno de esos momentos en los que ya te encuentras harto y lo vas a dejar, fue en el instante en el que encontré lo que me parecía un palo; y así era, se trataba de una vieja y acabada antorcha.

Cortando varios jirones de tela de mi pantalón, los enrollé en la punta de mi vieja antorcha. Ya concluida, cogí la yesca y el pedernal y me dispuse a dar vida al fuego.

La chispa saltó presurosa, y un sibilino silbido llegó a mí.

−Por fin viejo amigo, puess despuéss de la última vez que noss enfrentamoss, como amigoss quedamoss ¿O no?

−¡Si, así fue! ¿O no te acuerdas ya?

−Sssíííí mi amigo, no mi amo.

Así contesto el fuego y sorpresivamente la llama se hizo mucho más grande y poderosa.

−Pero dime amigo ¿Qué lugar esss essste donde nosss encontramosss? Pues como bien sabesss a mí me gusta devorar la oscuridad, y por lo que puedo obssservar esss perpetua aquí. Oh, que gozo el poder absssorber tal penumbra.

−Debo comunicarte que nos hallamos en el interior de una montaña.

–¿Qué esss lo que me essstás diciendo? ¿No tendrá esssta montaña un gran cassstillo en sssu cumbre?

–Sí, así es.

–Pero dime entoncesss... No, no. Másss bien no me digasss nada.

Y así la llama bajó hasta convertirse en una insignificante llamita, ésta en vez de quemar el combustible daba la impresión de solo lamerlo.

Y un murmullo comenzó a silbar dentro de mis oídos.

–Dime ¿Qué es lo que quieres pues no te oigo? Y además me preocupa que el gran elemento tenga miedo de la oscuridad.

En ese instante el silbido se hizo palabra y decía:

–Loco, ¿es que no sabess dónde te metess?, esste ess un lugar del que ni tan ssiquiera deberíass haber oído hablar de él.

–Nunca lo hubiese pensado de ti, ¿Dime a qué le temes tanto?

–Éssta ess la basse de ese cassstillo.

¡Ah, ya no sssilbare masss ¡ ¡Ni tan sssiquiera me oiráss ssi assí lo hiciesse loco!

– Está bien, aunque no esté de acuerdo con lo que dices, pero cuanto menos ilumina un poco este lugar, de lo contrario sé que en un tropiezo seguro que no voy a acabar bien.

–Síi pobre ilusso, dime ¿Esstáss vivo realamente?

–¿Cómo podría saber eso? Pero yo creo...

–No me respondass irressponsable. Debess saber que éssta ess toda la luz que piensso darte, inssenssatooo.

–Está bien, de esa manera seguiré adelante, y estoy seguro de que no me perderé nada de lo que en este lugar se encuentre, ya que como piensas quedarte callado mi atención se verá multiplicada en una sola dirección: mi camino.

El sendero comenzaba a ser más y más ancho, y allí, en el fondo, se atisbaba una difusa luz que se escapaba por una puerta en forma de arco de media punta. Una vez llegado a ese lugar, y sin pensármelo, traspasé el arco. Al otro lado se encontraba una amplia y vasta sala. Eso es un calificativo que no le hace justicia. Pues ni tan siquiera podía llegar a vislumbrar sus paredes, quiero decir, que no sabría decir donde empezaba una y donde acababa la

siguiente. Y por supuesto mi mirada también se dirigió hacia arriba. Parecía que jamás lograría llegar a alcanzar el techo de ese lugar, pero sí. Allí en lo alto se podía discernir una especie de techumbre, o eso por lo menos es lo que a mí me pareció.

Esta montaña en su interior es totalmente hueca, no es otra cosa que una trampa. Me pude cerciorar de esta afirmación una vez me encontraba cerca de una de esas paredes. Ésta tenía una escalera de subida, lo que me dio que desconfiar, aunque subí como no podía ser de otra manera. Una vez a más altura, de lo primero que me di cuenta es de que otras muchas escaleras se entrecruzaban, lo que me llevó a la conclusión de que todas esas paredes se encontrarían de la misma manera: Llenas de escaleras. Subí y subí hasta llegar a esa especie de techo.

La luz que bañaba la sala se filtraba por ciertas aberturas de la pared. Al principio aquello daba la impresión de un lugar celestial, pues toda aquella luz que luchaba contra las tinieblas saliendo ganadora, te obsequiaba con el esplendor de su refulgir. Pero cuál fue mi desasosiego cuando me di cuenta de lo que eran aquellos huecos en realidad. En una de esas escaleras que se paraba frente a una de las aberturas, pude comprobar in situ para qué se utilizaban. No eran naturales.

¡Nooooo! Eran trampas mortales. Los utilizaban con el fin de introducir o bien sacar esas cortantes piedras que salían al exterior por cientos. Me encontraba en la sala culpable de todo sufrimiento.

Ahora comprendo a aquel que se había desplomado al vacío… estaba agarrado a una de esas piedras, que le amputó los dedos. Claro, en el momento del agarre es seguro que tiraron de ella hacia dentro, así que como si de un cuchillo se tratase, le amputó todo aquello que en él estuviese. Que cruel destino el verte obligado a morir de cualquiera de las maneras en las que aquí se llevan a cabo. Ya fuese por quedarte parado a la espera de esos seres que mejor no quiero recordar, o por subir a una montaña manipulada cuyo único fin era matarte. En mi interior con gran fuerza surgió una pregunta. ¿Por qué? Y ¿quién?

Nada podía comprender. Me senté frente a uno de esos huecos por los que entraba una hermosa luz que no tenia culpa de lo que allí ocurría. Ella

tan solo entraba clara por esa abertura mortal, dando así un poco de generosa paz a aquel lugar. En ese instante, mi desolación se volvió más inmensamente grandiosa que el hueco de esa montaña en la que m e encontraba.

− Por favor respondedme mi bienquerido elemento, por Dios te lo pido.

−¡Nooooo!... No noss hagass sssufrir máss, por favor tu fuisste quien noss dio la vida en essste lugar, por favor déjanosss ya...

Mas, qué es lo que debo hacer yo ahora, pues toda ilusión se ha extinguido en mí. Por favor, necesito que alguien me preste su ayuda. Fue en ese instante cuando mi zurrón se puso en movimiento, y en ese momento mi desesperación parecía alejarse a la carrera.

Eché inmediatamente mano de mi zurrón, que se movía a impulsos y con mucha fuerza; lo abrí, y al momento se precipitó al suelo. En su chocar comenzó a entreoírse su dialogo.

−Mi bienquerido amigo, no desesperes ¿Qué es lo que tanto te aflige? Si yo te puedo ayudar no dudes que así lo haré.

Era como si una alegre melodía se deslizase por mis oídos. Tenía el poder de aligerar mi alma dolorida y cansada. Así llego a mí la dulce sensación de trasladarme al exterior, junto al arroyo que me prestaba toda la delicadeza de su equilibrio. Era una paz necesitada, ella ejerce una gran influencia en mí. Después de todo lo que pasó, era lógico que no pudiera ser de otra manera.

−Gracias, mil gracias te doy simplemente por el hecho de estar aquí.

−Siempre estoy a tu lado, yo nunca me he ido.

Agaché la cabeza y dejé que el fluir de mis lágrimas se derramara.

−Pues mírame, aquí estoy, en este lugar que lo único que representa es una inmensidad de grandes horrores… ellos son una parte de esta gran oscuridad… la cual oprime de gran manera este corazón mío. Llega al punto de casi hacerlo reventar. Este lugar y este dolor van a terminar por volverme loco.

Es por eso que gracias te doy de todo corazón. Este momento de paz es el que realmente me ha salvado. Observa también a este ser, aquel que tanto se vanagloriaba de esa gran potencia que él es. Míralo ahora, ni tan siquiera se atreve a dar una tenue luz. Esta diminuta llama que ves asomar de su potencial comida, es en lo que se ha convertido.

–Ess para ahorrar combussstible.

–Si ya, pero dime hermano. ¿Qué es lo que temes?

–A todo aquello que esste lugar repressenta.

–Bien sé lo que es este lugar, pero debes estar tranquilo, ya que aquí no te vas a quedar. Y dime tú, mi bienquerido:

¿A dónde quieres ir?

–Quiero subir allí a la cumbre, y poder ver a aquel o aquellos seres que son capaces de crear tales atrocidades.

–Tranquilízate mi bienquerido, mi pequeño amor, y piensa que quizás te puedas llevar alguna sorpresa en el momento en el que allí llegues. ¿Y tienes pensado cómo quieres hacerlo? Pues si utilizas alguna trampa no serás mejor que ellos. ¿Te gusta su forma de ser?

–Por supuesto que no.

–Tienes dos opciones, o bien subes por el exterior con lo que eso significa, o bien por aquí. ¿Qué es lo que eliges?

–Por la parte externa lo haré… Aunque me vaya la vida en ese intento.

–Eso es lo que yo estaba esperando oír. Es hora de que bebas parte de mi cuerpo, de esta manera intenta descansar.

Eso mismo me dispuse a hacer, pero no allí en esa gran mole de vacío total. Así que dirigí mis pasos al lugar en el que Gordi y yo habíamos reposado placenteramente. Busqué el mejor de los sitios que se podría encontrar. Con suaves arrullos me despedí del elemento, después acto seguido me despedí del fuego comentándole:

–Me sorprende hermano lo cobarde que puedes llegar a ser.

–Algún día llegará el momento en el que pueda contarte lo que aquí me ocurre, pero por ahora tan sssolo adiósssss. Allí me quede totalmente dormido en esa especie de refugio de piedra. No sé el tiempo que pase durmiendo, pero cuando desperté diría que estaba plena la mañana, o por lo menos así me lo parecía. Guardé aquella antorcha que tanto bien me había hecho. Esperé a que las enormes piedras se abriesen; la espera no fue muy prolongada, el ruido que trasmitían esas enormes rocas se produjo de nuevo. La muy esperada luz, comenzó a filtrarse por las rendijas que las rocas abrían con su movimiento. Aguardé un momento, pues un

fuerte quejido me indicaba que los limpiadores estaban a punto de salir. En el instante en el que el último de ellos salió, como una exhalación me precipité al exterior.

Cuando mi pie toco de nuevo ese lugar… Todo mi cuerpo paró al unísono. Cómo podré explicaros lo que todavía me hace estremecer… Con mis medios trataré que os podáis sentir un poco como yo me llegué a encontrar en aquellos horribles momentos.

Todavía estaba frotando los ojos cuando llegó aquel estremecimiento. Comenzó a subirme desde la punta del dedo gordo del pie. Llevaba una velocidad endiablada, subía y subía, mis tobillos comenzaron a temblar, todos sus pequeños huecos, todos los tendones, los músculos de las piernas se hinchaban y se tensaban también. Mi piel totalmente de gallina, aunque de verdad yo ya no podría llamarle piel. En la parte de los riñones y pulmones, parecía como si los primeros dieran paso a la orina, la cual se precipitaba por mi pierna al suelo; mi respiración dejo de serlo y acto seguido se convirtió en un simple jadeo. El corazón subía y bajaba su ritmo a voluntad propia, y esto tenia nefastas consecuencias. Mis ojos lagrimeaban sin saber el porqué. Los oídos me silbaban fuerte y profundo. La conciencia no podía discernir lo que estaba ocurriendo. Allá al fondo… Mi cerebro comenzaba a sentir el agobio de encontrarme tan lejos de esa mole. Comenzaba a tener la imperiosa necesidad de dirigir mis pasos hacia aquel lugar. Aunque de momento podía controlarme, o eso creía yo. Qué sentir tan extraño, ya que a cada paso dado una nueva sensación experimentaba. Llegó el momento en el que mi cerebro ya no poseía todo el control. Me daba toda la impresión de que eran los pies, los que imponía la necesidad de acercarse al lugar. Esa sensación creció, al instante todo órgano tenía la imperiosa necesidad de alcanzar la montaña. Mi cuerpo todavía era fuerte pero mis órganos le daban la trascendental orden de que esa montaña era mi misión. Al momento, hubo un cambio radical en mis sentimientos. Ya que la angustia que sentía por hallarme lejos de la mole, pasó a convertirse en una nueva forma de sentir. Toda sensación anterior se esfumaba. Y tan solo prevalecería uno, y era: Debo subir esa montaña. Este objetivo era tan fuerte que regía mi cuerpo. Esa era ahora

mi misión. Al instante, y sin estar preparado, mi cuerpo salió disparado. Se movía con tal agilidad que la mayor parte del tiempo no sabía donde pisaba, y lo que es peor, no tenía idea de lo que estaba ocurriendo.

Después de esa alocada carrera de obstáculos llegué a la falda de la horripilante mole. ¡Qué alivio! Había llegado a mi meta. Allí comenzaba una trifulca, daba la impresión de que saltaban chispas en mi interior. Pues mis ojos daban paso hacia el interior a esa violencia que se desataba en el exterior. Y esto sin saber por qué trasmutaba el bien, dejando que desapareciese y el mal creciese en mí. No sé por qué ni quién es el que tiene razón. Pero sí sé que mi razón, la poca que todavía me quedaba, me llevó a que me alejase de allí. Tratar de poner paz era imposible, no me gustaba nada sentir ese odio. Sé también que no es bueno olvidar, y así saber que, si tú acabas odiando y ese sentimiento se adueña de ti, tú mismo serás odiado por el ser al que odias, y a todo ser que se acerque le acabará pasando lo mismo.

Pero como buscador de todo aquello que es bueno, en esos lugares en los que no existe nada más que la maldad, algo bueno debía de buscar, por ello pensé: Si ese mal sentimiento hizo que yo me desplazase a esta zona, por algo será. Sin pensarlo más me dispuse a subir. Pues todavía habitaba en este ser la fuerza que el agua me había trasmitido con su cortesía.

Esas rocas salientes eran afiladas y muy frías, pero yo tenía algo de lo que los demás no disponían, y era información. De esta manera me fijaba muy mucho donde ponía mis pies y donde no.

Sabía que en aquellas que viese un pequeño hueco, no se me ocurriría ni tan siquiera apoyarme. Caí en la cuenta de por qué los limpiadores conocían el momento en el que debían salir. Todo se hallaba en este lugar tétricamente emparentado.

Cómo no saberlo si eran ellos los que los hacían caer. Qué paradoja, sigo sin entender nada.

Es muy duro, pues siempre debías apoyarte en el mismo espacio y con la misma parte del pie. Lo que sucedía con tus manos eras todavía peor. Pues cuanto más fuerte te asías, más profunda se volvía la incisión, mucha sangre salía de ella y más dolor debías aguantar. Cuando ya había subido un buen trecho, me fijé en mis botas maltrechas, tomé la decisión de deshacerme de

ellas pues ya más mal que bien me hacían. Por supuesto que ahora el cuidado debía ser mucho más extremo. Seguía hacia delante por ese martirio que era el camino, y como no me preocupaba de otra cosa que no fuera él, me pude dar cuenta de que la gran mayoría de las piedras poseían agujeros. O sea, se trataban de trampas móviles. La desesperación te lleva a fijarte en todo, pues el final… lo veía cercano. Y cual mi sorpresa cuando logré atisbar lo que parecía un oculto camino. La señalización de esta senda la componían las piedras que eran fijas. Acto seguido fue mi decisión la de seguir esa especie de sendera. Y sin duda se volvió mucho mejor esa especie de sufrimiento, y la alegría por tal insignificancia fue grandiosa, era mucho más llevadera ya que esas piedras no estaban afiladas.

Me sentía tan cansado, pero mi consciencia me decía que no podía parar, pues de caer la noche el futuro no existiría para mí. El frío se haría cargo de estos maltrechos huesos, pero… Estoy tan, tan cansado. De repente a mis oídos llegaron unos gritos, que poco a poco se convirtieron en un ruidoso clamor.

–Vamos, tú eres el que por fin lo conseguirá, pues nadie ha llegado tan lejos.

Eso inflamó mi pobre corazón, haciendo de la desesperación, una meta ya superada.

Y así fue como seguí y seguí, mis pies y manos sangraban a la par. Era como si de una apuesta se tratase, a ver quién es capaz de exhalar más elemento vital. En el resto de mi cuerpo miles de agudos pinchos, se habían introducido sin permiso, haciendo de cada movimiento un verdadero suplicio.

Una vez llegado a determinada altura, no se podía oír a aquellos que allí abajo me prestaban su apoyo. Ahora tan solo mi respiración me daba los ánimos. Ésta también se iba escuchando más rápida y menos profunda y rítmica. Lo cual me decía claramente que el cansancio comenzaba a hacer mella en mí. Continué apoyándome en la pared con los pies uno encima del otro, pues el espacio que tenía no me daba para nada más. No lo podía aguantar, creí desfallecer, hasta la poca vida que en mí quedaba parecía abandonarme. En ese instante me acordé de mi hermana, el elemento.

– Estimularme con tu luz y fuerza, oh tú mi líquido vital.

En ese momento mi zurrón se movía alegre y entre gorgoteos escuché a mi hermana.

–Bebe de mi ser, que así sea entonces.

Y fue así como me puse a beber, pero de repente este preciado líquido se me introdujo por la nariz. Por supuesto, acto seguido comencé a toser, y la convulsión del cuerpo al hacerlo produce siempre hacia delante. Con la postura que tenía es imaginable el susto que me pude llevar.

–¿Pero qué es lo que haces?

–Si bebes de más tu cuerpo no te lo va agradecer, pues más bien será al contrario. Si lo haces es seguro que vomitarás y tu consciencia perderás.

–Perdóname, pero tú también podías haberme avisado de otra manera. Ha sido por poco… Por muy poco.

Guardé el agua, ya me había espabilado, así que proseguí mi camino.

Todos los pliegues de mis pies perdían sangre, creo que se llevaron el premio a la mayor sangría. Me dio por mirar hacia arriba y allí se encontraba la niebla, ya casi podía tocarla con mis manos. Sabía que era tan solo una especie de espejismo, pues lo peor estaba aún por llegar.

Me hallaba en la frontera entre el final de la luz y la impenetrable sombra, llegaba a la oscuridad perpetua. El cambio de temperatura oscilaba en muchos grados.

¿Qué es lo que debía hacer? Yo sabía objetivamente que en los alrededores no encontraría nada que me pudiese ayudar, y en aquella altura mis pies pasarían a un estado de congelación. Lo que después me esperaba, si eso se produjese, todos nos lo podemos imaginar. Ya sabéis, primero la sangre deja de circular con lo que los dedos se ponen de color negro, dejas de sentirlos por lo que es fácil perder un miembro y no enterarte. Espero no tener que pasar por esa situación. Mi ropa, o lo poco que de ella quedaba, me era necesaria para no morirme de frío. En ese instante tomé la decisión de servirme de la vegetación que crecía en el entorno. Os podéis imaginar lo que a mis pobres pies les esperaba pues, como antes ya os he descrito, el tipo de plantas que en este lugar nacían y su vida desenvolvían poseían espinas como si de clavos se tratasen. Éstas se introducían profunda y dolorosamente en mi

carne. Sé bien que no podía hacer otra cosa, así que seguí enroscando aquellas delgadas ramillas, parecía imposible que tan endebles ramas portaran tanto sufrimiento, y así poco a poco mis pies se vieron totalmente cubiertos por una capa de ramas y dolor.

Hurgando en mi zurrón saqué de su interior un poco de yesca y pedernal, y de esta forma dispuse a dar vida al cobarde elemento.

–¡OH, me llamass de nuevo! Que pessadito eress. ¡Aaah, pero estamos fuera!

–Si así es, y te voy a dar una sorpresa aun mayor.

–Dime, dime. ¿De qué ssse trata?

–La espléndida sorpresa es el combustible que vas a utilizar para mantenerte con vida.

Y así baje mi mirada hasta llegar a la altura de mis pies.

–Pero ¿Qué nueva broma ess éssta? ¡Ah sson tuss piess loss que tengo que…!

Perdón, mil perdonesss.

–Tranquilo, ya no me afectan tus palabras. Echa un vistazo al lugar en el que nos encontramos.

– Ssí, ya ssé, esstamos ssubiendo la mole. Pero pobre pequeño, tu sssufrir interno y externo te tienen ya que amargar de manera extrema… Para jugarse la existencia subiendo a este lugar.

–Sí, estamos ascendiendo pero eso es lógico ¿O es que aquí se viene a otra cosa? Yo creo que una vez aquí, afrontar este demonio es lo único que nos queda. Ahora escucha mi plan: Se trata de que tú por una vez controles tu apetito, y así vayas consumiendo muy poco a poco el combustible que yo te ofrezco. Sabes que es parte de la grasa de mi cuerpo lo que vas a consumir. Y por supuesto que quiero llegar arriba, y poder seguir andando. ¿De acuerdo?

–Ssí, pero ya sabess que a vecesss ssse me escapa la potencia y yo no puedo controlarlo, en mi naturaleza essstá el abrasssar lo que a mi alcance se halle. Ssi esso ocurriera pega un pisssotón contra el ssuelo, aunque essoss pinchitoss…

–Esos pinchitos deben durar todo el tiempo posible ¿De acuerdo?

–Ssí pero...

–Ni pero ni nada, adelante y que sea lo que tiene que ser. En ese instante prendí fuego a mis pies, era la única forma de evitar que se me congelasen. Este frío, no sé… pero por extraño que parezca me recordaba al desierto. Es sólido una vez que lo has aplastado, y este aire lleno de diminutas gotas de agua congelada, se asemejaban a los granitos de arena de ese desierto. Estos, con la fuerza del aire, se te introducían en la piel arrancando pequeños jirones, los cuales después de un tiempo se volvían serias heridas que no sangraban, pues el frío lo impedía. No sentía los dedos de las manos, me resultaba un poco extraño porque no sabía si los tenía, aunque los veía delante. Eso no era nada comparado a mis pies. Lo que ahí abajo sentía era un dolor espantoso, el calor que el fuego producía se me metía dentro, causando así la estimulación, porque me permitía sentir cómo me asaba vivo. A cada paso esos pinchos se introducían más desgarrando todo aquello que a su paso encontraban. Debía darme prisa, pues no quería ni pensar en el dolor que me produciría el momento en que el fuego acabase con las ramitas y comenzase a quemar mi carne.

El padecimiento externo comenzó afianzarse, ese dolor mucho más profundo, ese sufrimiento que no se ve pero que todo lo trasforma, carcomía mi ser de la siguiente manera:

He llegado a ser un ser vivo sin vida, era un muerto viviente, una masa informe que se movía por impulsos, ¡qué pena sentía de mí! Así miles de envenenados dardos nublaban mi mente.

De repente un estallido de agudo dolor me hizo salir de ese abominable momento. Aquello que había causado ese dolor no era otra cosa que un lametón de la lengua de fuego que había llegado a mis pies.

–¿Qué es lo que pretendes?

–Lo siento amigo, pero poco queda ya que quemar.

–Debes seguir entonces, pero no seas ambicioso. La grasa que pueda tener es más bien escasa.

No podía saber la distancia que me separaba de mi meta, pero el dolor era inaguantable, no creía que mi consciencia estuviese mucho más tiempo activa. Mis pies se quemaban, mis manos estaban cortadas totalmente y no

veía nada con ese blanco velo, con esa niebla. Ni tan siquiera sabía si me hallaba allí. Mi pensamiento me torturaba diciendo: "todavía te queda un gran tramo por subir y es seguro que en cualquier momento caerás al vació". Cuando de pronto, al echar torpemente mi mano hacia arriba, no encontré más piedras a las que asirme. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo? Palpe más a fondo, y estiré más el brazo. En ese instante sentí un calor amable y muy agradable que discurría por él. No daba crédito, era cierto, era el sol, ese calor que te reanima. Así me pude dar cuenta de que me encontraba agarrado a una especie de bordillo. Con un último esfuerzo me impulsé con los pies… o más bien con lo que de ellos quedaba. Ése fue un impulso ascendente, extinguiendo de esta manera al fuego que me devoraba. Fue uno de los esfuerzos más grandes que yo pueda recordar. Quedé un momento sin consciencia y perdí también toda conciencia.

¿Dónde me encontraba? Todo me dolía a rabiar, y ese dolor fue quien trajo a mí la conciencia de nuevo. Así mi consciencia me obligó a abrí los ojos. Al momento comprobé como el astro rey brillaba, esto hizo que los volviese a cerrar– El dolor me llevaba a perder toda noción de realidad, el calor me arropaba, y todo junto logró que mi persona perdiese el sentido.

–¡Arriba, venga arriba, dormilón!

–¿Qué? ¿Quién? ¿¡Dónde me encuentro!?

–¡Ah pequeño luchador¡ No has abierto los ojos todavía y ya todo son preguntas. ¡Levántate ya¡ Nos están esperando, y por supuesto no preguntes quién.

En ese mismo instante abrí los ojos de par en par, y cuál fue mi sorpresa cuando vi me hallaba en una amplia habitación, por cuyo gran ventanal el sol entraba a raudales. También me pude fijar en dos puertas enfrentadas.

–¿Qué es lo que está ocurriendo? No entiendo nada en absoluto, ya no soy gris y mi color es el natural.

Me dispuse a mirar mis extremidades, pues no sentía dolor alguno.

–En mis manos no están las heridas que debieran, ni tan siquiera una pequeña marca que testimoniase lo que ellas tuvieron que aguantar. Y qué

decir de mis pobres pies, pensé que nunca más podría volver a apoyar en suelo firme. Pues las llagas infringidas por los pinchos y las piedras, para menos no eran, y por si fuese poco también estaba lo abrasado de mi pobre piel por los lametones que mi amigo el elemento me infringía.

¿Qué es lo que aquí está pasando? Creo que toda explicación llegará a su tiempo, de momento debo conformarme con estar vivo y entero. A los pies de la cama había unos hermosos ropajes, en una mesita un calzado igual de elegante.

Acto seguido me dirigí a una de esas puertas y la entreabrí, tras de ella se encontraba un amplio pasillo, y a la espera dos personas que a mi entender eran de dos soldados.

Cerré, y acto seguido dirigí mis pasos a la otra puerta. La abrí con mucho cuidado, al otro lado había un gran cuarto de baño.

Dios mío, ya no me acordaba que algo así pudiese existir, con todo lo que yo necesitaba asearme. De esta manera todo aquello adherido a mi cuerpo y a mi mente se perdería por el sumidero. Necesitaba realmente una limpieza a fondo, tanto de cuerpo como de mente.

Me deslicé en esa agua que estaba tibia, y todo aquello que se debía soltar lo fue haciendo poco a poco.

Así una vez acabado, me vestí y calcé. ¡Era una maravilla mi vestimenta, y a medida! Ahora un paso más, salir y enfrentarme a no sé qué; pero después de lo pasado, que sea lo que tenga que ser. Abrí la puerta. El ruido que produjo al moverse hizo que al momento las dos personas que allí estaban esperando, profirieran un saludo muy amistoso. Me invitaron a que los siguiese, y así fue, uno se instaló delante y el otro en mi retaguardia.

Y como es así mi forma de ser y no puedo estar mucho tiempo callado, pregunté:

−¿Alguno de ustedes podría decirme dónde me encuentro, o qué lugar es este?

−Te encuentras en el interior del castillo, por supuesto ¿En qué otro lugar podías estar?

Con esa respuesta me conformé por el momento. El individuo que a mis espaldas se encontraba me comentó una cuestión, que hizo que mis

recuerdos volviesen a mí en tropel. Hasta aquel momento me sentía vacío de mi pasado. Aquello que dijo me trasportó de inmediato a recordar a aquel ser con el que había compartido parte de mi camino.

Aquello que dijo, fue lo siguiente:

–Calla y mira bien donde pones tus pies, no vayas a tropezar.

Y más bien no fue aquello que dijo, sino el cómo lo dijo. Sin tan siquiera darme cuenta de mi expresión de alegría, no pude reprimir mi pregunta.

–Oyam… ¿Eres tú?

–Bueno, bueno, tú sigue andando que aquello que deba ser será.

En ese instante la alegría se volvió rotunda en mí, me di media la vuelta y el estallido de alegría se plasmó en un profundo abrazo, que terminó en un llanto de emoción estallando en ambos. Qué se puede decir cuando las palabras se quedan sin significado, y tan solo queda el escalofrió producido por tan inmensa alegría. Esto llegaba para complacer cualquier pregunta.

El bueno de Oyam recuperó el aliento y por fin me dijo.

–Mi bienquerido, gracias a ti completé el último escalón, y así pude llegar hasta ti de nuevo.

–Pero, pero… ¿Y tu cuerpo?

–El cambio fue producido al subir ese escalón, y ahora poseo éste que estás observando.

En cuanto me enteré de tu hazaña pedí ser yo el que te despertase.

–¡Ah viejo amigo!

Y sin decir más, quedé un instante mirándolo complacidamente.

Su cuerpo era ahora el de un joven bastante fornido. Su tez blanca y sus ojos grises daban elocuencia de su saber y de las ganas de aprender que tenía. Era más o menos de mi estatura, aunque podría establecer que portaba un cuerpo mucho más atlético que el que mi pobre ser formaba.

En ese instante, el otro acompañante nos echó una pequeña reprimenda, lo que me devolvió al momento que estaba a vivir.

Al instante Oyam exclamo:

–Mi bienquerido amigo, ahora calla y síguenos.

−Está bien, pero antes de guardar silencio debo decir que tengo mucha hambre.

En ese instante una sincera sonrisa iluminó el rostro de mis dos acompañantes, no podía entender qué les causaba gracia. Lo que sí sabía es que debía entretener mi apetito, así que me dispuse a observar el lugar en el que me encontraba. Debo deciros con la mayor sinceridad que este sitio era lo más hermoso que yo podía recordar, me desplazaba por un pasillo que se encontraba lleno de infinitas puertas, todas ellas labradas con tal esmero y paciencia que no podía entender qué manos podrían haber hecho tales obras maestras. En el momento en el que pude vislumbrar algo, por una puerta entreabierta pude ver más pasillos, igual de hermosos que por el que me desplazaba. Este lugar era la mayor obra de arte imaginable. El mármol era espectacular, a cada momento y sin que te dieses cuenta, iba cambiando de forma y color. En él se encontraban espacios idóneos para un buen diálogo o una agradable lectura, enormes chimeneas aquí y allá se encargaban de caldear la gran mole.

Tan embelesado me encontraba, que no pude atisbar lo que se estaba produciendo delante de mis ojos. Hasta que un estruendoso sonido atrajo mi atención, dos grandes portones se abrían de par en par delante de mis narices.

Lo que éstas ocultaban a la vista era un grandioso salón. El primer impacto lo producían en tu interior aquellas gigantescas columnas, parecían no tener fin, y te daban a entender lo insignificante que puedes llegar a ser. Las mesas separadas un par de metros las unas de las otras recorrían varios metros cada una, ocupaban todo lo largo de aquel extraordinario salón. Se trataba de una estancia de enormes dimensiones, era extraordinaria mirases por donde la mirases.

Allá, muy en lo alto, se encontraban una multitud de grandes ventanales que dividían sus vidrieras en diferentes formas y colores. Éstas se mezclaban en el espacio de la sala, dando paso a la más exuberante mezcla de luz, color y forma en esas dependencias. Procediendo también a dar la iluminación que la estancia necesitaba.

Todas las mesas se hallaban repletas de los más deliciosos manjares. En primer lugar la vista, que al momento se unió al olfato, y ambos produjeron

en el interior de mi boca una casi imparable inundación de mi saliva. ''Y mi estomago totalmente vació".

En ese mismo instante mis acompañantes se dispusieron a desplazarse hacia el centro de la gran sala en la que podía ver un largo pasillo que dividía el lugar. Una vez en ese largo pasillo mis guías se movieron hacia adelante.

En esa sala no pude ver a nadie más que aquellos que a mí me parecieron sirvientes. Proseguimos nuestro caminar por el largo y recto pasillo en dirección al fondo. Allí podía discernir una serie de escalones Eran tres, ascendían a lo que parecía la mesa presidencial. En el medio se hallaba un gran trono que todo lo presidía, también se observaban dos más pequeños, uno a la diestra y otro a la siniestra.

Así llegamos a la altura en la que estaban los escalones. Miré a mis acompañantes y me hicieron una seña para que siguiese adelante. Comencé a subir los escalones y me percaté de que ellos se quedaban atrás. Así, sin aviso, dieron media vuelta en dirección a la salida, ese lugar por el que habíamos entrado. En ese instante no sabía qué es lo que debía hacer, aunque estaba claro que si me habían acompañado hasta allí debería seguir subiendo. En el momento en el que me giré para seguir mi ascensión, pude discernir que allí se encontraba una figura que antes, o bien no había visto, o no estaba allí.

Decidí subir con mucha parsimonia, aunque en mi interior algo me decía que me diese prisa… No lo hice. En el momento de mi llegada al último escalón, mi vista pudo desvelar qué o quién era el que se encontraba en ese trono sentado. Mi sorpresa fue grande y agradable también, en él se encontraba una hermosa y esbelta mujer que elevó su figura del trono para así darme la bienvenida.

Sonrojado hasta los tobillos, le pregunté sin tan siquiera saber que lo estaba haciendo:

–¿Dime oh tu majestad, eres una diosa y esto es el cielo?

Pues en realidad nunca he visto una y tampoco he subido al cielo. Pero creo que ambas cosas se asemejaban mucho a la imagen que de ellos tantas veces nos han explicado. Su belleza era totalmente irreal, no sé si era una suerte ser tan bello, pero en la ruleta de la existencia si te hubiese tocado algo que se le asemejase, te encontrarías súper orgulloso de cómo eres.

Aunque todos sabemos que el orgullo puede significar un final, que lleva frustrado a aquel indolente que por él se deja arrastrar.

Pero ella era toda hermosura, ya que lo que sentía a su lado era amor, sinceridad, humildad y un largo etcétera que ahora no voy a nombrar.

Físicamente, de momento, no quiero tener que describirla. Llegará el momento en el que mi observación sea plena. Por ahora sería muy bueno que cada uno os imaginaseis la belleza más extraordinaria que podáis tener en vuestro interior, y cuando eso tengáis ya completo, tened por cierto que no se acerca ni de lejos a lo que mis ojos observaban en ese instante.

Ella extendió su mano y yo la bese. No sé cómo me atreví a tal, y nadie me había dicho nada y tampoco lo pretendía, yo me aceptaba tal y como soy.

En ese momento habló, y con su melodía dijo:

–Buenas te sean dadas mi querido ser cansado, estoy escuchando el diálogo de sordos que tu estómago está manteniendo. Está bien, siéntate ahora y nos nutriremos. Pues el estomago lleno hace que se suelte la lengua. Siéntate aquí a mi diestra. Oyam, acércate tú también y siéntate aquí a mi siniestra, pues tú has procedido a que su gran misión se cumpliese hasta aquí. Como buen compañero has entrado en los recuerdos de nuestro invitado, de esa forma, cuando su relato comience podré crear una visión más precisa con los comentarios de ambos.

–Notor, toca por favor la campana.

Y Notor, que era el individuo que nos había acompañado a mí y a Oyam, así lo dispuso. Me llamó la atención que de una campanilla tan minúscula un sonido tan mayúsculo se produjese. Con un grave, fuerte, pero agradable chirrido se comenzaron a abrir esos dos grandes portones; al momento un fuerte rumor de pasos y voces se dirigían al lugar en el que nos hallábamos. Se acercaban más y más, así fue que al momento comenzó a llenarse ese gran salón. Y así hasta que el último de los rezagados entró, los portones no se cerraron. Todos se hallaban ya dentro y frente a su lugar. En ese instante el silencio se hizo y todo murmullo murió. Se giraron todos al unísono e hicieron una gran reverencia hacia la reina, y en segundo lugar, a mí también. Otra vez me ruboricé, que ridículo se puede llegar a sentir uno ante tal situación. Nos sentamos, eso sí, nunca antes de que la reina

lo hubiese hecho. En ese instante, ella me miró y me hizo una señal para que me sentase, y así lo hice; inmediatamente después ella se dispuso a tomar aposento también. De pronto se produjo un murmullo en la sala, mientras los comensales se iban sentando. Yo no entendía nada de lo que estaba ocurriendo ¿Qué significado podría tener eso? Pero después de mucho tiempo sí llegué a la conclusión de lo que mi señora había logrado con ello.

Una vez todo el mundo estuvo sentado, se dispuso comenzar a comer todos aquellos manjares. Ahora ya solo podía mirar a aquellas excelencias que por delante tenía, llegó el gran momento, comí como si en verdad nunca lo hubiese hecho, y aun por si fuese poco un gran vino regaba la alegría de mi ser.

No podría decir qué era aquello que me estaba comiendo, pues no le daba tiempo al paladar para que ejecutase su trabajo. Al cabo de lo que pudo ser más o menos una hora y media, mi gula ya se encontraba satisfecha. En mi ser había otras excelencias que no se habían desvelado, es por eso que comencé a observar a todos aquellos seres que allí se encontraban. En realidad tenía la vaga impresión de que a la mayoría ya los conocía de algo, o bien los había visto en otro lugar. Observando pude localizar a mi buen amigo Gordi, el también estaba allí.

El sobresalto que me dio la alegría de verlo, hizo también que su majestad se sobresaltase.

Ella tan solo con echarme una ojeada sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo, y así me dijo:

−Vete si quieres, pero has de tener en cuenta la posibilidad de que aquello que ocurra no te guste.

Y así fue. Como un rayo me levante, me dirigí al lugar en el que mi bienquerido se hallaba. Según iba pasando por los sitiales en los que los allí presentes se sentaban, estos se levantaban y me proferían una profunda reverencia.

En un principio estaba un poco aturdido, pero opté por no hacer mucho caso, eso sí siempre guardando las formas. Así entre reverencia y reverencia logré ponerme enfrente de mi bienquerido amigo.

Al momento se puso de pie y una gran reverencia me dedicó, y me dijo.

–¿Se me permite hablar, mi señor?

–Por supuesto, habla.

–¿Qué es lo que mi señor quiere de mí?

–Pero Gordi ¿No te acuerdas?

–¿Qué es aquello de lo que me debo acordar? Y ¿Quién es Gordi?

Lo miré con una mirada de interrogante melancolía, en ese instante me acordé de lo que mi señora me había advertido. Así que le dije:

–De nada, de nada. Perdóneme usted.

–No, no señor, es usted el que debe perdonarme a mí. Pues está claro que debía acordarme de usted y no lo he hecho. Pero si no es mucha molestia, podía decirme:

¿En qué momento y de qué me conoce?

–Es mejor así, mucho mejor mi viejo amigo créeme.

En el momento en el que me disponía a dar media vuelta, Gordi me aplicó de nuevo esa profunda reverencia. Acto seguido se sentó. Yo dirigí de nuevo mis pasos al lugar en el que la reina se hallaba, cuando llevaba un trecho andado volví a mirar a Gordi de reojo. Así pude observar cómo los que ocupaban los sitiales contiguos lo asediaban con multitud de preguntas. Proseguí en mi dirección con la vista puestas hacia donde se dirigían mis pies.

En el momento de mi llegada a la gran mesa, Oyam se hallaba a mi espera. Acto seguido cogió mi mano apretándola en señal de comprensión ante mi dolor.

En ese preciso instante la señora me comento.

–Ha sido una muy noble acción aquello que has creído hacer por Gordi.

–Yo he pensado que era lo mejor, pues de otra manera Gordi sufriría mucho por su fracaso. ¿No lo creéis así, majestad?

–Algunos de los que aquí se encuentran recuerdan cosas pero otros no recuerdan nada en el momento de cruzar el umbral.

–Pero en mi caso no es así, yo lo recuerdo casi todo, lo único que me falta es que, llegué a la cima de la montaña y acto seguido desperté en una cama, no tenía ningún tipo de heridas y éstas habían sido muy serias. Mis pies, por ejemplo, estaban totalmente consumidos por el fuego, la poca carne que en ellos pudiese quedar se encontraba toda ella en un supurar de pus

verdoso que surgía por las yagas. La inexistente piel no lo podía proteger. Las manos, ¡Ay mis pobres manos! no podía tan siquiera mirar para ellas, de hacerlo, la visión no me habría permitido asirme a un saliente mas. El resto de mí no se encontraba en mejor estado. Pero todo cambió cuando llegué arriba de esa montaña, al estar allí el sueño me pudo. Así llego el momento en el que desperté, no tenía ni tan siquiera la señal de haber estado en otro lugar que no fuese esa habitación.

¿Cómo llegue yo aquí?

–¡Ah mi bienquerido amigo¡ ¿Quién es el que te puede decir que ya lo has hecho?'¿Quién es el que te puede asegurar que esto no sea un sueño que tu mente ha creado para evitarte así el horrible dolor que tu cuerpo está padeciendo?

¿Has terminado ya con tu comida?

–Sí por supuesto, y por cierto, ha sido la mejor de las comidas que puedo recordar, aunque en realidad no sean muchas que digamos.

–Pues si es así y como bien veo que lo es, sígueme entonces.

Y sin saber demasiado bien el porqué, baje la cabeza y me dispuse a seguir a mi reina allá donde ella se dirigiese. Pensaba también en aquello que yo acababa de escuchar, y por supuesto, no me entraba del todo en la cabeza.

En ese instante, y sin poder reprimir la pregunta, ésta salió espoleada por la duda que la había creado:

–Dígame majestad, si es que puede, ¿qué eran aquellas negras sombras? ¿Y qué es lo que le ocurrirá a toda aquella gente a la que le comieron el cerebro?

–A su tiempo te serán desveladas todas tus incógnitas, pero debes esperar. Pues este no es tiempo de preguntas.

Y seguimos andando. Bajamos por una especie de subterráneo, en el cual podía contemplar por una especie de ventanita, los pies de las personas que se movían por la superficie. En los laterales, unas oquedades ayudaban a que por ahí discurriese el agua. Con un cantar del elemento cuando rápido se precipita. Llegamos a lo que parecía una sala sin puertas. La reina paró y me dijo:

–Muy bien, no te asustes por lo que pueda pasar. Extiende tus brazos hacia el frente. En el momento que llegues al centro de la estrella que se halla en el suelo. ¿La ves?

Pude observar una estrella de ocho puntas que se encontraba en el centro de dos lunas, una creciente y la otra menguante. En el exterior de esas lunas, formando un círculo que todo lo unía, se podía leer:

¡OH! UNICUS AMOR DEI IN TRINITATE MISERERE MEI IN AETERNITATE.

–Bien, pues es en ese centro donde debes parar tus pasos, con los brazos como ya te he indicado. Y así fue como al momento me coloque en el lugar que su majestad me había propuesto.

–Muy bien, ahora no bajes los brazos y procura no moverte.

Obedecí sin decir absolutamente nada, ahora bien en mi interior las preguntas se sucedían las unas a las otras: ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Qué es lo que van hacer ahora conmigo?

De repente y sin aviso previo, un fuerte estruendo en el techo se produjo justamente por encima de donde mi pobre ser se encontraba. Éste, captó toda mi atención, que fue a fijarse en ese punto. Pude observar un esplendido sol con sus rayos extendiéndose. Pude contarlos, eran veintiuno. En el centro de ese sol una especie de letras se podían observar.

TU ALPHA ET OMEGA VITAE SPES ES POST MORTEN REVIVICATIO.

No sabía lo que eso podía decir, pero intuía un fuerte mensaje.

En ese momento una especie de portezuelas comenzaban a abrirse. En el momento en el que la rendija era lo suficientemente grande como para que la luz que por ella entraba me cegase, sin darme cuenta de lo que estaba sucediendo, algo cayó en mis brazos. En ese instante, las puertas del techo se volvieron a cerrar, quedando ese sol de nuevo a la vista.

¿Y qué es lo que se encontraba en mis brazos?

Pues bien, aquello no era otra cosa que un ser totalmente demacrado, enflaquecido. Todo él olía a carne quemada, y su color gris denotaba que

la muerte se había cebado con aquel pobre ser. Trataba de ver algo que no fuese sangre… me resultó imposible.

Llegó el momento en el que giró su maltrecha cabeza para poder mirarme. Yo sostuve su mirada, en ese instante a ambos los ojos se nos abrieron como si de platos se tratase. Nuestra expresión de asombro anticipaba un hecho tan singular como improbable.

"Ese ser era yo".

Yo me encontraba elevado por mis propios brazos. Esa primera mirada de terror se convirtió de repente en ternura. Era esa sensación que produce el perdón y la benevolencia de aquel que es redimido. En el instante en el que Yo y Mí empezábamos a reaccionar, todo cambió. Los dramáticos dolores comenzaron de nuevo. Todo era una mezcla de sentimientos que se velaban con ese nauseabundo y preocupante dolor general. Este crecía sin mesura, todo en mí se convirtió en una desesperada sensación de mortecinas emociones. Por supuesto, esos dolores los padecíamos ambos, ya que éramos uno en realidad. Justamente, en el momento en el que eso comenzaba a ocurrir, este ente de total sufrimiento comenzó su descomposición. Se manifestó impactante. Ante mis ojos pude atisbar como aquello que de este ser quedaba se fue haciendo polvo. ¡Sí, sí, era un polvo gris muy fino! En el momento en el que comenzó a producirse, yo me disponía a gritar por la impresión y el dolor que en mi interior impactaba. Pero justo en el momento de inhalar aire, el polvo comenzó a introducirse por mis fosas nasales hacia el interior de mi cuerpo. En un primer instante mi impresión fue de ahogo, pero no solo de cuerpo. Era como si mi alma se ahogase también. Empecé a perder todo conocimiento, y un mareo general se comenzaba a instalar en mí. Pero lo que verdaderamente me resultaba extraño era que yo seguía aspirando aquel polvo gris que era yo mismo, hasta que por fin de él ya nada quedaba.

De pronto se produjo un mareo general, me tuve que apoyar para no caer. Pero poco a poco me fui reponiendo. Cuando ya mi consciencia y mis sentidos llegaron a restablecerse, me sentí… como decir… completo. No sé explicarlo, pero más yo mismo. También mucho más fuerte, tanto de cuerpo como de mente.

Ahora, sin saber bien por qué tenía conciencia de todo aquello que había sucedido.

−Tu primera iniciación, y como he comprobado la has aguantado muy bien.

Veo que eres mucho más fuerte de lo que había imaginado. Sigamos pues.

−Un momento, creo que ahora me podrá su majestad responder a la pregunta que antes le he planteado.

−No. Más bien vas a tener que ser tú el que tenga que responder. Y ahora sígueme.

Así lo hice sin rechistar, atravesamos un largo pasillo. Todo él se hallaba repleto de extraños murales. Eran igual de extraños para mí como hermosos, se podían concebir en el alma. No los entendía con los ojos, pero sí que podía comprobar cómo mi alma si sabía lo que ellos exponían. En su final se hallaba una puerta, la cual toda ella estaba adornada de distintas figuras; éstas se entrelazaban formando nuevas y más extrañas, pero aun así hermosas formas. Unas eran de nobles maderas y otras de metales preciosos.

No puedo decir que me gustase lo que ellas representaban, pero sí debo admitir que se trataba de un gran trabajo. Tan solo con observarlas un instante ya imponían.

Aquello que simbolizaban no lo entendía, ya que mi mente era todavía muy limitada. Entiendo hasta donde ella es capaz de aproximar el deficiente significado de aquello que se me estaba mostrando. En su parte superior había una inscripción, pero no tenía ni idea de lo que significaba. Os la trascribo:

"GNOTHI SEAUTON"

Inmediatamente debajo, se podía observar un sillón; justo por debajo de él, como si de otro piso se tratase, se comenzaba a complicar. Y así seguía varios pisos por debajo, a cada nivel que descendía peor. Aquello era cuanto menos impresionante.

De repente, y sin ningún tipo de señal aparente, las puertas se abrieron de par en par.

Entró primeramente, como no podía ser de otro modo, la reina; más tarde, y siguiendo a su majestad entre yo.

La entrada a esa sala me decía que algo de lo que allí pasaba era demasiado grande, que me estaba esperando. Esa sala tan solo era la representación de un mayúsculo vacío. En ella nada distraía tu atención, puesto que nada había. Tan solo en medio de esa nada encontraba algo. Ahí, apoyado en una columna, pude vislumbrar un sillón idéntico al que estaba grabado en la puerta.

Este era un sillón de roca maciza, simple y muy frío a la vista. No hallábase encontraba asentado con sus inexistentes patas al suelo ni mucho menos, a primera vista era como si fuese parte de esa columna. Daba la impresión de que ese sillón fuese la base trabajada en la dura roca, y partiendo de él, que esa gran columna ascendiese a sustentar el techo.

En ese instante, estaba imbuido en la observación de aquello que os estoy relatando. Mi reina me hizo indicaciones para que me sentase en ese sillón. Por supuesto así lo hice. Era extraño, ahora podía ver a los demás desde arriba. En ese justo momento una sola pregunta se me hizo.

−Dime, y piensa bien aquello que vas a contestar.

¿Has hecho algún tipo de trampa para poder llegar al lugar en el que ahora te encuentras?

−En primer lugar he de preguntar ¿Cuáles eran las reglas? Porque a mí nadie me las ha redactado.

En el momento en el que iba a intervenir de nuevo, y replicarle a la reina para que me respondiese a la anterior pregunta que yo le había formulado, un fuerte movimiento se produjo en el sillón. La impresión no me permitió nada más que agarrarme con fuerza. Éste se puso a descender con una insólita velocidad, era tal su celeridad, que no me permitía tan siquiera cerrar la boca. Mis carrillos se llenaban hasta parecer dos globos. Y bajaba, y bajaba… que largo se me hizo ese descenso.

Tal y como se puso en marcha, así mismo también paró. Esto produjo un fuerte latigazo que me llegó al cerebro.

El lugar en el que se había detenido era una sala totalmente roja. Sin pensar en las consecuencias de lo que podía suceder pregunte:

–¿Qué es lo que está pasando?

El rojo es un color en el cual yo me siento inquieto y termina por agobiarme, era imposible el que reprimiese tanto mi miedo como mi ansiedad.

Y sin pensarlo bien del todo me puse a gritar de nuevo la misma pregunta.

–¿Qué es lo que pa....?

Y no pude terminar la pregunta, ni siquiera la palabra, pues el sillón volvió a descender tan bruscamente como lo había hecho en un principio, de la misma dolorosa manera volvió también a frenar. Cada vez me encontraba peor.

Pero con una gran diferencia, pues me hallaba en una sala muy oscura que casi rozaba la negrura total. Tardaron mis dolidos ojos en acostumbrarse, una vez salido del rojo. Mis pupilas ya dilatadas me ayudaron a apreciar todo lo que allí había. Ese lugar era muy pobre, ya que se componía por paredes totalmente lisas, las pinturas que adornaban esas paredes eran tan solo simples manchas de una humedad que también se podía oler, pues como todos sabréis el olor de la humedad es muy característico; por todas partes se hallaban lo que parecían telas de araña, de las cuales se precipitaban lo que quería pensar fuesen gotas de agua, pues en su encontrarse contra el suelo efectuaban el mismo sonido. Piensa, piensa. Me decía.

¿Qué es lo que dijiste la última vez que has abierto esa bocaza?

¡Ah, ya recuerdo! Efectué una pregunta y el sillón se precipitó. Ah sí, ya creo saber qué es lo que debo hacer, me respondí.

Debo hallar la pregunta. Después de un momento di con ella. Ah sí ¿si yo había hecho trampa? Piensa sobre esa pregunta, si te la han efectuado debe ser por algo. Y así quede sumido en mis pensamientos en completo silencio. Tan solo acompañado por las gotas de agua que al caer golpeaban el suelo. Esa pregunta era referente al momento en el que entré en la montaña, y de esta forma la pude observarla por dentro, de esta manera tuve un margen mayor que los que allí se hallaban. Yo sabía que se trataba de una trampa mortal.

Pero no creo que de eso se trate, ya que esa montaña fue superada tan solo con mi voluntad y el empleo de mi imaginación. Eso fue lo único que utilicé para no haber tenido una caída fatal.

En ese instante, otra gota de agua se precipitaba en una frenética caída hacia el suelo, y al estrellarse un sonido tan peculiar como hermoso llegó a mis oídos. Así fue como en medio de ese sonido pude identificar otro que ya me era muy familiar. En ese preciso instante una imagen torturaba mi mente consciente. Me mostraba la fría actitud que yo había demostrado ante la reina…

De pronto, pude escuchar una especie de arrullo. El ruido logró apartar mi mente de ese torturado pensamiento.

–Hola mi querido explorador y buen compañero.

–Hola mi bienquerida, cuanto se alegra mi alma al poder escuchar el hermoso sonido de esa tu melodía. Estaba seguro de que al final alguien vendría en mi ayuda, y como siempre que te he necesitado aquí estas. Tú siempre te hayas pronta a acudir donde el necesitado te espera.

–Sí mi amor, así lo procuro siempre, pero éste es un lugar en el que yo nada puedo hacer por ti, tan solo tú puedes hacerlo. Únicamente debo decirte, mi bien. Analiza tu camino, eso ya te fue encomendado.

Y así esa melódica voz se extinguió en una menuda gota de agua que al estrellarse contra el suelo sonó hueca y estridente, sin melodía.

Hablando en voz alta como antes en mi conversación lo había hecho, me dije:

–Bueno, debo analízalo todo, ya que algo se me está escapando y no sé de qué se trata.

Y el momento en el que comenzaba a disponerme a analizar lo sucedido en el camino, la realidad llego a mí como si un tiro me hubiese traspasado, con el dolor que produce el proyectil al desgarrar todo lo que a su paso encuentra. El dolor y la vergüenza hicieron acto de presencia. Mis mejillas tornaban en ese color rojizo que irremisiblemente nos pueden llevar a sentimientos no superados por el momento.

–Mentí y me salté la única ley que se me había impuesto. Miré por el bordillo, y fue muy claro el guardián cuando dijo que no lo hiciese.

Esa era la única ley, la única norma que se me había impuesto y yo la había roto.

¡Soy totalmente culpable!

En un momento, la total oscuridad y la plena agonía se hicieron fuertes. La verdad me hacía sentir el más despreciable ser. Volvió a mí el modo como me había portado con su majestad. Ella me lo había dado todo sin pedir nada, y yo desde el principio la había engañado. Todo me resultaba en ese instante tan penoso. No quería tener que volver a mirarla, más bien no tenía derecho a hacerlo. Cómo iba a poder mirar su rostro, muestra de una multitud de nobles sentimientos. También sé que la mentira no se halla en él, y yo era un mentiroso.. Ahora sé que realmente soy una mala persona, y no merezco otra cosa que el encontrarme aquí encerrado.

Cerré mis ojos y pude sentir como mis lágrimas a cientos se precipitaban por mi cara.

Fue en ese instante tan doloroso, cuando se produjo entre toda aquella oscuridad un rayo de blanca y pura luz, que sin palabras me dijo.

−No es hora de sufrir, ya es suficiente, es la hora de volver a subir.

De repente todo comenzó a transmutarse, y aquella habitación de paredes manchadas de humedad comenzó a desaparecer. La oscuridad igualmente se desvanecía, y a cambio miles de pequeñas y grandes estrellas emergían de ella ocupando su lugar. Colgaban de un cielo totalmente despejado de una noche de verano, en ese instante giré la cabeza hacia atrás y allí estaba la puerta de mi habitación.

Pero esto; ¿Es cierto o es por el contrario incierto? ¿Puedo llegar a creer en lo que estoy viendo? ¿O tan solo es un reflejo de aquello que verdaderamente quiero ver? Ese es el lugar en el cual me gustaría estar, poder traspasar esa puerta y tumbarme en esa blanda y acogedora cama. De esta manera dejarme mecer en los brazos de Morfeo hasta que el sueño me lleve a las orillas del lugar en el que todo puede ser posible. ¡O Amanti! Llévame contigo.

Enjuagué las furtivas lágrimas que se escapaban sin permiso. Oh mente traicionera, qué malas jugadas me tienes preparadas, puesto que tú bien sabes donde se hallan las más deseosas de mis fantasías, y juegas con mi ser a que un simple sueño se tome realidad.

En ese instante una voz que no podría decir de donde procedía, resonó en toda la sala, y en mi interior también por supuesto, haciendo que por un momento temblase de arriba a abajo. La voz dijo:

−No siempre es tan sencillo y son simplemente sueños lo que te ocurre por las noches. A veces se trata de una realidad que no ha llegado a cumplirse de momento. Pero que hoy no sea real no quiere decir que pueda llegar a serlo en otro tiempo, ya sea dentro de una hora, ya dentro de unos siglos.

Fue así que cuando la voz se hizo silencio, mi realidad superó todos los sueños.

Allí me encontraba de nuevo, en ese sillón de piedra, estaba sentado como al principio y todo indicaba que no me había movido de allí, y tampoco sabía si podría salir de él, algún día.

Me sentía a la vez dolido y extrañado, pues había una voz que resonaba por todos los rincones de la estancia sin salida aparente, siendo yo su único habitante. Era como para ponerse a temblar. Pero no sé, en mi interior tenía la total certeza de que eso era la primera fase para poder salir de este lugar.

En ese instante mi visión comenzó a cambiar hasta volverse totalmente borrosa, era culpa de mis lágrimas, que no me dejaban ver nada. Estaba convencido de que no lloraba por encontrarme en esa situación. Mi llanto estaba compuesto por mi más absoluta humillación.

En el preciso instante en el que pude limpiar mis ojos de ese abundante líquido lagrimal, pude ver que en el muro del fondo se hallaba escrito algo.

UNUM SUNT OMINA, PER QUOD OMINA.

Y debajo, en letra más pequeña, se podía descifrar:

"*Trata de conocer la tierra, el aire, el fuego y el agua. Entre el mercurio y el azufre esta la sal. Todo eres tú, si así lo sigues y lo sientes jamás podrás extraviarte*"

Esto me llevó de repente y sin poder evitarlo a regurgitar un chillido interno.

−No, no puedo perdonarme y no puedo pedir perdón hasta que yo me haya perdonado.

En ese justo momento, el pétreo sillón se puso en movimiento, y sin tan siquiera poder reaccionar, ya había dejado esa sala y entraba en la siguiente,

y así hasta que llegó a su final. Como había empezado terminó, daba toda la impresión de que nunca se había movido de ese su sitial.

Yo, totalmente ruborizado, sabía que me encontraba en la sala y no podía despegar mis ojos del espacio que el suelo me permitía.

¿Cómo levantar la vista sabiendo que su majestad se encontraba justo enfrente? ¿Cómo podría mantener esa limpia mirada?

En ese instante la reina hablo.

−Dime y con el corazón debes responder ¿Qué es aquello que te ocurre? ¿Qué es lo que te aflige?

Entre amargos sollozos logré decir por fin.

−Oh mi reina, tan solo una norma se me impuso, pues en realidad otra no hubo. Pues bien, esa única norma impuesta éste que aquí yace la ha roto.

¡Sí, miré abajo! Antes de que el guardián de la puerta hubiese regresado a mi lado. Y de esta manera a todos os he mentido, me he mentido incluso a mí mismo, pues ya lo había omitido en mi pensamiento. Pero yo me siento tan cansado en estos momentos…

−Bien lo sé. Me siento muy contenta por ello. Piensa ahora en todo cuanto has sufrido y retírate a tu cuarto a descansar.

Acto seguido la reina dio dos palmadas, se abrieron aquellos grandes portones. Inmediatamente hizo acto de presencia Oyam, con él, un par de personas, yo pensé que eran sirvientes.

−Ay mi bienquerido, no vayas a pensar que aquel que sirve tiene un fácil trabajo. Pues hay que tener un grado bastante elevado para acceder a ese tipo de menester. Ellos son totalmente conscientes de su servidumbre, y por el contrario la mayoría sois vasallos sin saber a qué o a quién servís, ¿Está claro?

Y como hasta el momento todo había sido una metedura de pata esto no iba a ser menos, así que baje la cabeza y nada más dije.

− Oyam, puedes hacerme el favor de acompañar a nuestro invitado.

Ambos salimos de esas estancias que me dejarían un muy fuerte estigma por siempre. Ya en el exterior, mi bienquerido amigo me preguntó por el comentario que la reina había efectuado.

Lo miré y le contesté.

–¡Oh mi amigo! Todo me resulta tan extraño en este lugar, pues los pensamientos los logran escuchar como si de gritos se tratase, y sin embargo los gritos no son escuchados en absoluto.

–Tranquilo mi bienquerido amigo, esto no es lo que crees y es por eso que es mejor que dejes las suposiciones a un lado.

–Pero yo tengo mil preguntas por hacer, y parece ser que nadie quiera escucharlas.

–Tú espera, pues aquel que bien sabe esperar siempre obtiene su premio. Si verdaderamente quieres mi opinión, he de decirte que tus preguntas están siendo atendidas en este momento, y muy pronto la contestación llegará.

Fijé mi vista al fondo, y aquello que había captado mi atención era un gran ventanal. Desde él se podían observar todas las estrellas, se trataba de una hermosa vista, pero en realidad no era eso lo que había absorbido toda mi atención. En ese instante me di cuenta de que me hallaba en la visión que ahora se convertía en real, miré hacia atrás y ahí se encontraba la puerta de mi habitación. Qué extraño se me parecía todo esto.

–Ahora dime ¿No habías soñado ya con este momento?

–Sí, aunque verdaderamente no podría jurar que había sido un sueño.

–Pues bien. Si lo fue o no, ahora es real, que lo disfrutes.

Así concluyó haciendo una profunda reverencia y se alejó por el pasillo. En mi interior algo me gritaba que lo detuviese, y así obligarle a contarme todo aquello que sabía. Pero qué barbaridad hubiese resultado eso, de dónde podrán salir tales pensamientos.

Puedo decir que este fue el primer día en el castillo.

Durante la noche cientos de sueños me rondaron, fue por este motivo por el que me levanté mucho más cansado que cuando me había acostado. Ahora bien, ese malestar tan solo duro unos momentos. Me invadía una maravillosa sensación de encontrarme mucho más tranquilo, como si esa noche dejasen de afligirme una gran cantidad de cuestiones que se hallaban pendientes. En el momento de la apertura de mis ojos, pude cerciorarme de que el astro rey lucía ya bastante alto, y de inmediato dispuse levantarme.

Lo hice todo lo veloz que podía. Posteriormente pasé a darme un esplendido y relajante baño. Después, me puse unas magnificas vestiduras,

que no eran las mismas que las de la noche anterior. Y así acabado mi aseo, salí de esa que era mi habitación; allí en ese pasillo se hallaba esperando a que hiciese aparición mi bienquerido amigo.

¿Quién iba a ser si no?

−Buenos días tenga usted maese Oyam.

Le comenté, pues me hallaba de muy buen humor y muy relajado también.

−Buenos días tengas tu también dormilón, pues de no tener órdenes ya hace tiempo que te encontrarías en pie.

−Que Oyam éste, siempre tratando de infligirme un maltrato. Tú siempre intentas sacarme de quicio.

−Bueno, bueno yo sé que no es así, pero ahora nos vamos a desayunar. Sígueme.

−Desde luego que lo haré, tengo un gran apetito.

−¡Ah, me acabo de acordar! No vamos a desayunar ahora, eso debemos dejarlo para más tarde, ya que tenemos audiencia con la reina.

−Pero Oyam, la verdad es que ya no sé qué es lo que debo pensar de ti.

−Ge. Ge. Ge.

Yo creo que la risotada de Oyam se escuchó hasta en el último rincón del lugar.

−Pero mi bienquerido Oyam, piensa que no creo que la reina quiera verme sufrir de inanición. Pues tú bien sabes que el cerebro con el estómago lleno piensa mejor.

−Solo te pido que te estés un poquito callado, si tú me haces ese favor mejor para todos.

Nos desplazamos por varios pasillos, todos eran únicos en belleza y peculiaridad, varias portezuelas los separaban y bien digo lo de puertezuela pues después de haber contemplado alguna de esas maravillosas puertas, éstas ya no tenían importancia en demasía.

Pues bien por fin llegamos a uno de esos pasillos en el que el único final era una de esas puertas, y ante ella nos paramos. Pero cuál fue mi sorpresa cuando, al abrir esa puerta, allí se encontraba la bifurcación de otros dos pasillos. Yo pensé en desfallecer de un momento a otro.

–¿Qué Oyam, todavía falta mucho?

–Bueno, lo que falta es lo que nuestros pies aun no han caminado. Mira, por allí se va a los comedores, pero nosotros no vamos por ahí.

–De verdad que eso excusabas decirlo.

Sin apuntar nada más nos pusimos a caminar por el otro pasillo, y poco a poco me iba alejando de ese olorcito de la comida cocinada a fuego lento. Producía tanta saliva ya no me cogía en el interior de la boca.

–Dime mi querido amigo ¿Hacia dónde nos dirigimos?

–Hacia las estancias privadas de su majestad. ¿Por qué me haces esa pregunta cuando ya te ha sido contestada anteriormente?

–Está bien, lo que yo pensé es: si se trata de una mentira lo cogeré.

Pero he podido comprobar que dices la verdad.

Bajé la cabeza con suma vergüenza y tomé la firme decisión de que nada más diría hasta que no fuese a mí a quien preguntasen.

Nos encontrábamos en un pasillo que discurría en línea recta, era para mi gusto largo en exceso. Cada más o menos un par de metros podía contemplar lo que en el exterior ocurría a través de un gran ventanal. Y digo podría, pues como circulábamos por medio de ese pasillo, tan solo observaba el cielo.

Era también este pasillo el final y el principio de otros muchos que allí nacían o bien morían. Fue en ese instante, en el que yo más entretenido me encontraba, cuando el bueno de Oyam se paró sin previo aviso ante unas hermosas y grandiosas puertas, pero como en realidad aquí todo se muestra tan maravilloso no me llevé le misma impresión que la primera vez. Éstas se hallaban guardadas por dos seres de una altura bastante considerable, y su ancho de espalda hacía que yo me quedase sumamente pequeño. Eran de un rostro totalmente impenetrable pues al exterior nada dejaban escapar, pero a la vez eran muy hermosos.

Su vestimenta era al igual rara y maravillosa. Vestían túnicas blancas, de un blanco totalmente inmaculado excepto en el cuello, donde se producía un pequeño cambio de color al rosa; un cordón dorado ceñía la cintura. En el momento en el que me acerqué un poco más, pude atisbar el rosa algo más oscuro en las empuñaduras de esa extraña y encantadora prenda.

Su volumen total hacía en realidad que pudieses sentir en ellos una fuerza fuera de lo normal.

En ese instante Oyam se adelantó, y acercándose al de la derecha algo le susurró al oído de lo que yo nada pude escuchar.

Éste, justo en el instante en el que Oyam se separó un poco de él, se giró sobre sus talones y entreabrió lo suficiente la puerta como para entrar en la estancia. Y así lo hizo dejando a su espalda la impresionante puerta.

Los tiradores de la misma representaban dos hermosas coronas de oro, la madera se encontraba toda ella trabajada al milímetro con muchos y bellos motivos. No eran significativos de lo que en el interior podía encontrar, pero sí era toda ella una obra de ebanistería muy trabajada. Pude observar como en el medio de esa puerta se hallaban grabados cuatro triángulos. El de arriba tenía su punta hacia abajo y el de abajo hacia arriba. El de la izquierda hacia la derecha y el de la derecha a la izquierda. En el medio con letras doradas se leía:

SOLVIT SE IPSUM, COAGULAT SE IPSUM IMPRAEGNAT MORTITICAT ET VIVICAT.

La espera me resultó muy breve. Sin previo aviso se abrieron de par en par las gigantescas puertas y esos seres me invitaron a que yo entrase en el interior de las estancias. Me encontraba en una situación cuanto menos impresionante, pero yo ya había pasado las mías así que no me amilané. Acto seguido entré en lesas grandiosas estancias. En el instante en el que mi vista comenzaba a escrutar todo lo que en ella podía encontrar, un fuerte golpe me sobresaltó. Sabía bien qué era y por qué se produjo, pues era imaginable al cerrarse, el sonido que esas puertas podía emitir no era poco audible, sino más bien todo lo contrario. Como es natural, mi vista se desvió hacia ellas, las encontré totalmente cerradas y Oyam también se había quedado fuera.

– Heme aquí de nuevo solo, como la mayoría de mi existencia, ¿qué es lo que ahora me ocurrirá?

–Ahora es el momento de hablar, y así lo haremos.

Resonó la voz de su majestad, no podría decir de qué lugar me llegaba su voz. De inmediato me arrodillé bajando la vista a la altura del suelo.

Sin saber cómo lo hacía, en el momento en el que me quise cerciorar de su proximidad ella ya se encontraba a mi lado. Y lo sé, no porque la hubiese visto o la oyese, no. Fue por que el sentimiento que en ella exhalaba, al verme en esa postura llegaba claramente a mi interior.

Y fue así como noté unas delicadas pero firmes manos que me asían para ponerme en pie.

–Tú eres un invitado de esta casa, no tienes por qué mostrarte en esa postura. No me gusta en realidad que nadie se muestre así. Me trae recuerdos que es mejor no rememorar. ¿Estamos de acuerdo?

–Estoy en el más absoluto de los acuerdos mi señora. Pero en mí yace una duda, o más bien varias. ¿Podéis vos mi majestad leerme el pensamiento?

–Por supuesto, así es, siempre y cuando tú no me lo impidas.

–¿Entonces tenéis toda la información de aquello que me ha ocurrido?

–Mi muy querido, debes de saber que todo cuanto en mi reino ocurre es como si a mí me sucediese. Y por supuesto que soy consciente y sé todo.

–Y entonces ¿por qué el padecer del sillón?

–No era yo la que debía recordar, más bien eras tú. De esta manera llegarías a darte cuenta de por qué sufría tu interior. Me parece que tu memoria flaquea muy de vez en cuando, aunque no eres del todo consciente de ello.

Bien sé mi querido amigo que por el momento son todo dudas en ti.

También sé que tú y la duda no os lleváis nada bien, pero has de saber que la duda controlada se trata de algo muy beneficioso, pues es ella la que nos anima a buscar el saber.

Pero ahora debes de escuchar una pregunta a la que ayer no respondiste. ¿Has hecho alguna trampa para poder llegar al lugar en el cual te hallas ahora mismo? En el día de ayer me hablaste de una regla rota. Esa fue tu respuesta a la cuestión que yo te había expuesto. Piensa y responde ahora.

–¡Sí, yo he hecho trampa! Ay mi señora, una sola regla se me impuso y yo la he roto.

Él hizo muy bien su trabajo, muy claro me dijo que no mirase abajo, pero siempre la duda me ataca en el momento en el que mi guarda se halla baja. Ah tú duda, qué pérfida te vuelves en mi persona y qué hacer ante semejante ente.

−Dime ¿eres consciente de lo ocurrido por tu desgraciado incidente?

−Pues a toda verdad es que yo creo que no sé ni a qué se refiere usted.

En ese instante, se dirigió a un gran ventanal y lo abrió de par en par.

−Mira y contempla bien mi reino sin remordimientos, observa su extensión.

−¿Para qué me pides tal? Bien sabes que ese al que llamas tu reino yo ya lo conozco perfectamente. En ese tu reino tan solo el dolor y la tristeza vagan a sus anchas, la muerte es una fiel invitada en sus lindes pues es aquí donde más formas adquiere; y la complicidad entre dolor y la diversidad que existe, es realmente nauseabunda.

Aquí arriba todo el mundo vive bien, el amor parece que se ha aposentado por siempre. Todo es comodidad y buen vivir.

Ay mi reina, desde aquí se extiende el velo de la ignorancia que oculta la luz. Desplegando así la sombra que hace que allí abajo las personas sufran sin querer hacerlo. Pues con el hecho de encontrarte ahí, el sufrimiento ya comienza. A la muerte no le llega con arrebatarte la vida, que va… sino que lo tiene que hacer de la manera más dolorosa.

Se encuentran miles de horribles formas de sufrimiento en ese lugar. Su imaginación quedaría totalmente fuera de lugar intentándolo. Pues la realidad resulta mucho más horrible que todo lo que su mente pueda concebir.

−¿Ah sí? ¡No me digas! ¿A qué realidad te estás refiriendo? Pues puede ser que aquello que resulta la más pura realidad para ti, tan solo sea una fantasía para mí, y viceversa ¿Lo entiendes?

−No, pues antes de querer comprender yo nada, ni mi supuesta fantasía ni su clara realidad, quiero que se me explique: ¿Por qué esas trampas en la montaña? ¿Por qué ese sufrir tan cruento al que se encuentran sometidos tus vasallos? Dime también: ¿Has sido tú la artífice que ha fabricado esas sombras?

Sí, sí, aquellas que por alimento han elegido a esos pobres seres que por agotamiento han renunciado incluso a la ambición que implica el movimiento de poner su vida a salvo. Y por quedar en esa situación, inhibidos, totalmente pasivos, por eso son succionados.

Dime: ¿Lo has hecho tú?

−Bien, contestaré a parte de esas cuestiones. He de decir que esas sombras siempre han estado ahí. Pues como la bella luz ilumina a los que a ella se acercan o en ella viven, la sombra es exactamente lo mismo para aquellos desgraciados seres que en ella han elegido existir.

Debes pensar mi querido, que el astro rey así como nos inflama el alma y la vida, también es su trabajo el crear un mundo lleno de sombras.

Y ahora, complacido, es hora de que seas tú el que satisfagas a tu reina. Obedece la orden que te doy, mira por la ventana.

−Lo cierto es que no sé por qué debo hacerlo, piensa mi reina que en mi todavía habita una parte la cual no se haya aun curada del todo, aquella que tuvo que sufrir el ascenso a esta mole en la que ahora nos encontramos. Y es por eso por lo que no sé por qué debo mirar el producto de tanto dolor. ¿O es, que os regocijáis viendo el dolor que produce esa visión en cuerpo ajeno?

Quedé un momento mirando a la reina y sin saber el porqué le dije:

−Está bien, voy a mirar. De esta manera recordaré mejor mi dolor y por siempre quedará grabado en mí.

La reina hablo de repente.

−Espero una buena disculpa una vez hayas mirado por esa ventana, creo que una vez te asomes nunca más serás el mismo.

Sin más dilación, me dispuse a mirar por ese ventanal.

En el exterior pude comprobar que era un día soleado, el radiante astro mostraba contento su rostro desde el límpido cielo.

La primera de mis grandes sorpresas fue que no había una sola pizca de niebla. Ese marginal velo de dolor había desaparecido. Seguí dirigiendo mí mirada más abajo. El monte del más insufrible padecimiento e infranqueable para casi todos, era ahora un bello jardín del que miles de distintas flores y árboles radiaban un aroma tan embriagador que hacía adormecer los sentidos. Entre las formas, los colores y los olores, no permitía que por un

momento nada más entrase en tu mente. Un camino surcaba la montaña construyendo grandes espirales, para hacer mucho más llevadera la subida. Ya llegados al pie de esa montaña, un montón de pequeñas huertecitas adornaban el resto del espacio. Hacían que desde aquí se viera como un precioso mosaico de distintas formas y colores. El ser no puede evitar que el alma se espante con tal belleza, pues todos sabemos de la vanidad del alma hacia su propia belleza. Por último, pude contemplar como un hilo de plata irrigaba las huertas y dividía el terreno entre el bosque y el terreno de labranza. El bosque tenía el señorío del que nunca fue talado y conserva aquellos habitantes del principio de los tiempos.

Mi espasmódica e incrédula pregunta llego de inmediato.

–¿Qué es lo que está ocurriendo?

Miré con detenimiento, mi imaginación me mostraba muchas de las cosas que podían haber hecho, así que busque el primer lugar en el que yo había estado, y al momento lo atisbé. Allí se encontraba el bordillo, en el que se me dijo que no mirase.

No podía entender nada, pero si ese lugar hace muy poco era la atrocidad mayor que nadie podía haber creado.

No daba crédito a lo que estaba viendo, me volvía a preguntar. ¿Qué es lo que pasa?

Por debajo del bordillo se encontraban los escalones por los que con anterioridad había bajado, estos a los lados estaban gobernados por jirones de bellas flores de multitud de colores diferentes.

Me sentí tan desconcertado que, como si hubiesen tirado de mí hacia el interior de la habitación con una inusitada fuerza, caí al suelo en el interior de la misma. En mí la perspectiva había cambiado radicalmente, pues ahora no exigía explicaciones. No, todavía no podía hacerlo, tampoco podía preguntar pues mi cabeza no cejaba de dar vueltas. No era quien de dar solución a este terrible enigma. Y entre balbuceos logre decir:

–¿Qué es lo que está ocurriendo? Por favor os lo pido, aunque sea lo último que me aclaréis antes de ser expulsado. Sacadme de este que es el peor de los agobios, esto que es el ni tan siquiera saber lo que ha

ocurrido, o si es cierto que lo he hecho. ¿Qué es lo que está ocurriendo en este recinto?

Por favor os lo pido.

−Este recinto que estamos ocupando nada tiene de especial, lo único especial que aquí hay son los seres que en él habitan.

−¿Qué es lo que tratáis de decirme?

−Que este castillo y sus alrededores en tiempos inmemoriales nunca han cambiado lo más mínimo.

−Por favor, cada vez entiendo menos lo que aquí ocurre, tengo la urgente necesidad de salir de aquí y pensar en lo sucedido.

− Está bien, si así lo deseas. Has de saber que pronto ha de llegar el momento de tu partida. Es mi obligación el comunicarte que en estos parajes, todos son libres de quedarse o bien de marcharse. En este lugar nadie retiene a nadie, ni tampoco nadie es expulsado.

Esas formas de proceder no son dignas de este lugar, ya que aquí tratamos de transmutar todo sentimiento negativo. Quiero que sepas que en el momento en el que vives en el amor y para el amor, los sentimientos antes nombrados no existen, son traídos por aquellos que acaban de llegar. Y es por eso que sé algo que la mayoría ignora. Ellos mantienen muy poco tiempo sus entes en este lugar. Es la luz interior la encargada de tal fin y de esta manera restablecer el plan de amor y luz.

Pero por supuesto, eso llegará a ti en su debido momento, ahora eres libre de proceder.

Y así fue como, con la cabeza gacha, y meditabundo por mi falta de entendimiento, no podía pasar otra cosa que no fuese el fluir de mis lágrimas deslizándose por ese rostro compungido. Mi vergüenza hacía que incluso mi llanto se produjese, como decir, a hurtadillas. No podía llegar ni tan siquiera a hallar un poco de luz en mi interior, la cual trasmutaría gustoso por un poco de amor que aplacase un poco el tormento que en estos

instantes flagelaba mi dolorido corazón.

Mi querido Oyam se hallaba en una sala contigua, él era feliz ya que no se veía afectado por nada de lo que allí ocurría.

Sin que yo me percatase de orden alguna y sin previo aviso, los portones se abrieron poco a poco hasta quedar abiertos del todo.

Oyam apareció en escena lo más rápido que el protocolo le permitía, corrió a mi lado, me asió de la mano y me condujo como el que conduce a un ente muerto. En un momento me espabiló un tanto el estruendo de esas gigantescas puertas golpeando la una con la otra, y volvieron a quedar como si nunca hubiesen sido abiertas. De nuevo a solas Oyam y yo, caminando por esos inmensos pasillos que, como todo ahora, me daban lo mismo pues en mi interior sentía que todo carecía de sentido.

No podía aguantar más, tenía la imperiosa necesidad de encontrarme cerca de alguien que me amase. Así que me paré, miré a Oyam, y lo abracé con todo el amor que mi corazón me permitía. Era consciente de que se trataba de un amor puro y sin trabas. Lo que dos seres se pueden proferir. Esto me hizo soltar el llanto más amargo. Incluso dejé que lo que no entendía pero que sí sentía, desalojase mi interior.

Se trataba de un amargo llanto, el que se produce como consecuencia de la ignorancia. Llego el momento en el que mi mente pensaba que no podría ser quién de parar tal profuso llanto. El pobre Oyam me daba todos los ánimos que podía, pero yo ni tan siquiera era capaz de escucharlos.

Mi bienquerido amigo pensó en iniciar el movimiento, de esta forma tendría que estar atento al lugar en donde ponía los pies y sería más fácil poder sacarme de la situación en la que me encontraba. También pensó en preguntarme y así sacarme de mi amargura, inyectando su pregunta en la piel de mi duda.

–¿Sabes por casualidad el tiempo que has estado en esas estancias?

Entre sollozos respondí, me pareció una extraña cuestión.

–Por supuesto, no llevo más de dos a lo sumo tres horas, y creo que me estoy excediendo en el tiempo.

–Pues estás muy equivocado mi bienquerido amigo, pues en realidad llevas en ese lugar dos días y cinco horas.

–Cómo puede ser posible que lleve tanto tiempo en esa indefinible estancia, en á cual ni tan siquiera he bebido ni comido nada en absoluto.

En ese preciso instante mi estómago reaccionó, comenzó a dolerme horrores. Los ruidos que emitía, la verdad, parecía increíble que viniesen de ese lugar.

−Tranquilo, todo está preparado, y antes de ir a tus estancias pasaremos por la cocina.

Mi mente comenzaba a volverme loco, pues a cada momento era menos capaz de comprender lo que ocurría en aquel lugar.

Por fin llegamos a la cocina, a lo que debo decir que mucho antes de que yo lo hiciese lo había hecho ya mi nariz. Allí unos suculentos manjares estaban a nuestra espera, no podría enumerar la cantidad de variados platos que pasaron por mi paladar. Nunca pensé que se pudiese hacer tal variedad con unos ingredientes parecidos.

Después de un par de horas, en las cuales Oyam no solo se dedico a esperar por mí sino que su actuación sobre aquellos manjares también fue digna de mención. Como bien decía él:

−Es una falta de educación dejar que comas en soledad, y mucha hierba tuve que comer antes de llegar a donde hoy me encuentro.

Pues bien, como iba diciendo, después de un par de horas de delicia tras delicia, di las más profundas gracias por lo bien que me habían atendido, y acto seguido dirigí mis pasos a las estancias. Mi cansancio era tal que no dejaba que pusiese interés a todo aquello a lo que debía de poner orden. Y así fue que al llegar, mi atención tan solo se ceñía a mi cama; me acosté pero el cansancio era tal, que antes de que mi pobre cabeza se posase en la almohada, ya me encontraba dormido. La consciencia me había abandonado. De lo que sí tengo conciencia es de un sueño que tuve, a mí me pareció de lo más raro, pero quiero que vosotros mismos juzguéis:

Me encontraba en un mundo en el cual los hombres vivían hacinados en grandes moles de hormigón y ladrillo. Estos edificios estaban subidos a tal altura, que llegaban a tocar las nubes. Me parecieron horribles. Los caminos eran de dos maneras distintas: en primer lugar eran de un gris muy claro, y todo él se encontraba adornados con una especie de cuadraditos muy pequeños, éste quedaba un poco más elevado que el otro.

El segundo era negro y totalmente liso, asimismo tenía pintadas unas rayas blancas a los lados, y en la mitad otra raya lo dividía en dos, por veces pasando a ser continua más adelante.

A través de él, se desplazaban unos aparatos extrañísimos. Estos aparatos tenían cuatro esferas, que eran las que rodaban por el suelo. Eran muy extraños, pues en su interior se encontraban personas que a mi entender los pilotaban, a ellos los podía observar por unas grandes cristaleras. Parecían estar hechos de una especie de chapa. Me llamó mucho la atención la rapidez que tenían al desplazarse. Pero lo que más horrible me pareció de esos aparatos era el humo que por la parte trasera escupían, era un humo que si se introducía en tu nariz… ay de ti amigo, pues comenzabas a toser y jamás podrías parar. Aunque en realidad lo que más llamo la atención de ese sueño fue que yo me quería comunicar con esas personas pero ni tan siquiera me miraban. No pasaban el trabajo de mover su pescuezo para mirar quien le estaba hablando. En el fondo, yo creo que era mejor así, porque el propósito que movía a esta gente de vestiduras y peinados extraños, no era otro que la violencia. En cuanto me localizaron, su objetivo no fue otro que el pegarme una paliza.

Pero ¿Por qué? No entendía absolutamente nada ¿Qué es lo que está pasando? De esta manera, me desperté sudando y me alegré al hacerlo. Era medianoche, así que volví a cerrar los ojos y dormir.

Sin saber cómo volvía a encontrarme en el mismo lugar, y de repente vi a un hombre que vestía de un modo extrañísimo. En su cabeza llevaba una gorra del mismo color que el resto de la ropa, a la altura del corazón lucía una chapa dorada que dejaba entrever, parecía estar muy orgulloso de ella. Su traje me pareció todo un delirio, la chaqueta que portaba estaba toda ella llena de unos botones dorados y muy brillantes, al lado del hombro colgaba un aparato negro por el que salían continuamente unas voces, pero lo más extraño era que él también hablaba por ese instrumento. Al cinto llevaba colgado lo que a mí me pareció un palo forrado de piel, al otro lado y también colgado, llevaba un hierro que me pareció muy particular. El hierro estaba doblado, y por lo que sobresalía de esa cartuchera poco más podía ver de él. Era un ser muy extraño, y sin saber el porqué sentí

miedo y terror, así que salí corriendo; pero no avanzaba nada, apenas si podía moverme.

Volví a mi mundo, a mi presente, me desperté de nuevo bañado en sudor. Ahora no quería ya volver a dormir. En realidad no sé qué mundo era ese, pero lo que sí sé es que no me gustaría tener que vivir en él. Era realmente horrible, por ejemplo el ver a un pajarillo tener que posar sus pobres piececillos en un cordón metálico. Pues por lo que pude observar nada era natural allí. Así como tampoco les afectaba el comprobar el famélico estado de los perros que buscaban su alimento entre los desperdicios, siempre alerta, pues el miedo a aquellos seres era supremo. Y por si no fuese suficiente, también comprobé como trataban de obligar a los vegetales a tenerlos encerrados en cubículos sin sol, todo artificial, lo que provocaba que ya no se rigiesen por los cursos naturales del tiempo que ahora veían alterados. Mucha lástima me dio el ver el extraño camino por el que esas máquinas circulaban. Un brote verde resurgía con toda su fuerza dando a comprender el esfuerzo que la naturaleza tenía que hacer, pues yo nunca habría sido quien de poder atravesar esa sustancia, pero esa hierba era capaz de ello. La pena fue que todo su esfuerzo pasó a la historia en el momento en el que una de esas máquinas lo aplastó sin darse cuenta de que estaba ahí. Con la cabeza en ese sueño me dirigí al baño, lavé mi rostro y cuando mi vista se posó en el espejo que tenía enfrente, toda la visión del día anterior regresó de repente a mí.

−¿Cómo puedo ser tan ignorante que no puedo entender la realidad? ¿Por qué voy a preocuparme por un estúpido sueño?

Apesadumbrado me vestí, en cuanto acabé abrí la puerta y, ¿quién estaba allí? Por supuesto, quien iba a ser sino, mi bienquerido Oyam, que portaba una sonrisa que quitaba todo dolor. En el momento en el que observabas ese rostro cargado de sinceridad te contagiaba, y su alegría te invadía.

−Buenos días, dime Oyam ¿Por qué siempre te encuentras tan contento?

−Ge, ge no ves mi querido amigo que cada día que me levanto debo disfrutarlo desde bien temprano, pues quien sabe, quizás un día me acueste y no vuelva a despertar. Es por eso que trato que cada día sea totalmente

especial, como si algún dios te dijese: "Este es tu último día". Dime ¿Tú qué harás en ese día?

–Oh mi querido amigo, ésa es una amarga pregunta, sinceramente creo que no lo sé. En un principio creo me sorprendí y acto seguido el horror me sacó de mis casillas, y de esta manera brotaría la desesperación.

Pero pasadas estas fases llegaría a sopesar que sería mi último día, y que por lo tanto tendría que disfrutar de él cada minuto, con una felicidad que desconozco todavía.

–Pues bien, eso es lo que yo hago pero saltándome las primeras fases que has descrito. Aquello que creo que es mejor lo hago, pues quien sabe si mañana podré. Me propongo disfrutar de cada minuto. De esta manera seré lo más feliz que pueda además, procuro también contagiar mi felicidad. Pues, no se siente uno totalmente feliz hasta que es capaz de compartirla, y albergas la plena felicidad cuando el ánimo de una persona que se hallaba mal y se encuentra ahora pletórico.

En ese instante me dedicó la más dulce de las miradas, gesto que me llevó a un éxtasis de la más pura relajación, y así tranquila mi alma le dije:

–Sabes mi bienquerido y sabio Oyam, en cuanto pueda esa tu filosofía de vida será la mía, pero lo malo es que aún no ha llegado tal momento, y hasta entonces debo aguantar la tristeza y todos sus equivalentes. Pero me alegro tanto por ti mi bienquerido amigo...

En el momento en que dirigí mi mirada para afrontar la suya, pude comprobar cómo no era capaz de reprimir las miles de lágrimas que de sus ojos se precipitaban al exterior, y por sus cuencas se arrojaban sin saber en qué lugar acabarían.

–¡Perdóname, perdóname por favor te lo pido! Pues bien sé que mi felicidad te ha causado daño y dolor. La culpa ha sido tan solo mía, ya que ignorante de mí y por ese egoísmo del bienestar, no me di cuenta del dolor que ayer albergabas en tu interior. Gracias amigo mío.

–Tienes que estar tranquilo mi bienquerido.

Pero dime: ¿Por qué me das las gracias?

–Pues por no enfadarte conmigo. Quiero que sepas que no ha sido conscientemente mi actitud, que comprendas que aunque mi felicidad es

pura y completa, yo nunca debo jactarme de ella. Como bien he podido comprobar en este caso, tan solo ha valido para causar dolor a uno de los seres que más quiero. Eso nunca es bueno ni aconsejable, ya sea consciente o inconscientemente. Y las gracias más profundas te las doy, por el aprendizaje que hoy se ha vertido en mi interior. A partir de ahora aunque me desborde la felicidad, trataré de ser mucho más cauto a la hora de expresarme. Creo que no es bueno ser feliz individualmente, más bien es mejor procurar por todos los medios que sean felices todos aquellos que te rodean y quieres.

−Si quieres hacerme feliz ahora mismo, dame el más grande de los abrazos. Y después llévame presuroso al comedor.

En ese instante no me abrazó, más bien se abalanzó sobre mí, fue muy reconfortante. Así estuvimos un corto espacio de tiempo.

−¿Ves? Con esto y una comida que se le asemeje, me encontraré capaz de afrontar aquello que para mí se haya preparado.

−¡Ah estúpido de mi! ya he vuelto a meter la pata, vamos y de nuevo perdóname. Pues no era mi intención causar retraso en el desayuno que ya nos está esperando...

Así fue como acto seguido nos pusimos a andar. Después de un corto espacio de tiempo por fin llegamos a la cocina, en ese lugar y a mi espera se hallaban un montón de diferentes dulces, pasteles, tartas de toda forma, tamaño y color. Sus sabores eran algo totalmente especial. Por supuesto invité a mi amigo a que me acompañase, cosa que rehusó. Él ya lo había hecho con mucha antelación. Dijo que debía retirarse, pero que en el instante en el que yo terminase, que tirase de una especie de campanilla que se hallaba en un rincón al lado de la entrada, y al momento él aparecería.

−Por favor Oyam, antes de irte contesta a mi pregunta:

¿A qué lugar me llevaras cuando aquí termine?

−¿A ti que te parece?

−Está bien, veo que no me lo vas a decir. Vete entonces a donde debes.

Verdaderamente creo que fue el mejor de los desayunos que en mi vida haya tenido. Una vez acabado, mi estomago estaba totalmente feliz por lo que en su interior había sido introducido. Saciado, me asaltó una idea. Llegó como cuando un ladrón, cuando aparece sin ser visto ni oído.

Esta fue esa maliciosa idea. “Escapa ahora que puedes, y así no tendrás que afrontar lo que venga después”.

Al momento me ruboricé por aquello que mi mente había expelido a mi cerebro, y mi risa estalló profunda y alegre, porque realmente sabía que esa idea no era del todo mía.

Así que me dirigí al lugar en el que se hallaba la campanilla que Oyam me había indicado. Mi mente se enfadaba con la parte que había tenido tal arrebato.

Estúpido, escapar, de qué pretendías escapar. Ni tan siquiera sé por donde he entrado, como para saber por dónde podría salir. Y así alguna reprimenda más se me ocurría.

Tiré de la campanilla. Su tintineo era hermoso, nada estridente, pero daba la impresión de que podría escucharse en todos los espacios del castillo. Oyam no aparecía, así que decidí sentarme en una especie de butacón que había allí. En el respaldo pude leer la palabra AURUM, y encima de ella un símbolo que más tarde supe que era el símbolo de la sal. En el brazo izquierdo del sillón se encontraba el símbolo del mercurio, y en el de la derecha el del azufre. Estos símbolos llamaron tremendamente mi atención. De repente y sin esperarlo, un estruendo fortísimo se produjo en la parte trasera. Cómo describirlo, era como si esa silla se encontrase unida a la pared, y junto a su base todo estuviese girando en redondo. Pero en realidad no me lo parecía, más bien eso es lo que estaba ocurriendo. En un abrir y cerrar de ojos ya no me hallaba en esa cocina que tanto bien me había producido.

Ahora me encontraba en una sala repleta de un metal amarillo que producía una deslumbrante luz, la cual no dañaba la vista pero sí hacía que uno se quedase totalmente embelesado. Esta luz amarilla se mezclaba con la luminosidad más increíble que se pueda llegar a contemplar. Era producida por una especie de cristales de roca que tenían la facultad de desmembrar la luz blanca que a ellos llegaba, en miles de colores de diferente intensidad. Estos se encontraban engarzados en diferentes collares o pulseras. También podían observarlo en estado puro y sin trabajar. Eran bellísimos, tomando como referencia lo que tenía ante mí. Todo lo que aquí se hallaba rozaba

lo inverosímil por su belleza. Eso hablando del estado material de esas maravillas. Pero si me paro en lo que en realidad hacía que a mi interior llegase el éxtasis, la luz que la unión reflectaba en ese lugar. Esa sala adquiría miles de diferentes matices. Se convertía en un espectáculo de luz y de color. Yo creo que en ningún otro lugar que no fuese allí podría ver tan magno espectáculo. He hablado solo de la luz que allí se producía, pero debo de nombrar también las sombras. El juego que la luz mantenía con ella hacía que hasta ésta pareciese de gran hermosura.

En primer lugar me quedé sorprendido, y acto seguido totalmente pasmado.

Al cabo de un tiempo del que no podría establecer su duración, un ruido me saco de ese éxtasis en el que me hallaba inhibido de todo. Lo que rompió ese embelesamiento no era otra cosa que un ligero discurrir de pasos. Esos pasos pertenecían a varias personas, se escuchaba la diferencia entre unos y otros en el pisar.

En una esquina de la que ni tan siquiera me había dado cuenta, apareció la reina y justo detrás también Oyam dejó entrever su figura y su rostro.

Una vez Oyam pasó la esquina, pude ver que detrás de él, dos hermosísimas mujeres se acercaban. Se instalaron una a la derecha y otra a la izquierda de la reina.

Más tarde Oyam me aclaró de quienes se trataban.

Su majestad se paró muy cerca de mí, y me dedicó la sonrisa más hermosa que unos ojos en el mundo hayan podido contemplar. Era tal la belleza de su rostro sonriendo, lo que hacía que toda luz en ese lugar se quedase totalmente eclipsada.

En el momento en el que pude reaccionar, clavé mi rodilla en tierra y una profunda reverencia que mi corazón también ejecutaba fue efectuada; acto seguido bajé mis ojos al suelo.

−Mi bien amada majestad ¿Me podría usted indicar qué es lo que estoy haciendo en este lugar?

La reina se aproximó al lugar en el que me encontraba, y con sus suaves y largos dedos asió mi barbilla todo lo delicadamente que puede hacerse y profirió una delicada fuerza ascendente, indicándome con este gesto que yo

debía de alzar mi cabeza. Consiguió de esta forma que sus ojos se clavasen en los míos y los míos en los de ella. Ella tenía un don que yo ni tan siquiera podía imaginar: el de rebuscar en el interior, el

traspasar la carne, llegando de esta manera al alma profunda.

–Ahora en contestación a tu pregunta, lo que aquí haces es pasar un prueba que muchos no son capaces de superar.

Es tan fuerte su egoísmo que el sentido común se les queda aletargado durante un instante. Tiempo suficiente para no darse de cuenta de aquello que no deben hacer... esto es lo que arruina sus vidas al final. Piensan que porque yo no me encuentre presente, pueden aprovecharse y apoderarse de esas baratijas, y perder así el mayor de los tesoros.

He de proclamar a los cuatro puntos cardinales que tú mi hermano has superado tu tercera iniciación.

– Yo no puedo comprender eso que su majestad me está diciendo. Para qué el querer obtener uno, pudiendo disfrutar de la luz que la unión de todos produce, dentro de este extraño lugar que sin que nada de especial tenga, la luz que en él habita lo hace el lucero por el que la razón puede perderse por segundos.

Quiero mi majestad escuche el razonamiento que me ha llegado: La luz se irradia por el todo, nada tiene que ver con la soledad que produce el individuo, pues si separamos al individuo del todo que produce esa armoniosa luz, tan solo nos quedaría el pequeño destello que en el interior de la persona se guarda. Ese destello, en la unión que antes conformaba, era un grandioso resplandor.

Y es por eso que no entiendo por qué querer separarlo, ¿Para qué disolver el todo?

–Todavía eres un pequeño neófito en este mundo en el que ahora te hallas. Con el paso de un tiempo inconcluso sabrás entender a lo que me estoy refiriendo. Seguro que llegarás a la verdadera comprensión de un tema a todas miras espinoso. Piensa que esto que yo te traspaso es de suma importancia. Esos seres que al igual que tú, bueno igual no.. Aquellos que son llamados seres humanos, bueno lo de humanos tan solo se refiere a su especie, son capaces de matar o someter a las más viles vejaciones a otros

de su misma clase. También pueden acabar con ecosistemas completos o extinguir la fauna que haga falta, tan solo por un pedacito del refulgir de estos presentes.

¿Sabes? al igual que para ti, para mí tan solo son hermosos en su unión, y en realidad no ellos, sino más bien el juego que con la luz son capaces de llevar a cabo. Son quiénes de descomponer la luz en un prisma de diferentes colores. Eso es en realidad lo que a mí me gusta. Me encuentro bastante satisfecha con la actitud que has tenido. Coge uno de esos presentes, aquel que prefieras.

−Pero después de lo que hemos comentado ¿Para qué he de cogerlo?

−Ya te he dicho que los humanos le dan gran valor, y quien sabe, puede que llegue el día en el que te haga falta para cualquier tipo de cuestión, y es entonces cuando debes de darle el valor que ellos le dan. ¿De acuerdo?

−No, pues en realidad no comprendo absolutamente nada. Yo estaba esperando una bronca y una expulsión y se me hace un regalo, no entiendo.

−No te equivoques esto no es un regalo, tan solo es un presente que yo hago al esfuerzo realizado. Sí, aquel que tú has efectuado, mi bienquerido hermano.

En ese instante se dio media vuelta y volvió a hablar.

−Sube una vez hayas elegido, pues por ti esperaré para comer y una vez que acabemos hablaremos largo y tendido. ¿De acuerdo?

Yo asentí con la cabeza. Todos los demás giraron también y al igual que la reina desaparecieron por el lugar que habían aparecido. "O eso creía yo". Lo que sí era verdad era que yo, sintiéndome allí en plena soledad, me dediqué a hacer aquello que su majestad me había propuesto. Así fue como miré y miré, pero me parecía tan absurdo separar cualquiera de esas bellas piedras del resto que al final, y pensando más en mi estomago que en aquello que estaba haciendo, metí mi mano en un montón de maravillosas alhajas. En el momento en el que me dispuse a retirar la mano, pude observar que a la altura de mi muñeca una cadena se había deslizado, y en ella se había enganchado. Se trataba de una gruesa cadena eslabonada muy trabajada. Cada eslabón contenía un grabado que hacía especial al siguiente. Cuando

terminé de sacar el brazo, pude observar que colgado de aquella maravillosa cadena se hallaba una piedra de color azul intenso y eléctrico. Se trataba de un color verdaderamente esplendoroso, podría decir. Era una especie de cristal que dependiendo de cómo le diese la luz, sus matices de color cambiaban totalmente. Se podía volver verde, violeta y al momento trasmutar al azul más intenso y especial que se pueda contemplar.

Me impresionó y me gustó tanto, que acto seguido me lo colgué al pescuezo.

–Estaba claro que pasaría, no sé por qué, pero yo lo sabía.

–¿Quién está ahí? Por favor déjeme contemplar a quien en la penumbra tiñe su figura de incógnito.

Y de esta manera, en la esquina por donde con anterioridad había aparecido la reina, apareció ahora una de sus acompañantes. Ella había estado ahí, observando mis movimientos desde que todos se ausentaran, en la penumbra de esos descalzados escalones.

–Sabía que esto pasaría, verdaderamente lo sabía.

Se volvió a repetir mecánicamente. Ella mantenía una actitud entre reproche y miedo.

–Hola, realmente no sé quién eres pero me alegro mucho de volver a verte. Me podrías decir ¿Dónde ha estado metida hasta ahora una joya como tú?

–Eso no es de tu incumbencia muchacho. Pero contéstame ahora:

¿Por qué has elegido esa alhaja?

–No he sido yo el que la ha elegido, ha sido más bien ella la que me ha escogido a mí, pues se colgó de mi brazo sin que yo me percatase de que lo estaba haciendo. Dime tú ahora ¿Qué es aquello que tanto temías?

–Eso es algo que yo no te explicaré pues...

–Ya sé, eso es algo que a mí no me incumbe, aunque yo creo que sí.

–Bueno, por lo que veo has elegido ¿No es así?

–Sí, así es, y por lo que creo muy bien.

–Pues subamos a comer y ya después se verá lo que puede ocurrir.

–Subamos pues.

Este ser era maravilloso pero tan seco en su actitud hacia mí, que perdí casi, y digo bien casi, toda la atención por ella.

Justo en el momento en el que me puse en movimiento comencé a... como decir... Sin saber bien lo que me sucedía sí sé lo que comenzaba a sentir, era como si algo estuviera cambiando dentro de mí, me sentía mucho más fuerte y seguro en el ser interno, aquel que realmente era "yo". Así esplendoroso y feliz subí a comer.

Cuando ya nos hallábamos cerca del umbral del comedor, mi guía me dijo: −Debes guardarte esa joya debajo de los ropajes, no es por nada pero debe alejarse de todas las miradas y de lo que en ellas pueda llegar a despertar. Es por ello que es mejor que no sea observada por nadie.

Sabía perfectamente que no debía de preguntar pero...

−¿Qué es lo que ella puede despertar en quién la mire?

Debo de reconocer que no debería ser tan curioso, pero qué le voy a hacer si es parte de mi naturaleza.

−Lo sabrás en su momento ¿De acuerdo?

Yo asentí con la cabeza por si acaso.

−Dime ahora ¿Tienes hambre? No hace mucho que has desayunado.

−A decir verdad ceo que sí, pues mi gula todavía es grande, sabiendo como sé que he estado sin comer ni beber dos días completos, que quieres que te diga, mi cuerpo pide todavía alimento; y para tener que comer más tarde yo solo no me apetece.

−Está bien, así será.

En ese instante empujó las grandes puertas del comedor que se hallaba a rebosar. Su majestad estaba sentada en su trono, lo que había cambiado esta vez era que allí se podían observar a unas jóvenes todas vestidas de blanco. A los lados estaban sentadas las que parecían mayores, y por debajo de aquellas, las que eran más jóvenes. La mesa era ahora más grande, o eso me pareció. Como de costumbre yo no me enteraba de lo que allí estaba ocurriendo. "Cada vez entiendo menos este lugar", pensaba para mis adentros.

Mirando a ese ser tan hermoso que estaba a mi lado, no sé por qué, pero supe que tanto ella como las que al lado de la reina se hallaban eran todas las vírgenes de ese reino, llamadas *Vírgenes Vestales*. Por ahora tan solo lo intuía, pero más adelante obtendría tal información. De repente ella exclamó:

−Nada preguntes, pues todo en su momento te será aclarado. No dejes que la sorpresa que para ti ha representado lo que ves ahora dé paso a la duda de lo que no comprendes, y de esta manera todo mal pensamiento enraíce en ti. Sé libre en tu interior para que en el exterior tu libertad se manifieste.

Tomando muy en serio las palabras de la virgen, tan solo dispusimos andar. Yo siguiendo sus pasos, naturalmente. Cuando ya me creía preparado para hacer mi entrada en ese lugar en el que la alegría y las buenas viandas se hallaban a mi espera, ella se hizo a un lado dejándome ver el frente y ¿Quién se encontraba allí?

Pues quien iba a ser, sino Oyam.

−Por fin apareces ¿Dónde te has metido? Tú siempre igual, me las lías y acto seguido desapareces.

−Sí, sí, lo que tú quieras, pero ahora es momento de guardar silencio.

Bueno, que iba a hacer, tan solo le respondí con una media sonrisa.

Ahora sí, entramos en la sala y en un largo pasillo que terminaba en la que hoy me parecía la más grande de las mesas, la reina y todo su sequito se encontraban allí aposentadas.

Cuando ya me encontraba a unos pasos de su majestad, más o menos unos nueve pasos, automáticamente mi rodilla derecha se hincó en el suelo, con mi cabeza en la misma dirección que mi rodilla. Oyam y yo dirigimos una profunda reverencia su excelencia.

Ella, medio enfadada por tener que volver a incidir en que no debía de arrodillarme ante su presencia, nos indicó inmediatamente con la mano que nos alzásemos. Acto seguido, nos invitó a que compartiésemos la mesa que ocupaba. En ese momento me acerqué a ella y le hice un ruego.

−Mi reina, siento que no poseo la clase ni el honor de poder sentarme al lado de tan graciosa majestad, y es por lo tanto que pido permiso para poder aposentarme en las mesas comunes, como todos o la mayoría de seres que aquí se hallan.

En un primer instante se la veía confundida por mi decisión, aunque eso tan solo fue un segundo, al momento profirió una de sus magnificas sonrisas. Me miró un instante realmente corto, aunque su mirada podía parecer eterna, y dijo:

–Sé que tu noble corazón a veces gobierna a tu dura cabezota, pero ésta es una acción que verdaderamente te honra. Aunque todavía no lo entiendas, haz como vieses y dispongas.

Y por supuesto que así lo hice. Di media vuelta y me puse a escudriñar las mesas. Mi vista buscaba a alguien en particular. Buscaba a Gordi. En un primer vistazo no lo localicé, y mi mente reparó en que quizás ya se hubiese ausentado al mismo lugar al que se habían marchado todos aquellos que allí no se encontraban.

Pero en este caso no era así. Después de un segundo vistazo di con él, allí se hallaba. Estaba en uno de los lugares más alejados al trono de su majestad. No muy lejos de donde él estaba se podía ver un lugar en el que nadie se había sentado. Ipso facto hacia aquel lugar me dirigí, llegado al sitial en el cual pensaba sentarme y con la mirada puesta en ese peculiar amigo que ahora me parecía un completo desconocido Sin haber mediado palabra, al momento un personaje que se encontraba frente a Gordi se sentó en el sitio en el que yo lo iba hacer, cediéndome de esta manera el suyo. Hizo una pequeña reverencia y se presentó.

–Buenas te sean dadas, este que a tu lado piensa compartir un momento de tu vida se llama Will.

–Por supuesto, intentaré ser una agradable compañía para ti y para quien lo desee. Encantado de poder tener el placer de conocerte, yo soy... …

–No te preocupes, pues aquí todos sabemos quién eres.

Acto seguido se comenzó a servir la comida. Sin miramientos empecé a comer como todos los que allí se hallaban. No sé si era debido a la maravillosa comida, o que aquella sala tenía algo especial, pero el apetito que allí se me abría era feroz.

Una vez comenzados los postres y con el estómago lleno, la lengua comenzó su trabajo; y claro, como un presente no tenía ganas de información, que digamos, primeramente comencé por ese nuevo conocido, Will. Le interrogué un poco sobre su experiencia en ese lugar.

Él me comentó que lo que más trabajo le había costado era el subir esa montaña. Y por supuesto, con impaciencia le pregunté.

–¿Por qué fue, por las trampas que esas afiladas piedras suponían, o por el intenso frío que se producía bajo esa horrible nube?

Me miró muy extrañado y me contestó.

–¿A qué te estás refiriendo con lo de esas trampas y esa nube? Tú lo has tenido que pasar francamente mal.

Quedé totalmente callado y un tanto aturdido, y por fin le rogué que me contase su experiencia.

Antes de que Will comenzase su relato, Gordi miró con un brillo en los ojos cual aquel que pide información a gritos.

–Pues bien, mi experiencia fue una de las más bellas que yo pueda recordar, pues el recorrer ese hermoso jardín le abre a uno la alegría de vivir. Y te he dicho que fue dura la subida, porque sabía que ese hermoso lugar comenzaba a quedar atrás.

En ese instante mi vista se desvío para mirar a Gordi, él también topó con mi mirada y acto seguido una flagrante sonrisa me devolvió. En ese momento Will terminó de hablar con la siguiente frase:

–Fue una muy bella experiencia, aunque creo que cada cual obtendrá su propio significado.

Las hazañas de Will en la montaña daban vueltas en el interior de mi cabeza, y así pensativo quedé totalmente absorto, no me percaté de lo que estaba ocurriendo. No era otra cosa que la reina se había alzado y todo el mundo con ella, menos yo claro, en el momento en el que ella se retiraba. Ahí fue cuando me di cuenta de mi metedura de pata. Total, qué más daba ya. Pude atisbar al bueno de Oyam que venía en mi busca. Aunque lo viese venir, no era quien de reaccionar. Hasta que él tocó mi hombro, no fui capaz de salir de esa especie de trance en el que mi pensamiento daba vueltas en la misma dirección. Con un sobresalto miré a mi amigo con una mirada de gratitud. Él me hizo una seña con la cabeza.

Despidiéndome de Will y de Gordi les dije:

–Espero poder volver a compartir unos momentos con vosotros e intercambiar unas vivencias como las que hoy hemos efectuado, aunque si fuese por ti poco hubiésemos hablado. ¿No te parece?

Aunque a veces el diálogo de poco sirve, pues creo que al igual que me pasa a mí, te encuentras muy tranquilo en la unión que nuestra presencia efectúa. Hasta muy pronto.

En ese instante me levanté dispuesto a seguir a Oyam, pero me encontraba totalmente ensimismado en mis pensamientos.

–¿Qué es lo que te ocurre? Pues al verte caminar diría que lo estás haciendo en sueños, podría decir que eres un sonámbulo.

–¡Ay mi bienquerido amigo! Creo que comienzo a entender lo que aquí está ocurriendo.

–¡No me digas que has logrado el resolver tu rompecabezas! ¿Ya sabes qué es lo que te trajo aquí?

–Tranquilo, que no se trata de eso, y aún por encima no me llega con mis propias incógnitas que tengo que sumar las que a ti se te van ocurriendo. A todo esto, me podrías decir, ¿hacia dónde me conduces?

–Tu tan solo sígueme y en el momento en el que lleguemos, lo sabrás.

Bien, está claro que podría seguir describiendo la belleza de cuanto mis ojos se encontraban a cada paso que daba, si bien el esplendor del cambiante mármol que a cada metro parecía ir describiendo nuevas formas y colores. O bien las vidrieras, las cuáles descomponían la luz que por ellas entraban en una espectacular deformación del color, provocando una sinfonía de formas maravillosamente ordenada en su expansión del matiz entre la unión de estas dos, la forma y el color. Esto hacía que me compungiese cuando proyectadas en el suelo debía pisarlo, pues no tenía más remedio. Qué ironía la de mi destino, el tener que posar mis pies sobre las efímeras formas que producía la luz. Había otras zonas que con el movimiento de la luz, el color y las formas se disipaban con la llegada de la sombra, pues ella es poseedora de ese don.

Y así totalmente ensimismado entre las luces y las formas, también las sombras, quiera o no, mi mente se fijo en ellas y un pequeño espacio de mi tiempo habían ocupado. Pues bien, así entretenido, sin saber donde me encontraba pasamos por unas estancias que carecían de puertas. En ellas se hallaban siete sólidas columnas. Una frente a la otra. En el techo se encontraban unidas a través de robustos arcos. Tenían una disposición que trataba de hacer un círculo. Así que estaban seis formando el círculo

y la séptima en el centro. Los arcos hacían que las columnas se uniesen a izquierda y derecha, y todas ellas se ensamblaban al centro. Era de un profundo significado. Lo no manifestado se manifiesta en la unidad de las formas. Aunque la manifestación no se haya producido, esto no quiere decir que no tenga existencia, tan solo no se encuentra físicamente presente.

En el suelo, hecho con baldosa, se hallaba ese círculo. Éste parecía ser el medio de esa sala.

Nos dirigimos al centro del círculo. Una vez allí pude observar que en cada arco había una puerta, o más bien tan solo la oquedad, pues no tenía con qué ser cerrada. Esto me daba a entender que en ese lugar tanto eras libre de entrar, como de salir. Nada te lo impedía. En el momento en que me encontraba justo en el medio, una luz totalmente azul llamó mi atención. Cuando me di cuenta, vi que lo que exhalaba tan maravillosa luz era mi pecho. Mi sorpresa fue infinita. En el instante en el que me disponía a tirar del colgante para observar más atentamente su luz, llegó a mi interior la estremecedora sensación de que ya no me conformaba con su reflejo. El egoísmo que despertaba en mí me arrastraba a tener que mirar de frente y atentamente su refulgir sin que nada empañase esa luz. En ese momento un estruendo me saco del éxtasis.

–Él no tiene luz propia.

Una voz delicada, como si de la brisa de una tarde de primavera se tratase, entró por una de esas puertas. El sonido llegó a mí antes de que quien la producía hiciese acto de presencia. Y como si se tratase de un ser irreal, entró en la sala mi virgen vestal. No sé, pero digo mí como si realmente ella fuese mía, como yo suyo. El amor lo envolvía todo de tal manera que yo ya no me encontraba allí. Tan solo ella y yo, estábamos frente a otro, y nada mas allí se hallaba.

Poseía la más figura más esbelta que la naturaleza haya podido cincelar. Ella, en quien la perfección fue a fijarse en el momento de su nacimiento. Cualquiera que tuviese ojos, o incluso que no los tuviera, no podría dejar de admirar su belleza. Con su voz de ruiseñor me dijo:

−Observa tu colgante, te puedes dar cuenta de cómo su luz ahora es mucho más fuerte.

En ese momento yo iba a abrir la boca para preguntarle qué era lo que estaba ocurriendo. En ese instante y sin que yo me lo pudiese ni imaginar, otra delicada voz se pudo escuchar antes de que la persona que la producía hiciese acto de presencia, y esa voz dijo así:

−Hola mi bienquerido, puedo observar que ésa tu duda es cada vez mayor, no te preocupes pues en este instante por lo menos una te pienso yo aclarar.

De pronto, la figura de la reina apareció por el umbral de otra de esas oquedades que hacían la función de puertas. Qué decir de su majestad.

Habló sin remisión ni cuidado por mi preparación ante sus palabras.

−Quien le proporciona la energía es quien lo sustenta, así él se alimenta de la luz de tu interior. Ay mi pequeño, he de contarte que debes guardarte muy mucho de él. Si no luce ¡Cuídate entonces! No voy a decir más. En el momento en que eso se produzca sabrás positivamente qué es a lo que me refiero.

También debo de contarte que fue un semi−dios el que me regaló ese presente que en estos instantes esta colgando de tu hermoso cuello. Ese presente tiene un nombre, ya que también tiene su propia historia. Se llama *Axixlux*, como has comprobado no es una vulgar gema, las demás necesitan del astro rey para que su refulgir se haga notable, sin embargo esa gema es única. Pues es la luz interna del individúo que la porta, quien le proporciona la energía necesaria para despertar el brillo que de ella emana.

¿Sabes? En un tiempo que hoy me parece muy lejano lució en mi pecho. Hasta que tomé la decisión de no alimentarla más, y dejarla en un lugar en el que nadie corriese peligro, o sea en ese montón de bellos tesoros. Como puedes comprobar, si nadie la sostiene, a simple vista es incluso fea. Pero ya me había llegado hace tiempo el susurro de sus quejas, ya que quería salir de ese lugar. Al final lo ha conseguido, y has sido tú el elegido para sacarla de aquí. Tan solo un consejo puedo darte. "No la escuches, nunca pongas el más mínimo interés a aquello que dice".

No le demos más importancia y contéstame ahora. Mi bienquerido, el enigma que esa montaña te planteaba. ¿Ya ha sido resuelto?

−¿Cuál? Son tantos los enigmas que este lugar me plantean.

−En el momento en que entrasteis mi bienquerido, tan solo existía una sola pregunta, era sobre el dolor que esa montaña infringía y ahora han crecido otros enigmas.

−Sí, entiendo lo que me queréis decir, esa es la que más claramente tengo resuelta.

−Entonces ¿No tienes nada que decirme?

−Por supuesto que es así y en realidad es mucho lo que tendría que deciros pero lo quiero resumir en esto: os pido el perdón más profundo y sincero que mi ser pueda pedir. Mi comportamiento en realidad ha sido lo más horrible que podría yo encontrar, os he culpado de mover montañas y todo tipo de espacios que hay en este lugar. Os he acusado de la violenta muerte de los hombres que aquí se encuentran, y no de una muerte tranquila no, más bien de las más horribles formas de padecer que uno se pueda imaginar. Y la razón de tan horrible proceder era simplemente por diversión. Cuando ahora sé que fue el saltarme una regla impuesta lo que me llevó a la excitación, y en un segundo plano lo que me produjo un miedo tal a lo que después me podía esperar, que mi imaginación trabajé de sobremanera dando resultado a esa macabra experiencia. Pero algo me dice que no he sido yo el que la ha creado totalmente.

−Has de saber mi querido que la mente es una enorme fábrica de sabiduría, ya sea positiva o bien negativa, ésta según recoge información, comienza a dar vida a eso que ha recogido. Con tan solo hacerse con un sentimiento producido por un acto, el cual nosotros hemos efectuado con una sola acción, recoge el acto que la acción produjo y le comienza a dar vida. Y si bien lo ve pero no lo comprende, tiende a duplicar el acto en sí en porciones más pequeñas, para de esta manera una vez disgregado, le pueda ser más sencillo el reconocer lo que representa. Como duplica ese acto que no comprende, tiende hacerlo también con todo lo que con él tiene algo que ver, ya sean personajes, lugares, sentimientos o un largo etcétera. Y como final, lo que obtienes es un mundo totalmente fantástico, del cual tan solo una muy pequeña parte es real. En tu caso lo único real fueron esas sombras que pululan por mi reino sin que yo pueda hacer nada por expulsarlas. Mi bienquerido, ese mundo forma parte de ti y de tus más horribles miedos.

Creo que debes sentirte orgulloso, pues alguno ha sido superado. Pero piensa muy seriamente hasta donde llega tu mente, pues ha sido capaz de crear tal mundo; y hasta donde la violencia desatada tiene lugar en tu interior, para haber construido esa abominación de vida.

−Ahora lo comprendo casi todo, y la mayor parte de mi duda ha sido despejada, pero a ver si me puedes aclarar ¿Cómo pude producir esa visión en que el techo se abrió y yo caí en mis brazos pero falto de color? ¿Hasta dónde la visión, hasta dónde la realidad?

−Hay una realidad, pues en un principio tú como los demás bajaste las escaleras y llegaste al puente. Ese puente es la separación entre dos partes de tu ser: conciencia y consciencia. La consciencia es la encarnación y la conciencia tiene como referencia el alma pura y sin ningún tipo de mancha. La conciencia, creadora de todo lo que sabe del bien del alma se quedó con nosotros, pero la que tenía la mayor parte de ti, la consciencia, marchó por el camino abajo, no era capaz ni tan siquiera de vernos. Tan solo es capaz de observar la parte material de su cuerpo. Por desgracia la conciencia era más débil, y es por eso que de la parte que le toca no te acuerdas de nada, por ello notas partida la conciencia. Lo que en estos días ocurrió en el castillo, te puede parecer que transcurrió muy rápido. Tiempo al tiempo.

Tú parte consciente se quedó en ese lado más oscuro y traidor, escogió la opción del espanto y el sufrimiento. Tú hacías que cada vez se expandiese más y crease acciones más espeluznantes. Por lo tanto, cuantas más pinceladas le dabas a tus pesadillas más reales se volvían. Esa era la parte de ti que por entonces tenía existencia, pues nunca pensarías que tenías otra parte de tu ser esperando a que tu sufrimiento y tu oscuridad se viesen desvelados. Esa era tu realidad, para ti eso que ocurría era la verdad, aquello que era totalmente cierto.

Era tu verdad.

No sabes nada de la lucha que tuvimos que ejercer para no perderte. A cada paso que dabas, la oscuridad te tentaba, bien con un pensamiento o con una acción, la cual nunca llegaste a producir. En esos momentos nosotros subíamos la atracción que la montaña ejercía en ti, para que no

escuchases esos seres de completa oscuridad. Y así tan solo ocupase tu mente la atracción hacia la montaña. Gracias a esa lucha estuvimos sumidos en tu vivencia, por no llamarle en tu pesadilla. Pero bueno, tienes el recuerdo de que todo el que allí se hallaba, su único fin era subir por esa mole, como tú la calificabas. Algunos se conformaban con estar cerca de esa montaña, pues bien, esa fue en parte la aportación que nosotros te brindamos para que por lo menos tuvieses la oportunidad de poder elegir.

Y de elegir bien, como así lo has hecho, escapar de la oscuridad plena y total.

–Sí, recuerdo con toda perfección la atracción que me suponía aquella fuerza. También recuerdo la desesperación de los seres que allí se hallaban por no poder acceder a ese lugar. Yo pensé desde un principio que era la montaña, aquella que gobernaba el dolor con la posesión de todo el que había allí. Cómo pude crear tal estado de dolor, odio y descomposición del ser humano.

Bajé mi cabeza dolorido por lo que ahora sabía que era verdad. Sentía el horror de la desesperación en el interior de mis tripas. En un instante de semi–lucidez, le planteé una duda a su majestad.

–Por favor su alteza, podría explicarme, ¿En qué lugar pude crear semejante distorsión? Tal dolor y horrible estado de un oscuro ente, que era yo en toda mi mayúscula maldad, no puede estar oculto en la sombra de un moribundo árbol sin hojas. En el lugar de mi creación nada que se asemeje a la belleza puede existir, y una simple hoja es hermosa en la vida que es capaz de albergar, ¿dónde se podía hallar tal atrocidad?

–Está bien, ¿recuerdas, por ejemplo, a aquellos seres que tan solo querían quedarse sentados, pues esa era la única forma en la que se encontraban a gusto? Esos seres al final se volvía inertes, porque no eran capaces de proseguir con una ínfima actividad.

Has de saber que esa mano negra les pudría la mente con toda sensación de bienestar. En el momento en el que elegían sentarse, se encontraban tan a gusto que renunciaban a cualquier otra cosa que no fuese el menor de los movimientos. Hasta que llegaba el momento en que renegaban totalmente el volver a ponerse de pie.

Pues bien, todas esas sensaciones de bienestar en realidad eran una auténtica farsa. Lo único que realmente querían conseguir haciendo que estos seres llegasen a tal extremo, no era otra cosa que el extinguir su luz interior totalmente. En realidad eso es lo que más les gusta. Que en el interior de esos incautos seres se produzca la total oscuridad. En ese instante comienza la posesión del cuerpo. Una vez en su interior buscan esa disminuida luz interna. Ya nada puede recuperar su luz, ya que se halla casi extinguida. No les queda ninguna defensa, nuestra única arma ante tal enemigo es el amor y sin la luz que irradia el individuo está totalmente a merced de eses oscuros entes. En ese instante la pequeña y raquítica llama de esperanza se transforma en una suculenta comida. Ese es en realidad su alimento.

Ay mi bienquerido, has de saber que se pasan la vida tentándote, en todo momento y en todo lugar, y que nunca dejarán de hacerlo. Lo suelen provocar con aquello que no tienes, pero que deseas obtener, aparte de otras muchas cosas. Les faltan las virtudes pero la suplen con ese maligno conocimiento que los caracteriza, son muy inteligentes.

Y es por eso que me ha extrañado mucho que de ti no hubiesen podido obtener nada, mi alegría por ello todavía fue mayor que mi extrañeza. Y pudiendo elegir entre la desesperación, el dolor, y la fácil ascensión, tú elegiste lo más dificultoso. Elegiste la primera opción, y así pudiste escalar tu inmensa mole de mentiras, engaños y desesperación.

–Está bien, eso me ha quedado completamente claro. Pero me podría decir su majestad, en el momento de mi separación en el puente, como antes se ha referido, recuerdo a un niño.

–A él lo recuerdo vagamente, pero lo que sí recuerdo con mucha claridad fue aquello que me decía: me llamaba loco. Y el recuerdo que de él me acompaña se hizo constante, por la razón de que ese pequeño ser era el único en ese lugar que tenía color.

–Ese es el ser que nos estuvo acompañando en tu estancia, aquí estuvo presente un par de días. Ese era tu niño interno, aquel que como todo niño es íntegramente luz. En él los malos sentimientos que acompañan al hombre y que este adquieren durante su camino son inexistentes, de momento se

encuentra limpio de todo ese tipo de manchas. Ten en cuenta que tú tan solo puedes ver el reflejo de tu imagen proyectada por un espejo, y éste casi siempre te puede dar una imagen distorsionada de lo que está reflejando. Es muy raro aquel que contempla su propia imagen.

Comprendía a mi manera todo aquello que hasta ese momento me expuso su majestad. Lo de la imagen a pequeña escala era entendible a mis cortas entendederas. Pero también comprendía que todo aquello ocultaba una información a la que todavía no podía acceder.

Quedé bastante traspuesto en esos pensamientos y llevando a mi interior todo aquello que hasta ese momento habíamos expuesto. Algo me sacó de toda esta información que en el interior de mi alma se enroscaba como una serpiente, pero no me ahogaba, más bien me fortificaba. Del hueco de una de las puertas que se hallaba a mi izquierda salió Oyam, tan oportuno como de costumbre. Acto seguido le proferí una profunda y amplia sonrisa. Él se alegó mucho y respondió a mi sonrisa expresión de amor:

−Por fin le encuentro a usted.

De pronto la reina habló:

−¡Cállate insensato! ¿O no conoces los modales que se deben tener en este lugar? Y ahora debes acompañar a nuestro invitado a donde él crea oportuno ir. Y tú debes de recordar que en el día de mañana debes tomar una gran decisión, sería bueno que te preparases.

−Perdón, no sé ¿A qué se está refiriendo su majestad?

−Pues es bien sencillo, debes elegir si te quedas o si por el contrario te vas.

Mi ser me decía con gritos de desesperación que estaba tan saturado por toda la información que la reina me había traspasado, que no se encontraba en condiciones de tomar ningún tipo de decisión. La reina volvió a hablar.

−Debes pensar en ello, aunque yo creo que no es la vía de la razón la que debes utilizar para elegir. En todo caso, que la luz guíe tus designios.

Y con estas palabras desapareció entre las puertas mucho antes de que la música de su voz se hubiese extinguido.

En ese instante pude cerciorarme de que aquel hermoso ser que nos había acompañado ya no se hallaba allí. No sé, pero mi alma comenzaba a extrañarla incluso antes de saber que ya no estaba.

Giré en redondo y miré a Oyam. Le proferí una cuestión:

−¿Tú has pasado algo parecido a lo que yo he pasado?

−Se trata de una pregunta comprometida en extremo. Lo digo porque sé objetivamente que la respuesta que yo te dé, puede llegar a afectar a tus decisiones, y de esta manera tu presente puede ser en parte alterado. Tan solo dos cosas apuntaré:

La primera es que debes saber que cuanto más sufras y peor lo pases en tu presente, más feliz y completo te sentirás en tu futuro.

Y la segunda es, en mi caso yo quería aprender cuanto más mejor. Pero no tenía nada claro, ni a qué tipo de saber quería dedicar mi tiempo, ni definido el tiempo que invertiría. Y más aún, ni si llegaría a comprenderlo.

Por eso tomé la decisión de quedarme aquí y poner el tiempo y el esfuerzo que fuese preciso para poder tener acceso al saber, y con ello comprender mejor el porqué de mi decisión. Y aquí me tienes, todavía no he hallado la causa de mi decisión. También he decir que ni tan siquiera me he planteado el marcharme, me queda tanto que aprender en este lugar.

−Muchas gracias mi bienquerido amigo. Y ahora ¿serías tan amable de guiarme a un lugar en el que la madre natura reine? Ya sabes, un jardín o algo por el estilo, necesito tanto de sus cuidados que no puedo aguantar más sin ella.

Y contéstame también, si no es mucha indiscreción. ¿De qué te vale todo aquello que con tanto afán has aprendido, si ni tan siquiera eres quien de abandonar este lugar? Si fueses capaz de hacerlo y marchases de aquí, serías el ser capaz de extender toda tu enseñanza a aquel que de ti quisiese aprender. Pues una enseñanza transmitida solo en el interior de tu ser pierde la comprensión en su totalidad, y tan solo obtendrás una parte de su entendimiento, pues tú no lo compartes con nadie que no seas tu propia persona. ¿Cómo hallaras los matices necesarios para la total asimilación?

−Cállate insensato, qué crees que estoy haciendo en este momento.

−Sí, sí, pero has de admitir que te encuentras en una limitada burbuja en donde todo carece de la maldad que se extiende por doquier en el exterior. Esto es tan solo un pequeño ejemplo que te expongo, por decir algo.

−Sí, así es, aquello que me dices no es nuevo para mí, pero sé que eso se prolongará tan solo hasta que yo tome mi decisión.

En ese preciso instante se paró frente a una puerta muy pequeña. Para entrar era necesario que agachases la cabeza. Se podía leer arriba, abajo, a izquierda y derecha la misma palabra. NATURA. En el centro, los símbolos del azufre la sal y el mercurio. Apenas se podía entrar con holgura, era muy estrecha...La sustancia de la que estaba compuesta me pareció cobre. Al instante, abrió su puerta de par en par. Y digo bien al comunicar que fue ella la que se abrió, pues Oyam ni tan siquiera se acercó. En el momento en el que la puerta se abrió del todo, surgió por el hueco una fragancia tan exuberante que te envolvía de tal forma que ya todo daba igual. En un principio la invasión del aroma era la que producían los frutos maduros, pues su dulzura se volvía incluso empalagosa. Una vez acostumbrado, comenzabas a discernir el aroma que las diferentes flores te brindaban. Todo esto me llegaba sin entrar en ese lugar. Así que sin más dilación decidí acceder. Una vez traspasado el umbral la impresión se volvía mayor, la lucha armónica entre color y forma que allí se producía, producía en quien lo contemplaba un tremendo éxtasis. Éste, te arrastraba a un momento de plenitud y acto seguido te conducía a la decadencia. Me arrastraba a pensar en que, como ser era el menos afortunado del planeta. Pues la extensión del aroma y el esplendor del color, me dejaban como poco en la humillación de los poco agraciados.

Era un jardín poco normal. Paso ahora a describirlo y así sabréis por qué lo digo. Se componía de miles y miles de especies, que si no estuviesen predispuestas como lo estaban, te hubiesen producido incluso malestar, y de esta manera jamás se produciría en ti un éxtasis tan elevado. Era como si el jardinero supiese que los sobresaltos no son buenos. Pues bien, la cuestión era la siguiente:

Las flores que te encontrabas al principio del jardín por el que entrabas, eran de una clase y color determinados. Progresivamente y de una manera tan sutil que casi era imperceptible, cambiaban su aroma, forma y color. Llegaba el momento en el que no sabías donde había comenzado el nuevo color y donde había finalizado el anterior. Por ejemplo, me encontraba en una parte donde las flores eran rojas. Según seguía avanzando entre

esas flores de un rojo vivo, comenzaban a intercalarse otras de tonos más apagados. Entre éstas empezaban a aparecer unas que sus colores se parecían al anaranjado fuerte que, según avanzaba, se convertía en un naranja tenue, hasta que el amarillo hacía acto de presencia cada vez con más fuerza, consiguiendo imponerse al color que lo precedía. Cuando ya era éste el color mayoritario, comenzaban a aparecer matices verdosos para que al final un verde impoluto estuviese reinando en esa zona del jardín. Continuamente los cambios de color se producían sin que aquello pareciese tener un principio o un final.

Con el aroma que desprendían aquellas maravillosas flores ocurría un tanto de lo mismo, unas fragancias eran más fuertes que otras. Lo que me pareció extraño sobremanera, era la compensación del olor. Según te acercabas a una zona definida, a una flor determinada, daba la impresión de que el resto de los aromas desaparecían. Sin que así molestase en la apreciación de aquella que había sido elegida en ese momento. Las fragancias se volvían más o menos intensas según la cercanía, o lo próximo que te encontrases de la siguiente. Lo que es seguro es que aquello era un espectáculo de color y olor que todo lo embriagaba con sus formas y su descomposición. Nunca había sido testigo de una escena tan maravillosa en ningún otro lugar. Aquello fue para mí una caricia a mis sentidos internos y externos. Pude comprobar realmente que de este modo se alzaba el jardín porque así lo quería, y no por imposición o por el capricho de un jardinero. Él quiso mostrarme toda su belleza y todo su esplendor.

Aunque extasiado, proseguí por la vera del camino marcado, por nada saldría de él. No había pasado mucho tiempo, cuando que a mis oídos llegó el arrullo del elemento. En ese instante apresuré mis pasos en dirección a donde el melodioso sonido procedía. Así fue como al poco me encontré a la orilla de un pequeño arrollo que discurría alegre y cantarín entre tanta belleza. Con su ser convertía ese lugar en algo más hermoso si cabe.

–Glub, glub, buenos días te sean dados ¿Qué tal mi bienquerido?

Puedes decirme mi niño ¿Qué lugar es este en el que nos encontramos? –Tú mi amado elemento deberías saberlo mucho mejor que yo ¿No lo crees así?

−Bueno, no estoy del todo de acuerdo, pero ya que tú me dices tal, déjame que investigue el lugar del cual procede mi ser y hacia donde se dirigen mis brazos.

De repente se produjo un pesado silencio, la verdad es que allí todo me resultaba mucho más llevadero. Escudriñaba fervientemente con mi mayor atención cualquier sonido que del elemento saliese, pero tan solo podía localizar el sonido de la corriente. Qué importancia puede tener esto, cuando el sonido que producía era tan relajante. Si unimos esta melodía con el aroma de los árboles en flor, las miles de distintas flores con sus formas, aromas y colores; todo ese ensamblaje abrazaba el sentido de tu ser sin pedir hacerlo. ¡Ah! el arrollo con su melódico sonido todo lo envolvía.

En la distancia, el trino del ave que cantaba feliz y sin preocupación, iba llegando con la melancolía de la vida al nacer Mis oídos ya ocupados por la dulce sonata de la corriente ahora tenían un nuevo elemento que completaba esta hermosa sonata.

Esta situación creaba mella en mi alma, golpeaba mi cuerpo desde el interior con la intención de que la dejase salir a través del sueño. ¡Ah! poder viajar libre y sin preocupación. También pensaba, qué mejor sueño que aquel que estoy viviendo. Así fue como, queriendo o sin querer, comenzó a reinar en mí la agradable sensación de encontrar aquello que uno siempre ha estado buscando. Siempre he añorado el encontrar la paz, y lo quiera o no, esa fue una búsqueda que nunca había logrado llevar a buen fin. Hoy, en este lugar es paz lo que verdaderamente sobra, aquí la hay a raudales. Cubría todo mi ser como a aquel que una manta lo arropa en invierno, y a ella te amarras pues necesitas el calor que produce, alcanzando un bienestar absoluto.

No puedo decir cuánto tiempo estuve en esa especie de trance, lo que sí sabía es que en ese momento algo me oprimía el pecho. En esa visión que se produjo yo refulgía con luz propia en todo mi ser, exceptuando un pequeño espacio en el centro de mi pecho, el mismo lugar en el que notaba esa especie de presión.

Me extrañé, pues ese era el espacio que ocupaba la gema que colgaba de mi cuello. Parecía querer irradiar más luz que la que yo podía ofrecer. Hubo un instante en el cual la batalla de la luz lo llenaba todo con su luminosidad.

En ese preciso momento noté unas salpicaduras de agua, que hicieron que me despistase de la lucha y volviese a esa realidad aparente.

En el momento de abrir los ojos miré en derredor, y qué alivio al comprobar en donde me hallaba. Estaba de nuevo en ese fantástico lugar de paz, amor y armonía. Durante ese espacio de tiempo puse atención y pude darme cuenta de que aquello que por mi rostro se precipitaba, era una pequeña parte de mi bien querido elemento.

–Ah mi bien amada ¿Has sido tú la que me hizo regresar a este lugar?

–Sí, y lo he hecho, ya que pude interpretar lo que tu rostro me decía. Describía un sufrimiento no comprendido por ti. Dime, si puedes o quieres ¿qué es lo que te ocurría en ese lugar en el que te encontrabas?

–Está bien, en un principio no tengo ni idea de donde me encontraba, pero lo que sí puedo decirte es que estaba muy a gusto. En ese instante miré para mi cuerpo y pude observar sin asustarme que éste brillaba con una maravillosa luz blanca. Esa luz más tarde comenzó a cambiar y obtener una gran variedad de distintos matices de color, me hallaba impresionado y muy feliz. En ese instante me pude cerciorar de que en el centro del pecho, en un reducto bastante pequeño, no existía esta luz. Era en donde la piedra tocaba mi cuerpo. Ahí, como más o menos un puño de grande, se hallaba falto de toda iluminación, tan solo la piedra refulgía con luz propia.

–Y dime ¿Cómo te sentías?

–No me gustaba nada, pues entre la falta de color y la opresión algo me decía que eso no podía ser bueno.

–Por favor, si eres tan amable enséñame esa piedra.

Sin pensarlo saqué aquella piedra que refulgía con una hipnótica luz.

–Glub, glub.

–¿Qué es lo que ocurre?

–Ay, ay... Has de saber mi bienquerido que ya sé dónde me encuentro, y he de decir que es uno de los mejores lugares que conozco o haya conocido. Bueno, no se puede decir que sea el mejor, pues lo que para mí representa lo más bello puede que no lo sea para ti.

Pero este es el lugar en el que más cuestiones especiales me he Encontrado. Es un lugar en el cual toda expresión se vuelve maravillosa.

Pero lo malo es que ahora ya no me preocupa este sitio, ahora es otra cuestión la que llama mi atención. Contéstame a esta cuestión:

¿Cómo te has hecho con esa gema? ¿De dónde la has sacado? Contesta solo la verdad.

−Yo no sé lo que es mentir. ¿Por qué me haces estas preguntas? ¿Y qué es eso de que te preocupa?

−Tú en primer lugar contesta a mi cuestión, que después yo contestaré a las tuyas.

−Está bien, en un determinado día se me condujo a la cocina, después de hacerme cargo de unos deliciosos manjares se me dijo que esperase en un lugar, allí ocurrieron barias cosas y se me hizo lo que luego supe que era la prueba del egoísmo. Debo decir que la superé con creces. Su majestad, quedando muy complacida, quiso darme un presente y me dijo que dispusiese de aquello que mas me gustase.

−Dime ¿Fue ese el momento en el que decidiste quedarte con la piedra?

−Te equivocas, pues a mí es el conjunto de aquellas piedras lo que me gustaba. En una especie de agujero había muchas gemas, metí el brazo y al sacarlo allí se hallaba ésta colgada del mismo. Y es por eso que digo que yo no la he elegido, más bien ha sido ella quien lo ha hecho.

−Suele proceder de esa manera, es su modo de salir de un lugar en el que no se halla cómoda.

−Nada mas cogerla ya me avisaron de que no podía haber elegido peor, pero esa fue mi elección, y ahora dime ¿Qué es lo que ocurre con esta gema?

−Está bien, ahora llega el turno de que conteste a tus preguntas. Primeramente, has de saber que esa piedra que tú portas es mía y nadie puede decir lo contrario. O más bien, decir que es una parte muy pequeña de mi ser a la que unos indefinidos seres inculcaron una fuerza de tal magnitud que lograron solidificarla. Pero en el trance del gran momento de mi petrificación, uno de esos seres tuvo un pequeño traspiés en la pureza de la energía que estaba utilizando, cambiando muy levemente y tan solo un instante ese amor puro por egoísmo. La transmutación aplicada dentro del sentimiento utilizado durante enorme trabajo que estaban efectuando, produjo al instante una fuerte batalla de eses dos sentimientos.

Y aunque tan solo fuese un segundo es suficiente. Esa lucha produjo una terrible explosión, y de la cantidad de agua con la que había comenzado el experimento tan solo eso quedó. Habían comenzado con una buena proporción que se esparció por vete tú a saber dónde, pues una vez dividida volvió a su estado natural, o sea yo. Toda ella regresó exceptuando ese fragmento que en tu cuello se encuentra colgado. En su interior guarda todo aquel egoísmo que pudo sobrevivir a la lucha que mantuvo con el amor. Ahora tiene la oportunidad de revivir de la energía de aquel que lo porta, así trasmuta todo sentimiento por el único que conoce, el egoísmo. De esa manera esa semilla también crece en el portador, volviéndose cada vez más oscuro en su interior, así crece y se desarrolla arruinando la vida de quien lo porta.

Has de saber mi bienquerido que acaba psíquicamente con toda buena voluntad, sus ideas al final tan solo se mueven por un egoísmo que en realidad no es tuyo, aunque ayude a despertar aquello que aletargado duerme dentro de ti y esto pasa a ser extremo, y por supuesto la desconfianza y otros muchos factores te acaban convirtiendo en una muy mala persona, en un solitario ser. Pero ¡ay mi bien querido! No se conforma con acabar con tu mente, él acaba con tu persona físicamente, se encarga de poco a poco extinguir tu luz que al fin y al cabo es tu energía.

–Dime ¿Qué es lo que debo de hacer? ¿Tú crees que tirándolo...?

O mejor aún, tómalo pues es parte de ti y tú eres el que debe saber lo que se debe hacer con él.

–Sí, eso es cierto. Pero fue parte de mí, ahora ya no lo es. Y debes pensar muy bien que en el caso de que tú lo tirases y un pobre incauto lo cogiese, llevarías la ruina a su vida. Tú y tan solo tú serías el culpable de la ruinosa vida que a ese ser le aquejase en su futuro, y no tan solo a él sino también en la de aquellos que representan su círculo vital.

En segundo lugar, has de saber que tú como ser que todavía se encuentra en plena evolución, posees un poder que se encuentra todavía limitado. Pero yo soy uno de los cuatro, soy un elemento puro y vital pero también, fuerte y terrible. En cada uno de nosotros duerme un aterrador poder que es mejor nunca despierte. En el momento en el que ese poder se desata en cualquiera

de uno de nosotros, la devastación y la muerte que producimos es... no quiero ni tan siquiera recordar, pues es mejor que no lo haga. ¡Ay, qué sería de todos si esa piedra de egoísmo llegara al interior de mi ser! Intentaría inundar toda la tierra, esquilmando toda forma vida que en ella se encontrase, y millones de seres muertos adornarían mi ser como si de lentejuelas se tratase. Yo me sentiría orgulloso de ello. Y ya tan solo reinaría el líquido elemento.

Lo dijo como si realmente así lo quisiese.

−Glub, glub creo que esa mala gema comienza a afectarme sin tan siquiera haberme tocado. Puedes llegar a imaginar lo que sería si se internase en mi seno.

−¿Qué es lo que crees que debo de hacer?

−Verdaderamente, ¡No lo sé!

Esa respuesta sonó realmente como si de un suspiro se tratase.

−Tú has sido elegido por ella, pues a través de ti debe seguir el curso de su verdadera existencia. Tengo la firme impresión de que a tu ser nada le pasará ya que estás limpio de corazón. Tu alma es virgen de la maldad que el egoísmo pueda llegar a representar, se encuentra ávido de vivir el sentimiento que la verdadera amistad representa.

Creo que a esa gema fue lo que más le pudo llamar la atención de ti, esa fue la autentica razón por la que has sido su elegido. Como te digo, esa es mi creencia particular.

Aunque en realidad, el comportamiento de la mayoría de los acontecimientos, me dicen que todo puede llegar a cambiar totalmente de un instante al siguiente. Lo que ahora es oro mañana trasmutará en plomo, y quien sabe lo que el plomo puede llegar a ser.

A veces tengo la vaga impresión de que con todos los siglos consumidos ya por mi persona, no logro entender lo más mínimo.

−En realidad no lo creo así. Debo, mi bienquerida hermana, agradecerte el que siempre que te he necesitado tú estuvieses ahí para ayudarme.

−No, no creo que debas pronunciar tal agradecimiento, pues en tu interior sabes a ciencia cierta que yo acudo siempre a tu llamada con sumo gusto. Otra cosa, ¿Ya has tomado la decisión referente a tu marcha?

−Más o menos, pero como sabes...

–En el interior de tu ser miles de ondas de energía lo trasmiten, son en parte como las mías, fáciles de captar al menos para mí. ¿Cuál es esa decisión que casi tienes tomada?

–Aunque casi tengo decidido lo que haré, debo decir que lo he sopesado todo y que me cuesta horrores. Pues tengo muy claro que todo me queda por aprender. Pero en mi interior algo me pide que no me retrase en exceso. Me tengo que poner en marcha sin demasiada demora, pues cuanto más tiempo pase más fuerte se hace la agonía del tener que marchar.

Como mi decisión es firme y sé afirmativamente que me voy, postergaré la marcha un par de días.

–Debo agradecer tu confianza, pues sé que a nadie le has comunicado tu decisión, y yo soy la primera y la única que lo sabe, por ello mil gracias. Y ahora te dejo, creo que me voy a crear unas rápidas corrientes para terminar en unas suaves y grandes ondas en el remanso que precede a la corriente. Todo ello soy yo, aunque muchas veces pierda el sentido de lo que ocurre en alguna parte de mi cuerpo. Pero ello no me preocupa pues siempre puedo alborozar en el éxtasis que el movimiento me produce.

–Hasta muy pronto mi bienquerida, ¡Ah, y no te olvides! Muy pronto volveremos a marchar juntos.

Así, sin más, comencé de nuevo una andadura por aquel maravilloso lugar, todo me producía un éxtasis que me hacía sentir, como decir… iluminado desde mi interior. En ese momento era especial, ya que la iluminación me aportaba la capacidad de observación. Y así pude atisbar que en lo alto de un montículo se hallaba un rosal de una sola rosa. Su hermoso color y fragancia eran maravillosos, y ella era demasiado grande para ser una rosa, pero así era. La flor era de un color cambiante, del rosado de la punta de los pétalos al rojo sangre del final de la flor. Con sus verdes hojas estaba protegida por un círculo de nueve lirios blancos. A su lado se hallaba un pequeño banco, y allí me dirigí. Cuando me encontraba frente a él pude ver unos grabados. Eran dibujos, en el respaldo se podía ver una espada, en el reposabrazos izquierdo una moneda, en el derecho una copa y donde te sientas había lo que parecía un bastón de mando. En él descansé un buen rato, y puedo decir que fue muy relajante. Sabía que no podía demorarme más en ese lugar,

así que me puse en pie y seguí el sendero que con anterioridad ya había recorrido. Así llegue al pequeño umbral en donde la maravillosa visión que de ese sitio obtenía se separaba; por un lado el hermoso pasillo, y por el otro el esplendoroso jardín.

Tuve que efectuar una reverencia a la majestad de ese lugar, y acto seguido me despedí de la más hermosa estancia que los ojos pudiesen soportar. Ahora mi interior había cambiado, me sentía más seguro de mí mismo. Salí por ese pequeño umbral, cuando bajé la cabeza para salir de allí, pude observar un grabado que no vi al entrar. Supongo que debido al hipnotismo de todo lo que allí me esperaba. El grabado con letras verdes y azules decía lo siguiente.

NATURA RERUM SEU INSTRUMENTARUM.

Esto me dejó un poco perplejo, no por lo que decía que no tenía ni idea, sino por no haberlo visto antes.

Miré fuera y allí mi bienquerido Oyam me estaba esperando.

−Qué casualidad el que yo pasara en este justo momento por aquí.

−Dudo mucho que la casualidad tenga algo que ver.

Oyam, ¿me puedes decir qué significa la frase que se halla escrita en el umbral de la puerta?

Cuando miré para indicarle donde se encontraba esa frase, ya nada había escrito.

−¿A qué inscripción te refieres?

− No nada, como siempre, me ocurren cosas extrañas que tan solo deben de ser para mí. En ese instante observé que mi hermano Oyam me miraba de una manera muy extraña. −Bueno, ¿Me vas a decir qué es lo que te ocurre que me miras como si quisieses traspasarme?

−No sé cómo te lo puedo explicar, pero te encuentro bastante diferente, es como si tu luz se hubiese vuelto más intensa. Y hay otra cuestión, te siento mucho más seguro, tanto que me das miedo. ¿Qué es lo que ocurrió en ese jardín? Yo quiero un poco de eso que a ti se te haya dado.

−Eso Oyam me resuena como una actitud bastante egoísta, y no creo que ese proceder sea el mejor que tu persona desee adquirir. ¿No lo crees tú así?

−Lo siento, realmente créeme que lo siento, pero debes saber que no es tan solo egoísmo de lo que se trata, simplemente...

Se quedó en completo silencio, como si estuviese buscando algo en el interior de su mente, y sin hacer ningún tipo de seña arrancó nuevamente.

−He de confesar que en mi interior una muy pequeña parte de egoísmo y envidia se despertó en ese instante, pero nada alarmante. No creo que la búsqueda de un saber más profundo o de un sentir más intenso sea egoísmo.

− Mira Oyam, te voy a poner un pequeño ejemplo:

En cierto reino del que ahora no quiero recordar su nombre ni el lugar en el cual se hallaba, vivía un rey que creía lo mismo que tú crees, pero en el momento en el que mucho sabía ya no pudo parar, pues en realidad no le parecía mal el egoísmo por el aprender cada día más.

Se desplazaba a cualquier lugar en el que hubiese algo nuevo que aprender. Sus huesos terminaron en una cueva, pues ya no podía aguantar ni la visión que de sí mismo tenia. Llego a una sabiduría tal, que su mente no se hallaba preparada para su asimilación, y por lo tanto solo podía memorizar lo que ahora trataba de entender. Por esa razón le sobrevino una triste locura, e tal mella en él que ya no podía ni aguantar a su propia persona. No soportaba observar su imagen reflejada pues, como tenía información para comparar su estado carnal, se decía:

−Yo soy este ser que se mira en su propio reflejo y lo único que su reflejo le devuelve es doloroso. Soy del todo imperfecto ¿Cómo puedo presentar tal cuerpo al resto de los vivientes? ¿Cómo puedo acercarme a un pobre campesino que está mejor dotado en todo que yo? Con estas divagaciones cada día se encerraba más en su pensamiento. No podía dejar que el resto de los humanos contemplasen a su rey en toda su imperfección, así que tomó la decisión de recluirse en una lóbrega y oscura cueva, y en ella tanto tiempo vivió que sus ojos solo podían ver en la oscuridad puesto que la luz los hería. Y así paso este pobre ser asimilando su saber en una lúgubre cueva en completa soledad. Una fría mañana de invierno hallaron su cuerpo consumido, tan solo su peso lo portaba su maltrecho esqueleto. Asía con fuerza lo único que su aprendizaje le proporcionó durante todo este tiempo.

Allí se encontraba su obra. Los que estaban en el lugar se la pudieron arrancar de las manos, y lo único que allí había escrito era su nombre.

–Muy bien, todo comprendido menos, ¿Por qué se queda ciego?

–Pues eso es muy sencillo, la codicia y la avaricia, eso fue lo que cegó a nuestro querido rey, y aunque sus ojos pudiesen ver perfectamente, en su interior la luz ya no llegaba. Allí tan solo la más profunda de las oscuridades se hallaba.

Es hora de que vayas a donde el hermano elemento se encuentra, y penetres en su cuerpo, háblale largo y tendido de mí. Después, ya me contaras qué es lo que sucede.

–Así lo haré mi bienquerido amigo, y te he de dar mil gracias por todo.

Justo en el instante en el que se disponía a marchar lo agarré por el brazo y le dije.

–Pero Oyam ¿A qué habías venido? Me estabas buscando. ¿No es así?

–Perdona, sí, sí venía en tu busca, Dios no sé qué es lo que me pasa cuando estoy contigo. Debes presentarte de inmediato en el salón real.

–Está bien, hacia allí pienso dirigirme, y espero que tú disfrutes de tu baño.

Como ya era consciente de donde se encontraban esas estancias, no hacía falta que mi bienquerido amigo me acompañase. Allí me dirigí sin más demora, antes de llegar a los salones de su majestad debía superar una escalera de tan solo tres peldaños. Y al instante, me encontraba frente a las puertas de ese que era un salón de salones. Una vez traspasadas esas puertas aparecía en realidad, lo que parecía un salón de pequeños salones. No sé, pero no me parecía lícito entrar sin ser invitado. Así que solo pude contemplar ese lugar durante un momento, pues di la vuelta y me puse frente a las puertas que estaban abiertas de par en par, pero aunque así estuviesen no quería decir que la entrada fuese libre.

Esperé a que mi invitación se hiciese, y al momento una dulce voz se pudo escuchar, como el suave canto del pájaro en la distancia.

–Dime mi bienquerido ¿No te decides a hacer tu entrada?

El sonido provenía de mi espalda, lo que en un principio me dejó un poco perplejo.

Era esa dulce voz la que hacía que mi piel se volviese de gallina con tan solo pensar a quien pertenecía: era mi querida Virgen Vestal. Me daba la impresión de que era la que se encargaba de mi persona, no sé bien el porqué pero así me lo parecía.

–Sé que nuestro querido elemento ha mantenido una muy agradable conversación con tu persona. ¿Es así?

–Sí por supuesto pero...

–No debes preguntar, pues he de decirte que como yo soy parte de los elementos también lo son ellos de mí, y es por eso que no debes indagar, pues en tu caso tú también eres parte de ellos y ellos son parte de ti, tan solo debes desarrollar los sentidos suficientemente como para poder darte de cuenta de que esto es así.

Y es por eso que las preguntas están de más. Sé que tu decisión ha sido tomada.

En ese instante pude darme cuenta de mi error, pues debía haber informado de mi decisión a la reina antes que a nadie, un tanto acomplejado y ruborizado bajé mi cabeza.

–No tienes nada de lo que avergonzarte, pues la reina es el reino, y con que una parte lo sepa ya es suficiente.

Fui poco a poco levantando mi cabeza y me encontré con unos ojos que me sonreían y con la risa plena que ese ser me brindaba, reflejaba vida y armonía. Acto seguido bajé bruscamente la mirada, pues su altivez y hermosura hacían que me sintiese más pequeño e insignificante que ese ratón que roba el queso y pasa desapercibido. Cuando de repente a mis oídos llegó:

–No debes ruborizarte pues es tan mayúsculo lo que en tu interior se desvela, que en verdad pequeña se queda una al sentir la grandeza de tu amor.

Volví a alzar la vista pero allí nadie había, tan solo quedaba la resonancia que el eco podía brindar de esa que era su hermosa voz.

No sé, pero ahora me sentía mucho mejor para afrontar lo que en el interior de las estancias reales me esperase, pues a todo esto todavía me hallaba enfrente de la puerta. Me fijé un poco más en ella y pude observar que a uno de los lados había un espléndido cordón de plata y, por supuesto, acto seguido tiré de él. Miré de donde provenía y pude ver que salía de la

boca de un pequeño ángel, o eso es lo que a mí me parecía, de la cabeza caían mechones rubios que más bien parecían estar cubiertos de auténticos rayos de sol.

No sé quien lo decidió, pero el susto que me dio fue considerable cuando, sin dar ninguna señal de lo que pasaba, las dos puertas se abrieron de par en par con un estruendoso sonido de chirridos y otros estridentes ruidos. . Como siempre en este lugar, en el instante en el que me hallaba afectado por el susto que la puerta me había dado, llegó a mí una especie de susurro en medio del silencio. En esa quietud, si se alzase la voz más de un susurro parecería lo que realmente no es. Tal vez por eso su majestad se presenta de esta forma, aunque todavía no sé si ese sonido estaba en mi interior o eran mis oídos los que me indicaban que tal ser se acercaba al lugar en el que yo me hallaba. La reinase presento con estas palabras:

−Pasa mi bienquerido viajero, entra y ponte lo más cómodo posible, dale a tu cuerpo lo que te pida, bebe si tienes sed, y si es que la gula tentase tu cuerpo, refrénate antes de comenzar a comer, pues de no ser así acabaras pagándolo muy caro. Pero ante todo, no te quedes ahí en ese umbral, pues en ese lugar no sabes qué te puede esperar, ese es el sitio de los indecisos, y es por ello que no debes demorarte en él.

Y así fue como entré en ese salón no cuando yo quería y sí cuando menos lo creía. No pienso describiros ese lugar, pues esta es una estancia en la que es mejor que os deje divagar por aquello que vuestro ser sea capaz de dar a vuestra imaginación. Pero una cosa sí os voy a decir, en el momento en el que creáis que ya tenéis en vuestra mente cómo esta lugar podía ser, lo que debéis hacer es multiplicarlo por un ciento más de belleza exorbitante y puede que así os acerquéis un poco. Había cientos de pequeñas esquinas formando cada una un diminuto salón con una atmósfera propia. Te digo esto para que sepas que no se trataba de la sala de grandiosos espacios vacíos, aquí todo espacio estaba concebido para ser ocupado.

Bueno, el caso es que me adentré en ese lugar y me dirigí allí donde mi ser había elegido reposar su cuerpo. En este gracioso espacio había una agradable chimenea, donde el fuego festejaba el sentirse seguro para él y los que allí se hallaban. El crepitar y el salto de alguna brasa al exterior

de la chimenea, como buscando siempre nuevos horizontes en los que extender su dominio, daban motivos para entender lo que acabo de apuntar. Alrededor de esa hermosa chimenea unos butacones te pedían a gritos que te sentases allí de inmediato, poseían un ancho respaldo para tu completa comodidad.

En medio de ellos siempre se podía ver uno, un poco más alto, que lucía en lo alto del respaldo una amplia corona. Esto decía sin palabras a quién pertenecía y quién se debía sentar en ese lugar. En el frente y encima de una mesa se hallaban cuatro copas, en cada una de ellas se encontraba un elemento.

−Dime mi bien querido buscador ¿Qué tal vuestro prolongado descanso?

−Muy educativo y tranquilo, muchas gracias por vuestra preocupación.

Fue en ese instante cuando ella apareció frente a mí, la verdad es que no sé de donde salió y ni tan siquiera quiero saberlo.

Sin más se sentó en su butacón, puesto que estaba claro que era de ella y de nadie más, y habló:

−Decidme caballero de triste pensamiento, héroe de toda divagación.

¿Habéis acordado algo ya?

−Así es, pero decidme, ¿Es que no lo sabe vuestra merced ya?

−Aquello que yo sepa o no, creo que depende tan solo de mí, y ahora si sois tan amable contestadme a mi cuestión.

Como ya es un referente en mi persona y cada vez que meto la pata me sucede, los colores se habían encargado de incendiar mis mejillas, y como una mala costumbre, me hallaba con los ojos en la única dirección que podía, o sea mirando el suelo. Acto seguido contesté sin demora a aquello que se me preguntaba.

−Me voy en un par de días, pero si su majestad quisiera, decidme ¿Por qué es tan importante el que yo tomase esta decisión?

−Para ti tú eres lo más importante, y asimismo también lo eres para nosotros. Seguro que ya has notado que nosotros formamos parte de ti, como tú de nosotros.

–Espera, espera. Eso es algo que debe digerirse despacio para que no te agote. Entiendo perfectamente que yo sea lo más importante para mí, pero el que lo sea también para vosotros…

–Eso es algo tan claro como el día que nace sin ningún nubarrón que la oscurezca. Nosotros ya formamos parte de ti por tus vivencias y recuerdos, ellos irán a donde tú vayas y serán lo que tú finalmente seas, serán ellos los que ayuden a formar y moldear tu ser. De la misma manera para nosotros ya formas parte de este lugar y de todo aquel que lo habita. Y siempre te llevaremos en el corazón vayas donde tus pasos te lleven, allí estaremos contigo y tú con nosotros.

Debes recordar que no hace mucho tú tan solo eras un ente vacío, y ahora comienzas a llenarte gracias, de vivencias y recuerdos. Ya una vez recibiste las semillas del saber y la comprensión, optaste por salir inmediatamente del lugar en el que te encontrabas. Así elegiste una nueva fuente de conocimiento.

Y gracias a todo aquello que hasta ahora te ha ido ocurriendo te vas convirtiendo en ti mismo. Siendo como eres cada día más consciente de tu persona.

Y nosotros tenemos parte de culpa en ello, pues de aquí y para siempre habitaremos en tus vivencias y también en tus recuerdos, que espero nunca se borren. ¿Me comprendes ahora?

–En parte, pues claro del todo no lo tengo.

–Mira mi amor, nosotros al ser parte de esos tus recuerdos, tenemos la obligación de que tus vivencias en este lugar te aporten un material muy constructivo sentimentalmente. De esta manera saldrás de aquí muy fortalecido y feliz, la seguridad interna que albergaras será mucho mayor de lo que puedas ni tan siquiera imaginar.

–Lo que en realidad no llego a comprender, es cómo siendo tan delicada como una florecilla, podéis albergar todo un jardín en el interior. Conseguís comprender un mundo sumamente complicado como lo es el mundo interno. Ya es complicado en su exterior, yo nunca podría.

–Eso es algo que tú no puedes asegurar, pues de momento no has vivido lo suficiente como para que así fuese. Debes saber mi bienquerido, como ya se te ha aclarado en varias circunstancias, que en lo que interiormente

se siente en el exterior se manifiesta. Y casi siempre debes de observar a la persona a la que pretendas estudiar. Tu deber es comprender que si se trata de un ser sencillo es seguro que deberías de hablar sobre sus vivencias, pues la mayoría de las veces, son las culpables de cómo actúa. Y ya que hemos tocado el tema de las vivencias, por qué no me cuentas mi bienquerido las que tú te llevas de este lugar. Cuéntame también lo que en ti producen y qué tipo de sentimientos exhalan cada una de ellas.

Creo que deberías empezar por el principio, el porqué de tu propia traición contra tu persona, Suena redundante pero es así. ¿O no?

–Bueno tanto como traición, yo en realidad nada sabía, y sí sabía que no tenía que haber mirado, pero la duda es tan maliciosa. Si me traicioné a mí mismo y a todo aquel que en mí puso su confianza pensando que eso no se produciría. Era la única regla impuesta, yo creo que si se me hubiesen impuesto varias normas no las hubiese saltado; pero fue una, una tan solo, y me resultaba tan fácil infringirla. Solo una miradita pensaba, imbécil de mí. Con esa miradita una horripilante cadena de maldad puse en movimiento. Y así mucho antes de que yo pudiese posar mi vista en lo que allí abajo sucedía, ya lo había preparado en mi interior, representándolo en el exterior como una aparente realidad, que no tenía nada de aparente para mí. Y menuda situación la que allí se planteaba.

Aquello, ni en las peores pesadillas en las que Goya se hubiese visto envuelto y plasmado en sus mágicas pinturas.

–¿Quién o qué es ese Goya?

–Pues en realidad no estoy muy seguro, pero diría que se trata de un buen pintor que al igual que a mí, la vida le puso muchas pruebas, pero no podría decir...

–Bueno, está bien dejaremos a ese tu amigo por el momento. Dime desde tu corazón ¿Por qué te saltaste realmente esa regla?

–Ahora y con mi conciencia tranquila debo decir que si la duda tuvo que ver en lo sucedido, no fue la mayor de las culpables. Creo realmente que fue mi ego junto por la peor de las consejeras, la codicia. Esas dos lograron concienciar a mi ser de que nada me iba a pasar por una pequeña miradita, quién me lo iba a prohibir si ya me había puesto a la altura de un dios. Que

horrible me suena todo esto ahora. Justo antes de que mi vista alcanzase lo que allí podía haber, el miedo y todos sus aliados se encargaron del resto. Debo de aclarar que justo antes de mirar mi sentimiento era de exaltación y duda, mezclado con una pizca de prepotencia. La unión de éstos fue un gran caldo de cultivo para proporcionarme la mayor de las pesadillas a las que cualquier ser se pueda enfrentar. Así fue como tuve que hacer el mayor de los esfuerzos que un ser haya producido por propia voluntad.

−Creo que está muy bien, pues compruebo que ya la duda no habita en tu persona. Todos tus monstruos han sido superados y derrotados también. Asimismo el guardián de las puertas se encuentra muy satisfecho. Y es por esto que proclamo que tu libertad ya tan solo te pertenece a ti y a tu conciencia. Llega el momento de tu contestación a los cuatro vientos, a las fraguas que arden sin que nunca encuentren extinción, a las raíces que en la oscuridad de nuestra madre penetran y al fluir de toda vida en el cuerpo del líquido elemento. ¿Te vas y nos dejas, o te quedas y compartes tu existencia?

−¡Me voy! Pero en mi interior arde la culpa y debo pedir humildemente mil perdones a su majestad. Pues he tenido la actitud de un gran necio, y como el peor de los patanes que pueblan el mundo, pido que se me disculpe.

Miré al suelo, pues al ver la realidad como verdaderamente era me parecía tan hermosa que no podía más que horrorizarme por aquello que había creado.

Yo mismo entre pensamiento y pensamiento traicioné a la verdad, pues no pude aguantar...

−Y después de todo mi majestad he tenido la mala fe de llamaros mentirosa y lo que se mas, os he culpado de los peores suplicios y las mas espantosas de las muertes a miles de pequeños inocentes. Os he acusado incluso de mover montañas.

No podía seguir, pues cada vez me sentía mucho… es más diría que totalmente culpable. Eso no era lo peor, lo peor era que no era un sentimiento sino totalmente cierto. Bajé la vista hasta pegarla al suelo. El mayor de los silencios se produjo, tan solo el sonido de las gotas al impactar contra el

suelo lo rompía. Esas gotas salían de mis ojos y a cientos se precipitaban, mis lágrimas hicieron que fuese imposible el seguir con la conversación.

–Es tu deber el seguir si es que quieres hacerlo, pero yo te pido que pares pues estás prodigando mucho dolor a tu persona, y puede que la reacción que desemboque en ti no sea la más propicia.

–Como su buena majestad dice, es mi deber y por eso tengo que seguir. Como ya he asegurado antes, el culpable de todo es este vil personaje que enfrente tenéis. Yo no me creo merecedor de lo que aquí verdaderamente reina, que no es otra cosa que el más puro de los sentimientos, el amor. Tan sencillo y tan complicado, tan grandioso y tan simple. Pero en realidad su más alto grado de pureza es aquí en donde se puede hallar. En este lugar todo es extremadamente hermoso y bello, y todo evoca al más noble de los sentimientos.

En este lugar no podrían habitar seres tan perversos, tan maliciosos y tan horripilantes, como yo, que he creado el dolor y la muerte.

–Calla ahora, debes mirar en mi interior, y de esta manera has de contemplar una de las realidades que la vida nos oferta, pues a veces la mayor de las bellezas puede resultar traidora. Es seguro que aquello que tú observes ahora habite en la mayoría de los seres, pero como es en el interior no todos se paran a verlo. Seguro que en el tuyo también, pero en este instante lo verás en el mío.

Y sin más dilación, su majestad sin mediar palabra tiró de cada una de las partes que su vestido componía, abriéndolo de par en par.

Mayúscula fue mi sorpresa al contemplar que en ese lugar habitaba una anciana, su piel muy arrugada contemplaba los muchos años pasados, pero su rostro aún hermoso y jovial hacia que tu atención se multiplicase. Hablaba dulcemente y unos sabios consejos transmitía a quien tuviese oídos para poder escucharla. Se trataba de una dama antigua que propinaba dulces caricias. En un breve momento en el que me miraba con una gran

intensidad a los ojos, contemplé como su rostro se comenzaba a difuminar y ya tan solo quedaban esos grises ojos que indagaban en el interior de mi ser. Cuando salí de esa extraña contemplación pude darme cuenta. Ahora ya no miraba el rostro de una anciana ni sus ojos tampoco. En este instante frente

a mí se hallaba una dulce niña, era ella la que me estaba observando con esa simpática mirada del niño que todo lo quiere ver. En mi interior comencé a sentir un montón de emociones puras, la pasión, la bondad e incluso un amor que yo ya había olvidado. Era el sentir de cualquier niño, era la forma de sentimiento puro en extremo. Estaba embelesado con las emociones de esa pequeña, y con los ojos de esa anciana que buenos consejos daba. Sin saber bien qué es lo que estaba ocurriendo, fue no sé como el que asiste a un parto pues la unión de esos dos seres dieron paso a un tercero, éste era su majestad. Con su hermosura era el auténtico resultado de la unión de dos grandes almas, en ella se había concentrado todo lo mejor de ambas. Y así de repente sin saber bien qué es lo que había ocurrido, caí hacia atrás como si hubiese sido expulsado por un fuerte empujón.

–¿Qué es lo que ha sucedido, cómo ha...?

–Calla, calla mi bienquerido y guárdate muy en tus adentros aquello que has podido ver, y aún más aquello que has podido comprender. Espero humildemente que esto ayude en tu comprensión, así caminarás más seguro por tu camino.

También quiero que sepas que tu habitación solo es para ti, y te aguardará siempre. Para cuando regreses ella se encontrara feliz de ello, pues eres tú quien le da la vida. También por eso te digo, disfruta de ella pero déjala lo más arreglada que puedas, de esa forma cuando vengas la encontrarás a tu gusto.

La miré de nuevo a los ojos y era tal la fuerza que de ellos exhalaba que no pude hacer otra cosa que bajar la cabeza. En ese instante escuché una dulce y leve risilla que en ninguno de los casos podría hacerme pensar nada negativo, después de la risilla como un susurro unas palabras llegaron a mí.

–Debes pensar en mí cuando nada más te quede, y ahí estaré.

Esa fue la última vez que vi a su majestad en palacio, y estas fueron sus últimas palabras. “Aunque más adelante quien sabe”.

Allí quedé unas horas, o eso creo, sé que fue un gran momento. Salí de aquel lugar por una puerta interior la cual se encontraba un tanto velada. Paseé por un ancho pasillo donde bellas columnas trabajadas me decían que me fijase en ellas, cosa que en realidad sería imposible no hacerlo pues la belleza de sus trazos era todo un portento. Absorto o no, mi mirada se posó

en el final del corredor, donde se encontraba un banco y en él una persona a la espera. ¿De quién creéis que se trataba?

Por supuesto, allí se estaba mi bienquerido Oyam.

−Hola mi bienquerido, dime ¿Qué tal te ha sentado ese baño?

−Pues qué quieres que te diga, entré en ese lugar y exclamé a los cuatro vientos que tú y yo éramos como hermanos. Acto seguido me metí en el elemento. Estaba expectante mirando aquello que podría ocurrir, y tan solo unos pequeños remolinos y un glub, glub producidos por mi entrada en el agua, tan solo eso ocurrió.

−Debes seguir intentándolo, pero si quieres entablar una conversación con el elemento es mucho mejor que lo hagas desde fuera. Si alguna vez quieres penetrar en su cuerpo siempre pídele permiso. Ya me contarás.

−¡Oh estúpido de mí! Gracias te debo dar de nuevo mi bienquerido amigo, pierde cuidado de que por supuesto así lo haré. Y tú ¿Tienes algo que contarme? Claro está, si es que quieres hacerlo.

−Mi muy querido Oyam, en realidad no lo sé, cuando lo sepa te lo diré, ¿De acuerdo?

−Eso no debes preguntarlo, yo siempre estaré de acuerdo con las decisiones que afecten a tu persona, pues son tuyas y tan solo tuyas, yo tan solo quiero servirte un poco de desahogo. Bueno y ahora, ¿qué es lo que te apetece hacer?

−Creo que en mi interior algo está cambiando, y me dice que debo ir a mi cuarto. En realidad no sé bien por qué pero sé que es lo que ahora tengo que hacer. Ahí es donde yo me debo dirigir. Ese algo me dice que el orden que debo de llevar a cabo comienza en ese lugar.

−Dime ahora a qué cuarto es al que te estás refiriendo ¿aquel en el que tu cuerpo descansa y pasa un tiempo en la agradable compañía de sus sueños? O ¿A aquel que tienes encima de tus hombros?

Sonriendo proseguí mi camino hasta llegar a la puerta en la que, detrás de ella, se hallaba mi cuarto. Oyam parecía haber captado mi estado de ánimo que era enrevesado. No dijo una palabra más hasta haber llegado allí.

−Bueno mi bienquerido amigo, ya nos veremos.

−Si nada horrible me ocurre, da por seguro que así ha de ser.

De esta manera me giré, y sin volver a mirar a mi amigo, abrí la puerta y entré en mi cuarto cerrándola tras de mí. El portazo fue sonoro, pero no en demasía, creo en realidad que se habría podido oír a bastante distancia, aunque esa no fuese mi intención.

Cuando el silencio se produjo de nuevo y yo en medio de mi soledad me encontraba, miré alrededor de mi cuarto como si algo buscase. Miraba cada rincón, cada estrecho haz de luz que por un ventanal se colaba, cada mota de vida que en ese lugar se establecía como mía.

Mi mayúscula sorpresa se produjo al comenzar a darme cuenta de que allí se encontraban muchas cosas, que hasta ese momento ni tan siquiera existían para mí. Como el cuadro de flores que colgado a la cabecera de la cama, hacía de esta algo mucho más apetecible para el descanso. Como no tenía colores muy vistosos, o bien como era algo normal que allí se encontrase, no había ni tan siquiera mirado para él. En realidad era hermoso, rozaba bastante lo que se podría llamar realista, daba la impresión de que si me acercase a él podría llegar a oler la fragancia que estas producían. En otra de las esquinas se hallaba un mueble de muy hermoso talle, era eso que llaman jofaina, una especie de pileta para el aseo. Ahora ya no se utiliza, el mueble estaba todo labrado con distintos motivos florales que Se iban engarzando hasta llegar a un espejo muy pulido. En el lateral, había una especie de colgador que parecían dos lianas juntándose, era de lo más hermoso. Tenía muchos más detalles que ahora no voy a describir, pero lo que sí está claro es que era un muy bello mueble.

Y de esta manera podría describir cientos de cosas que en aquella habitación se encontraban, y que yo ni tan siquiera me paré a mirar para ellas; para mí ni tan siquiera existían. Si me hubiesen preguntado por ellas, yo diría que eso allí no se encontraba, y en el momento en el que me lo mostrasen diría que es un engaño, que ellos lo pusieron ahí. Pero cómo puedo ser así, cómo no observar un poco mejor todo aquello que me rodea. Pero creo que en mí una parte de mi cerebro sí sé que lo vio, aunque no sea consciente de ello. Por eso, si preguntasen primero dudaría, pero después como no he sido consciente, lo negaría y para mí no existiría. Lo que en realidad no quiere decir que sea así.

–¡Ah cuantas personas ignoradas por mi ineficacia y por mi incompetencia a la hora de observar! Todo por la falta de contemplación de aquello que me rodea.

De qué color era el traje del guardián, al que tanto debo agradecer y del que ni tan siquiera recuerdo su cara. Seguro que le cuesta mil trabajos dejarlo impecable, como para que llegue un inútil como yo y no tenga la deferencia ni de fijarse de qué color son sus ropas.

Eso es algo que debo tener muy en cuenta, y no volver a cometer una locura semejante. Quién soy yo para de esta manera despreciar su trabajo. Nadie tiene derecho a esta vil manera de desprecio.

Y de esta forma seguí maquinando y dando cuenta de lo cruel que había sido con mi proceder ante el trabajo de los demás. Cuantas circunstancias me habían pasado totalmente desapercibidas. Se escabulleron en las circunstancias de mi ser. Yo en realidad tenía plena conciencia de que era un niño comenzando a dar mis primeros pasos, pero era totalmente consciente de que no podía pararme, debía seguir andando y aprender. En ese devenir de las cosas ni tan siquiera eres consciente de la cuarta parte de la mitad, de aquello que delante de tus ojos está ocurriendo. Como niño que explora, así debemos ser continuamente, ¿No lo creéis así?

Y de esta manera entre elucubraciones y pensamientos me fui relajando y por fin pude descansar.

En esos dos días, los que dije que iba a durar mi estancia en ese lugar, pasaron muchas cosas pero podría decir que todas ellas pasaron demasiado rápido o eso es lo que a mí me pareció, cuando en realidad pretendía lo contrario.

Uno de esos días mi virgen volvió a dignarse a hacer acto de presencia, o más bien en un principio lo hizo su melódica voz, pero de todos modos yo creo que la voz por supuesto es siempre parte de la persona física.

–Hola, buenas noches tengas tu mi bienquerido.

–Hola, buenas sean también para ti mi bien amada. ¿Qué es aquello que te acerca a mis estancias?

En ese preciso instante su figura apareció ante el umbral, cuando alcé la vista, ¡era tan bella! La luz del atardecer le guardaba pleitesía a su belleza,

por ello trata siempre de envolverla con sus rayos de rojizo color, de esta forma su majestad era mucho más altiva y manifiesta. Pero la Vesta que a mí más me imponía era la que siempre llevaba consigo, pues era el amor el que mejor sabía envolverla y así plasmar lo que en realidad su persona suponía.

–Es mañana cuando nos dejas, o ¿Habéis cambiado de parecer?

Justo en el momento en el que me disponía a contestar a aquella bella personita, ella me dijo:

–Sí, yo ya lo sé, tu corazón se encuentra en pleno rugido por la pena que esto te produce. Pero sin embargo tu ser se encuentra loco de ganas por iniciar la partida, ¿No es así mi bien?

–Así es, y yo nunca habría podido expresarlo mejor que tú que generosamente así lo has efectuado. Realmente eso es lo que siento. Si tú me puedes leer el pensamiento, sabes que yo en este instante quiero hacerte una pregunta.

–Sí lo sé, y es por eso que no debes de pronunciarla pues...

–Es necesario que me dejes acabar, de esta manera me estimulo a poder llegar al final de lo que todavía no he comenzado. Yo mi bienquerida necesito abrazarte y besarte como a la madre que no he conocido.

–Acude a mi cuerpo entonces y hazlo así pues, pero has de fijarte muy bien en el estado de aquella que bajo tus brazos vas a coger, de ser tu amor hacia mi grande y sincero, has de saber que yo te amo, y este amor llegó a mí mucho antes de que tú lo hubieses hecho. Es por ese motivo que nos unen los lazos del más puro sentimiento, nada existe que pueda dañarlo y no creo que se pueda llegar a extinguir tampoco. Pues éste es un sentimiento que por siempre perdurará.

Es hora, ven a mí y abrázame, así podrás con tu abrazo demostrar todo el amor que tu corazón alberga. En ese instante, ni tan siquiera pensando un poco en esas palabras que del corazón le habían salido, me uní a ella en el más ardiente y profundo de los abrazos. Era tierna y fogosa la unión que se había establecido, producía miles de lágrimas que se entremezclaban como si hasta ellas no pudiesen existir sin esta alianza. Circulaban por nuestro rostro sin que nada ni nadie fuese quien de poderlas parar. La sonrisa que ambos expresábamos en nuestra parte de la anatomía por la cual tenía la

facultad de ser irrigada por la excelencia del más puro amor, era el éxtasis de la más tierna de las pasiones.

No, no quería separarme ni ahora ni nunca, pero lo extraño era que tenía la impresión de que ambos estuviésemos… como decir: Sí, era como si nos encontrásemos conectados, mi impresión me llevaba a que todo aquello que yo podía sentir automáticamente ella lo sentía igualmente. En honor a la verdad debo decir que ha sido el abrazo más tierno e increíble que yo o ser alguno haya podido tener.

La verdad es que nunca se podría comparar, pues es amor puro, que como indestructible que es te recuerda cada día que es en ti algo vivo, y que no tiene ninguna traza de que se pueda llegar a esfumar de tu interior. Yo amo ¿qué sería de mí sin amor? ¿Qué sería de la vida sin este sentimiento tan doloroso pero tan maravilloso?

Llegó el instante de poner fin a ese maravilloso momento, simplemente abrí mis brazos y me giré, no sé si por vergüenza o por no establecer un lazo más fuerte que la propia razón. De esta manera mi decisión fue el mandarla a donde nadie pueda encontrarla, y yo con ella. En ese instante decidí que debía volver a observar ese rostro, y comunicarle mi pensamiento. Ella ya no se hallaba allí. ¿Cómo se había ido, cómo lo pudo lograr?

No lo sé ni nunca lo sabré, me volví a girar hacia donde se hallaba mi cuarto, y a él me dirigí muy acongojado por un amor con el que no podía estar. Este que porta tanto sufrir, que lejos queda su más querida pasión. Entré y cerré la puerta tras de mí, en ese instante llamaron, el corazón se abrió pensando que era mi amada. Sin pensarlo me tiré hacia la puerta como si mi vida pendiese de que abriese. Pero por supuesto ella allí no se hallaba ¿Sabéis de quién se trataba? Pues quién iba a ser, el pesadito de Oyam. Su estado de ánimo era totalmente frenético y tan solo se le podía entender.

–Me ha hablado, sí, sí, me habló.

Nada más se le podía comprender.

–Anda inoportuno, pues eres el ser más inoportuno que yo haya podido conocer. Pasa y cuéntame tranquilamente lo que te ha sucedido para presentarte en este plan.

En el instante en el que Oyam se introdujo en mi habitación, y puedo con toda claridad decir que sí que es mi habitación, dijo:

−Ella. Ella me ha hablado, y me dijo ¡Hola! ¿Cómo te encuentras?

−¿Quién ha sido la que ha podido saludarte para que te encuentres en una situación como en la que te hayas?

−Ha sido el agua, el elemento en su total pureza se ha dignado a dirigirme su atención.

−Y ¿Tan solo eso te ha dicho mi viejo amigo, tan solo un saludo?

−Pero ¿Qué es lo que he hecho? ¡Ay loco de mí! Una vez que he logrado captar su atención y que me dirija unas palabras, yo me escapo corriendo. ¡Pero cómo puedo ser tan inútil, pero que loco puedo llegar a ser!

En ese instante lo tranquilicé, pues estaba viendo que si continuaba por ese camino no iba a acabar bien.

−Mira mi bienquerido, el elemento una vez se decide a hablar es casi seguro que volverá a efectuar un diálogo más provechoso contigo. Pues tú tienes mucho que ofrecer, y por si fuese poco él ya sabe de ti. Pero ahora quiero que sepas mi buen hermano que mañana parto, y es casi seguro que tardaremos en volver a encontramos.

−¡Ah inútil de mí! Es cierto, mañana te vas y nos dejas.

Y sin hacer gesto alguno, se precipitó a mis brazos profiriéndome un gran abrazo, que acompañó por un angustioso llanto, esa actitud que sin palabras tanto podían decir. Entre otras muchas parecía un gran grito que exhalara desde lo más profundo de su alma, pues le dolía en el interior el no poder decirme si conmigo partir o no. Pues como auténticos hermanos que éramos, los dos sufríamos por aquel que teníamos enfrente. Y era por esta razón que él se sentía obligado a partir conmigo, sin saber realmente qué decisión debía tomar. Tuve que quedarme abrazándolo un buen rato, hasta que logre que se tranquilizase.

−Tú, mi bienquerido hermano, tienes mucho que aprender en este lugar, como tú mismo has llegado a reconocerme. Y es por eso mismo que yo creo que la decisión más acertada sería la de quedarte en este lugar, en el cual tanto se te ofrece. Debes estar tranquilo, pues seguro que ambos llegaremos a encontramos más adelante, los caminos tienden siempre a volver a cruzarse.

Y cambiando de tema, amigo mío debes tratar bien al elemento, ya que de no hacerlo como se debe nunca podrás hallar más de él que una mojadura.

Oyam miró en derredor, y como antes había hecho, sin dar señas de aquello que pensaba, me dio un fortísimo abrazo y un sincero beso de amor. Acto seguido me abandonó presuroso. Seguro que más de uno de los que esto puedan leer pensarán equivocadamente, que entre dos seres del mismo sexo no puede haber amor y aunque a mí me gusten las mujeres. Yo siento un gran amor por ese que es mi bien

Amado. Aquel que es contrario a mi forma de entender el amor cuan equivocado se halla, pues éste es un sentimiento puro que puede nacer en cualquier ser vivo.

Después de esta sesión de emociones, me hallaba ya bastante exhausto, y tal y como estaba decidí acostarme encima de mi cama. Al momento un profundo sueño me asaltó en cuanto mi cabeza reposó en la almohada. No sé el tiempo que pude estar dormido, lo que s sé es que un intenso frío que me hacía temblar hasta los huesos que mi cuerpo poseía, me despertó. Intenté abrir los ojos, pero un chorro de fuerte luz no me permitía que los abriese de inmediato, poco a poco me di cuenta de que era el sol el que azotaba a mis pobres ojos.

–¿Qué es lo que está pasando?

Tenía prisa por abrir los ojos pero todavía no se me permitía. Con mucho esfuerzo lo fui logrando, y así acostumbrándome a esa luminosidad, que aunque tanto brillaba no calentaba lo suficiente, pude comenzar a atisbar en donde me hallaba.

Qué sorpresa, en un principio no me lo podía creer, pero luego la pena que mi corazón tenía me decía que sí, que aquello era cierto. Me encontraba con la espalda apoyada en una de las columnas que formaban la puerta de entrada, la que el guardián se ocupaba de controlar. Aquella en la que me había preguntado si entraba o no, aquella en la que esa persona me había guiado a la mayor de mis aventuras hasta ese momento. Allí se encontraba el viejo bosque que me decía que nada había cambiado, allí me encontraba yo con una cara entre estúpido y de horror. Seguro que aquel que me viese no sabría cómo reaccionar.

¿Pero yo? ¿Mi cama? ¿Dónde? ¿Cuándo?

En ese instante una voz resonó en mis oídos, era la voz de alguien al que había tenido la ocasión de conocer con anterioridad, era el guardián.

–¿Entras o sales?

Instantáneamente mi instinto hizo que mi mano se dirigiese al pecho y lo que me hacía temer por su falta allí se encontraba, *Axixlux* estaba muy dichoso de salir, él me lo agradecía con una maravillosa luz. En ese instante me eché a reír con un gran gozo que llenaba todos los huecos que en mi ser pudiese haber, y por supuesto contesté a la pregunta.

–Salgo, salgo, por supuesto que salgo.

–Hay algo que me dice que no lo has pasado muy bien ahí adentro.

–Si he de ser sincero me alegro muy mucho de encontrarme aquí, pero por otra parte también mi corazón se llena de una muy honda tristeza, pues hay hubo malos pero también muy buenos momentos.

En ese instante me quedé callado y me acordé de mi última enseñanza, esa gran verdad que decía que analizase y sobre todo fijase mi atención en todo.

En ese mismo instante me puse a observar al peculiar personaje que ante mí tenía. Su indumentaria me llamó mucho la atención, la prenda más significativa para mí era el chaleco. No sé, pero debía de ser de algún tipo de muy fina piel, brillaba con un lustre poco frecuente, y así le dije.

–Bonito chaleco creo y a mi entender digo, tiene que darte mucho trabajo el que lo mantengas con tanto brillo. Al instante a este rudo personaje se le subieron los colores, pero me contestó.

–Te estoy eternamente agradecido, y vuelve cuando así lo creas preciso, de esta manera podemos tratar la cuestión con más calma, así podré contarte la historia de cientos de valientes que por aquí han pasado, y su salida fue tan rápida que no podría ni decir bien como fue. De otros que llevando el horror marcado en su semblante negaban todo cuanto el miedo les profesaba en sus adentros. Me llama imperiosamente la atención que de repente llegue alguien como tú y eches todo lo que uno podía comprender como valentía por tierra. Pues tan débil te vi en un principio, que me dije "a este no me va a dar tiempo de regresar en su busca, pues es seguro que el vendrá corriendo".

Has de saber que muchos, o mejor dicho la gran mayoría, miran hacia abajo; una ínfima minoría son los que no lo hacen. Ahora ya por supuesto que bien sabes lo que suele ocurrir una vez que miras, es entonces cuando tu fantasía toma las riendas. Quiero que sepas que son muy pocos los que una vez que han mirado toman la decisión de bajar, pues en realidad casi todos salen huyendo antes de que yo los vaya a buscar. Estos salen tan presurosos que más tarde se pierden por el bosque y debo ir a buscarlos, pero en realidad esa es otra historia.

−Me siento muy orgulloso de haber compartido un pedacito de mi historia contigo, en mi historia todos poseen la misma importancia, pues cada paso me ha dado la oportunidad de llegar al siguiente.

−Muy agradecido me quedo, tan solo desearte que tu ser se vea realizado en la vida, con toda la suerte que te convenga tener.

En ese instante un aterrador grito nos obligó a mirar hacia el interior de la puerta, él me miro con una sincera sonrisa. Al momento desapareció en el interior de ese lugar, seguro que iba en busca de algún incauto que al igual que yo metió la pata hasta el fondo. Fijo que no se reprimió y miró donde no debía.

Está claro que eso no era problema mío, yo me sentía muy feliz por haber completado un vínculo de amistad con ese ser, que me dio la oportunidad de encontrarme inmerso en una extraordinaria aventura. Puso ante mí la aclaración final de mi error, ya que no había sido el único que lo había cometido. Sin saber bien el porqué, me encontraba muy a gusto al pensar en ello. También me parecía evidente que el portero ahora era mucho más amable. Eso fue en realidad debido a un simple gesto mío, o puede que en realidad él haya sido siempre igual de bondadoso y amable, y yo he sido el que no le ha dado pie para poder demostrarlo. Hay que pensar que el punto de valentía de muchas almas es totalmente diferente y el punto de amabilidad no todos lo tenemos en la misma medida, sea como sea, me siento muy satisfecho por todo ello.

De esta manera, el momento de la puesta en marcha llego de nuevo. Eché mano de mi mochila mucho más pesada que de costumbre, todo hay que decirlo, la acomodé en mi espalda y acto seguido alcé también mi zurrón, en

donde se hallaba el bienquerido elemento hermano. De esta guisa me puse en movimiento. En mi interior comenzó el típico e inestable hormigueo que produce la sensación de aquel que no sabe qué vendrá después, aunque algo me decía que lo que hasta este momento había vivido no era más que un pequeño comienzo, tan solo un muy pequeño comienzo. Aperitivo de lo que más tarde llegara a acontecerme. Ahora lo cierto es que me sentía mucho más dispuesto y con una fe mucho mayor de lo que ni siquiera me hubiese podido imaginar. Todas las enseñanzas adquiridas en ese castillo me habían aportado un crecimiento interno, del cual todavía no podía tan siquiera ni establecer sus dimensiones. Aunque era plenamente consciente de su existencia. De esta manera, la seguridad de mis pasos adquiría una plenitud mayor, gracias al entendimiento de todo aquello que hasta ese momento representaba un total desconocimiento en mí.

Mi caminar seguro se dirigía por una bien señalada senda en la que ni piedra ni vegetación se encontraban, y era maravilloso el saber que te puedes desplazar sin tener miedo a los tropezones.

Trascurrían los metros sin que nada más que la espesura de un hermoso bosque se manifestara, pero en realidad en todo él había una increíble manifestación de miles de diferentes especies que vivían allí. Es su existencia la que en este medio comenzaba y por él terminaba, pues este es refugio de toda vida, tan solo se te pide que respetes las naturales leyes que rigen cualquiera de los lugares. Esto es el microcosmos de la supervivencia, era el ejemplo de un mundo en completa armonía.

Pero aunque realmente yo quería pararme a mantener mi observación, sabía que no podía hacerlo, es increíble lo que se puede llegar a ver saber y comprender, en estos diminutos universos. Así, completamente feliz por lo que se me ofrecía y por lo que se me podía ocultar, me hallaba sumido entre meditaciones, cuando de pronto una voz, más bien decir una muy profunda voz, irrumpió en mis pabellones auditivos. En un principio, me quedé entre el sobresalto y la poca atención a lo que él decía, pues me quedé más con la sonoridad de su voz que con lo que me estaba comunicando. Aunque una vez salido del susto tan solo podía comprender una especie de aullido que me puso en guardia. Ese aullido se fue trasmutando en palabras

comprensibles, en ese instante impuse mi valor a lo que me parecía una amenaza. Alzando la voz lancé una pregunta.

–¿Quién es el que anda ahí, quién es el que aullando puede llegar a formular sus preguntas?

–Yo soy uno de los hermanos elementos, soy un transportador de toda pureza, soy uno de los primigenios.

Por supuesto mi rostro se contrajo en una muestra de asombro. Yo ya era conocedor de dos de ellos y era por supuesto que el tercero quiso hacer acto de presencia ante mi humilde persona.

–¿Eres el elemento aire, no es así?

Fue en ese instante que un silbido de tenue hermosura sonó disipando su sonido entre los árboles, era su forma de decir que sí.

Acto seguido, un sonido mucho más fuerte y ronco me volvió a decir.

–Tú que escuchas desde tu exterior, debes saber que también puedo hablar desde el interior. Pues es cierto que sin mí nada sería de vuestra asistencia. Has de saber que me siento un tanto ofendido, pues tú nunca has tenido el detalle de dirigirte a mí y he sido yo finalmente el que ha tenido que hacerlo. Creo que eso es una gran desconsideración hacia mí. ¿No lo crees tú así?

Pero justo en el instante en el que me proponía a darle una contestación mi zurrón comenzó a emitir un sonido, y de repente empezó a moverse fuertemente en mi espalda. Así que saque un cuenco que en mi mochila tenía y dejé que parte de esa agua que yo trasportaba llenase el recipiente. Según salía ya se le podía oír protestar.

–Tú eres el principal, que vanidoso te estás volviendo mi malacostumbrado hermanito.

–Debéis de esperar un momento, pues es preciso hacer las cosas como se deben.

Y así, acto seguido recogí unas pocas ramillas, muertas por supuesto, y di vida al fuego.

–¡¡Ssssí, dónde nos encontramos!?

–Calla pues es mejor no escucharte mal amigo, deberías explicarme tantas cosas…

Acto seguido me puse a juntar con las manos un montón de tierra y algunas piedras, para que le fuese más fácil el poder comunicarse. Así di por establecida la llamada al cuarto de los elementos.

No sé cómo reaccionaría, ya que con él tampoco había tenido comunicación, y por lo tanto no sé si quería o no ponerse en contacto con nosotros.

De repente un temblor de suelo provocó una grieta muy profunda, y mientras las piedras caían a su interior emitían sonidos.

–Ruu, grrrr. ¿Qué es lo que deseas? Aquel que se olvida de todo menos de nosotros. Grrrrrrr, me siento bien.

Pues es extraño que los cuatro hermanos nos hallemos juntos, grrrrrr sabemos por pura experiencia que unos somos contrarios a los otros, pero también nuestra existencia la debemos a la unión de los contrarios.

–Esta reunión ya tenía que haberse efectuado con antelación, en el momento en el que sin quererlo o queriendo, los dos elementos opuestos, el agua y el fuego, me fueron presentados. Lo siento, pero es me han sucedido tantas cosas. De corazón quisiera que recibieseis mis disculpas, pues como ya he dicho, el fuego y el agua están continuamente conmigo. Pero es sabido que el aire por mi persona se expande, por mis fosas nasales se escapa y en la vida establece como algo común, puesto que sin su aportación no sería posible. Qué decir de ti mi tierra, la que todo lo sustenta, sin ti nada existiría. Tú eres la que siendo tan inmensa, tienes el detalle de marcar el camino que este humilde individuo transita.

Pero después de esto, creo que vosotros me debéis una explicación.

¿Qué es lo que me está ocurriendo?

En ese instante, como si fuese un mar de burbujas producido por la unión del aire introducido en el agua, ambos preguntaron ¿A qué te refieres?

–Es sencillo, aunque me perturba bastante. Cuando me encontraba en las estancias del castillo, pude cerciorarme de que casi nadie de los que había conocido podía comunicarse con vosotros, o más bien esa fue mi conclusión.

–¡Ah, qué tiempos aquellos en los que ellos lo hacían habitualmente!

También éramos tratados como entes todopoderosos, nos traían ofrendas a unos templos exclusivos para nosotros, ¡Ah, que tiempos!

La pena llegó cuando aparecieron otras creencias.

–Hizo de nossotross loss olvidadoss, muchass eran lass distintas culturass que noss reverenciaban y con nossotross mantenían largass converssaciones.

En ese instante otro temblor y una nueva caída de piedras, la tierra tras este sonido nos dijo.

–Eran muchas las culturas las que nos entendían y nos comprendían, y la unión del saber que ellos ostentaban más lo que nosotros les podíamos ofrecer, nos volvía a ambos mucho más sabios, pues ellos estudiaban nuestra naturaleza y la llegaban a asimilar y comprender. A nosotros nos pasaba lo mismo con ellos.

Hasta que llegó el día en el que creer en lo más hermoso que les rodeaba no era suficiente.

En ese instante, el silbar del aire se volvió taciturno, y habló con esa extrema melancolía que lo envolvía.

–Así buscaron otro tipo de emblemas a los que no podían ni ver, ni oír, ni tocar, ni oler, ni nada que se precie. Eso les llamó tan profundamente la atención, que todo su tiempo fue empleado para aquello que no podían ni obtener ni saber. Y como lo que no se practica se olvida y el olvido hace mella en toda memoria, nosotros fuimos decayendo, hasta tan solo llegar a la utilización de nuestros cuerpos. Como quien usa unos zapatos sin darle ningún aprecio, obtienen lo que desean con nuestro esfuerzo, pero para ellos ya no somos importantes.

–Esa es una bella pero triste historia, aunque creo que no me vale como contestación a la pregunta efectuada. Creo que es una aclaración del por qué os dejaron de atender los seres humanos. Pero no aclara el porqué yo os puedo hablar.

Hubo un largo y molesto silencio, de repente el viento silbó generoso y su respuesta fue la siguiente.

–Nosotros realmente no lo podemos saber, es posible que la respuesta sea por la sencilla razón de haberte dirigido tú a nosotros. Pero eso es seguro, quizás algún día… quién sabe. Es por eso que debes seguir tu camino.

De repente todo se volvió calma, el aire no sopló más, el fuego se extinguió, la tierra cerró su grieta y el agua después de burbujear cual risilla complaciente, se volvió eso, tan solo agua. En ese instante opté por beberme el agua, y de repente el viento entornó una melodía de despedida. Mientras esto se producía la tierra comenzó a temblar bajo mis nalgas, esa vibración me hizo sentir estupendamente.

Terminé de recoger el cuenco y lo metí en la mochila; el camino esperaba para ser continuado, así que me puse en marcha.

Llevaba ahora un aprendizaje del que con anterioridad nada sabía, mi admiración por los elementos era mucho mayor en este instante. Pues me habían hecho partícipe de su dura caída, no creo que encuentre algún ser que sea tan sincero, como para que cuente su pena más profunda. Tal y como fue desarrollado, no creo que el hombre sea consciente del dolor que les hemos infringido y aquel que les hacemos diariamente.

Saber esto me llevaría a ser más cauto, y por supuesto también me hacía sentir alguien muy especial. Ensimismado en el pensamiento del hombre y los elementos, llegó la hora en la que mi cuerpo habló con voz propia, así un profundo crujir de tripas se produjo.

−¿Quién es aquel que osa rugir de esa manera en mis dominios?

En ese instante, y como si mis tripas tratasen de contestar ellas a esta pregunta, rugieron con más fuerza y ferocidad.

−¿¡Qué es esto!? ¿¡Es que pretendes desafiarme!?

Apreté mi tripa todo cuanto pude y me metí tras unos matorrales que se hallaban frente a mí. Escondido pude observar a aquel que se denominaba como dueño de ese bosque. Pero después de pasar unos instantes mirando en todas direcciones allí no se atisbaba a nadie. En ese lugar había varios caminos los cuales observaba, por si por alguno acabase apareciendo alguien. Pero no fue así, nada se podía ver que no fuesen árboles y maleza.

Entonces tomé la decisión de salir de los arbustos en los que me hallaba escondido. Total yo no tenía porque esconderme− Poco a poco salí de mi escondrijo mirando a todas partes para cerciorarme de que aquel ser que tan bruscamente me había amenazado allí no se hallaba. Tan solo bosque y más bosque se podía observar en todas direcciones, los árboles eran frondosos,

francamente muy hermosos. Pero como casi toda mi andanza en esta vida me ha demostrado que la ignorancia es la mayor de las cegueras, así a grito pelado me dije:

−Está bien, nada parece que haya aquí, pero qué o quién me habrá intimidado con esa fuerte voz que pareció provenir de aquella zona en particular.

En ese instante me giré hacia el lugar del cual la voz me pareció proceder. En el preciso instante en que mis piernas se disponían a moverse en tal dirección, ya no pude apenas moverme. El espacio ahora se había achicado, y unas fuertes ramas me impedían todo movimiento.

−¿Pero de dónde han salido estas malditas, ramas pues hace un momento aquí no se hallaban?

En ese instante pensé, "pero estúpido, saldrán del árbol del cual nacen". Así de inmediato y con mi mirada, seguí a lo largo de aquellas formas protuberantes hasta el lugar en el que se hallaban ubicadas, de esta manera pretendía saber a qué se debía mi encierro, pues en cuanto conociese el árbol al que pertenecían a él me dirigiría.

Mi vista se posó finalmente en el tronco de un árbol del que partían todas esas ramas, muchas otros estaba en la dirección adecuada. Estas ramas tenían una naturaleza tal que te hacían comprender que si ellas disponían de esta fortaleza, que seria entonces de aquel que las sustentaba. Por esto entendí que ese tronco con toda su envergadura se trataba de un ser grandioso. A primera vista no semejaba viejo, sino más bien antiguo. Quiero decir, que me parecía el primer árbol creado por la madre naturaleza, aquel que fue el primero en tomar la sustancia de la tierra donde yo me hallo. Era esplendoroso, pues los demás a su lado parecían simples hierbas. Has de saber mi amigo que no eran sencillas hierbas, pues aquí eran todos mayúsculos en envergadura, pero él superaba al resto con creces.

Hasta el sonido que este ser podía efectuar te dejaba completamente desorientado. Resonaba por todo su ser, y de esta manera llegaba de todos los lados, daba la impresión de envolverte.

El formidable ser dijo:

−¡Qué! ¿Eres tú el que emitía esos gruñidos, el que tan fuerte llegó a rugir?

No sé, pero yo creo que tú debes de provenir de una de esas especies que todavía se hallan en pleno desarrollo. Pues a mi entender todo aquel que corre a esconderse sin saber quien les está hablando, es seguro que tiene falta de un poco de valor. Por tan solo exponer algo, te pareces a esa rata que todos los días escapa de mí, ella solo a escondidas llega y comienza a roer mis raíces, debe pensar que mis sentidos no llegan ahí abajo. En cuanto efectúo un movimiento, ese pobre animal sale en una autentica espantada. De ella nada conozco, pero lo que sí sé es que jamás da la cara.

−Nunca me tuve por cobarde y ahora mucho menos, tan solo soy precavido, en ningún momento he intentado conscientemente molestarte, solo la famélica estancia que en mi estómago habita se encarga de recordármelo con los sonidos que hace un momento a tus oídos han llegado. Eso es algo de lo que puedo decir que es incontrolable, pues qué narices, yo tengo hambre. Es mi cuerpo el que tiene necesidad de alimento.

−Ge, ge, ge, perdona pero no es de ti de lo que yo me estoy riendo, aunque me resultas muy gracioso en realidad, pero paso a presentarme. Has de saber mi pequeño extraño que yo soy el rey de los árboles, el primigenio, el más anciano de los que en este bosque habita. Y este es el bosque más antiguo de todos los que puedan existir. Yo soy de una gran raza, pues soy un Olivo. He visto pasar muchas épocas que los de tu raza miden como siglos. He estado presente en multitud de diferentes hazañas que frente a mis raíces llegaron a desarrollarse.

En ese instante lo interrumpí.

−Dime viejo rey, ¿son comestibles esos frutos que de tus ramas cuelgan?

−En qué lugar yace la poca educación que los de tu raza tienen, te estoy advirtiendo que delante de ti tienes a todo un rey. Y que mi vida es más vieja que la vida misma y tu insignificante ser. Cuando tu vida hayas ya terminado, para mí tan solo habrá significado un pequeño suspiro. ¡Ah! Con todo lo que yo podría ofrecerte, tú tan solo te preocupas por mis frutos.

−¿Y qué es lo que quieres? Tengo mucha hambre.

−Quiero que como rey que soy cuanto menos me trates con el respeto que merezco, y por lo menos a mi entender me debes una reverencia.

Accedí a aquello que este grandioso ser me estaba pidiendo, así que enseguida y sin apartar la mirada de esa grandiosa fortaleza viviente, incliné mi tronco levemente e hice una ligera inclinación de cabeza. En ese mismo instante, la juguetona gema que de mi pescuezo colgaba optó por darse a conocer ella también, y de esta manera quedó colgando cual péndulo.

Una gran exclamación resonó por todo ese antiguo bosque. Seguidamente este ser exhaló una especie de ronquido tremendo que me hizo estremecer.

–Dime, ¿qué es lo que te ocurre, o majestad de todo vegetal?

–Tú, tú, ¿Tú conoces a la reina?

–Por supuesto, me quedé en ese su suntuoso palacio por un corto período de tiempo. Si fuese por mí... Pero no es posible.

–¿Y ella fue la encargada de regalarte esa gema que de tu pescuezo se haya colgando?

–Por supuesto o ¿Qué es lo que pretendéis insinuar? Yo soy una persona coherente que nunca le daría importancia a algo como esto, pero ella insistió.

–¿Has sido el encargado de hacer la elección de la gema?

–No, y como antes te he dicho, para mí no tiene importancia. Sólo puedo asegurarte que ella fue la encargada de elegirme a mí.

–Está claro que algo así debía de haber sido. ¿Y sabes por casualidad su nombre?

–Pues sí, en su mayor potencia y todo su refulgir se llama Axixlux.

Fue estremecedor lo que a continuación sucedió, pues una gran masa de resina comenzó a circular por el tronco, no hacía falta pensar mucho para darse cuenta de que este ser grandioso estaba llorando. Esa resina, sus lágrimas, eran al igual que en cualquier otro ser; cualquiera que se emocione sabrá que esas lágrimas caen siempre sin demasiado sentido. Lo que ahora estaba ocurriendo para mí no tenía ninguno.

–¿Qué es lo que te sucede, puedo ayudarte en algo?

–Por favor, debo pedirte un gran favor. Mira en la parte posterior de mi tronco, ahí podrás comprobar qué es lo que me está ocurriendo.

Así lo hice pero me costó, pues se tardaba bastante en poder rodear semejante mole. Una vez llegado al lugar que él me había señalado, encontré dos grandes raíces que en su medio formaban una gran oquedad.

–Por favor, no temas y mira en el interior.

Y así fue, primeramente asomé un poco la cabeza, pero poco a poco me introduje plenamente en el interior de ese extraño lugar. Era bastante estrecho en su entrada solamente. Una vez en el interior me podía poner de pie sin ningún problema. Era un lugar que nada tenía de agradable, pero yo allí me sentía muy a gusto y no podría decir por qué. Miré en el entorno, muy oscuro por cierto, por eso opté por sacar mi gema y que con su luz me ayudase a poder discernir mejor lo que allí se encontrase. Al instante, aquel lugar se volvió maravilloso, pues la tenue luz azulada de mi gema le daba un encanto extraordinario. Las pequeñas raíces que por doquier colgaban se adornaban con diminutas gotas de agua, que bajo el influjo de la luz que ahora las alumbraba se descomponían en otros colores. A su vez, le daban al lugar el esplendor de la luminosidad más esplendorosa. Giré emocionado, a mi derecha se encontraba una especie de piedra cristalizada. Expelía los rayos de luz que a ella llegaban, descomponiéndolos en colores más tenues. En medio de esta especie de roca se encontraba un agujero. Éste por casualidad o no, tenía el mismo tamaño que mi piedra. En ese instante el rey árbol habló y su voz resonó por todo su ser.

–¿Ves una piedra en la cual en su mitad se encuentra un agujero?

Pues es en ese lugar en el cual debes introducir a tu gema *Axixlux*.

La verdad es que en un principio tuve mis dudas, pero qué más da, si esta piedra algún bien podía causar no debía dudarlo ni tan siquiera un pequeño instante.

Y así fue, su encaje era perfecto, nada en ella sobraba, es más, tan solo sobresalía lo suficiente como para poder tocarla. En ese momento se produjo un pequeño estruendo, acto seguido toda la roca refulgía con un color entre azul y verde esmeralda. Ese color a cada segundo se volvía más y más intenso, hasta que llegó el momento en el que no pude mirar para ella. Todo el lugar ahora era como un sol verde azulado y yo me hallaba en el medio de él. Que intensidad y que claridad. Seguro que si me quedaba mucho más en medio de esa luz sería lo último que mis ojos verían. Apartando mi visión de esa especie de piedra, miré hacia lo alto y pude comprobar lo que antes con la tenue luz de mi gema no podía. Aquel ser se encontraba lleno de vida en su

interior, era una situación inimaginable, el poder comprobar cómo podía yacer allí más vida de la que fuera había visto. Estaba absorto de todo lo que no fuese la contemplación de ese lugar donde me encontraba. Hasta que comencé a sentir que mis pies estaban húmedos, así que bajé la vista y pude comprobar que mis pies se hallaban cubiertos de agua. Pero ¿de dónde podía salir el líquido elemento? Así que seguí el reguero y pude comprobar que venía de esa roca en la que había introducido mi gema. No, no venía de la roca, más bien era la roca la que se estaba licuando ¿Qué es lo que estaba ocurriendo? Me fijé en el líquido, y resulta que era de ese mismo verde azulado, refulgía con propia luz. El nivel seguía subiendo hasta que ya me llegaba a las rodillas. La situación empezaba a incomodarme, así que opté por salir de allí. Pero cuál fue mi sorpresa al darme de cuenta de que el líquido había reblandecido el terreno convirtiéndolo en barro. Era una masa que se hallaba más líquida que sólida. En ella no podía asirme, y por supuesto cuanta más fuerza hacía y más luchaba, más me hundía. Ya comenzaba a sentirme algo desesperado, un pequeño ataque de histeria asomaba por el horizonte de mi ser, pero ese era un estado de ánimo del que nada bueno podía sacar. Cuanto más histerismo asomaba, más intentaba asirme a lo que fuese, por supuesto en peor estado comenzaba a dejar ese espacio por el cual debía salir. Esto se asimilaba al que quiere hacer un agujero con la arena de la playa, por mucho que lo intentes, los granos de arena siempre acaban cayendo en el agujero de nuevo. De esta manera llegó el momento en el que sabía que no podía seguir luchando por salir. Así que primeramente opté por calmarme, una vez logrado llegó el momento de la resignación, pues pensé que en esa situación tan solo me quedaba esperar el final. Pero en ese instante brotó de mi interior un pensamiento que se fue fraguando en idea. En este me dirigí en primer lugar a mi reina, y acto seguido a mi querida y amada virgen. A ésta le mandé un gran pensamiento de amor, y a mi reina un agradecimiento total hacia su persona, pues ella me había ayudado más de lo que hubiese yo imaginado.

En ese instante un fuerte temblor me sacó de ese trance, cosa me indignó profundamente, pues también logró que mis pies se hundiesen más todavía. Aquello que hasta el momento era un espacio por el que podía respirar, s

había perdido. , En ese preciso momento, me encontraba en un lamentable estado. Sentía que estaba punto de perder el conocimiento, eso significaría el final de la historia de este viejo buscador. En el instante de pérdida total de todo, miré, como si de la última visión que fuese a tener se tratase. Como no quería despedir la vida en la oscura soledad, observé el lugar por el que había entrado. En ese instante pude ver lo que me pareció un brazo que me agarró, tiró fuertemente de mí, y me sacó de una muy difícil situación.

Al momento ya me hallaba en el exterior, ese lugar que tanto me había costado alcanzar. Después de expulsar todo aquello que había tragado, y recuperado de mi muy lamentable estado, llegó la pregunta.

–¿Quién me ha dado la gracia de la vida, salvando mi cuerpo de esa muerte segura?

En primer lugar lo que pude ver eran los pies de lo que me parecía una dama, eso era debido a que por tener que expulsar aquella porquería, yo me hallaba con mi cabeza mirando el suelo. Se trataba de unos delicados piececitos, los cuales seguí con mi vista ascendiendo por unas finas y bellas piernas, coronadas por un vestido de seda y tul blanco, jalonado por tiras de color rojo. En la cintura una ancha banda azulada la ceñía con mucha gracia, el zurcido que realzaba el pecho era totalmente espectacular. En el momento en el que llegue a verle el rostro, una inmensa alegría me produjo un inaudito repelús en mis entrañas. No creí que ella pudiese volver a mi lado, y menos en un momento como aquel que estaba pasando. Era su majestad, mi señora me acababa de salvar la vida. No sé, pero en ese instante toda hermosura existente en cualquiera de los universos conocidos no habría tenido la oportunidad siquiera de poder eclipsar el brillo de sus ojos.

Acto seguido me giré, y mirando muy fijamente el árbol con una mirada totalmente desafiante, le pregunte:

–¿Qué es lo que pretendías, querías matarme?

Pero antes de que nada respondas. Tengo que agradeceré enormemente a su majestad lo que ha hecho, pues es en realidad usted mi madre. Al igual que cualquier madre haría con su vástago, usted lo hace conmigo. Es la madre protectora, pues tú has venido lo más rauda que madre alguna podría llegar. ¡Ah! Ni tan siquiera imaginar poder hacer todo lo logrado, en

el momento en que te has dado de cuenta que tu hijo corría un peligro. Esto no es la primera vez que lo he sentido. Por eso gracias y mil veces gracias.

–Calla tú mi bien, pues lo tuyo tiene mucho más valor que nada de lo que yo haya podido efectuar. Por tu bondad casi te quedas sin tu propia existencia. Que más belleza podrías llegar a alcanzar. Tú puedes ocultar el esplendor de aquello que puede enamorarte.

–Por favor majestad, yo tan solo me tengo por un sencillo buscador.

–¿Ves? incluso la belleza que la modestia representa, es parte de ti también.

En ese instante se produjo algo que yo nunca lograría poder olvidar. Ella cogió mi rostro con esas impolutas manos que sin mucho esfuerzo me habían sacado del agujero. Con una dulzura extrema me besó. Entre el estremecimiento que me producía el contacto de sus manos, y el placer de sus candorosos labios posándose en los míos, me sentí desfallecer por momentos. No os penséis que este era un beso apasionado no, pues estamos hablando de su majestad. Este era un gran beso de amor, no como si dos enamorados se besasen. No, este era un beso de puro e intenso amor. Mis ojos, como si vida propia tuviesen, se cerraron sin remisión. Así estuvieron unos momentos, en el instante en que se volvieron a abrir allí mi majestad ya no estaba. Con ella, su dulce compañera a la que ni tan siquiera había podido decir nada, también se había apartado de ese lugar. Esto me dé una forma un tanto negativa, pues la tristeza quiso hacer acto de presencia. Mi cabeza comenzó a descender, y mi mirada pretendía buscar de nuevo la tierra. Pero en ese preciso instante *Axixlux* salió disparado colgándose de nuevo de mi pescuezo. Acto seguido, levanté la vista y pude comprobar que el lugar en el que casi pierdo la vida, era ahora una cavidad en la cual parecía haber agua luminosa. Se estaba solidificando hasta acabar por cubrir todo el espacio que quedaba, así daba por terminada la curación de ese ser que en tan grande apuro me había metido. En el momento en el que la más pequeña de las fisuras quedó cerrada, se escucho una exclamación de alivio que se pudo oír por todo el vasto bosque.

Ahora que ya me encontraba lo suficientemente restablecido, decidí pedir explicaciones a ese que se autodenominaba rey del bosque.

–Por qué ese que domina el bosque lo hace como majestad de la maldad, dime ¿Por qué no contestas a mis preguntas, por qué tienes la cara de ignorarme? Dime ¿Qué es lo que querías en realidad de mí?

¿¡Qué es lo que creías, que llegaría a convertirme en abono, y tragarme como alimento a través de esas pestilentes raíces!?

Pues está bien claro que aquí en realidad el que tenía un apetito como para ser tenido en cuenta era yo. Pero ya te lo había comentado. ¡Eres el mayor de los traicioneros que a mí hayan llegado!

De nuevo se produjo un tremendo temblor, todo el suelo se estremecía, pero ahora era quien de saber qué es lo que estaba ocurriendo, pues pude contemplar como el rey de los árboles estiraba todo su ser, alargaba sus raíces, hasta la más diminuta de las ramas que poseía. Con este estiramiento todas las hojas comenzaron a temblar también, era un espectáculo de lo más extraño.

–Uhm… no estoy acostumbrado a dar las gracias. Pero ha llegado el día de dar no una, sino más bien mil gracias, aquel que con riesgo de su propia vida me ha librado de un dolor tan viejo como el tiempo mismo. Pero antes de comenzar con las explicaciones permíteme un momento.

En ese instante realmente fue cuando me pude dar cuenta de su magnificencia como rey del bosque. Mi sorpresa creció grandiosamente, pues sin que yo hubiese observado nada en absoluto comenzaron a llegar hasta el lugar cientos de animales, los cuales después de una profunda reverencia le demostraban que él era el rey. Todos le prestaban pleitesía, y observando pude contemplar como los árboles inclinaban sus ramas en forma de reverencia.

Me daba toda la impresión de que me quería presentar al bosque y a todos los que en él habitan, para que me pudiese sentir de esta manera protegido en él, o más bien eso es lo que creo.

Estaba, como decir… iluminado con todo aquel universo que es un bosque en toda su extensión y representación.

En ese instante tomó de nuevo la palabra.

–Debes dirigirte a la parte delantera, en la que hemos tenido nuestro primer y desagradable encuentro.

Y en ese momento pude encontrar en ese lugar, como si de cientos de bandejas se tratasen, un montón de diferentes frutas, las cuales habían sido cedidas por todos los árboles que en ese maravilloso espacio se hallaban. Los habían dispuesto de tal manera que parecían estar esperando a que yo los devorase. Pero no me sentía bien puesto que me hallaba rodeado de cientos de los habitantes de ese esplendoroso lugar, de esa manera me giré y dije:

–Por favor, alguien de los aquí presentes me hace el favor de acompañarme.

En ese momento un fuerte murmullo regía en todo el lugar, estos se miraban los unos a los otros, muy furtivamente decidieron comenzar a acercarse, en ese mismo momento el gran rey habló.

–Creo que tienes toda la razón, puesto que todo resulta mucho más agradable en compañía.

En ese momento, los herbívoros desconfiados por su naturaleza, comenzaron su aproximación poco a poco. Estos tienen que estar siempre alerta, ya que su vida de continua persecución así lo demanda. Se observaban los unos a los otros, cualquier movimiento era estudiado, como diciendo si tú andas yo voy detrás. Por eso fui yo quien procedió a comenzar la comida, de esta manera unos tras otros comenzaron a implantar una confianza hasta ese momento extinta. Pasado unos momentos la cordial comida que anhelaba se estaba produciendo, y esto era todo un banquete. Aunque alguno como el lobo y todos sus hermanos carnívoros tan solo observaban babeando por todo el alimento que frente a sus fauces se hallaba distraído. El rey los miró y dijo:

–Vosotros como carnívoros, hoy aquí no sois bien recibidos si carne es lo que queréis. Yo creo que de vez en cuando un poco de fruta en vuestra dieta no os puede sentar mal. Contemplad a vuestro pariente el zorro, él se tiene que sustentar muy a menudo con este tipo de manjar.

En ese momento miré para él, se hallaba entre dos cervatillos y se le podía contemplar devorando con mucha ansia esa fruta que expuesta estaba para su deleite.

Así fue como alguno de esos amenazantes aunque majestuosos seres, comenzaron a dar unos tímidos pasos en dirección al lugar en el que nos

encontrábamos. Pero la gran mayoría se disponían en actitud de sumisión ante un lobo que ser el lobo alfa. Era el más altivo y poseía una mayor envergadura. Este era un ejemplar de lo más increíble, estaba muy claro que uno no quisiera tener que encontrárselo cara a cara en medio de la espesura. Era más grande y fuerte que dos hombres juntos. En él se percibía un aspecto señorial, que daba paso a una mirada penetrante y enigmática. Ésta, se te clavaba muy en el interior dejándote al momento desarmado y desnudo, su mirada una vez fijada en la profundidad de tus tripas, paralizaba todos tus músculos pasando así a ser una presa de fácil opción. En ese instante, con un giro de cabeza como el rey que no hace caso del plebeyo dijo:

–No tengo apetito, pero puede que más adelante, quien sabe. Tú humano, cuídate, pues soy el mejor cazador que existe, en el momento en que mi nariz comienza a perseguir un rastro tan solo le queda un final, el de la total desesperación que siente cuando se encuentra entre mis dientes. Debes saber que ya conozco y distingo perfectamente tu olor.

De repente la tierra rugió con una ferocidad de tal envergadura, que todos los allí presente lo único que podíamos hacer era observar lo que después vendría. Del suelo una fuerte y gran raíz surgió, la cual fue directamente a enroscarse en el costillar de lobo. Mucho antes de que yo intentase tan siquiera reaccionar, ya lo había elevado varios metros sobre el nivel en el que nos encontrábamos el resto de los allí reunidos. En ese momento, el lobo en brazos de esa tremenda mole tan solo parecía un pequeño cachorrillo.

–He dicho que este es mi invitado, al que hay que cuidar y ayudar siempre que lo precise. Seguro que él haría lo mismo contigo, es un ente natural al igual que tu.

–Grrr, grrr, conmigo no tiene nada que ver, para mí es una presa, pues ha sido a ti a quien ha ayudado, ¿Por qué he de cambiar mi trato ante él?

–Antes de que yo mismo sea quien te expulse de este lugar, quiero que sepas en lo que él te ha ayudado, dime lobo ¿tú donde vives?

–Qué tontería, yo aquí tengo mi hogar en este maravilloso bosque.

–Y dime lobo ¿Qué es lo que conforma el bosque?

–Pues muy sencillo, todo lo que en él tiene su existencia

–Sí, pero en realidad ¿Qué es lo que le da la existencia a un bosque?

–Eso es muy sencillo, los árboles son los creadores de los bosques.

–Entonces si este ser me salva la vida a mí que soy el principio y final de lo que representa tu hogar ¿No cabe en tu cabezota que también es a ti a quien está salvando?

En ese preciso instante soltó al lobo desde una cierta altura. Éste cayó al suelo con un ágil movimiento sin que la altura afectase a su caída, parecía más un felino que lo que en realidad era. Una vez en tierra bajó la cabeza, así cabizbajo tomó dirección de una pequeña elevación compuesta por piedras y tierra. En este punto del bosque una dulce hierba crecía, daba la impresión de que nunca había sido hallada y sin que me lo pudiese esperar comenzó a entonar su lastimero canto. Aullaba con una estremecedora dulzura, ese canto iba dirigido a todos los allí presentes. Era la auténtica réplica de un perdón que nunca antes se había pedido de una manera semejante. Así cuando ello creyó oportuno cesó ese profundo y estremecedor canto, el cual tanto llenó mi dolido espíritu. Nos miro con orgulloso porte, y sin más salió corriendo en dirección a la espesura del tupido bosque, en el cual tal vez puedas oírlo en alguna ocasión, pero observarlo es imposible si así lo quiere. Fue un momento increíble y muy hermoso. Para mí fue todo un revulsivo en el cual me pude dar cuenta de que ese grandioso ser no era tan solo rey. También en él se advierte una gran sabiduría de la que te hace partícipe rápidamente. Ese viejo rey del bosque es más de lo que pueda representar su quietud, que nunca es tal. De repente me sacó de esta especie de trance en que me hallaba imbuido.

–Burrum, yo en ningún momento quise hacerte daño, burrum, tan solo deberías haber salido con mucha más premura, burrum, pero puedo observar que muy a menudo te quedas ensimismado en tus pensamientos. De esa manera no eres capaz de darte cuenta de muchas cosas hasta que ya han ocurrido, y eso es un poco peligroso ¿No lo crees así?

–Tan solo te puedo decir que yo creo en aquello que veo, y si no lo veo, Cómo lo voy a creer, pues tan solo hasta haberlo visto nada puedo hacer para creerlo.

Y es por ese motivo por el que me he podido dar cuenta de cuan grandiosa es su majestad. Es mi deber pedir disculpas por tan irrespetuoso trato, he

sido un irresponsable. No sé qué es lo que me sucede, pero siempre me suele ocurrir con las castas de real alcurnia. Si es tan amable me podía contar qué fue lo que ahí abajo ha ocurrido.

−Es sencillo la falta de ese mineral, me hacía del todo imposible que yo pudiese acabar con esa maléfica roca que tanto daño me estaba ocasionando. Esto se debía a que por mucha presión que yo tratase de ejercer contra ella, siempre escapaba por esa especie de agujero. Si ahora fueses a observar el lugar por el que tanto sufrimiento has pasado, podrás ver como una fuente brota de mis raíces. Seguro que en cuanto algún mortal la pruebe, sus dolencias serán curadas. Muchos habrá que aquí vengan a mitigar sus dolencias. Y tú mi querido amigo has sido el artífice de esa ayuda que a estos seres tanta falta les hace. De esta manera, aunque de ti no se sepa, por siempre serás venturoso y agraciado por el bien de aquel que su curación logre.

−Nada de esto podía sospechar, este tipo de cuestiones que me estás planteando hacen que me sienta henchido en mi interior. Lo cual es un tanto peligroso, pues el ego es un sentimiento que debo aplacar en su totalidad, o por lo menos intentarlo. Él se crece con este tipo de alabanzas, y más aun viniendo de la boca de un rey, y no de un rey cualquiera sino del más viejo de todos los reyes.

−El problema es mi bienquerido viajero, en primer lugar que crees en muchas cosas que no ves, las cuales ni yo ni nadie te las va a descubrir o enumerar, todo está en ti y tan solo tú puedes. En segundo lugar, el ego es un sentir que en ti no logro apreciar, aunque tú seas quien lo mencione. Mira mi buen amigo, tienes que saber que éste que enfrente a ti se halla, nada más que un viejo es, y sí el más viejo, pero nada más.

−Su majestad debe perdonar, pero eso no es lo que este humilde servidor cree.

Y de esta manera entre cordiales risotadas y una abundante comida pasó el día, y otra vez el ocaso comenzaba a teñirlo todo con su roja majestuosidad, aunque seguidamente a todo extendería su velo de oscuridad.

−No sé, pero empiezo a quedarme frío, ¿no le apetecerá un pequeño fuego a su majestad?

–Ay mi bienquerido, debo admitir que a veces me pareces un verdadero ignorante. Deberías saber que a mí como vegetal el fuego nunca puede apetecerme.

Y acto seguido se echó a reír, en ese instante junto a sus ramas comenzó a formarse lo que se podría denominar como un lecho de hojas. Seguidamente agitó sus frondosas ramas y de ellas cayeron multitud de ramitas y secas hojas. Así di vida al fuego, pero no al elemento, tan solo a su cuerpo. El crepitar de las brasas que el fuego había formado hacían que me sintiese tan a gusto que me reía de felicidad. Acto seguido, su real majestad lo mismo hizo, o eso es lo que a mí me pareció.

–Bueno, hablando de todo un poco ¿Eso qué has formado es una especie de cama para mí?

–Así es, pero no está del todo preparada.

Y en el instante en el que esto terminó de decir, como si un temblor lo recorriera, hizo que un gran montón de hojas comenzara a precipitarse por el cielo. Caían al igual que si estuviese nevando.

Me tumbé encima, y la manta puse sobre mi cuerpo. Os puedo decir que mucho antes de que esa manta cayera sobre mi ser, yo ya me hallaba en el más dulce de los sueños.

Me levanté con el más bello despertar que cualquier ser humano pudiese soñar. Mi amanecer fue un cielo completamente rojo y un astro que relampagueaba con un sonido de brillante rojo sangre. Hacía que su sinfonía no pudiese ser descrita, tan solo observada. Ante tal despliegue de magnificencia, tan solo te quedaba el agachar tu cabeza como muestra del mayor de los respetos. Acto seguido, después de que el astro perdiera esa tonalidad para adquirir su color de costumbre, me estiré y miré a uno de los lados, pues un cuenco que allí se hallaba estaba lleno de leche.

–¿Qué tal esa noche, cómo han sido tus sueños?

–Todo ha sido descanso profundo, ni tan siquiera los sueños han querido perturbar tan placido descanso.

–Está muy bien, pero ahora debes beberte la leche, y una vez la hayas acabado acércate más a mí.

Y así fue lo que acto seguido efectué, en primer lugar me bebí esa leche de sabor fuerte. Era el sabor que una madre podía ofrecer a su hija. Ésta restituyo todo resquicio de sueño por una actividad digna del mayor de los caminantes. Una vez terminada me dirigí hacia el tronco de ese colosal rey que tanto me había ofrecido ya.

−Ahora no te muevas, pues esto no suelo compartirlo con nadie. Es algo que la madre natura me regala todas las mañanas, prepárate para recibir un baño de roció.

En ese instante el árbol, como mecido por un viento invisible pues yo no lo sentí, comenzó a moverse. Seguidamente parecía como si cayesen millones de aquellas piedras que la reina tenía en el lugar en el que se encontraba mi gema. Poco a poco iban mojando mi piel, que con el contacto se tersaba y su color mejoraba. Pero no era externo lo más importante que esta lluvia de gemas producía. Mi ser interno se irrigaba con muchos y variados estímulos, todos ellos me daban mucha fuerza y entereza para seguir adelante. Pero la melancolía y la más dura tristeza, apareció en el momento en que el amor hizo acto de presencia. Era tan mayúsculo el estímulo de unas sencillas vertidas con el más puro amor, que no puedo realmente expresarlo con eficiencia. Aquello que se podía llegar a sentir es casi inexpresable, y es por ello que sería mucho mejor vivirlo en primera persona.

En el momento de más intenso relax, el árbol dejó de temblar. Poco a poco, eso sí, pero yo decidí esperar hasta que la última de las gotas cayesen. En el momento en el que esto se produjo salí de ese lugar. No me sequé esa esplendida agua, pero sí procedí a vestirme. Una vez terminado venía lo peor. Después de conocer a un ser que como su majestad llegas a apreciar tanto, que cruel es despedirte de él.

−¡Ah mi bien amado buscador! En deuda quedaré por siempre contigo. Cómo pagar todo esto que a este ser has ofrecido.

−He de serte sincero, en un principio pensé en el miedo y en estar a punto de morir en ese nauseabundo lugar en el que me vi perdido. Eso no tiene precio, pero ahora sé que aquello que me has enseñado y lo que tú me has otorgado es más que suficiente.

−Debes tener muy en cuenta esto que te voy a decir. En el momento en el que te encuentres en apuros, ya sean cuales sean, golpea con fuerza tres veces la tierra y yo allí estaré en ese preciso instante. ¿De acuerdo?

−No sé, me podrías decir ¿cómo vas a hacer tal cosa?

−Ay mi querido amigo, debes de entender que las raíces de un rey llegan a cualquier parte. Antes de partir debes efectuar una prueba, de esta manera yo conoceré tu forma e intensidad de llamada, y por siempre ésta será reconocida por mí.

Sin pensarlo así lo hice, y justo al término del tercer golpe mi asombro se convirtió en mayúsculo. En un abrir y cerrar de ojos una gran raíz salió del suelo con un temblor y ruido lo suficientemente fuerte como para poner en alerta a cualquiera, y en huida a quien algún mal estuviese efectuando. Esta raíz enseguida volvió a meter su extremo en la tierra confeccionando así un hermoso arco en su exterior.

−¿Estás seguro de la amistad que sientes? Si es así y quieres afirmarlo, pasa por debajo de ese arco y el lazo que nos une será por siempre.

Así fue que sin pensarlo lo más mínimo, pasé por ese extraordinario arco, de este modo por siempre la unión con ese mundo que el bosque representa quedó sellada hasta el fin de mi existencia.

Puse mis pies en movimiento, no podía mirar atrás, nunca han sido buenas las separaciones para mi alma. Pero bueno, seguí mi camino con una excitación que por siempre arrastraría mi ser hacia el bosque. Al contemplar que la frontera de este universo que el bosque representa se comenzaba atisbar, aceleraba mis pasos. Pero todo llega, y por fin me hallaba en esa división, en la frontera invisible el universo que él representaba ya acababa aquí. Me paré, y sin pensarlo subí a una especie de roca que unida a otras hacía que una considerable altura te elevase por encima del nivel en el que con anterioridad te hallabas. Una vez en lo alto contemplé la fascinante visión que el bosque me ofrecía, Toda la gala de colores plasmada al natural sin que nada ni nadie tenga la oportunidad de inventarlos, pues todos están allí. Gire mi cuerpo al oeste, y allí se hallaba la frontera de este natural mundo. Detrás de esa frontera se encontraba una planicie, en la cual la alta hierba se observaba por doquier. Era una visión tan diferente y hermosa que

absorbía mi ser. Si esto sucede, por supuesto que es difícil que te cerciores de lo que alrededor está ocurriendo. Había varias figuras que en la linde del bosque se estaban moviendo.

Di media vuelta dejando a este magistral universo y todo lo que a mis sentidos ofrecía, bajé de dos saltos aquel peñasco. Proseguí mi camino, me encontraba exuberante en el amor y la pasión que el camino entraña, pues el caminante sabe a qué me estoy refiriendo. El placer que mi mente podía obsequiar al resto de mi cuerpo, al acordarse de mi amada, mi virgen, mi vida. Ay si ambos nos encontrásemos aquí en estos instantes, cuanto hubiésemos disfrutado. Pero bueno, lo que ha sido no es lo que es, lo que es será o lo que pueda ser, quién sabe, quizás se establezca como lo que es. Que refulgir de extrañas palabras a mí llegan, aunque de momento su comprensión no sea total, espero llegue un día en el que sí lo sea.

El paraje se había convertido en un valle, todo él de un verde que resaltaba la mitad del alma oculta. Éste se hallaba cortado por el curso de las aguas de un bravo río. Es del todo seguro que sería un buen amigo, pues las aguas nunca tienen nada de maldad. El valle estaba cual óleo pintado, donde multitud de florcillas silvestres alegraban la vista al que tenía la oportunidad de fijar su atención en tal lugar. Yo estaba muy atento de no

Pisarlas, y mucho menos dañarlas. Había también una gran variedad de árboles diferentes de aquellos que formaban el gran bosque, pues éstos daban frutos y no crecían en masa sino más bien desperdigados. Llamó sobremanera mi atención el contemplar que todos parecían maduros, ellos a su manera gritaban al que por allí pasara que probara de su sustancia. En algunos de esos lugares, la hierba estaba tan alta que podía subir más arriba de la cintura. Era una visión excelente la de aquel lugar en el cual me gustaría quedarme a vivir. Aquel era el paraíso de un buen pintor.

Levanté mi cabeza, y allí más adelante, debajo de un manzano pude atisbar varias figuras, una de ellas estaba acostada y la otra sentada sobre los cuartos traseros; había otra a la cual yo no veía. Seguro que en lo que las tres se fijaban era en lo que yo hacía. Quedé parado pensativo, pues al momento pude darme cuenta de que eran lobos o perros, aunque verdaderamente me

inclino por los primeros. Eran más grandes que los canidos, y aquel que se hallaba sentado tenía el mismo porte que el gran lobo.

¿¡Y qué voy a hacer ahora!? Resoplaba para mis adentros. Como si de un rayo se tratase llegó a mí la solución, puedo utilizar la protección que el Rey me ha ofrecido. Esperaba que él llegase hasta este lugar en el cual yo me encontraba. Así sin miedo dirigí mis pasos hacia el sitio en el que ellos se encontraban. A tan solo unos pasos comencé a percibir su fuerte olor. Podía distinguir a los tres, e inclusive pude darme cuenta de los colores que los colmaban. Uno de los que estaban acostados era marrón grisáceo, era la Reina; la otra figura acostada a su lado era su hijo, el cual ya poseía un gran porte y fortaleza, su color todavía no era definido pues su pelo todavía no era el de un adulto.

Aquel que se hallaba sentado, se trataba del Rey. Era un elemento grandioso, todo él blanco, ojos penetrantes como el gris de la Luna.

Decidí seguir mis pasos hacia delante y cuando llegué a su altura iba con mi cabeza gacha, pues algo me decía que no debía de elevarla, a unos dos metros me paré y sin elevar la cabeza dije:

−Buenas tardes tenga usted maese lobo y compañía, claro está.

Él, sin quitar su vista de mi ser levantó las belfas enseñando sus blancos y temidos dientes, soltando un fuerte gruñido.

Sin más, el hijo y la madre se levantaron y marcharon. Él giró en redondo y seguidamente con un ágil movimiento saltó y se plantó delante de mí ser. Era increíble la grandiosidad y la fuerza que desprendía. Sus potentes patas hacían que pensases en las miles de terminaciones nerviosas que poseían. A cada paso creando esos círculos amenazadores, te hacía presenciar la potencia que irradiaba, hacía que lo vieses mucho más imponente, y a mí me creaba mucha más impotencia. Tanto para poder escapar como para luchar, su cabeza era más grande todavía que la mía, su hocico, en el cual asomaban los blancos y afilados dientes más grandes de los que yo hubiese querido ni imaginar, y su mirada, ¡ay su mirada! De la cual nunca puedes escapar, todo él era potencia. ¡Dios, que bello y grandioso me parecía!

−Hola mi amigo pues como el rey dijo eso serás para mi, siento lo....

Y antes de que hubiese podido terminar mi frase un muy fuerte rugido hizo que callase de inmediato. De repente, y sin previo aviso que pudiese justificar lo que sucedió, volvió a dar un gran salto y sin mucho esfuerzo lo tenía en pleno delante de mis ojos. Esta vez se quedó a tan solo un palmo de mi persona. Podía incluso sentir el cálido y fuerte olor que desprendía su aliento, que se escapaba entre esos grandes dientes. En aquel instante creí que mi final se había presentado, allí y en ese momento. La idea de golpear fuertemente el suelo pasó imponentemente por mi cabeza. Pero justo en el preciso instante en el que lo había decidido me paré, lo miré y pude observar que en su rostro no existía expresión de maldad sino que más bien se parecía a la de un perro que en el momento en el cual sabe que algo malo a hecho, baja las orejas y su mirada adquiere la ternura de un inocente cachorrillo, con esas orejas plegadas y ojos que resplandecían en misericordia.

−No eres tú el que debe sentirlo, soy yo el que te pide disculpas sinceramente. Mi comportamiento ha sido impulsivo, mi estado como rey me lleva a ese tipo de comportamiento. Pero yo solo soy rey de los de mi especie y así debe ser. Esto ha creado un halo de total orgullo en mí, y ya se sabe, este es un sentimiento que ciega a aquel del cual toma posesión. Por lo tanto no pude darme cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, como te he dicho yo soy grande entre los míos, quizás el más grande. Pero llegué a creerme el máximo en esplendor no solo de los míos, sino de todas las especies más bien. Fue debido a esto el que no quise oír al que por supuesto es el más grande de todos, pues él es el verdadero rey del bosque. A causa de esto ya sabes qué es lo que después ocurrió. Pero quiero que sepas que una buena lección dada a tiempo nos puede enseñar dónde se halla el camino perdido.

Fue por mi orgullo el que me distrajo lo suficiente como para que no me diese cuenta de lo que estaba sucediendo. Ese miserable dio pie a que acabase por perder mi razón acabase y me enfrentase a quien todo debo. Es por eso que me debo a mi obligación, que no es otra que pedirte que por favor me perdones.

En ese instante flexionó su pata delantera y bajó su cabeza mostrando así sus genitales y pescuezo. Cualquiera podía darse cuenta de que era su

vida la que me estaba ofreciendo. Era una completa posición de sumisión. Como si en mí se encontrase un resorte con abundantes y fuertes muelles, me puse en funcionamiento, y acto seguido me encontraba arrodillado frente a aquel majestuoso ser. Lo abracé y lo bese las veces que hizo falta. Sin que ninguno nada dijese nos miramos y procedimos a posicionarnos en nuestras posturas naturales, nos miramos y nada más se dijo, pues estaba todo más que dicho. Él orgulloso, por su porte nada más, echó a correr en la dirección que con anterioridad su esposa e hijo habían tomado. Al momento, de entre unos matojos salieron estas dos figuras que le esperaban, y todos juntos iniciaron la carrera. No sé a dónde pero sí sé que era un primor y un privilegio ver la carrera de tan extraordinarios seres. Un instante después desaparecieron entre la espesa hierba, era una dura y bella estampa lo que esa familia representaba.

No sé, pero este fue un encuentro que hizo que parte de mi ser sintiese un gran alivio. Llegue a ese río estrepitoso, no sé bien por qué pero decidí seguir el curso de esa juguetona corriente. Toda la mañana y parte de la tarde la pase caminando, tan solo paré para comer unas frutas reanudando después el camino. Claro está que ella siempre llega a mí en los momentos clave. Pues en ese instante, el sol rendía pleitesía a la noche, aunque le advertía con su rojo atardecer que muy pronto volvería a difuminar las sombras con las que la noche al mundo conforma. Ella bella para quien es digno de contemplar tal hermosura, desplazó la luz con un manto de hermosas estrellas, que como si de sonrisas efímeras se tratase titilaban para hacer más feliz tu observación.

Tranquilo y feliz traté de buscar un pequeño refugio para poder soltar mis sueños, y que ellos fuesen los encargados de vivir en las horas venideras. Pero cual sería ese lugar en el cual resguardar mi cuerpo, y poderme asir a los brazos del pleno descanso. En ese momento me fijé en un árbol que se encontraba un poco más adelante, en el margen del río. Una vez llegué hasta él, me pude cerciorar de que su gran tronco poseía una maravillosa oquedad. Era justamente lo que estaba buscando, en su interior se hallaban multitud de secas hojas. Me ajusté a aquel espacio. En realidad me resultó muy cómodo, pero algo extraño me ocurrió. Aunque muy difuminadas por

la distancia y la oscuridad pude ver a otras figuras que por el borde del río se desplazaban. Ahora era más cantidad la que podía ver. Decidí que lo que tenía que ser sería y así pasé a mi dulce y necesario sueño.

Aquella noche una multitud de variados sueños poblaron mi ser. Es como si hubiese estado viajando, pues estos sueños eran de una realidad tal, que así te lo hacían creer. Hubo un momento de tal agobio que mi ser tan solo quería salir de ese trance y despertar. Fue mi bienquerido elemento el encargado de sacarme de tal situación, pues comenzó a mover el zurrón, con lo que me golpeaba a mí también. Con tal movimiento consiguió que dejase el sueño muy atrás, abrí mis ojos y me desperecé. Lo primero que hice después fue abrir mi zurrón. El agua comenzó a darme señales con su normal gorgoteo, que poco a poco comenzó a convertirse en palabras comprensibles.

–Buenos mi bienquerido niño, mi bien amado buscador, ¿Cómo se haya tu ser en esta clara mañana?

–No muy bien podría decirse, pues mi noche no ha sido del todo un descanso como a mí me hubiese gustado, más bien todo lo contrario diría yo. Pero que mas da ahora, todo pasó y el astro rey en lo alto nos brinda su luz y calor. Un nuevo día, una nueva vida.

–Sí, así es, y lo que sé es que como el día de hoy no habrá nada que se le pueda parecer. Nunca podrás volver a vivir, ni tan siquiera a comparar algo semejante.

–¿Pero por qué me dices eso, qué es lo que hoy tiene que ocurrir?

–Porque hoy tu vida girará, todo cambiará para ti, y nada a partir de este día será igual, todo lo que tú conoces mudará.

–Nada comprendo de lo que dices ¿Qué es lo que pretendes explicarme?

–Da igual, ahora debes estrellarme contra tu cara y limpiarte así del sueño que esta noche tanto te ha atormentado.

La observé y como si sus ondas establecieran una sonrisa no lo quise pensar más, así que procedí a hacer lo que me había dicho. Según el elemento recorría mi rostro mejor me sentía, y los restos que el sueño me había dejado comenzaban a desvanecerse poco a poco.

–Bueno, ahora me comeré una frutita y a seguir mi camino.

–Y es así es como ha de ser, pues al final de este día has de elegir.

–¿A qué te refieres?

–Lo sabrás cuando el momento llegue, ni antes ni después.

–Está bien, si así ha de ser, que así sea.

Asentí con un gesto de mi cabeza, cerré mi zurrón y di por finalizada mi estadía en aquel ser que tan gratamente me había servido de lecho. Le agradecí haberme preparado tan venturoso colchón de hojas. Di media vuelta para proseguir por la dirección que el día anterior traía, y no pasó mucho tiempo cuando a mis fosas nasales llegó un aroma a fruta madura, que hacía sin poderlo remediar que toda mi boca se llenase de abundante saliva. Dirigí mis pasos a uno de esos árboles que esplendorosos me decían que cogiese los frutos que a mi estómago le hiciesen falta para poder saciar el hambre, que en esos momentos ya hacía mella en mí. Cogí varias de esas frutas agradeciendo haberme dado la oportunidad de que ese maravilloso manjar explosionase en mi paladar. Ellos me dieron sus bendiciones, pues yo haría que sus vástagos creciesen por todo lo ancho de aquel lugar.

Hecho esto me giré y volví a mi dirección inicial. En mi camino se iban cruzando una variedad de diferentes seres, pero en un momento dado y sin saber hoy muy bien el porqué, bajé la cabeza y en el suelo pude observar una gran hilera de hormigas, que en su mayoría iban muy cargadas de alimento para tener un invierno tranquilo. Ellas eran o no, conscientes del peligro que suponía, pero no importaba, pues de no ser así la colonia entera perecería. Y qué hubiese sido de una gran parte de ellas si no hubiese aprendido lo que en mi ser interno despertó el análisis de todo lo que me rodea. Pues él, al estar en una especie de alerta continua, te puede avisar de que algo no va bien y así estar todo tu ser atento. De este modo pude evitar el pisar a muchos de esos insectos que suficiente castigo tienen con la vida que llevan, o eso me parece a mí. Les podría llegar a causar una multitud de bajas, y debido a mi descuido tendrían que volver a su colonia sin alimento y con muchas muertes a sus espaldas. Fue entonces cuando rompí un pedazo de la fruta con la que me estaba alimentando y decidí dejárselo en medio de la hilera que formaban. En un principio el desconfiar y alejarse fue su primera acción, mandaron a una exploradora la cual muy

lentamente subió al alimento que le había dejado. Lo probó, acto seguido volvió por sus pasos al lugar en el que el resto esperaba, así de repente el resto se dirigió al banquete que allí las estaba aguardando. Por un tiempo no tenían que exponerse a más peligros, pues su búsqueda había terminado. Se las podía ver tan felices y mi sacrificio había sido tan insignificante… y pensar que un pequeño sacrificio como ese me había hecho tan feliz por todo lo que me había aportado. Ésta fue una de las claves para que mi camino se hiciese mucho más agradable y llevadero.

Pasó un espacio de tiempo después de mi entretenimiento y aprendizaje con las hormigas, cuando comencé a cerciorarme de que me seguían, pero decidí no darle importancia. En realidad me sentía muy bien y no estaba dispuesto a sacrificar lo bien que me encontraba por pequeñas e insignificantes dudas. Éstas en un tiempo atrás fueron las culpables de ser un temeroso del camino y lo que él podía significar. Y así, caminando y pensando llegó el mediodía. El astro rey allá en lo alto quemaba como si estuviese a mi lado, decidí que me retiraría un poco de mi senda y opté por un árbol que no muy lejos del lugar estaba; así me acerqué a él le dije:

–Buenas tardes tengas maese ser natural, tan solo de ti quiero un poco de esa sombra que produces, pues la sombra de un ser vivo como tú es la mejor a la que una persona como yo pueda optar así que con tu permiso.

El árbol se agitó y me dio la impresión de que se hallaba contento de que lo hubiese elegido a él. No quiso hablar, pues algunos árboles llevan tanto tiempo sin expresarse con palabras, que incluso pierden la noción de cómo se hacía. Con su agitación produjo una caída de pétalos y flores, lo que trajo tal fragancia que el hallarse allí era un espectáculo digno de ser vivido. En ese lugar me daba la impresión de que el tiempo trascurría muy despacio, pues aquí realmente carecía de todo sentido. Así como todo llega también llegó el momento en el que el olor era más sutil y el calor mucho menor también. Con dolor debía abandonar ese lugar en el que tan a gusto me encontraba. Di las gracias a aquel ser que tan agradablemente se portó conmigo. En ese preciso instante una especie de rugido se produjo. Creo que era su manera de darme las gracias. Pensé que el esfuerzo que había hecho era grandioso, y así se lo agradecí de nuevo.

Sin más continué camino, eso sí, inhalando y exhalando la multitud de diferentes fragancias las cuales ese lugar me brindaba. Ellas, queriendo o no, invadían todos mis sentidos. Así, totalmente distraído me encontró el atardecer, y el astro envolvió todo con sus tonos rojizos que según se expandían se volvían anaranjados. Era hermoso, pero sin saber el porqué, en una pequeña parte del cielo nacían unos negros nubarrones. Qué casualidad, era justamente en la misma dirección a la que yo me dirigía. Un tanto preocupado seguí mi camino y alzando la vista pude atisbar allá en el fondo una figura. Estaba seguro de que estaba a mi espera. Cuanto más me iba acercando a la figura, mucho más oscuro se volvía el cielo. Hasta que por fin llegó el momento en el que ella se hallaba a unos metros de donde yo me encontraba.

En ese preciso instante se desató la tormenta, Los azulados relámpagos seguidos del estruendoso sonido del trueno; una muy fuerte lluvia comenzó su precipitación. Me pareció extrañísimo, lo extraño no era que lloviese, lo extraordinario era que no se trataba de agua fría sino caliente. En el momento en el que un luminoso relámpago cruzó el cielo, el extraño personaje me hizo una seña con la mano para que me acercase al lugar en el que él se encontraba. Se trataba de un gesto amigo producido con la mano derecha, al que decidí hacer caso. En el momento en el que me encontraba a tan solo unos pasos de él, me pude dar cuenta de que ese personaje era un niño. Estaba totalmente desnudo, ya más cerca pude darme cuenta de que era el mismo que en el puente me había criticado, aquel que antes de la subida al castillo había estado conmigo. Estaba seguro que él, era yo mismo. En ese instante habló.

−Ya era hora de que llegases, pues ya es tiempo de tu partida.

Por supuesto no entendí nada en absoluto, y así fue que pregunte.

−¿Eres tú...?

Y antes de poder acabar la pregunta me contestó.

−Por supuesto que soy yo ¿Quién sino iba a ser?

Y seguidamente traté de adelantarme, pues me acuerdo de aquello que él me había trasmitido como lección. Me había reprendido diciéndome que no sabía donde ponía los pies, y así decidí preguntar.

–¿Qué haces...?

Pero en esta ocasión tampoco dejó que pudiese acabar mi frase o pregunta, pues mucho antes llegó su respuesta.

–Este es mi lugar natural, pero no lo es así en ti, ni tampoco en quien te rodea, fue por eso que avisé para que de esta manera no llamases la atención. Ese es el motivo por el que me has conocido. De cierto modo yo siempre estoy en ti, siempre contigo y siempre ignorado.

–¿Pero me vas a dejar hablar?

Para qué si ya no quedan preguntas que responder, y ahora voy a ser yo el que te haga tres preguntas.

Tomó aire para pronunciar esas preguntas, en ese instante yo pude pararme para echar una ojeada a mi alrededor. Así comencé a darme cuenta de lo que allí había. Ese valle tan maravilloso por el cual me había estado desplazando acababa allí. Pues a las espaldas de ese niño se encontraba un corte en la montaña, ésta daba término como si con un cuchillo la hubiese rebanado. La caída era totalmente vertical, a la derecha del niño el rápido río descendía entre las piedras, su canto se hacía audible en el transcurso pero en realidad llegaba un momento en que se perdía. Esto me dio a entender que era una caída sin final. Pues el elemento en su estado líquido, llegaba un momento en el que este desprendimiento lo convertía en polvo de agua o en vapor, como mejor te plazca. De esta forma el sonido acababa difuminándose en un susurro casi inaudible. Yo en realidad no sabía qué es lo que debía pensar, pues todo esto que comenzaba a suceder me estaba superando, y sin ni siquiera avisar el niño soltó su primera pregunta.

–¿Sabes ya a qué lugar es al que quieres ir?

–Por supuesto, eso lo sé desde un principio. Quiero ir a aquella montaña. Poder llegar a su cumbre más alta, la que da sombra a todas las que osaron nacer a su lado. Esa es de momento mi meta. Y ahora me toca hacer a mí una pregunta. ¿A qué es debido que solo en este punto la lluvia se precipite y en el resto no sea así?

–¡Ah ignorante! Si pones atención podrás llegar a darte cuenta de que esto nada tiene que ver con la lluvia, en el momento en el que te acercabas, todo era similar a una tormenta. Pero en el momento en que nuestros

cuerpos se hallan más cercanos todo cambió. O no te has percatado de que hay relámpagos de dolor pero no se oye el trueno que es su lamento, y eso es por fidelidad a ti. Para que con ello no te asustases más de lo que ya lo estás. Esto que encima te cae es un llanto, deberías saber ya que las gotas de lluvia son frías, pero estas que en este momento irrigan a toda tu persona son calientes, como tus propias lágrimas cuando desde el lagrimal salen al exterior, y por tu rostro caen sin poder hacer nada para que no suceda. Además si te hubieses parado a probar su sabor, te podrías dar cuenta de que al igual que las tuyas, éstas son saladas. Supongo que alguna vez en toda tu existencia habrás probado el sabor que las lágrimas tienen.

En ese instante callé un tanto ruborizado por mi falta de análisis, pues de haberlo hecho no me abría llevado este rapapolvo. Saqué con mucho cuidado mi lengua y así era, esa lluvia tenía el mismo sabor de mis lágrimas, que todo hay que decirlo derramadas abundantemente.

–Atento, pregunta ¿Qué es lo que estás dispuesto a sacrificar por llegar a ese lugar?

Me senté mascullando la posible respuesta al igual que una vaca lo hace con la hierba. Qué es lo que debía responder a esta tan extraña cuestión. Aunque creía no saberlo, realmente lo sabía desde un principio.

–Daría mi vida, que representa la experiencia del camino que a ella me lleva, pues eso en realidad es toda mi existencia.

–Pregunta ¿Qué es lo que tú pretendes con este interrogatorio?

–En primer lugar yo no pretendo nada y en segundo lugar lo único que queremos saber es si eres digno de llegar a tu final.

No comprendía nada de lo que allí ocurría, pero de lo que sí me pude cerciorar, es que se trataba de algo muy importante. No paraba el llanto que del cielo caía; por el niño se deslizaba el agua como si estuviese debajo de una cascada, pero me asombró el observar que no le causaba ningún efecto.

–Tercera pregunta. ¿Quién eres tú? Por favor piensa muy bien tu respuesta.

Sin saber bien por qué, me puse a temblar de pies a cabeza. Lo que me ocurría era tan solo por esa sencilla cuestión, pero cuanto más pensaba en lo que podía decir, más me liaba, así que me puse a analizar.

Puedo recordar una multitud de cosas que me han pasado, mi vida en ese agobiante lugar que fue el desierto, toda mi estancia en el reino, todos los seres que por mi vida han ido pasando, pero ¿Quién era yo?

Y qué decir ante tal pregunta, así pensando sin darme cuenta comencé a balbucear la respuesta.

−Realmente sé que soy un animal, pues de vegetal no tengo nada o mucho, pero mi inteligencia no abarca tanto. Pero tampoco soy como lobo un noble animal, el cual mantiene su reinado y es un esplendoroso rey para los suyos. Gracias a él nunca han sabido lo que es el hambre, y sus antepasados le han hecho grande...

En ese preciso momento llegó a mí un sueño que en el castillo había tenido, en el cual pude observar las calles y las gentes de ese mundo, algo en mi interior me decía que era a ese lugar al que yo pertenecía, pero ¿Quién era yo?

Y sin pensarlo de nuevo me puso en movimientos y mi boca habló.

−Estoy seguro de que pertenezco a la peor de todas las bestias que se mueven o están quietas en este mundo. Pues un día tuve una visión de lo que en realidad soy y de aquello que los de mi especie infringen a este planeta, y en realidad debo deciros que no es nada agradable.

Soy la especie que perdió la comunicación con los de su misma ralea inclusive. Yo soy parte de aquello que ni en mis peores pesadillas me quisiese imaginar, soy tan solo un ser humano, eso es lo que yo. Pero tan solo puedo decir, Yo soy Yo.

Poco a poco levanté la cabeza y ya no sé si era yo el que lloraba, o más bien tan solo era el cielo el que lo hacía. Fuese como fuese en realidad las lágrimas se precipitaban hacia un inexplorado vació. Así como caían mi cabeza cogió esa misma dirección descendente. Sin darme cuenta de lo que pasaba, el resto de mí siguió el descendente movimiento que la cabeza había efectuado. Caí fulminado. Por suerte lo hice sobre el suelo blando por el barro formado que recogió mis huesos. Sin saberlo, la posición era ahora la del suplicante. Pues fueron las rodillas las que se hincaron en el lodo. El cielo soltaba ahora el doble de esas lágrimas, el líquido elemento me cubría hasta la misma cintura, ahí era realmente consciente del género

al que pertenecía, y de todo lo que perdía perteneciendo a tales seres, que creían orgullosos ser los mejores. Sabía que incluso la libertad, el amor, la paz y el bien, son cosas ya olvidadas por esa especie a la cual pertenezco. En tal estado no me pude cerciorar de que aquellas figuras que con anterioridad había visto y que en mi camino seguían, ya estaban allí.

Inmediatamente, y al ver en el lamentable estado en que me encontraba, uno de ellos se abalanzo sobre mí. Me abrigó con un caluroso y profundo abrazo, éste una vez me tenía asido con fuerza tiró de mí hasta que consiguió ponerme en pie.

Yo sabía perfectamente de quién se trataba, pues ese personaje no solo tiró de mí físicamente sino que también lo hizo de mi alma.

Su séquito detrás de ella miraba asombrados aquello que ante sus ojos se estaba produciendo. Antes de nada giré mi cabeza en busca de ese ser, por si ella allí se hallaba. Cuán grande mi alegría cuan mi tristeza, pues allí no se encontraba.

De repente, y sin previo aviso, un fuerte chillido salió de la boca de ese niño. Esto hizo cuajar la atención de todo el que estaba allí

No sé cómo era posible que pudiese chillar así, Dios le guarde esa estupenda garganta. Creo que se pudo escuchar en todos los rincones de aquel lugar, ese mensaje tan sonoro que este pequeño expresó fue.

−El... Es... Digno de volver.

Me encontraba todo sucio y harapiento, pero en mi interior era mucho peor, pues aparte de sucio me sentía como el analfabeto que tiene que ir a una universidad a impartir clase. No me enteraba de nada de lo que allí estaba sucediendo. En ese momento se me ocurrió golpear fuertemente el suelo tres veces. En el preciso instante en el que el último de estos golpes terminó, un susurro en la tierra se escuchó, una especie de crujido y una gran raíz surgió a la luz. Con un estrépito de diferentes sonidos sonó como si dijese.

−Hola mi bienquerido ¿Qué es lo que ocurre?

−Hola, tan solo te he llamado porque tengo la certeza de que me voy, y por supuesto quería despedirme, y aprovechando que casi todos os halláis presentes deciros que sois lo mejor a lo que cualquier ser vivo puede optar. Por conoceros es por lo que me considero el ser más afortunado y rico del

Universo, pues sois mis amigos y os quiero a todos más de lo que nunca seré capaz de expresar.

–Tú, con tus palabras no lo puedes definir pero en realidad ya llevas rato haciéndolo. Pues tu vibración es tan elevada que se puede notar en kilómetros a la redonda. Es tal el sentimiento que tu ser es capaz de producir… Ahora has de saber que para nosotros eres un hijo y para el resto de los que en este mundo se hallan un hermano. Tú eres la especie que todavía no se conoce, la que no se puede nombrar, la que aunque aquí se encuentre todavía no ha nacido.

Esto dijo la reina mirándome con un orgullo tal que hizo que mi cabeza se elevase inundada por un gran sentimiento de puro amor.

–Tu mayor pesar es que eres un ser humano. Sí, así es, pero es necesario que sepas que nada tienes que ver con esos a los que son llamados hombres. Pues tus preocupaciones y tus acciones no se corresponden con lo que esos seres representan, es por eso que no debes confundirte. Tú no eres un hombre, tú eres un ser humano, y si dudas de mis palabras tan solo debes escucharte a ti mismo en la descripción que con anterioridad has hecho de estos seres. Si dices que eres igual que ellos es que estás mintiendo. La mentira no forma parte de tu ser.

Acto seguido ese niño me agarró de la mano y me dijo:

–Yo también te quiero, pues queriéndote a ti también sé que estoy queriendo a mi ser, que es un ser sin completar. Aunque pienses que así no lo es, las acciones y formas de llevar a cabo mi trabajo así debían ser. Algún día ¿Quién sabe?

Esto me decía mientras me conducía hacia el lecho del río en el cual se hallaba atado un cajón, anclado en el torrente por varias cuerdas. La fuerte corriente hacía que éste chocase continuamente a ambos lados cada vez con más violencia. Daba la impresión de que el río se hallaba enfadado por la afrenta de no poder arrastrar a aquel endeble cajón. Me dijo:

–Entra sin miedo, pues nada has de temer.

Yo obedecí sin rechistar, me tumbe en el interior de ese cajón con las manos cruzadas sobre el pecho. Seguidamente pusieron una tapa también de madera, la clavaron con grandes puntas, a cada golpe mi pecho y todo mi ser

se sobresaltaba. Una vez acabado de clavar pude percatarme de que estaban soltando los amarres. En el momento en el que el último estuvo suelto, una sensación de velocidad me arrastraba sin querer. Mis ojos comenzaron a expeler las lágrimas del adiós. El movimiento era de una rapidez insólita hasta que llegó el momento de la caída. Ésta se produjo en el momento en el que el cajón comenzó a deslizarse sobre el vacío. Era una horrible sensación de caída mezclada con impotencia; traté de moverme pero el espacio era el justo, sentía como el agua se precipitaba conmigo, era insoportable y agobiante. Pero en un momento deje de escuchar el agua, ahora solo mi respiración rompía el silencio, pero estaba totalmente seguro de que seguía cayendo irremisiblemente. Pensaba en la muerte y en como seria, pues tanto se habla de ese tema y en realidad nada se sabe de él. Que será lo que a una persona le depara después de su llegada. Era consciente de que a mí nada me dolía tan solo sabía y sentía una caída cada vez más y más rápida. Perdí toda noción de tiempo trascurrido, pero sí puedo decir que me pareció una eternidad. Esta debía de ser una grandiosa montaña, pues el suelo no daba llegado. Trate de acallar mi pensamiento, pues nada escuchaba, ya todo en mí se había vuelto silencio.

Fue en ese instante en el que comencé a oír un sonido muy lejano y muy peculiar. Pues tan solo se podía oír, pi, pi, pi, pi, pi.

FINAL DE LA PRIMERA PARTE

Domingo Herbella relata en Los demonios de un ángel, aquello que porta nuestro interior, y que sin embargo olvidamos por el sinsabor de una vida social, que nos esclaviza con la dulce envoltura del consumo. Todos en algún momento de nuestra vida nos hemos encontrado en un desierto perdido, en una encrucijada interna que no nos permite salir, hasta que un buen día nos llega una fuerza impulsada por un estimulo externo, y sin pensarlo un instante más, decidimos ponernos en movimiento, y escapar de la vil tragedia que la vida puede llegar a representar.

ISBN 978-84-940723-2-1

9 788494 072321

Finis Terrae_ediciones